

# Kenzaburo Oé

El grito silencioso



La historia de dos hermanos, Mitsusaburō —«Mitsu»— y Takashi —«Taka»—, que viajan a la isla de Shikoku, persiguiendo las trazas de un antepasado que había capitaneado una revuelta campesina; para emularlo, Taka lleva a los muchachos del equipo de fútbol que dirige a rebelarse contra «el emperador del supermercado». En esa cínica degradación del ideal se esconde una de las claves de esta historia terrible. Las otras pueden hallarse en el ojo ciego de Mitsu; en la decadencia a la que se abandona su esposa tras el nacimiento de su hijo retrasado; en la violencia sorda y constante que atraviesa toda la narración, como un auténtico «grito silencioso». Verdaderamente prodigioso en su capacidad de anudar mito e historia, irritación y ternura, anécdota y parábola, para señalar en un gesto casi desinteresado la profundidad de la locura que se abre bajo las existencias aparentemente «normales», Kenzaburō Ōe ha sido comparado por esta novela con Céline y Genet y, por supuesto, con Dostoievski.



Kenzaburō Ōe

# El grito silencioso

ePub r1.0  
bigbang951 02.06.14

Título original: *Man'en Gannen no Futtōbōru*

Kenzaburō Ōe, 1967

Traducción: Miguel Wandenberg

Diseño de cubierta: Ángel Jové

Editor digital: bigbang951

ePub base r1.1



# 1. GUIADO POR LOS MUERTOS

Al despertarme en la oscuridad que precede al amanecer, persigo el sentido ardiente de la «esperanza», busco a tientas los restos del sueño amargo que persisten en mi conciencia. El tanteo esperanzado de los inquietos sentimientos sigue buscando, inútilmente, el revivir cierto de la efusión de la ardiente «esperanza» en lo más recóndito de mi cuerpo, como si fuera la sensación de su existencia que deja el whisky cuando baja quemándote hasta las entrañas. Cierro dedos que han perdido las fuerzas. Y en todo mi cuerpo siento por separado los pesos de la carne y del hueso, aunque compruebo que esa sensación que me embarga se transforma en un dolor denso que va avanzando por mi conciencia con cierta desgana mientras esta se dirige hacia la luz. Con resignación, vuelvo a cargar así con un cuerpo pesado que se siente como si no tuviera continuidad, densamente dolorido por doquier. Dormía con los brazos y las piernas retorcidos, en la actitud de quien no desea saber de sí, ni acordarse de su situación.

Al despertarme, siempre busco ansioso el sentimiento de la ardiente «esperanza» perdida. No es un sentimiento de carencia, sino un anhelo positivo de «esperanza» ardiente en sí. Al comprender que no me es posible encontrarla, trato de desligarme hacia la pendiente del segundo sueño. *¡Duerme, duerme, el mundo no existe!* Sin embargo, esta mañana el veneno es extremadamente fuerte, lacera todo mi cuerpo, corta mi retirada hacia el sueño. El pánico pugna por brotar a borbotones.

Debe de faltar una hora para que salga el sol. Hasta entonces no habrá manera de saber qué día hará. Estoy acostado en medio de la oscuridad sin comprender nada, como un feto. Antes, en ocasiones como esta, ciertas prácticas sexuales resultaban un consuelo, pero ahora, a los veintisiete años, casado, y con un hijo ingresado en un

sanatorio, al pensar en masturbarme la vergüenza que me inunda marchita al instante las yemas del deseo. *¡Duerme, duerme; si no puedes hacerlo, fíngelo al menos!*. De pronto, en la oscuridad, empiezo a ver el hoyo rectangular que cavaron ayer los obreros para hacer el pozo negro. Dentro de mi cuerpo doliente, el desolado veneno amargo crece, como si fuera a salirme por oídos y ojos, nariz y boca, ano y uretra igual que la gelatina sale lentamente de un tubo...

Me levanto y camino en la oscuridad, perezosamente, con los ojos cerrados, como si estuviera imitando a una persona dormida. Distintas partes de mi cuerpo se dan golpes con la puerta, las paredes, los muebles, y suelto locos quejidos de angustia. La verdad es que mi ojo derecho, incluso abierto del todo y a plena luz del día, ha perdido la visión. ¿Sabré alguna vez, realmente, qué circunstancias concurren para que mi ojo derecho quedara así? Se trata de un accidente desagradable y sin sentido: una mañana, andando por la calle, un grupo de estudiantes de primaria, presas de la cobardía y el pánico, me tiraron una piedra. Quedé tumbado en el asfalto, con un ojo herido, a causa de aquel accidente que me pareció incomprensible. Mi ojo derecho, con una brecha que se extendía lateralmente de lo blanco a lo negro, perdió la vista. Hasta ahora no he podido comprender el verdadero significado de aquel accidente. Sin embargo, me da miedo comprenderlo. Si una persona se tapa el ojo derecho con la palma de la mano y camina, se encuentra con muchos obstáculos inesperados. Se da golpes continuamente. Se golpea con fuerza la cabeza, la cara, una y otra vez. Por eso, siempre tengo la mitad derecha de la cabeza y la de la cara llenas de heridas, y soy feo. No obstante, recuerdo que, mucho antes de que me dejaran tuerto, mi madre, comparándome con un hermano que, según ella, sería guapo, ya había pronosticado con frecuencia mis facciones poco agradables cuando creciera, y poco a poco fui siendo consciente de las características de mi falta de atractivo natural. El ojo perdido, simplemente, subraya esa fealdad día tras día al hacerla resaltar con mayor crudeza. Mi innata fealdad hubiera preferido permanecer silenciosa e inadvertida, oculta en la sombra, pero era expuesta continuamente a la luz por culpa del ojo perdido. Con todo, le di una finalidad a ese ojo que se había quedado sin función: hice que se volviera hacia la oscuridad del interior de mi cráneo, una oscuridad llena de sangre y de un calor más intenso que el del resto de mi cuerpo. Mi ojo se convirtió en un centinela al que puse de guardia en el bosque de mi noche interior, y meforcé así a adiestrarme para vigilar lo que ocurre dentro de mí.

Cruzo la cocina, franqueo la puerta tanteando a ciegas y, al abrir los ojos en el exterior, veo solamente la blancura lejana del cielo próximo al amanecer de una

oscura noche de finales de otoño. Se me acerca corriendo un perro negro que trata de seguirme dando saltos, pero comprende enseguida mi rechazo y, sin una voz, se agacha, inmóvil, con el pequeño hocico saliendo en la oscuridad como un champiñón, mirándome. Lo levanto por los costados y avanzo despacio. El perro apesta. Quieto en mis brazos, jadea con vehemencia. Se me calientan los sobacos. Seguro que el perro tiene fiebre. Las uñas de los dedos de mi pie descalzo tropiezan con una viga de madera. Bajo el perro un momento al suelo, compruebo la posición de la escalera tanteando a ciegas, y luego, al palpar la oscuridad con los brazos en busca del perro, lo encuentro quieto donde lo dejé. Aunque no puedo evitar una sonrisa, no dura mucho. Seguro que el perro está enfermo. Bajo la escalera con dificultad. En el fondo del pozo hay charcos aquí y allá que alcanzan a cubrirme los tobillos. Un poco de agua que parece jugo de carne exprimida. Me siento en la tierra y noto que el agua empapa el pantalón del pijama y los calzoncillos y me ensucia las nalgas, pero lo soporto con la resignación de quien no puede hacer nada por evitarlo.

Ahora bien, como es natural, un perro puede oponerse a ensuciarse en el agua. El perro, que prefiere estar callado, aunque sabe hablar, en equilibrio sobre mis rodillas, apoya ligeramente su cuerpo febril y tembloroso en mi pecho. Para mantener el equilibrio, me clava las curvas uñas en los músculos de la rodilla. Soporto también este agudo dolor como alguien que no puede hacer nada por evitarlo, y a los cinco minutos, ni lo siento. Con las nalgas sucias, tampoco noto el agua que se filtra entre mis testículos y mis muslos. Mi cuerpo, de 1,72 metros y 70 kilogramos, no se siente distinto de la tierra que ayer sacaron los obreros de este mismo sitio para tirarla en un río lejano. Mi cuerpo se está asimilando a la tierra. Los únicos signos de vida en el aire húmedo, la tierra que nos rodea y mi cuerpo son el calor del perro y los orificios de mi nariz, semejantes al interior de dos celentéreos. Mi nariz se vuelve tremendamente hipersensible y recoge los malos olores del fondo del pozo como si tuvieran una fecundidad infinita. Dado que mi nariz funciona al límite de sus posibilidades, no alcanzo a distinguir cada uno de los innumerables olores que recoge, de modo que casi pierdo el sentido y la parte posterior de mi cabeza golpea la pared del pozo (siento como si me hubiera dado directamente contra ella con el hueso occipital); luego me quedo inmóvil absorbiendo mil olores y pequeñas cantidades de oxígeno. El veneno desolado y amargo, pese a extenderse ahora por todo mi cuerpo, no parece fugarse ya al exterior. Aunque no recupero el sentimiento de la «esperanza», se disuelve el pánico. Dada mi indiferencia a todo, en este momento soy indiferente incluso a la posesión de mi propio cuerpo. Eso sí, lamento que no haya nadie para observar esta

indiferencia mía tan absoluta. ¿Y el perro? El perro no tiene ojos. Mi yo indiferente, tampoco. Desde que logré bajar la escalera los tengo cerrados.

A continuación, medito sobre el amigo a cuya cremación asistí personalmente. A finales del pasado verano, mi amigo se desnudó, se pintó la cabeza y la cara de color bermellón, se metió un pepino en el ano y se ahorcó. De regreso de una fiesta que había durado hasta la madrugada, su esposa, extenuada como un conejo enfermo, descubrió el cadáver de su marido incomprensiblemente ahorcado. ¿Por qué no había ido con ella a la fiesta? Dejó que fuera sola y se quedó en su estudio traduciendo (la misma traducción en que yo colaboro), actitud que no había de extrañar a nadie que le conociera.

La mujer de mi amigo, cuando estuvo a un par de metros del ahorcado, dio media vuelta y volvió corriendo, horrorizada, con las manos en la cabeza, gritando sin que de su boca saliera ni un sonido, haciendo bailar sus infantiles zapatos verdes, pisando las sombras de la noche sin que nadie la viera, como si rebobinara una película, hasta el lugar en que se había celebrado la fiesta, y, tras dar parte a la policía, se quedó allí, lloriqueando en silencio, hasta que fue a recogerla alguien de su familia. Así que, concluida la investigación policial, la decidida abuela de mi amigo y yo tuvimos que hacernos cargo de las exequias de un muerto desnudo con la cabeza bermellón y el último semen de su vida pegado a los muslos, un muerto, sin duda, más allá ya de cualquier posibilidad de salvación. La madre del fallecido se había sumido en un estado de tal postración, que no nos podía ayudar. Pero cuando nos dispusimos a lavar al muerto para quitarle su disfraz, recuperó inesperadamente la claridad mental y se opuso a ello con determinación. La anciana y yo despedimos a cuantos acudieron a dar el pésame, y los tres solos velamos al difunto, cuyas células, el infinito número de células que una vez atesoraron su unicidad, se descomponían incesante y rápidamente. Como un dique, su piel seca y cuarteada contenía las células agrídulces y rosadas que se disolvían convirtiéndose en algo indescriptible. El cuerpo de mi amigo de la cabeza bermellón, tendido orgullosamente distante, descomponiéndose en un sencillo catre de aire militar, parecía mucho más real que en cualquier instante de sus veintisiete años de vida, una existencia penosa, vivida como un esfuerzo diligente para pasar a rastras por una estrecha alcantarilla que se vio truncado de repente, antes de que pudiera llegar al otro lado. El dique de piel amenazaba con romperse bajo la presión. Las células fermentadas destilan, como si fuera un vino, la muerte tangible del cuerpo. Los que siguen vivos han de beber ese vino. Me embrujan los efímeros momentos en que el cuerpo de mi amigo se transforma a causa de las bacterias de la descomposición,



fragantes como lirios. Mientras contemplo el paso de estos momentos en su vuelo sin retorno, el cuerpo de mi amigo me hace comprender de nuevo la fragilidad de esos otros momentos, suaves y cálidos como la coronilla de un niño, que son susceptibles de repetirse.

No puedo contener la envidia. Cuando me llegue la hora de cerrar definitivamente los ojos, y mientras mi cuerpo experimente los efectos de la descomposición, los ojos de un amigo no lo contemplarán, no comprenderán su auténtico significado.

—Cuando salí de la clínica, debí haberle convencido para que volviera a ella.

—No, mi niño ya no podía seguir allí —me contestó la abuela de mi amigo—. Los demás pacientes le admiraban mucho, por las cosas buenas que había hecho durante su estancia. Por eso ya no podía seguir en ella. Desecha ese pensamiento, no debes sentirte culpable. Tal como han ido las cosas, te lo digo de verdad, con toda franqueza, me alegro sinceramente de que mi niño saliera de la clínica y viviera su vida como más le gustara. Si se hubiera suicidado allí, no habría podido pintarse la cara de bermellón y ahorcarse desnudo. Los demás pacientes, que le respetaban, se lo habrían impedido.

—Tienes tanta entereza, que me animas.

—¡Todos hemos de morir! Y, dentro de cien años, ¿a quién le importará cómo has muerto? ¡Lo mejor es morir del modo que a uno le dé la gana!

Sentada a los pies de la cama, la madre de mi amigo frotaba incesantemente los pies del cadáver. Con el cuello encogido entre los hombros, como una tortuga asustada, no hizo caso de nuestra conversación. Las pequeñas facciones de su cara postrada, sin vida, con un parecido cruel a las de su hijo muerto, colgaban flácidas como un helado que se derrite. Creo que nunca he visto un rostro que expresara una desesperación más profunda y sincera.

—Igual que Sarudahiko —dijo la abuela de mi amigo, sin venir a cuento.

Sarudahiko. Esta palabra, vagamente rústica y de connotaciones graciosas<sup>[1]</sup>, parecía a punto de sugerirme cierto hecho significativo, aunque de un modo vago, pero mis facultades mentales estaban demasiado abotargadas por el cansancio para poder sentir algo más que un debilísimo estremecimiento que no prosperó. Su significado se me escapó. Mientras sacudía la cabeza, desconcertado, aquella palabra se hundió como una plomada, con el sello de su significado intacto, en las profundidades de mi memoria.

Y ahora, sentado en el fondo de un pozo con un poco de agua estancada y abrazado a un perro, me viene a la cabeza la palabra Sarudahiko, que aflora como

una veta de la vena madre de mis recuerdos entrañables. La capa de grasa que rodeaba desde aquel día la zona de mi cerebro donde se hallaba retenida aquella palabra, igual que si hubiera sido gelatina congelada, se había derretido al fin. Sarudahiko, Sarudahiko no *mikoto*<sup>[2]</sup>, fue a Amanoyachimata a recibir a los dioses que descendían del cielo. Amenouzume, que había entablado negociaciones con Sarudahiko para que representara a los intrusos, había reunido a los peces, que eran los indígenas del nuevo mundo, para tratar de someterlos a su dominio, y, con un cuchillo, le abrió la boca de un tajo al cohombro de mar, que se resistía a abrirla para manifestarle su sumisión. Debo decir que nuestro amable Sarudahiko del siglo xx había sido, sin duda, del temperamento del cohombro de mar. Al pensar esto, las lágrimas brotaron de mis ojos a raudales y rodaron por mis mejillas y mis labios antes de caer sobre el lomo del perro.

Un año antes de su muerte, tras interrumpir sus estudios en la Universidad de Columbia y volver a casa, ingresó en un centro para pacientes mentales leves. Sobre el lugar en que está ese centro y la vida que llevó allí, sólo sé lo que él me contó. Aunque su mujer, su madre y su abuela decían que estaba en la región de Shōnan<sup>[3]</sup>, la verdad era que nunca habían ido a verle. Mi amigo había prohibido a sus allegados que fueran a visitarle. Pensándolo bien, dudo que tal centro existiera realmente.

Sin embargo, de dar crédito a las palabras de mi amigo, el sanatorio se llamaba Smile Training Center, o Gimnasio de la Sonrisa, y allí los pacientes tomaban grandes dosis de sedantes con cada comida y se pasaban el tiempo sonriendo apaciblemente. Era un edificio de una sola planta, como los de esas posadas que tanto abundan en la costa de Shōnan, la mitad del cual estaba destinada a solárium. Durante el día, la mayoría de los pacientes conversaban sentados en los numerosos columpios del amplio jardín cubierto de césped. Los pacientes, estrictamente hablando, no eran enfermos, sino más bien viajeros que disfrutaban de un largo alto en su camino. Las grandes cantidades de sedantes que tomaban hacían que se volvieran más dóciles que el más dócil de los animales domésticos, de modo que se intercambiaban plácidas sonrisas mientras pasaban el tiempo en el solárium o en el césped. Tenían libertad para salir, y como nadie sentía que se le prohibiera marcharse, ningún paciente intentaba escaparse.

Cuando llevaba una semana ingresado en el Smile Training Center, mi amigo volvió a su casa para coger algunos libros y unas mudas, y explicó que se había adaptado a aquel lugar excéntrico con mayor rapidez y facilidad que cualquiera de los demás pacientes que sonreían plácidamente y habían ingresado antes que él. Pero tres semanas después, al volver de nuevo a Tokio, su inefable sonrisa plácida tenía

una vaga tristeza. Y nos confesó, a su mujer y a mí, que el celador que les administraba los tranquilizantes con las comidas era un hombre violento, que solía tratar con crueldad a los pacientes, quienes no ofrecían resistencia por estar permanentemente sedados, lo que les impedía incluso enfadarse. Les hacía cosas crueles, como golpear en el estómago al primero que se cruzaba en su camino, sin el menor motivo. Le aconsejé que fuera a protestar al responsable del centro, pero mi amigo dijo: «Si lo hiciera, el director pensaría que mentimos porque nos aburrimos mucho, o que sufrimos manía persecutoria, o las dos cosas. Más aburrido que nosotros, al menos en la costa de Shōnan, no puede haber nadie, y, en mayor o menor medida, estamos todos chiflados. Encima, como yo también tomo los sedantes, no sé si estoy enfadado de verdad o no; las cosas no están claras».

Sin embargo, dos o tres días después, mi amigo no se tomó los sedantes que les daban con el desayuno, sino que los tiró por el inodoro, y lo mismo hizo con los del almuerzo y los de la noche. Y a la mañana siguiente, al descubrir que estaba enfadado de verdad, se emboscó a la espera del brutal celador y, aunque también recibió lo suyo, al final le dejó medio muerto. Sus tranquilos y sonrientes compañeros mostraron un profundo respeto por él a raíz de aquel incidente, pero, después de hablar con el director, tuvo que abandonar el centro. El día que se marchó del Smile Training Center, al decir adiós con la mano a los pacientes que le despedían con sus sonrisas bondadosas y estúpidas, sintió una tristeza más profunda que en cualquier otro momento de su vida.

—Es tal como lo expresó Henry Miller. Sentí la misma tristeza que él. En realidad, hasta ese instante, no me había dado cuenta de la verdad que encierra lo que escribió Miller: «Traté de sonreír con él, pero no pude. Y eso me puso tremendamente triste, más triste de lo que había estado en mi vida». ¡No se trata simplemente de una frase bonita! Y hay otra frase de Miller que me ha obsesionado desde entonces: «¡Alegrémonos, pase lo que pase!».

Desde que salió del Smile Training Center hasta que se pintó la cabeza de bermellón y se ahorcó desnudo, las palabras de Miller, ciertamente, habían obsesionado a mi amigo. «¡Alegrémonos, pase lo que pase!».

Sin duda, vivió alegremente los últimos años de una vida demasiado rápida y corta. Hasta llegó a caer en cierta desviación sexual, cuyo peculiar frenesí exploró hasta sus últimas consecuencias. Este recuerdo me volvió a la memoria al regresar a casa, exhausto, después de la cremación de mi amigo, cuando hablé con mi mujer. Mientras me esperaba, había estado bebiendo whisky. Fue el primer día que la vi ebria.

En cuanto llegué a casa, fui al cuarto que compartían mi mujer y nuestro hijo.

Por aquel entonces, el niño todavía vivía en casa. Aunque era media tarde, estaba en la cama, y me miró plácidamente con sus ojos castaños, inexpresivos; era la suya la mirada que me hubiera podido dirigir una planta, si las plantas tuvieran ojos. Mi mujer no estaba al lado del niño. La encontré, borracha, sentada en silencio en la penumbra de la biblioteca. Al verla sentada en precario equilibrio sobre la escalerilla de las estanterías, como un pájaro en una rama temblorosa, me invadió tal perplejidad que casi sentí más vergüenza de mí que de ella. Mi mujer había sacado la botella de whisky que yo había escondido en el hueco posterior de la escalerilla y, sentada allí, bebía cortos tragos sin parar, lo que no hacía más que aumentar su ebriedad. Un sudor grasiento brillaba sobre su labio superior. Se volvió hacia mí igual que un muñeco mecánico, incapaz de ponerse en pie. A pesar de tener los ojos febriles y rojizos como ciruelas, la piel que dejaba ver su ropa en el cuello y los hombros tenía la aspereza de la carne de gallina, y su cuerpo parecía el de un perro al que le duelen las tripas y masca hierba furioso para vomitarla después.

—¿Estás enferma? —le pregunté tontamente.

—No, no estoy enferma —me contestó en tono burlón, pues sin duda se había dado cuenta de mi embarazo.

—Así pues, es evidente que estás borracha.

En cuclillas frente a mi mujer, que me mira recelosa, contemplo cómo una gota de sudor rueda temblorosa por el borde de su labio superior hasta la comisura de los labios. Me envuelve su aliento, sucio, húmedo y pesado por el alcohol. Me entran ganas de llorar y vuelvo a sentir el cansancio que me invadió mientras estuve junto al lecho de muerte de mi amigo, un cansancio que tiñe de negro cada rincón de mi cuerpo.

—¡Estás como una cuba!

—No estoy tan borracha. Si sudo, es por el miedo, ¿sabes?

—¿De qué tienes miedo? ¿Te asusta el futuro del nene?

—¡Me asusta que haya personas que se pinten de rojo la cabeza y se suiciden! Era lo único que le había contado, pues preferí ocultarle el detalle del pepino.

—¿Y sólo por eso estás tan asustada?

—Tengo miedo de que Mitsu<sup>[4]</sup> también se pinte de rojo la cabeza y se suicide desnudo. —Al decir esto, hundió la cabeza en el pecho con gesto de atroz abatimiento.

Por un instante, tembloroso, vi una miniatura de mí mismo, muerto, entre la mata de cabello castaño oscuro de mi mujer. Me pareció que la cabeza bermellón del difunto Mitsusaburō Nedokoro tenía grumos de pintura mal disuelta que le corrían

por detrás de los lóbulos de las orejas como si fueran gotas de sangre. Al igual que el cadáver de mi amigo, el mío tenía las orejas sin pintar, señal del poco tiempo transcurrido entre la concepción de tan extraña forma de suicidio y su ejecución.

—¡Yo no me suicidaré! No tengo motivos para hacerlo.

—¿Era masoquista?

—¿Por qué dices eso, y nada menos que al día siguiente de su muerte? ¿Por qué me lo preguntas, por pura curiosidad?

—Así pues —dijo mi mujer, cuyo tono se había vuelto extremadamente apenado al notar el enfado en mi voz (por más que yo no me había dado cuenta de manifestarlo)—, aunque fuera cierto que tenía una desviación sexual, no debería preocuparme por Mitsu, ¿verdad?

Como si pidiese mi asentimiento, levantó bruscamente la cabeza y me miró. Me aterrorizó el sentimiento de impotencia total y desesperada que manifestaban aquellos grotescos ojos rojos. Pero los cerró enseguida y levantó la botella de whisky para echar un trago. Los párpados redondos de mi mujer tenían manchas negras que me recordaron las yemas de dedos sucios. Un acceso de tos hizo que se le saltaran las lágrimas, y por la comisura de los labios derramó whisky mezclado con saliva. En vez de preocuparme por las manchas en el recién comprado vestido gris perla de tela de *yamamai*<sup>[5]</sup>, le quité la botella de whisky de la mano, huesuda y fibrosa como la de un mono, y bebí un trago también, para ocultar mi turbación.

Efectivamente, como me había confiado mi amigo, entre divertido y melancólico, a la mitad del camino de su progresión sexual —o sea, en ese punto en que la inclinación es aún vaga, pero está lo suficientemente clara, para la persona interesada, ese punto en que tal inclinación ya no es tan superficial que pueda considerarse mero fruto de la curiosidad, ni ha arraigado de un modo que haga imposible comentarla con los demás—, había tenido experiencias masoquistas. Visitó cierta casa donde trabajaba por su cuenta una mujer brutal que satisfacía a los masoquistas. El primer día no sucedió nada extraordinario, pero tres semanas más tarde, al ir por segunda vez, aquella mujerona bestial, que recordaba con toda precisión sus preferencias, le dijo: «Tú, sin mí, ya no podrás vivir». Acto seguido, tumbado desnudo boca abajo, al zumbarle junto al oído un látigo de cuerda, comprendió que aquella mujer había pasado, sin ninguna duda, a ocupar un lugar importante en su mundo.

—¡He tenido la sensación de que mi cuerpo se hacía pedazos por completo, hasta el último rincón, quedaba hecho papilla y tan desprovisto de nervios y huesos como una salchicha vienesa! Por otro lado, mi mente se separó totalmente de la carne y

flotó en inconmensurables alturas.

Al decir esto, me miraba fijamente con una extraña sonrisa débil y enfermiza.

Bebí otro trago de la botella, tosí, igual que mi mujer, y el whisky templado me resbaló entre la camisa y la piel del pecho y la barriga. Entonces estuve tentado de hablarle con dureza a mi mujer, que tenía los ojos cerrados y cuyos párpados tiznados de negro recordaban las manchas de las alas de ciertas mariposas nocturnas.

¡Aun aceptando que mi amigo era masoquista y yo no lo soy —hubiera querido decirle—, no por eso debes dejar de tener miedo! Por esa simple razón, no puedes estar tranquila haciendo distinciones entre él y yo que te lleven a pensar que nunca me voy a pintar de rojo la cabeza y suicidarme desnudo. Al fin y al cabo, las inclinaciones sexuales poco importan: no son más que una distorsión provocada por algo grotesco y verdaderamente horrible que se agazapa en lo más hondo de cada persona. Había una fuerza motriz loca, gigantesca e irresistible, oculta en el fondo del alma de mi amigo, y esa fuerza le llevó a hundirse en la perversión llamada masoquismo. Las experiencias masoquistas no provocaron en su espíritu la locura que le condujo al suicidio, sino que ocurrió justamente todo lo contrario. Y yo también llevo en mí las semillas de esta locura incurable...

Pero no le dije nada de esto a mi mujer, y tales pensamientos ni siquiera llegaron a extender sus finas raíces por mi cansado cerebro. Fueron una visión fugaz y desaparecieron poco después, como las burbujas que desprende un líquido al ser vertido en un vaso. Esas visiones o ideas, una vez se desvanecen, no dejan una huella auténtica en nosotros. Sobre todo, si guardamos silencio acerca de ellas. Lo mejor que podemos hacer es esperar, sencillamente, a que esas visiones o ideas indeseables se desvanezcan sin dañar las paredes de nuestro cerebro. Si logramos que sea así, al menos por esa vez habremos logrado escapar de un veneno, aunque siempre cabe la posibilidad de que contraataquen masivamente y acaben haciendo mella en nosotros. Mordiéndome la lengua, metí los brazos bajo los sobacos de mi mujer y la levanté. Se me antojó un sacrilegio sostener a mi mujer viva —el misterio y la vulnerabilidad de un cuerpo hecho para parir con riesgo y tremendo esfuerzo— con los brazos impuros que habían sostenido el cuerpo del difunto, pero de los dos cuerpos, cuyo peso me parecía similar, me sentía más próximo al de mi amigo muerto. Caminamos lentamente hasta el dormitorio, donde nos esperaba el bebé, pero al llegar delante del cuarto de baño se opuso a continuar como si hubiera echado un ancla y entró en él atravesando la penumbra de la tarde de verano, llena de aire templado y húmedo. Se quedó allí mucho tiempo. Cuando por fin volvió a cruzar la penumbra, ya más oscura, la conduje al dormitorio y, sin pensar siquiera en

quitarle la ropa, la acosté vestida. Con un suspiro tan grande como si hubiera exhalado su alma, se quedó profundamente dormida. En sus labios brillaban débilmente algunos chorretones amarillentos de vómito, finos como la pelusa de los pétalos de una flor.

Como siempre, el niño me miraba con los ojos muy abiertos, pero yo no podía saber si tenía sed o hambre o sentía cualquier otro malestar. Como una planta acuática en la penumbra, tumbado con los ojos abiertos e inexpresivos, no era más que una presencia callada. No pedía nada, y era incapaz de expresar sentimiento alguno. Ni siquiera lloraba. A veces dudaba de que estuviera vivo. Suponiendo que mi mujer hubiera estado borracha todo el día, después de mi temprana marcha, y no se hubiera ocupado del niño, ¿qué habría podido hacer yo? En aquel momento, no era más que una simple borracha. Me embargó una fuerte premonición de desgracia. Pero, al igual que me había ocurrido con mi mujer, me repugnó el sacrilegio de alargar mis manos impuras y tocar al niño. Y también me sentía más próximo a mi amigo que al bebé. Aunque estuviera contemplándole eternamente, todo lo que haría él sería mirarme con sus ojos inexpresivos. Por fin, del interior de aquellos ojos castaños pareció brotar un sopor irresistible que me arrastró con la fuerza de un tsunami<sup>[6]</sup>. Sin darle siquiera un biberón al niño, me tumbé y me dispuse a dormir. En el umbral de la inconsciencia, me vino a la memoria, como si hubiera sido algo nuevo y sorprendente, que mi único amigo se había ahorcado con la cabeza pintada de bermellón, mi mujer se había embriagado repentina e inesperadamente y mi hijo era subnormal. Sin cerrar las puertas ni quitarme la corbata, con mi cuerpo aún impuro por el contacto del muerto, me dispuse a dormir tendido entre las camas de mi mujer y mi hijo. Dejé en suspenso cualquier juicio, como un insecto exánime clavado en un alfiler. Arrastrado por el sentimiento de ser roído por una fuerza ciertamente peligrosa y sin embargo difícil de reconocer, me hundí en el sueño. Y a la mañana siguiente fui incapaz de revivir cuanto había sentido ron tanta convicción la noche anterior. Es decir, no había dejado huella en mí.

Un día del verano pasado, mi amigo coincidió con mi hermano menor en un drugstore de Nueva York, y gracias a ello pudo darme noticias de la vida de este último en los listados Unidos. Mi hermano Takashi se había ido a los Estados Unidos formando parte de una compañía de teatro estudiantil organizada por una parlamentaria de derechas. Integraban la compañía estudiantes que habían participado en las manifestaciones de junio de 1960 y luego se habían arrepentido. La obra era un acto de contrición titulado *Nuestra vergüenza*, seguido de una disculpa ofrecida a los ciudadanos estadounidenses, en nombre de los estudiantes

arrepentidos, por haber impedido la visita de su presidente al Japón. Cuando me anunció que se unía a la compañía teatral para ir a los Estados Unidos, Takashi me dijo que pensaba escaparse de ella nada más llegar y recorrer el país por su cuenta. Pero por los artículos, entre burlones y avergonzados, que acerca de *Nuestra vergüenza* enviaban a los periódicos japoneses sus corresponsales en los Estados Unidos, me enteré de que Takashi no sólo no se había escapado sino que, tras actuar en Washington, había intervenido en la representación de la obra en ciudades tan alejadas como Boston y Nueva York. Me preguntaba por qué había cambiado su plan original y seguía actuando con la compañía de estudiantes arrepentidos, pero no se me ocurría ninguna explicación. Por ello escribí a mi amigo, que estaba en Nueva York con su mujer, pues estudiaba en la Universidad de Columbia, y le rogué que fuera a ver a mi hermano al teatro. Mi amigo no pudo ponerse en contacto con él, pero se encontraron por pura casualidad. Al entrar en un drugstore de Broadway, vio al menudo Takashi apoyado en la barra, sorbiendo una limonada muy ensimismado. Mi amigo se le acercó subrepticamente por la espalda y, sin decir palabra, le agarró por el hombro; como impulsado por un resorte, mi hermano se volvió bruscamente, lo que sobresaltó a mi amigo. Takashi estaba pálido y tenso, cubierto de un sudor espeso, como una persona pillada por sorpresa mientras planea robar un banco ella sola.

—¡Hombre! —Taka y mi amigo se ofrecieron mutuas disculpas—. Me he enterado de que estabas en América por una carta de tu hermano. ¡Parece que Mitsu ha dejado embarazada a su mujer nada más casarse!

—Yo no me he casado, ni he dejado embarazada a ninguna mujer —dijo Taka con una voz que no se había recuperado todavía del susto.

—¡Ja, ja, ja! —se rio mi amigo, como si acabara de escuchar un chiste graciosísimo—. La semana que viene vuelvo al Japón. ¿Quieres que le diga algo a Mitsu?

—¿No tenías que estudiar aún varios años en la Universidad de Columbia?

—Las cosas han cambiado. Me golpearon en una manifestación, y aunque la herida no tuvo importancia, algo raro le ocurre desde entonces a mi cabeza. No es como para que me metan en un manicomio, pero de todos modos me van a ingresar en un sanatorio.

Al decir esto, notó que un profundo bochorno se extendía por la cara de Takashi como una mancha, y de repente comprendió el significado del respingo de Takashi al ser sorprendido. Y una persona de buen corazón como mi amigo no pudo dejar de lamentarlo. Había tocado la fibra más sensible de un activista estudiantil



arrepentido. Los dos se quedaron mirando en silencio la hilera de botellas que había en un estante, detrás de la barra. Estaban llenas de un líquido cuyo color rosado recordaba el de las tripas crudas. Las imágenes de ambos se reflejaban distorsionadas en las botellas, y cada vez que hacían un movimiento era reproducido con gestos exagerados por aquellos dos monstruos rosados que parecían a punto de ponerse a cantar *¡América, América!*, a voz en grito.

Una noche de junio, Takashi, que todavía no era un agitador estudiantil arrepentido, estaba frente al edificio de la Dieta<sup>[7]</sup>, adonde también había acudido mi amigo, más por acompañar a su flamante esposa, que iba a una manifestación con un pequeño grupo teatral del que formaba parte, que por motivos políticos, y al estallar los disturbios y tratar de proteger a su mujer de la carga de la policía le abrieron la cabeza de un porrazo. En el sentido puramente médico, la herida no revistió mayor importancia, pero aquella noche envuelta en el olor de las jóvenes hojas verdes algo se escapó de la cabeza de mi amigo, y había ocupado su lugar una psicosis maniacodepresiva. Era la última persona a la que hubiera deseado ver un agitador estudiantil arrepentido.

Cada vez más violento ante el silencio de Takashi, mi amigo siguió mirando las botellas rosadas y sintió que sus ojos, derretidos por el calor del bochorno que le embargaba, se transformaban en aquel líquido rosado y viscoso y caían derramándose de las órbitas. Tuvo la alucinación de que sus globos oculares, ahora rosados, se desparramaban informes, igual que un par de huevos tirados en una sartén, encima del mostrador plateado donde apoyaban sus brazos sudorosos y desnudos los americanos de distintos orígenes: europeos del sur, anglosajones, judíos. En pleno verano neoyorquino, junto a Takashi, que sorbía ruidosamente una limonada con una pajita, se secó el sudor de la frente.

—Si quieres que le diga algo a Mitsu... —dijo mi amigo, preparándose para despedirse.

—Haz el favor de decirle que voy a tratar de escapar de la compañía. Y dile que, aunque no lo consiga, lo más es que me deporten, así que, de un modo u otro, no seguiré en ella.

—¿Cuándo te escaparás?

—Hoy —dijo Takashi con aire de gran resolución.

En ese momento, con una intensidad que casi le asustó, mi amigo comprendió de repente que Takashi se hallaba en el drugstore a la espera de que ocurriera algo. Empezó a intuir la relación que había entre la sorpresa que le indujo a saltar como impulsado por un resorte, su abrupto silencio y el ruido que hacía al sorber con furia

la limonada. Pero se tranquilizó al notar que el sentimiento que reflejaban los ojos de Takashi —unos ojos finamente cubiertos de grasa que le recordaron los de un luchador profesional— no era de pesar por haberse topado con alguien a quien hubiera preferido no ver, sino de arrogante compasión por él.

—¿Va a venir algún agente secreto a ayudarte a escapar de aquí? —preguntó mi amigo, tratando de bromear.

—¿Puedo decirte la verdad? —respondió Takashi en tono chistosamente amenazador—. ¿Ves a aquel farmacéutico, el que llena de cápsulas un frasquito allí, al otro lado de las estanterías de los medicamentos? —Mi amigo se volvió, siguiendo el gesto de mi hermano, y pudo ver, más allá de los incontables frascos que destacaban sobre un fondo oscuro como el negativo de una película de Nueva York en pleno verano, a un hombre calvo que, indiferente a sus miradas, estaba enfrascado en su delicado trabajo—. ¡Esas medicinas son para mí! ¡Son para mí, para mi inflamado y atormentado *penis*!<sup>[8]</sup> Una vez ese frasco esté a salvo en mis manos, escaparé de *Nuestra vergüenza* y me las arreglaré yo solo.

Mi amigo se dio cuenta de que los norteamericanos que les rodeaban se pusieron tensos al oír la única palabra que entendieron —*penis*— en medio de una incomprensible conversación en japonés. El vasto y ajeno mundo exterior que les rodeaba hizo sentir una vez más su abrumadora realidad.

—¡Esas medicinas se consiguen fácilmente! —dijo mi amigo con tono mesurado, para no aumentar la atención que habían despertado.

—Si haces las cosas como es debido y vas al hospital, sí —dijo Takashi, indiferente al intrascendente conflicto psicológico de mi amigo—. Pero cuando eso no es posible, la cosa tiene sus riesgos aquí, en los Estados Unidos. Le he dado al farmacéutico una receta que me ha falsificado la enfermera del hotel, ¿sabes? Si descubren que es falsa, seguramente despedirán a la joven enfermera, que es negra, y a mí me deportarán, ¿no crees?

¿Por qué no había hecho las cosas como era debido? Porque la inflamación de su uretra era obviamente una gonorrea, que además había cogido en su primera noche en los Estados Unidos al fornicar con una prostituta negra cuya edad le hizo pensar en su madre. Si la vieja parlamentaria se enteraba, sin duda haría volver a Takashi al Japón del que tanto le había costado escapar. Por otra parte, al darse cuenta de que estaba enfermo había empezado a atormentarle la deprimente sospecha de que tal vez, además de la gonorrea, hubiera contraído la sífilis, sospecha que le había hundido en un marasmo que le impedía pensar en cualquier otra cosa.

Habían pasado cinco semanas desde que visitó aquel barrio donde lo negro y lo

blanco se mezclaban en una compleja gama de tonalidades, y los síntomas de la sífilis primaria no habían aparecido; además, se valió del pretexto de tener faringitis para que el practicante de la compañía le administrara una serie de pequeñas dosis de antibióticos, con lo cual se le alivió bastante la inflamación, y fue entonces cuando Takashi salió de su marasmo. En el curso de su larga estancia en Nueva York (base para las giras de la compañía), Takashi había hecho amistad con la enfermera del hotel, quien le facilitó una receta para que adquiriera los medicamentos. La muchacha, negra y de lo más servicial, no sólo había escrito en la receta la clase de medicina más adecuada para su inflamación y la dosis necesaria, sino que le indicó una farmacia en un lugar muy concurrido de la ciudad donde habría escasas posibilidades de que se descubriera la falsificación.

—Al principio, intenté hablarle a la enfermera en términos abstractos e indiferentes sobre los síntomas de mi pene, ya sabes, como si le describiera una impresión que tenía —dijo Takashi—. No sé por qué, pensé que la palabra *gonorrhoea*<sup>[9]</sup> le provocaría un shock, así que le dije que quizá tuviera *urethritis*. Pero la chica no entendía la palabra, ¿sabes? De modo que le expliqué que tenía *inflammation of the urethra*. Deberías haber visto el brillo de comprensión en sus ojos: no fue nada abstracto ni indiferente, y me devolvió a la realidad física y pegajosa de mi dolorida uretra. Entonces la chica me preguntó si sentía *burning* en el *penis*. Me aturdió tanto esa expresión tan realista, que empezó a escocerme todo el cuerpo, de vergüenza, claro está. ¡Ja, ja, ja!

Los dos se rieron en voz alta. Los extranjeros<sup>[10]</sup> que les rodeaban, con los oídos aguzados por las pocas palabras que les resultaban inteligibles, escucharon aquellas risas con creciente suspicacia. Al otro lado del mostrador apareció el lúgubre rostro sudoroso del farmacéutico. La cara bronceada y aguileña de Takashi se puso seria de golpe y adoptó una expresión anhelante y ansiosa, y mi amigo también se puso tenso. Pero el calvo farmacéutico, que parecía de origen irlandés, dijo simplemente, con voz paternal:

—Tantas cápsulas son muy *expensive*<sup>[11]</sup>, ¿qué le parece si se lleva sólo una tercera parte?

—¡Ja, ja, ja! ¡Comparado con el dolor de uretra que he sufrido últimamente nada resulta *expensive*! —dijo Takashi, que había recobrado de repente su aplomo.

—Para celebrar el comienzo de la nueva vida de Taka en América, esto lo pago yo —dijo mi amigo de todo corazón.

Ya de buen humor, Takashi echó una mirada de afecto a las cápsulas del frasco, que relucían como los ojos de una chica lista, y dijo que aquel mismo día pasaría por

el hotel a recoger su equipaje y comenzaría su aventurero viaje en solitario por los Estados Unidos. Mi amigo y Takashi abandonaron a toda prisa la escena del crimen y caminaron hasta una cercana parada de autobús.

—Una vez se solucionen las dificultades que te tenían agobiado hasta ahora, pensarás que eran tonterías, ¿no crees? —dijo mi amigo con cierta envidia al ver la enorme felicidad de Takashi por haber conseguido el frasco de antibióticos.

—Casi todos los problemas nos parecen nimios en cuanto se solucionan —replicó Takashi—. Una vez te desaten los nudos que tienes dentro de la cabeza, esos nudos que te obligan a volver a casa para ingresar en un sanatorio, te parecerá que has estado calentándote los cascos por simples nimiedades, ya lo verás.

—¡Si los desatan! —dijo mi amigo pensativo—. Pero si no, esas tonterías acabarán apoderándose de mi vida.

—¿Qué demonios son esos nudos que tienes en la cabeza?

—¡Qué sé yo! Si lo supiera, podría desatarlos y sólo tendría que lamentarme por haber perdido tantos años a causa de tonterías. Por otro lado, si me rindiera y emprendiera el camino que me ha de llevar a la locura, permitiendo que esos nudos acabaran apoderándose de mi vida, también se aclararía su auténtica naturaleza, aunque esa aclaración ya no tendría ninguna utilidad para mí; y tampoco habría manera de que pudiera explicarle a nadie cómo después de volverme loco había comprendido al fin las causas de mi locura —confesó mi amigo, con repentina y triste vehemencia.

A mi amigo le pareció que Takashi estaba profundamente interesado por lo que acababa de decirle pero, al mismo tiempo, sentía deseos de alejarse cuanto antes de él. Comprendió entonces que su confesión le había tocado en el alma. Llegó un autobús. Tras subirse a él, Takashi le entregó un folleto por la ventanilla, en agradecimiento por pagarle los antibióticos, y se perdió después en la inmensidad del continente americano. Desde entonces, ni mi amigo ni yo volvimos a tener noticias directas de él. Tal como le había dicho, abandonó la compañía aquel mismo día y comenzó su viaje aventurero en solitario.

En cuanto se montó en un taxi, mi amigo abrió el folleto que le dio Takashi. Lo había editado el movimiento en pro de los derechos civiles. En la primera página aparecía la fotografía de un negro, rodeado de hombres blancos harapientos, con el cuerpo quemado e hinchado hasta el punto de que sus detalles resultaban tan borrosos como los de un muñeco de madera mal tallado. Era una imagen cómica, triste y repugnante, una representación tan cruda de la violencia, que se apoderaba del alma de quien la contemplaba como si fuera una horrorosa alucinación. Al verla,

era inevitable pensar en la certidumbre de la derrota a causa del peso abrumador del miedo. En el universo de los sentimientos de mi amigo, aquella imagen alucinante se fundió inmediatamente, con la suavidad de dos gotas de agua que se unen, con la indefinida dolencia de su mente. Pensó que Takashi le había dado el folleto consciente de que aquella fotografía significaría más para él que para cualquier otra persona. Takashi, a su vez, le había tocado en el alma.

—A veces, de un modo casi subconsciente —dijo mi amigo en cierta ocasión—, en las fotografías que nos han quedado grabadas en la conciencia descubrimos detalles borrosos, casi imperceptibles, ¿verdad? Rebuscando las imágenes más o menos nítidas que conservo en los rincones de mi memoria, recordé que cuando me acerqué a Takashi por la espalda, estaba tomando una limonada mientras miraba fijamente esa fotografía. En aquel momento, parecía verdaderamente angustiado por un peso terrible. ¡Estaba pensando en algo mucho más trascendente que aquella receta de antibióticos de la que tanto hablaba! ¿Crees que Taka es de los que se dejan abatir por una simple infección venérea? Me parece que cuando me preguntó si podía decirme la verdad, en realidad tenía en la cabeza otra cosa muy distinta, ¿sabes? Pero ¿qué diablos sería?

Sentado en el fondo de un pozo, con un perro sobre las rodillas en este amanecer otoñal, no puedo decir qué era lo que mi hermano tenía en la cabeza, de igual manera que no puedo decir qué era lo que había crecido día a día en la mente de mi amigo hasta empujarle a matarse disfrazado de modo tan horrible. La muerte corta los hilos de la comprensión. Hay cosas que un suicida no se atreve a decir a quienes le van a sobrevivir. Y a estos siempre les queda la duda de si no habrá sido precisamente a causa de esas cosas que no se atrevía a contarles por lo que el difunto decidió darse muerte. Pero sin esa aclaración, aunque haya pistas que guíen a los sobrevivientes hacia las causas del desastre, siempre tendrán la sensación de que los han guiado hasta algo que resulta, simplemente, incomprensible. Si mi amigo, antes de pintarse la cabeza de bermellón y ahorcarse desnudo con un pepino en el ano, hubiera llamado por teléfono, por ejemplo, para lanzar un breve lamento angustiado, sin duda tendríamos una pista. Ahora bien, también podemos suponer que la cabeza pintada de bermellón, el pepino en el ano, la desnudez y el ahorcarse eran una especie de lamento silencioso, aunque para los sobrevivientes no constituyó una pista suficiente. Yo no podía seguir las pistas que había dejado porque eran demasiado vagas. Y, no obstante, nadie estaba en posición más ventajosa para comprender a mi difunto amigo. Desde el primer curso en la universidad fuimos inseparables. Nuestros compañeros de clase decían que éramos como gemelos.

Incluso me parecía más a él que a Takashi. Mi hermano menor no se asemejaba a mí en nada. Y, ciertamente, había ideas en la cabeza de este último, por ejemplo mientras recorría los Estados Unidos, que me resultaban menos comprensibles que las que había tenido mi difunto amigo. Cierta noche del otoño de 1945, cuando mataron a golpes a S, el segundo de mis hermanos mayores, en el poblado coreano que había crecido como un chichón en un extremo del valle donde se encontraba nuestro pueblo —era el único de mis dos hermanos mayores que había regresado vivo del frente—, mi madre, en su lecho de muerte, volviéndose hacia mi hermana, le dijo lo siguiente acerca de los dos varones que quedábamos en la familia: «Esos dos todavía son niños, y sus facciones aún no se han formado, pero Mitsusaburō será feo y Takashi será guapo, tendrá una vida feliz y gozará del aprecio de la gente. Debes llevarte bien con él siempre, y cuando seáis mayores, no os separéis».

Tras la muerte de nuestra madre, mi hermana y Takashi se fueron a vivir con un tío, y aunque mi hermana siguió aquel consejo materno, se suicidó antes de alcanzar la mayoría de edad. También era subnormal, aunque no tanto como mi hijo, y, como había dicho nuestra madre, era incapaz de sobrevivir por sí sola; sólo reaccionaba a la música o a los sonidos que le parecían musicales.

Ladra el perro. El exterior entra por ambos lados hasta el fondo del pozo y me devuelve a la vida. Mi mano derecha, curvada como una pala, ha estado rascando la pared que tengo enfrente y ha hecho caer sobre mis rodillas cinco o seis ladrillos que estaban sepultados en la marga de Kantō<sup>[12]</sup> y el perro se ha pegado a mi pecho para esquivarlos. Nerviosamente, mi mano derecha escarba una, dos veces más, y me doy cuenta de que alguien me mira desde lo alto. Abrazo al perro con la mano izquierda y miro hacia arriba. Se me contagia el temor del perro y me invade un miedo verdaderamente irracional. La luz de la mañana es tan opaca como un ojo con cataratas. El cielo, antes blanquecino por la luz del alba, se ha vuelto oscuro y pesado. Si mis dos ojos vieran, la luz de la mañana llenaría el paisaje con mayor riqueza (el ser tuerto suele inducirme a hacer estas apreciaciones erróneas), pero para el ojo que me queda no es más que un amanecer oscuro y desolado. En el fondo de un pozo, situado en un punto más bajo que cualquier otra persona normal de la ciudad en aquella hora matutina, con el cuerpo sucio, arañó la pared con la mano. Me asaltan un frío abrumador por fuera y una ardiente vergüenza por dentro. Aparece de nuevo en la boca del pozo, más negra que el cielo, como una torre que se desploma, la figura de un hombre más ancho que alto. Parece un cangrejo puesto en pie. El perro enloquece y yo siento miedo y vergüenza. Como si fuera granizo, cae sobre el pozo, igual que un vendaval, el ruido de infinidad de objetos de cristal.

Aguzo la vista en un esfuerzo por reconocer la cara del gigante que mira hacia abajo como un dios, pero, vencido por la vergüenza, sonrió tontamente.

—¿Cómo se llama ese perro? —preguntó el gigante.

Aquella pregunta estaba muy lejos de las palabras contra las que me había puesto en guardia. En un instante, me rescató hasta las orillas de lo cotidiano, y sentí un alivio inmenso. Sin duda, por boca de aquel hombre se enteraría de lo ocurrido todo el vecindario, pero no sería un escándalo de los que se salen de lo ordinario. No sería un escándalo de esos que hacen que todos los pelos de nuestro cuerpo se ericen de horror y vergüenza como si fuéramos perros asustados, de esos que esparcen al viento todo lo humano con brutalidad y agresividad. Sería un escándalo menor, no más grave que si nos hubieran visto fornicar con una vieja criada. El perro, sobre mis rodillas, como si hubiera adivinado que aquella cosa grotesca ya no representaba ningún peligro para su protector, se calló, manso como un conejo.

—¿A que estabas borracho y te has caído ahí? —siguió diciendo el hombre, con lo que integró totalmente mi comportamiento de aquella madrugada en lo cotidiano—. Había tanta niebla esta mañana...

Volviéndome hacia el hombre, asentí cautelosamente (la silueta de su cuerpo se destacaba tan negra, que, por muy oscura que fuera la mañana, mi cara debía resplandecer contra la oscuridad) y me puse en pie con el perro en brazos. Como lágrimas, varias gotas de agua cayeron desde mis muslos y me mojaron las rodillas, que habían estado secas hasta entonces. Vagamente aprensivo, el gigante retrocedió un paso, y pude ver su cuerpo entero a partir de los tobillos. Se trataba de un joven lechero, vestido con un traje muy peculiar para acarrear la leche, semejante a un chaleco salvavidas con infinidad de bolsillos, en cada uno de los cuales llevaba una botella. Cuando respiraba, se esparcía a su alrededor el ruido del cristal al entrecocar. Su respiración me pareció más rápida de lo normal. Tenía la cara chata como la de un lenguado, y no se le veía el blanco de los ojos, como ocurre con algunos monos. Se me quedó mirando, jadeante, con aquellos ojos uniformes y castaños. El aliento le colgaba de la frágil barbilla como una barba blanca. Deseoso de evitar ver en su rostro cualquier expresión que resultara desagradable para mí, dirigí la mirada hacia las hojas otoñales de los cornejos que había detrás de la cara redonda del joven. Desde el punto en que se encontraban mis ojos, a unos cinco centímetros sobre el nivel del suelo, el revés de las hojas de los cornejos era de un rojo vivo brillante, ardiente, amenazador pero entrañablemente familiar, parecido a las llamas de un cuadro que representaba el infierno que veía en el templo de nuestra aldea cada año durante la celebración del aniversario del nacimiento del Buda<sup>[13]</sup>

(cuadro que fue donado por mi bisabuelo tras un trágico incidente acaecido en el primer año de Man'en)<sup>[14]</sup>. Creí notar que los cornejos me enviaban una señal, pero no pude entender su significado, así que me di ánimos interiormente y solté al perro sobre la tierra removida, donde se mezclaban el lodo negro y la hierba marchita, del color de las hojas muertas. El perro se marchó corriendo con aire de alegría, como si se le hubiera agotado la paciencia que había mostrado hasta entonces. Con gran cuidado, subí la escalera. De repente oí el canto de al menos tres pájaros distintos y el ruido de las ruedas de un automóvil. De no haber ido con cuidado, como tiritaba de un modo exagerado a causa del frío, hubiera podido perder pie. El lechero, al verme aparecer tiritando de aquel modo y vestido con el sucio pijama azul, dio otro paso atrás, con evidente aprensión. Aunque me entraron ganas de darle un susto, entré en la cocina sin hacerlo, claro, y cerré la puerta tras de mí.

—Cuando te vi en el pozo, creí que estabas muerto, ¿sabes? —gritó el lechero a mis espaldas, sin motivo, decepcionado quizá porque me hubiera metido en casa sin hacerle caso.

Me detuve un momento delante de la habitación de mi mujer, para ver si seguía durmiendo. Me quité el pijama y me froté el cuerpo. Pensé en calentar agua y lavarme, pero no lo hice. Inesperadamente, había perdido las ganas de quitarme la suciedad. Tiritaba cada vez más. Como la toalla se oscurecía, decidí encender la luz, y pude comprobar que se me habían roto las uñas de la mano con las que rasqué la pared y sangraban. En vez de buscar un desinfectante, me enrollé la toalla y volví tiritando al estudio, donde dormía solo. Tiritaba sin cesar, y pronto me entró fiebre. Me dolía sordamente todo el cuerpo, aparte del dolor agudo de las uñas. Era un dolor mucho más cruel que el que sentía cada día al amanecer. Me di cuenta de que mi mano, inconscientemente, había estado escarbando los ladrillos de la tierra para que esta se derrumbara y me enterrara. Los temblores y el sordo dolor se hacían insoportables, y al sentir mi cuerpo desmembrado, y el dolor de cada una de sus partes por separado, comprendí un poco el significado de aquella experiencia de mi despertar diario.



## 2. REENCUENTRO DE FAMILIA

La tarde del día en que recibimos un telegrama de mi hermano menor diciendo que llegaba al aeropuerto de Haneda tras cortar repentinamente su vida vagabunda por los Estados Unidos, mi mujer y yo nos encontramos en el aeropuerto con dos jóvenes amigos suyos, un chico y una chica. El avión llegaría con retraso, porque había una tormenta sobre el Pacífico. Nosotros, los que íbamos a recibir a Takashi Nedokoro, tomamos una habitación en un hotel del aeropuerto para esperar la llegada del avión. Mi mujer, de espaldas a una ventana cubierta por una persiana veneciana de plástico (que no impedía totalmente el paso de la luz exterior, pues en la sala flotaba una débil claridad, como de humo que no puede escapar), se sentó en una butaca baja, con la cara en la sombra para que nadie viera su expresión, y empezó a beber whisky en silencio. Su mano izquierda, oscura como la rama húmeda de un árbol, sostenía un vaso de cristal finamente tallado, y a sus pies descalzos, junto a los zapatos, había una botella de whisky y un cubo de hielo. Se había traído el whisky de casa y había pedido el hielo en el hotel.

Los amigos de mi hermano, sentados en la cama, que tenía la colcha puesta, con las rodillas en la barbilla, apretados como cachorros en la madriguera, veían un programa deportivo en un televisor de transistores que zumbaba como un mosquito. Había visto un par de veces a aquellos dos jóvenes, Hoshio y Momoko, que debían de tener unos dieciocho años. Inmediatamente después de que mi hermano desapareciera tras dejar que mi amigo le pagara los antibióticos, los dos vinieron a verme, deseosos de conocer su nuevo paradero. Algunos meses más tarde volvieron a visitarme; al parecer, habían recibido noticias de mi hermano, pues tenían una dirección para ponerse en contacto con él que se negaron a darme; se limitaron a

pedirme dinero para comprar algunas cosas que necesitaba y enviárselas. Su personalidad no causó particular impresión ni en mí ni en mi mujer, pero sí el modo en que la ausencia de mi hermano parecía haberlos dejado desorientados, así como la devoción que eso sugería.

Mientras me bebía una cerveza, que parecía negra en la penumbra de la habitación, observaba a través de los listones de la persiana el inmenso espacio donde los pesados aviones de reacción y los heroicos aparatos de hélices despegaban y aterrizaban ininterrumpidamente. La distancia entre las pistas y la habitación donde nos refugiábamos tras la persiana era salvada por una pasarela de hormigón y acero que quedaba más o menos a la altura de mis ojos. Un grupo de alumnas de una escuela que visitaba el aeropuerto cruzó la pasarela; todas iban inclinadas hacia adelante, precavidas. Al llegar el grupo de niñas uniformadas a lo más alto de la pasarela, por un instante parecieron ascender hacia el cielo como un avión que despegara de la pista. Fue algo insólitamente turbador. Pero lo que en un principio imaginé que eran los zapatos de las niñas que salían volando de sus pies, resultaron ser palomas asustadas, y una de ellas, con movimientos extraños, como si hubiera recibido un tiro, vino a posarse en los ladrillos del estrecho alféizar que había al otro lado de la persiana. Al mirarla detenidamente, vi que era coja. Tal vez por falta de ejercicio, estaba demasiado gorda para aterrizar con suavidad. Desde el hinchado cuello hasta la panza, su plumaje era oscuro como la piel de la mano de mi mujer. La gorda paloma salió volando de improviso (aunque al otro lado del cristal insonorizado hubiera sonado un ruido fuerte que la hubiera asustado, como a este lado no se oía, cuanto sucedía en el exterior parecía incoherente) y se detuvo estática a unos veinte centímetros de mis ojos, como una mancha negra en un test de análisis psicológico, antes de echar a volar y perderse en un santiamén. Asustado, me eché hacia atrás. Y, al volverme, vi que mi mujer, que seguía con el vaso en la mano, y los amigos de mi hermano, que habían levantado los ojos del televisor, me miraban, obviamente sorprendidos por mi brusco movimiento. Para ocultar mi turbación, dije:

—Debe de ser una tormenta muy virulenta para que el avión se retrase tanto, ¿no?

—No hay manera de saberlo.

—Si el avión da sacudidas fuertes, se asustará mucho. Le da miedo la muerte, y más si es dolorosa.

—Dicen que en los accidentes de aviación la muerte es instantánea y no se sufre.

—¡Taka no es miedoso! —exclamó Hoshio con voz tensa interrumpiendo la conversación entre mi mujer y yo. Como eran las primeras palabras que salían de su

boca aquella tarde, aparte de los saludos, me llamaron la atención.

—¡Claro que sí! Más bien ha sido un miedica toda la vida. Siendo aún niño, se hizo un corte de nada en un dedo, por el que salía una centésima de miligramo de sangre, y vomitó y se desmayó.

Aquella sangre le salió porque le pinché ligeramente la yema del dedo corazón con un cuchillo. Fanfarroneando, había dicho que podía cortarse la palma de la mano sin inmutarse. Y entonces traté de asustarle. Solía vanagloriarse de que no temía a la violencia, ni al dolor físico, ni a la muerte, y cada vez le demostraba que no era así, lo que acabó convirtiéndose en un juego, pues mi hermano deseaba apasionadamente que pusieran a prueba su valor.

—Le salió sangre de una herida en la punta del dedo corazón —le expliqué con detalle, para mofarme del devoto defensor de mi hermano— hasta que se formó una bolita, pequeña como un ojo de angula. Mientras la mirábamos, vomitó y se desmayó.

—¡Taka no es miedoso! En las manifestaciones de junio pude ver cuánto valor tiene. Taka no mostró miedo, ni mucho menos.

Me intrigaba profundamente aquella adhesión incondicional y obcecada del amigo de mi hermano. Mi mujer también prestaba atención y tenía los ojos fijos en Hoshio. Volví a mirar al joven, que se había sentado derecho en la cama y ahora me devolvía la mirada. Tenía aspecto de acabar de salir del campo, es decir, parecía un joven campesino recién emigrado a la ciudad. Aunque sus facciones toscas no eran feas por separado, parecían darse la espalda entre sí, lo que le confería un aspecto cómico. El aire de simpleza, mitad hosco y mitad despreocupado, que cubría su cara como una red transparente, era característico del muchacho campesino. Su chaqueta de gruesa lana color ocre, aunque la llevaba con gran cuidado, no tardaría en arrugarse y perder la forma hasta parecerse a un gran gato muerto.

—Aunque Taka deseaba convertirse en un matón, en uno de esos hombres que llevan una vida de violencia, las pocas veces que lo conseguía, más bien daba la impresión de ser un aspirante a macarra, ¿sabes? ¿No crees que eso no es lo mismo que la valentía? —No me interesaba convencerle, pero esperaba terminar la discusión con aquel comentario irónico—. ¿Qué quieres beber, chico, whisky o cerveza?

—¡Yo no bebo! —replicó el joven, en un tono en que se mezclaban la suspicacia y el disgusto, al tiempo que estiraba un brazo con la palma de la mano levantada, en gesto de rechazo—. Taka dice que quienes beben son débiles al ser atacados. ¡Asegura que si los bebedores lucharan con los abstemios, en igualdad de fuerzas y

de técnica, los abstemios ganarían sin lugar a dudas!

Algo intimidado, abrí otra cerveza y le serví whisky a mi mujer, quien mostraba un interés y una vivacidad que hacía meses que no veía en ella. Asiendo nuestros vasos con el aire de dos alcohólicos aliados en una resistencia desesperada frente a las fuerzas superiores de los abstemios, nos enfrentamos a la palma rosada de la mano del joven, que seguía vuelta hacia nosotros. Bastaba una mirada a aquella corta palma para adivinar por su aspecto cuán poco tiempo había transcurrido desde que abandonó el campo.

—Sin duda, Taka es como dices. Aún no conozco a mi cuñado, pero me alegro de saber que es un joven tan recto.

Al decirle esto mi mujer, Hoshio agitó el brazo con fuerza, como diciendo que no toleraba que le tomara el pelo una mujer borracha, y apartó la cara con rabia, para volver a mirar el aburrido programa deportivo de la tele. En voz baja, le preguntó a la chica cuál era el tanteo del equipo atacante; mientras tanto, mi mujer y yo, sin saber qué decir, callábamos y sorbíamos nuestras bebidas.

El avión seguía sin llegar. Temí que se retrasara eternamente. A medianoche la situación no había cambiado. Visto a través de los listones de la persiana, el aeropuerto parecía una bóveda pálidamente iluminada en la que luces de cálidos tonos azules y ardientes anaranjados horadaban la oscuridad de un blanco lechoso sucio que cubría la metrópoli, como si la noche, al llegar a los límites de la bóveda, se hubiera quedado colgada del cielo, inmóvil para siempre. Cansados, apagamos la luz de la habitación, que siguió iluminada por la vaga fosforescencia que emitía el televisor, pues al terminar la emisión los amigos de mi hermano no se habían molestado en apagarlo. Me parecía que seguía zumbando como un mosquito, pero no estaba seguro de que aquel ruido no procediera de mi cabeza.

Con la espalda vuelta hacia las pistas, en actitud de rechazar anticipadamente a cualquier visitante que pudiera entrar por alguna puerta imaginaria, mi mujer seguía bebiendo sorbos de whisky. Como un pez que conoce su hábitat y su capacidad de moverse por él, parecía tener un misterioso instinto para medir el grado justo de su embriaguez, del que no pasaba nunca y del que no salía nunca. Según su propio análisis, había heredado ese instinto, esa válvula automática de seguridad de la embriaguez, de su madre, que era alcohólica. Una vez alcanzado el grado de embriaguez deseado, sin sobrepasar nunca el límite de seguridad, decidía dormirse, y lo hacía inmediatamente. Y como nunca tenía resaca, cada mañana volvía a emprender el enloquecido camino que la conducía a aquel entrañable grado de embriaguez.

—Por lo menos, te distingues de los demás alcohólicos en una cosa: puedes regular tu embriaguez y quedarte siempre en el mismo nivel a voluntad. Supongo que dentro de unas semanas se te pasará esta repentina adicción a la bebida. No conviene que relaciones esta afición pasajera por el alcohol con los recuerdos de tu madre, ni que pienses que es algo hereditario —le repetí muchas veces, pero ella siempre rechazaba mis argumentos.

—Más bien es ese poder de regular a voluntad mis borracheras lo que me induce a beber, al igual que le ocurría a mi madre. Si me detengo al llegar a cierto grado de embriaguez, no es porque refrene mis ganas de beber más, sino porque temo pasar del punto en que me siento bien.

Eran los distintos miedos y odios que la acosaban lo que la empujaba a la bebida, pero, como un pato herido que se zambulle a sabiendas de que será presa del temor en cuanto salga a la superficie, ni siquiera borracha se libraba nunca de esos miedos y odios. Al embriagarse, los ojos se le inyectaban anormalmente de sangre, lo que la preocupaba, y un día, acongojada por el recuerdo del accidente durante el parto de nuestro desgraciado bebé, dijo:

—¡Según las leyendas tradicionales coreanas, las mujeres que tienen los ojos rojos como ciruelas son caníbales!

El olor de su aliento de borracha llenaba la habitación. Los efectos de la cerveza se me habían pasado, y notaba su aliento con la misma claridad con que sentía mi pulso. La calefacción era demasiado fuerte, así que abrimos un poco la doble ventana para renovar el aire, y por ese resquicio se coló, como un torbellino, el rugido del reactor de lo que parecía un avión rezagado. Desperté apresuradamente a mi único ojo, el solitario guerrero, que estaba adormecido por el cansancio, para que buscara el avión que debía haber aterrizado, pero lo que descubrió fueron sólo dos luces paralelas, a punto de desaparecer en las profundidades de la oscuridad de color blanco lechoso sucio. Me habían despertado los reactores de un avión que despegaba. No obstante comprenderlo, me volvió a ocurrir una y otra vez, a pesar de que los despegues eran menos frecuentes y todo el aeropuerto parecía estar medio paralizado. Sólo la noche seguía como antes, desvalida, sin lugar adonde ir para escapar de las luces que, en su búsqueda, la horadaban sin piedad. Los aviones, del color del pescado seco, permanecían inmóviles entre el caos de azules cálidos y naranjas ardientes.

Seguimos esperando pacientemente en la habitación la llegada del avión. Para mi mujer y yo, el regreso de mi hermano no podía tener el significado positivo que tenía para sus amigos; y no obstante, le esperábamos como si viniera a devolvernos algo

importante y fundamental para nosotros.

Dando gritos, Momoko se puso literalmente de pie sobre la cama. Había estado durmiendo encima de la colcha hasta ese momento, acurrucada como un feto. Hoshio, que se había tumbado en el suelo, se levantó despacio y se le acercó. Mi mujer, con el vaso de whisky firmemente asido y la cabeza erguida como la de una comadreja, y yo, de pie con la espalda contra la persiana, miramos impotentes el triángulo invertido de la cara de la joven, llena de la tensión provocada por sus sueños y por la que corrían abundantes lágrimas que la luz del televisor hacía brillar como si fueran de vaselina.

—¡Se ha estrellado el avión, está ardiendo, está ardiendo! —gritó, llorando.

—¡No se ha estrellado ningún avión! ¡No llores! —le dijo su compañero con voz extrañamente ronca, como si lo que decía le avergonzara.

—¡Es verano..., es verano! —dijo Momoko suspirando; luego volvió a hacerse un ovillo en la cama, y se durmió de nuevo.

Verdaderamente, el aire de la habitación era caluroso como en verano. Me sudaban las palmas de las manos. ¿Por qué sentía aquel par de chavales una necesidad tan intensa de mi hermano, como si fuera un dios protector, hasta el punto de pasarse la larga noche en tensión y de pensar en él incluso en sus sueños? ¿Era Takashi el único ser que podía cumplir sus expectativas? Sintiendo pena por los jóvenes amigos de mi hermano, le pregunté a Hoshio:

—¿Quieres un poco de whisky?

—¡No! ¡No bebo!

—¡No me digas que nunca has bebido ni una gota de alcohol!

—¿Yo? Antes bebía mucho. Cuando dejé el instituto nocturno, me coloqué como jornalero, y después de trabajar tres días, me pasaba el cuarto bebiendo ginebra. A veces echaba una cabezada, pero la verdad es que siempre estaba borracho, tanto dormido como despierto, y por eso tenía entonces muchos sueños felices —dijo el joven con un tono de voz inesperadamente lleno de fervor. Se levantó, vino a mi lado y apoyó la espalda en la ventana haciendo crujir los listones. Iluminaba su rostro la primera sonrisa que había visto en él, y sus ojos brillaban en la penumbra. Evidentemente, se sentía muy orgulloso de lo que me acababa de contar.

—¿Por qué dejaste de beber, pues?

—Porque conocí a Taka, y me dijo: «¡No bebas! La vida hay que afrontarla sobrio». Por eso lo dejé, y desde entonces no he vuelto a soñar.

Así que Takashi, al parecer, tenía madera de educador. Nunca había creído que mi hermano fuera de esa clase de personas. Con autoridad, le dijo al joven jornalero

que no bebiera, que la vida había que afrontarla sobrio. Y eso bastó para que dejara de vivir de un modo autodestructivo. Y, encima, lo recordaba la mar de contento y sonriente.

—Y hablando de si Taka es valiente o no... —prosiguió, volviendo a la discusión de la tarde, al ver cómo me había impresionado nuestro diálogo sobre la bebida. Mientras permanecía tumbado en el suelo, como un perro, había estado rumiando la forma de poner bien alto el honor de su dios guardián—. En las manifestaciones de junio, Taka hizo algo que sólo a él se le hubiera podido ocurrir, ¿sabes? ¡Qué vas a saber tú!

Dispuesto a retarme con una nueva lógica, se puso donde pudiera mirarme de hito en hito. Le devolví la mirada, no sin ciertas reservas mentales, pues aquellos ojos parecían haberse convertido en un par de agujeros de bala.

—Un buen día, se unió a los mafiosos<sup>[15]</sup> y se lio a golpes y patadas contra los que habían sido sus amigos hasta entonces; y al día siguiente, tan campante, volvió a luchar al lado de sus camaradas.

Se rio la mar de contento, con infantil alegría. Aquella risa removi6, igual que si hubiera sido un palo, las turbias aguas de mi antipatía hacia él.

—Esa «gran hazaña» sólo demuestra que Taka no es más que un crío caprichoso, consentido e inconstante. ¡No tiene nada que ver con el valor!

—Detestas a Taka porque te has enterado de que estaba del lado de los que pegaban palos el día que descalabraron a tu amigo y le hirieron enfrente de la Dieta —replicó con abierta hostilidad—. Por eso no admites el valor de Taka.

—A mi amigo le pegó la policía. No es posible que fuera Taka. No puede haber relación alguna entre esos dos hechos.

—¿Quién sabe? Con tanta oscuridad y tanto follón... —insinuó sibilinamente.

—¡No creo que Taka sea capaz de darle tan fuerte a alguien en la cabeza para rompersela y hacer que se vuelva loco y se suicide! Desde niño sé lo cobarde que es, ¿sabes?

Mientras le decía esto, perdí el interés por aquella discusión sin sentido. El cansancio y una desazón cuyas causas no acababa de comprender bien me hicieron sentir la boca llena de un sabor desagradable, como si se me hubiera reventado un flemón: era el sabor de la futilidad. El recuerdo de mi amigo volvió a mi mente, y no pude menos que reprocharme, avergonzado, si todo lo que era capaz de hacer por aquel hombre que había significado tanto para mí era sostener una discusión absurda con un mequetrefe como Hoshio. Se me ocurrió entonces que la causa de mi desazón tal vez fuera que, en el fondo, me daba cuenta de que quienes les sobreviven no

pueden hacer nada por los muertos. Sin ninguna razón definida, había sido presa de un vago presentimiento desde hacía algunos meses. Fueron los meses en que murió mi amigo, mi mujer se dio a la bebida y tuvimos que internar a nuestro hijo subnormal, aunque aquel presentimiento tal vez también tuviera relación con cosas que habían estado gestándose desde mucho tiempo antes. Aquel presentimiento me había llenado de la convicción de que moriría de un modo aún más inútil, absurdo y ridículo que mi amigo. Y también estaba convencido de que quienes me sobrevivieran serían incapaces de hacer lo más conveniente para mí después de mi muerte.

—Tú no entiendes a Taka. No le conoces. La verdad es que no te pareces en nada a él. No eres más que un ratón. ¿Por qué has venido a recibirle? —dijo el joven, que parecía a punto de echarse a llorar, cosa que no esperaba de él y me sorprendió profundamente. Al apartar la mirada de su patética cara, se alejó de mí y fue a tumbarse en la cama al lado de su compañera. No volvió a abrir la boca.

Recogí el vaso de papel —que formaba parte de la bolsa de comida que habíamos comprado para cenar— y la botella de whisky, que estaban a los pies de mi mujer, y tomé un trago del maloliente líquido con cierta aprensión. Sólo compraba el whisky más barato. Me quemó la garganta y tosí un rato, patética e ignominiosamente, como un perro con moquillo.

—Oye, ratón, ¿es que vas a pasarte la noche mirando el aeropuerto? Tengo algo que decirte, ratón —me dijo mi mujer con displicencia, hundida cómodamente en su nivel medio de embriaguez.

Tomé con cuidado la botella de whisky y el vaso de papel y me senté junto a sus rodillas.

—Si Taka nos pregunta por el bebé, ¿qué debemos contestarle?

—Creo que lo mejor será que no le expliquemos nada.

—Si después me pregunta por qué bebo, no tendré más remedio que explicárselo —me respondió, mostrando una objetividad extraña en ella—. Aunque si contestara a una de esas preguntas, no haría falta contestar a la otra, lo que simplificaría las cosas.

—¡No simplificaría nada! Si fueras tan consciente como dices de la relación que hay entre ambas cosas, a estas horas ya habrías superado lo del bebé y lo de la bebida. ¡Estarías sobria y embarazada de nuevo!

—Me pregunto si Taka también me aleccionará: «¡No bebas! La vida hay que afrontarla sobrio». Lo que pasa es que no tengo ganas de que me reeduquen... —dijo con candor. Le eché whisky en el vaso—. ¿No crees que Taka esperará encontrarnos



con el niño?

—¡Mi hermano es demasiado joven para pensar en esas cosas! No es más que un crío.

Me pareció que mi mujer veía una visión del bebé entre su rodilla izquierda y la mía derecha. Tras dejar el vaso en precario equilibrio sobre el brazo de la silla, estiró la mano vacía haciendo gestos como si trazara el contorno de un bebé muy rechoncho o con mucha ropa, lo que aumentó mi azoramiento y mi sensación general de desazón.

—Tengo la impresión de que Taka se va a presentar con un osito de peluche o cualquier otra cosa para el niño, o de que va a pasar algo que nos ponga a todos contra las cuerdas.

—No creo que tenga dinero para comprar ositos de peluche —dije. La verdad era que no deseaba que mi mujer le hablara del niño a mi hermano nada más conocerle, pero tampoco me agradaba la idea de ser yo quien tuviera que hacerlo.

—¿Cómo es Taka, sensible o duro?

—Es una mezcla de ambas cosas: unas veces parece muy sensible y otras extremadamente duro. De todos modos, dado tu estado actual, no es la persona más deseable para que te la presenten como nuevo familiar.

Al oírme decir esto, Hoshio se movió nervioso en la cama, encogiéndose como una cochinilla al ser atacada, y tosió forzosamente. El joven no perdía la oportunidad de defender, aunque fuera de modo solapado, a su ídolo.

—No quiero que nadie me interrogue —dijo mi mujer a la defensiva, repentinamente excitada y al instante abatida de nuevo, como si hubiera hablado en el mismísimo momento en que el balón de sus emociones, lanzado al aire, hubiera alcanzado el punto culminante de su trayectoria y empezara a descender.

—Por descontado, nadie tiene derecho a interrogarte —dije tratando de consolarla, preparándome por si iniciaba el descenso interminable por la escalera de caracol de la autocompasión y el autoodio—. Por otra parte, no tienes motivos para temer a Taka. Lo único que te pasa es que estás nerviosa porque vas a conocer a un nuevo miembro de la familia. Aparte de eso, no tienes nada que temer... y, desde luego, no estoy insinuando que *tengas* miedo...

Volví a echar whisky en su vaso. Si no se ponía a dormir por iniciativa propia, había que llevarla un grado más allá del nivel medio de embriaguez. Algo mucho peor que el dolor de cabeza o el ardor de estómago o el malestar físico acosaba su frágil mente, algo monstruoso que dominaba la noche. Tomó otro trago, claramente conteniendo las náuseas. Aguzando mi único ojo, cansado y dolorido por su lucha

contra la oscuridad, contemplé su cara, desvalida, solitaria, encerrada en sí misma. Finalmente lo superó. Se suavizaron las rígidas facciones de su rostro, que mantenía vuelto hacia arriba, con los ojos cerrados, y apareció en ellas la placidez de rasgos de un adolescente. La mano que sostenía el vaso flotaba sobre sus rodillas. Al quitárselo, la palma negruzca y nervuda cayó sobre ellas como una golondrina muerta. Por fin se había dormido. Apuré el whisky que quedaba en el vaso, bostecé y, siguiendo el ejemplo del joven, me tumbé en el suelo (*No eres más que un ratón*), dispuesto a montarme en el destalado carro del sueño.

En sueños, me encuentro en la encrucijada de una calle con una avenida por la que circulan tranvías. Una multitud me adelanta desde atrás, golpeándome los costados sin cesar. Las hojas de los árboles parecen indicar que estamos a finales del estío, y su follaje es tan espeso como el de los del bosque que rodeaba nuestra aldea en el valle. A diferencia del bullicio habitual que reina en el mundo que voy dejando a mis espaldas, el que se extiende ante mis ojos, como si hubiera sumergido la cara en el mar para ver el fondo, está envuelto en un silencio profundo, ultraterreno. ¿Por qué está tan profundamente silencioso este mundo? Porque todas las personas que caminan despacio por las aceras son ancianos. Quienes van en los automóviles también son ancianos, y los que trabajan en bares, farmacias, tiendas de ultramarinos o librerías, así como los clientes; sólo se ven ancianos. Justo a la derecha de la entrada de la avenida hay una peluquería, y todos los clientes, envueltos hasta el cuello en blancos delantales según puedo ver reflejado en el ancho espejo a través del escaparate, son viejos, al igual que los peluqueros. Y, salvo los clientes y los empleados de la peluquería, todo el mundo lleva sombreros bien calados, ropas negras y una especie de botas de agua ceñidas a los tobillos. Rodeado de estos viejos silenciosos, trato de recordar algo importante que me preocupa al tiempo que presiento que todo aquello tiene un profundo significado para mí. Y entonces me doy cuenta de que entre la multitud de viejos de la calle se encuentran mi amigo ahorcado y el niño subnormal que ingresamos en un centro médico, también con sombreros calados hasta las orejas, ropas negras y botas. Aparecen y desaparecen, entre sus compañeros, y al ser casi idénticos a los demás viejos, me resulta imposible distinguir a mi amigo de mi hijo, pero esta ambigüedad no es obstáculo para que la experiencia me emocione profundamente. Todos los viejos que abarrotan la calle significan algo para mí. Trato de penetrar en su mundo, pero me encuentro con una invisible resistencia, y grito, lleno de angustia:

—¡Yo os abandoné!

Pero mi grito se pierde en infinidad de ecos alrededor de mi cabeza, y no puedo

decir si lo han oído en el mundo de los viejos. Estos caminan tranquilamente, conducen los coches despacio, eligen libros sin prisas, permanecen sentados impasibles ante el espejo de la peluquería, siempre igual, eternamente... Me invade una angustia como si me retorcieran las entrañas. ¿Cómo los abandoné? Porque no me ahorqué con la cabeza pintada de bermellón; porque no ingresé en un centro médico en lugar de mi hijo y no me quedé allí para degenerar hasta convertirme en algo parecido a la cría de una alimaña. ¿Por qué me resulta ahora tan claro? Porque es evidente que no estoy con ellos con un sombrero calado hasta las orejas, vestido de negro, con botas de agua y caminando como un viejo por la calle a finales de verano...

—*¡Yo os abandoné!*

Pese a haberme dado cuenta ya de que aquello era un sueño, esto no aliviaba en absoluto la opresión que las plácidas apariciones me causaban. Incluso la experimentaba con mayor claridad si cabe.

Me pusieron una mano pesada en el hombro. Una fuerza me impidió abrir los párpados; no supe si era la luz que me deslumbraba o la vergüenza que me embargaba. A pesar de ello, abrí los ojos y vi a mi hermano, que me miraba fijamente, vestido con una cazadora de cuello de tejón (o de imitación) y pantalones vaqueros, como un cazador. Tenía la cara tan morena, que parecía que se le hubiera oxidado.

—¡Hola! —me gritó, como animándome.

Al levantarme, vi a la chica, casi desnuda, que se inclinaba a recoger una falda de color castaño oscuro. Iba a ponérsela, en pleno invierno, sin nada más que las bragas debajo. Mi mujer y Hoshio la observaban con atención, como si fueran sus guardianes. Desnuda, Momoko tenía la pinta de una gallina desplumada y muerta de frío; más que erótico, aquel espectáculo me pareció lastimosamente desolador.

—Es un vestido indio de piel. Es lo único que he comprado en los Estados Unidos. Para conseguir el dinero, tuve que vender el medallón de nuestra hermana.

—¡Ah, hiciste bien! —dije, disimulando mi decepción por la pérdida de aquel recuerdo de mi llorada hermana.

—Me has quitado un peso de encima.

Al decir esto, Taka, que realmente parecía haberse librado de una preocupación, se dirigió hacia la ventana, apartó con evidente placer, de una patada, la botella de whisky, el vaso y la caja que había contenido nuestra cena de la pasada noche, y subió del todo la entreabierta persiana.

La tenue luz blanquecina del amanecer llenaba el cielo bajo una fina capa de

nubes, y los aviones, pegados al suelo como langostas, estaban envueltos en la bruma. Aquella vista me llenó, aunque en un grado mucho mayor, de la misma cruel tristeza que me había causado la contemplación del cuerpo de la joven Momoko, lo cual me llevó al convencimiento de que esas emociones tenían sus raíces en mi interior y eran provocadas por los residuos de la borrachera y el cansancio de la noche anterior, así como por la falta de sueño.

Iluminada por la débil claridad que entraba por la ventana, Momoko agitaba llena de perplejidad su cabecita, que salía por el ancho cuello ovalado del vestido de cuero. El dobladillo de la falda se le había enganchado en las caderas, y no se había dado cuenta de que tenía medio trasero al aire. Pero en su cara brillaba el orgullo inocente de ser la única persona a quien Takashi le había traído un recuerdo. Aunque refunfuñaba, como si no acabara de convencerla aquel vestido de cuero, lo hacía con un tono de voz que no podía ocultar su buen humor.

—¡El cuero no resbala por mi piel, Taka! ¡Y no tengo ni idea de por qué ojalá hay que pasar estas tirillas de cuero, Taka, como hay tantas...! ¿Cómo se las arreglan las indias para ponerse estos vestidos? Deben de estar muy fuertes en matemáticas...

—¡Las matemáticas no tienen nada que ver con esto! —terció Hoshio en el mismo tono jocoso mientras trataba torpemente de echarle una mano—. ¿Estás segura que las tirillas de cuero no son simplemente de adorno?

—¡Aunque sólo sirvan de adorno, no hay razón para que las arranques!

Entonces, uniéndose al grupo en torno al vestido indio, mi mujer ayudó diligentemente a Momoko a ponérselo. Me sorprendió ver con qué naturalidad se relacionaba aquella mañana con los amigos de mi hermano. Mientras yo dormía lleno de angustia y vergüenza, Takashi, nada más bajarse del avión, había conseguido como por arte de magia que mi mujer se hiciera amiga de sus jóvenes camaradas. La angustia que la afligía la noche anterior, y que me contagió, ahora era sólo mía.

—Como el bebé tiene una deficiencia mental grave, al final tuvimos que internarlo, ¿sabes?

—Sí, ya lo sabía —dijo mi hermano con el tono consolador y solemne que hacía al caso.

—A las cinco semanas fuimos a buscarle, pero a pesar del poco tiempo transcurrido estaba muy cambiado, tanto, que apenas le reconocimos. Por supuesto, él ni siquiera nos conoció. Es como si le hubieran hecho algo horrible. Me sentí más alejado de él que si se hubiera muerto. Total, que nos volvimos con las manos vacías —le dije en voz baja, pues no deseaba que mis palabras llegaran a oídos de mi

mujer.

El rostro de Takashi, que me escuchaba en silencio, tenía la misma expresión de sinceridad, que se introducía entre los pliegues de mis emociones sin despertar en mí la menor desconfianza, que vi en su cara bronceada y distinta de como yo la recordaba, una sinceridad latente en su voz al decirme que se había enterado del infortunio del bebé. Como no esperaba de él tal manifestación de seriedad adulta, supuse que era algo que había adquirido durante su estancia en los Estados Unidos.

—¿También estabas enterado de eso?

—No, no lo sabía. Pero intuía que había ocurrido algo horrible —dijo mi hermano en voz baja, casi sin abrir los labios.

—¿Te has enterado de que se suicidó mi amigo?

—Sí. Era una persona fuera de lo común, ¿no?

Pude ver que estaba enterado de los pormenores de su muerte. Era la primera vez que oía palabras de pésame en boca de alguien para quien mi amigo ahorcado no había sido más que un extraño.

—Tengo la impresión de estar rodeado por el hedor de la muerte.

—Si es así, Mitsu, tienes que librarte de él y volver al mundo de los vivos. Si no lo haces, se te pegará ese hedor.

—¿No irás a decirme que tu estancia en los Estados Unidos te ha hecho volverte supersticioso?

—Así es —prosiguió mi hermano sin darme tregua, pues advirtió que yo trataba de apagar los ecos que sus palabras habían despertado en el vacío que sentía dentro de mí—. Pero lo único que ha ocurrido es que se ha reavivado algo que sentí profundamente en mi infancia, pero que deseché después. ¿Te acuerdas de la choza de ramas y paja que hicimos nuestra hermana y yo, y en la que vivimos algún tiempo? Fue poco después de que mataran a golpes a nuestro hermano S, ¿recuerdas?

Le observé en silencio, sin replicar, y en sus ojos, que devolvían mi mirada, surgió el color de la sospecha, amenazando con tornarse en algo peligroso y violento. Siempre que alguien le recordaba las circunstancias de la muerte de nuestra hermana, Takashi perdía los estribos. Así que las cosas no han cambiado, pensé. Sin embargo, al igual que el acero que llega al límite de su elasticidad se rompe súbitamente, lo que comenzaba a formarse en sus ojos, fuera lo que fuere, se desvaneció de repente. Volvió a sorprenderme una vez más.

—El caso es que, aunque ella murió, el conjuro de aquella nueva vida surtió efecto. ¡La muerte de nuestra hermana ha servido para retrasar la mía! Cuando murió, nuestro tío sintió pena y me mandó a Tokio, a la universidad, ¿sabes? Si

hubiera seguido viviendo en el pueblo de nuestro tío, la depresión me habría matado. Si Mitsu no empiece ahora mismo una nueva vida, me pregunto si no será demasiado tarde... —dijo con voz tranquila y persuasiva.

—¿Una nueva vida? ¿Dónde está mi choza? —le contesté con sorna, pero sin poder evitar que la expresión «nueva vida» comenzara a surtir efecto en mí.

—¿Cómo es tu vida ahora, Mitsu? —me preguntó con seriedad, quizá advirtiendo mi vacilación.

—Poco después de morir mi amigo, dejé la universidad donde los dos éramos profesores. Por lo demás, no ha cambiado de modo particular.

Tras licenciarme en la facultad de filología, me había ganado la vida sobre todo traduciendo relatos de cazadores de animales salvajes que después los mantenían en cautividad. Uno de estos libros acerca de la vida animal se había reeditado varias veces, y sus derechos nos permitían vivir con sencillez a mi mujer y a mí. Pero la verdad era que tanto la casa en que vivíamos como el dinero para pagar la clínica del niño procedían de la ayuda que nos daba mi suegro. Además, suponía que, desde que había dejado de trabajar como profesor universitario, mi suegro cargaba con los gastos más importantes de la casa y con los extraordinarios. Aunque al principio puse algunas objeciones a que nos comprara la casa, después, sobre todo tras el suicidio de mi amigo, apenas me preocupaba que mi mujer dependiera para todo de su padre.

—Y ¿cómo es tu vida interior? ¿Va todo bien? Cuando vi que Mitsu dormía tirado sobre el suelo sucio, me llevé un disgusto. Y cuando te despertaste, el aspecto de tu cara y el tono de tu voz me demostraron que ya no eres lo que eras. Si quieres que te diga lo que pienso, Mitsu se hunde en picado, ¿entiendes?

—La verdad es que, desde que murió mi amigo, estoy hecho polvo. Y encima, lo del niño... —me justifiqué, vacilante.

—¿No crees que ya dura demasiado? —prosiguió Taka—. Si sigues así, Mitsu, te vas a hundir en la depresión. En Nueva York conocí a un filósofo japonés que lleva una vida solitaria como un eremita; resulta que fue a los Estados Unidos a estudiar a los seguidores de Dewey<sup>[16]</sup>, perdió totalmente su fe en la vida y acabó con una tremenda depresión. Tú empiezas a parecerme a él, Mitsu: en la cara, en la voz y, sobre todo, en lo físico y en la actitud. ¡Eres igual que él!

—Tu amigo Hoshio dice que no soy más que un ratón.

—¿Un ratón? ¡El apodo de ese filósofo es «El Ratón»! ¿Es que no me crees? —dijo Takashi con una sonrisa forzada.

—Sí, te creo —contesté, pero me ruboricé al oír mi propia voz preñada de

autocompasión.

Sin duda, me había vuelto semejante a un ratón, como el filósofo que perdió la fe en sí mismo. Desde el rato que pasé en el hoyo del pozo negro aquel amanecer, había estado rumiando esta experiencia sin cesar. Física y espiritualmente iba cayendo en picado, y sentía que la pendiente me conducía a un lugar donde el hedor de la muerte era más y más intenso. A aquellas alturas ya había dilucidado el sentido de lo que al principio me parecían unos dolores inexplicables, aparentemente inconexos, en distintas partes de mi cuerpo. Pero no se trataba de que hubiera dominado esos dolores psicológicos mediante la racionalización: al contrario, me acosaban sin cesar. Y el sentimiento de la ardiente «esperanza» seguía sin renacer.

—¡Tienes que empezar una nueva vida, Mitsu! —repitió Takashi con su voz más persuasiva.

—¡Te vendría bien empezar una nueva vida, como dice Taka! Yo también me doy cuenta de que te hace falta, Mitsu —dijo mi esposa, que nos miraba con los ojos entrecerrados a causa de la luz, pues estábamos el uno al lado del otro junto a la ventana.

Momoko ya se había puesto el traje de genuino cuero indio e incluso se había colocado el adorno de la cabeza; parecía una diminuta novia india. Mi mujer se había dirigido a nosotros cuando terminó de ayudarla a vestirse. A la luz del día, incluso resultaba atractiva.

—No se hable más: estoy decidido a empezar una nueva vida —dije con toda seriedad—. Pero la cuestión es dónde voy a encontrar la choza adecuada.

Sentía realmente la necesidad de tener una choza llena de aquel entrañable olor a hierba fresca.

—¿Por qué no dejas todo lo que estés haciendo en Tokio y te vienes conmigo a Shikoku? ¡No es un mal principio para una nueva vida, Mitsu! —dijo, esforzándose por ocultar su miedo a que rechazara aquella idea de plano—. ¡Precisamente por eso he cogido un avión y he volado hasta aquí afrontando peligros y mareos!

—¡Taka, si hemos de ir a Shikoku, vayamos en coche! Podemos ir los tres con nuestro equipaje, y uno puede dormir atrás mientras conducimos. ¡Me he comprado un Citroen de segunda mano! —dijo entonces Hoshio.

—Hoshi ha trabajado dos años en un taller mecánico, donde también vivía. Se compró un Citroen que habían llevado para desguazar y lo ha arreglado él solito, y funciona la mar de bien —nos explicó Momoko.

—Ya me he despedido del taller. El mismo día que llegó la carta de Taka y Momoko vino a decírmelo, se lo comuniqué al jefe, ¿sabes? —dijo Hoshio, que

estaba muy animado y tenía la cara roja a causa de la excitación.

Al oír eso, pese a sentirse algo incómodo, Takashi no pudo ocultar un infantil gesto de satisfacción.

—Sois unos insensatos, ¡qué pena me dais! —dijo mi hermano.

—Explícame en concreto lo de la nueva vida en Shikoku. No se tratará de trabajar la tierra como nuestros antepasados, ¿eh?

—En los Estados Unidos, Taka hizo de intérprete para un grupo de turistas japoneses que visitaban un supermercado —dijo Momoko—. Uno de ellos se interesó al oír su apellido, y se pusieron a hablar. Resultó ser el dueño de una cadena de supermercados en Shikoku. Es riquísimo, y hoy día es quien manda en vuestra región. Le dijo que está interesado en comprar el viejo almacén<sup>[17]</sup>, vuestra casa natal. Piensa transportarlo a Tokio y convertirlo en restaurante típico.

—¡En resumen, un nuevo rico capitalista, paisano nuestro, quiere comprarnos esa monstruosidad de madera carcomida! Y si Mitsu está de acuerdo, creo que debemos ir a supervisar cómo lo desmontan. Y, además, quiero aprovechar el viaje a nuestro pueblo para enterarme de lo que pasó realmente con el bisabuelo y su hermano, ¿sabes? También he vuelto con ese propósito.

No acabé de ver clara la viabilidad del plan de mi hermano. Aun suponiendo que de pronto se le hubiera desarrollado el talento para los negocios, ¿sería capaz de venderle a buen precio un almacén en ruinas en una aldea perdida en un valle al dueño de una cadena de supermercados, sin duda hombre ducho en esos asuntos? ¿Un restaurante típico? No era un edificio lujoso, sino un simple almacén que tenía más de cien años. Pero lo que más me sorprendió fue el interés de mi hermano por enterarse de la verdad sobre nuestro bisabuelo y el hermano menor de este. Cuando todavía vivíamos en la aldea del valle, poco antes de que nos separaran, Takashi había oído los rumores sobre el escándalo que habían protagonizado nuestros antepasados hacía casi cien años.

—Nuestro bisabuelo mató a su hermano menor para acabar con la revuelta de los habitantes de la aldea. Y luego se comió un pedazo de carne de su muslo para demostrarles a los jefes de su clan<sup>[18]</sup> que no había tenido nada que ver con los desórdenes provocados por él —explicó Takashi horrorizado. No hacía más que repetir lo que había oído decir.

Personalmente, yo no conocía con demasiada exactitud el incidente. Sobre todo durante la guerra, los adultos de la aldea daban la impresión de evitar hablar de él, y nuestra familia, por su parte, se esforzó por tirar tierra encima del escándalo de los bisabuelos. Sin embargo, para calmar su horror, le conté otro rumor distinto que



recordaba haber escuchado subrepticamente.

—No. Nuestro bisabuelo, después de la revuelta, ayudó a su hermano a cruzar las montañas hasta llegar a Kochi, desde donde se dirigió por mar a Tokio, y allí cambió de nombre y prosperó. Más o menos por la época de la Restauración de Meiji<sup>[19]</sup>, le escribió muchas cartas al bisabuelo. Como este siempre lo mantuvo en secreto, la gente se inventó esos rumores que tú has oído. Si el bisabuelo guardó silencio, fue porque mataron a mucha gente del pueblo por culpa de su hermano, y quiso evitarse el rencor de sus familias si hubieran sabido que estaba vivo. De todos modos, vayamos a mi casa. Luego nos plantearemos la nueva vida —propuse por fin, recordando con nostalgia la enorme influencia que ejercí sobre mi hermano menor durante varios años después de la guerra.

—De acuerdo. Como se trata de que la centenaria casa de nuestra familia va a desaparecer del pueblo, haremos bien en hablar despacio de ello.

—Vosotros podéis ir en taxi, y yo os seguiré en mi Citroen con Taka y Momoko —dijo Hoshio buscando la forma de apartarnos, a mi mujer y a mí, del estrecho círculo de sus íntimos.

—Antes de marcharnos, quisiera beber un trago —dijo mi mujer, perdidos ya los recelos hacia su cuñado, mientras empujaba con la punta del zapato la botella vacía que estaba tumbada por el suelo, reacia a resignarse.

—¡Tengo una botella de bourbon que compré libre de impuestos en el avión! —anunció Takashi acudiendo en ayuda de mi mujer.

—¿Es que ya no quieres estar sobrio? —le pregunté, con la intención de confundir a los inconoclastas amigos de mi hermano.

—Si me hubiera emborrachado en los Estados Unidos, me habrían matado a golpes en cualquier esquina. Mitsu, sabes cómo me pongo cuando me emborracho, ¿no? —Al decir esto, sacó el whisky de la bolsa—. Esta botella la compré para mi cuñada.

—Parece que os habéis entendido perfectamente mientras yo dormía, ¿eh?

—No nos ha faltado tiempo, ¿sabes? ¿Siempre tienes pesadillas tan largas? —dijo Takashi con sarcasmo como respuesta a mi irónica pregunta.

—¿He dicho algo mientras dormía? —pregunté, de nuevo profundamente preocupado.

—No creo que Mitsu abandone cruelmente a nadie. ¡Eso no es posible! Mitsu no es como el bisabuelo, no es capaz de portarse cruelmente con la gente —dijo Takashi, apenado por mi desconcierto.

Cogí la botella de bourbon después que bebió mi mujer y eché un trago para

ahogar la angustia de mi corazón.

—¡Venga, vayamos en busca del Citroen de Hoshio y pongámonos en marcha!

La familia reunida, obedeciendo la orden de Momoko, desbordante de alegría en su vestido de cuero indio que, valientemente, había decidido llevar puesto, emprendió la marcha. Cerraba la procesión, como me correspondía por ser el mayor, con aire alicaído y ratonil, pues tenía el presentimiento de que acabaría siguiendo el dudoso plan de mi hermano. Había perdido la energía para enfrentarme a él. Mientras pensaba en ello, inesperadamente, el calor que me infundía el trago de whisky pareció dispuesto a unirse en el fondo de mi ser con el sentido de la «esperanza». Pero, cuando traté de concentrarme en ese sentimiento, me lo impidió el sentido común, que tantos peligros ve en todo intento de renacer negándose uno a sí mismo.

### 3. LA FUERZA DEL BOSQUE

El autobús se paró de golpe en mitad del bosque, como si hubiera chocado. Sujeté a mi mujer, sentada en el asiento del fondo envuelta en una manta de la cabeza a los pies, igual que una momia, para que no se cayera rodando y la devolví a su postura anterior temeroso de los efectos que la brusca interrupción del sueño pudiera tener para ella. Lo que se interponía delante del autobús era una joven campesina con un bulto enorme a la espalda y algo agachado a sus pies, totalmente inmóvil, como un animal. Al mirar con atención, descubrí que era un niño en cuclillas, vuelto hacia el otro lado, y pude distinguir con claridad su culito desnudo y, contra el fondo oscuro del bosque, un montoncito de excrementos amarillos extrañamente claros. El camino forestal, flanqueado de árboles de hoja perenne, descendía de modo gradual por delante del autobús, y la campesina y el niño parecían flotar a unos treinta centímetros del suelo. Sin darme cuenta, saqué la mitad izquierda del cuerpo por la ventanilla para mirar. Cierta sensación de miedo indefinido me puso en guardia contra algo horroroso que podía echárseme encima desde las sombras oscuras de las rocas que mi ciego ojo derecho levantaba en el campo de mi visión. La defecación del niño se prolongó patéticamente. Compadecí su situación, pues me embargaba el mismo sentimiento de prisa, inquietud y vergüenza que a él. Por encima de nuestras cabezas, en el punto del camino donde nos habíamos parado, que era como una zanja profunda rodeada de la oscuridad y el espesor de los árboles de hoja perenne, había un paso angosto de cielo invernal, un cielo vespertino que se iba diluyendo como una corriente de colores cambiantes, y caía sobre nosotros poco a poco. Por la noche, el cielo se cerraría sobre el vasto bosque como la concha de una oreja de mar sobre su carne. Al imaginármelo, me invadió una sensación de claustrofobia. Como me crie

en las profundidades de aquel bosque, siempre que lo atravesaba para volver a mi aldea del valle era incapaz de liberarme de aquella angustiada claustrofobia. En el núcleo de esa sensación estaban enraizados los mismos sentimientos que habían tenido mis antepasados. Perseguidos eternamente por el gigantesco Chosokabe, penetraron más y más en el interior del bosque, hasta que descubrieron una hondonada ahusada que no había sido colonizada y se quedaron en ella. En la hondonada brotaba agua fresca y sana. Mi sensación de claustrofobia era el exacto reflejo de la que sentía el cabecilla de los fugitivos, el primer hombre de mi linaje, cuando se adentraba en las sombras oscuras de las profundidades del bosque en busca de la hondonada que había visto en su imaginación. El Chosokabe es un ser horriblemente gigantesco que vive en todos los lugares y todos los tiempos. Cuando desobedecía, mi abuela me amenazaba: «¡Va a venir el Chosokabe del bosque!», pero el eco de su voz no despertaba la realidad del horriblemente gigantesco Chosokabe que vivía en nuestra propia época sólo en el niño, sino también en ella, una anciana de ochenta años...

Desde que salió de la capital de la provincia, el autobús había viajado cinco horas ininterrumpidamente. Al llegar a la bifurcación del puerto de montaña, salvo mi mujer y yo, todos los pasajeros hicieron transbordo al autobús que baja hasta la costa rodeando el bosque. Desde la capital de la provincia, el camino forestal se adentra en lo más profundo del bosque, llega hasta nuestra hondonada y desciende, siguiendo el río que nace en el valle, para unirse de nuevo a la carretera que va a la costa desde el puerto; es un camino que se usa poco porque resulta peligroso. Al pensar que en este camino por el que atravesamos el corazón del bosque hay continuos desprendimientos, notó una molesta desazón en lo más hondo del alma. Siento que los ojos del bosque me miran, como si fuera un ratón obsesionado por el mal estado del camino, desde la espesura de cedros, pinos y cipreses de diversas especies, de un verdor tan oscuro que parece negro.

Vi que la campesina, con la carga tirándole de la espalda y la cabeza gacha, hablaba moviendo los labios con brusquedad. El niño se puso de pie y se subió el calzón con parsimonia; luego, mirando sus excrementos, trató de tocarlos con la punta del zapato. Al instante, la campesina le pegó en la oreja y le empujó con brusquedad mientras él se protegía la cabeza con los brazos, hasta llegar al lado del autobús. Con los nuevos pasajeros a bordo, el vehículo volvió a rodar en medio del silencio amenazador del bosque. La campesina y el niño avanzaron hasta la trasera del autobús y se sentaron en el asiento que había justo delante del nuestro. La madre se sentó junto a la ventanilla y el niño sobre el brazo del asiento que daba al pasillo,

de lado, de modo que su cabeza afeitada y el perfil de su carita, cuya piel tenía mal color, quedó plenamente en nuestro campo visual. Mi mujer, que tenía los ojos sanguinolentos, del color de las ciruelas, y algún resto de embriaguez, clavó la mirada en el niño. No obstante sentir una profunda repugnancia, yo tampoco pude apartar los ojos de él. El color de la cara y la piel del niño tenía el poder de traernos nuestros peores recuerdos. Estaba seguro de que aquella cabeza afeitada y aquella piel exangüe contenían gérmenes capaces de estimular toda la insidiosa amargura y el desconsuelo que anidaban en el corazón de mi mujer, siempre predispuestos a salir a la luz a la menor provocación. Su aspecto nos recordaba demasiado el día en que operaron a nuestro hijo para extirparle «aquello» de la cabeza.

Aquella mañana, mi mujer y yo esperábamos delante del ascensor para pacientes en el piso donde estaban los quirófanos. Cuando por fin se abrieron las puertas exteriores del ascensor, vimos que las rejas verdes de la caja se negaban a abrirse pese a los esfuerzos de la enfermera.

—El niño no quiere que le operen —dijo mi mujer, que miraba desesperadamente a través de las rejas, con los pelos erizados, como si quisiera huir de allí.

A la luz tenue y verdosa, como la que se filtra entre el follaje en verano, a través de las rejas verdes vimos la cabeza, afeitada como la de un criminal, del bebé, tumbado en la camilla que lo traía desde la sala de recién nacidos. Cerraba los ojos con tanta fuerza, que parecían arrugas sobre una piel blancuzca y mortecina, como empolvada. Alzándome de puntillas, pude ver en el lado más alejado de su cabeza el tumor lleno de sangre y líquido espinal, cuyo color siena contrastaba abruptamente con su aspecto débil y fluctuante. Era impresionante. Nos hizo sentir la presencia de una fuerza terrible que no podíamos dominar, pese a llevarla en nuestras entrañas. Quizá cualquier mañana, al despertar, nosotros, los que dimos vida a ese niño y a esa excrecencia más poderosa que él, descubriremos en nuestras cabezas unos tumores parecidos agitándose llenos de vida, con el líquido espinal metabolizándose deprisa y en grandes cantidades entre los racimos de órganos relacionados con nuestra alma... Entonces nos conducirán con las cabezas afeitadas al quirófano, y nos sentiremos como delincuentes. La enfermera dio un puntapié a la puerta. Al oír el golpe, el niño abrió la boca, de un rojo oscuro como una herida, sin dientes, y arrancó a llorar. Todavía podía expresarse mediante el llanto.

—Tengo la impresión de que en cualquier momento el médico va a venir a decirnos: «Bien, les devuelvo a su hijo», y nos entregará el tumor amputado —dijo mi mujer, suspirando mientras la enfermera empujaba la camilla del bebé hacia el

quirófano y se perdía tras una pesada puerta.

Me di cuenta de que tanto mi mujer como yo nos habíamos fijado más en la protuberancia anaranjada que en el niño, pálido, inerte, con los ojos cerrados. La operación duró diez horas. Mientras esperábamos, extenuados, me llamaron tres veces a la sala de operaciones, para hacer transfusiones de sangre. La última, al ver la cabeza del bebé manchada de su sangre y la mía, pensé que lo estaban cociendo en caldo de carne. Con las facultades debilitadas por la extracción de sangre, se me ocurrió la idea de que la extirpación de aquel tumor era equivalente a la amputación de una parte indefinida de mi cuerpo, y, realmente, sentí un dolor agudo en lo más hondo de mi ser. Tuve que contenerme para no preguntarles a los médicos, que continuaban operando impasibles, si no estarían extirpándole algo sumamente importante no sólo a mi hijo, sino también a mí...

Por fin, cuando nos devolvieron al niño, convertido ya en un vegetal, sin más reacciones humanas que la de devolver las miradas que le dirigían con sus plácidos ojos castaños, sentí que a mí también me habían amputado un grupo de nervios, lo que añadía una característica nueva a mi personalidad: una tremenda insensibilidad. Sin embargo, la amputación no sólo era patente en mi hijo y en mí: resultaba muchísimo más evidente en mi esposa.

Al penetrar el autobús en el bosque, mi mujer cayó en un profundo mutismo al tiempo que no paraba de beber whisky de una petaca. Aunque los viajeros del autobús, respetable gente de provincias, seguramente lo encontrarían escandaloso, no fui capaz de impedírselo. Sin embargo, antes de dormir un rato, decidió comenzar sobria la nueva vida en la aldea del valle, y tiró la petaca, con el whisky que quedaba, a las profundidades del bosque. Por mi parte, deseé que la borrachera que en aquel instante la conducía al sueño fuera la última. Pero al sentir a mi lado la cálida realidad de sus ojos, aún enrojecidos de sueño, clavados en la cabeza del hijo de la campesina, abandoné la esperanza optimista de que pudiera comenzar sobria esa nueva vida. Mi deseo hubiera sido evitar que se recrudeciera con violencia su peligroso trastorno emocional a causa del tumor del bebé, pero uno dejaba de comprender que no era más que un deseo inútil. La respiración de mi mujer se hizo más profunda e intensa. Lamenté que hubiera tirado el whisky.

El revisor vino hasta la parte trasera del autobús, sacando la barriga para mantener el equilibrio. La campesina hizo caso omiso de su presencia, frunció las cejas con aire de dignidad y volvió la mirada hacia la ventanilla. El niño tampoco reaccionó pero, como no le quitaba el ojo de encima, me di cuenta de que estaba cada vez más tenso. Se me ocurrió que vinieron a sentarse delante de nosotros para

evitar al revisor. «¡Billetes!», pidió este. Aunque no le hizo caso al principio, de repente la campesina se puso a hablar por los codos sin dejarle meter baza. Arremetió contra el revisor por exigirle la tarifa fija para el trayecto desde el puerto al valle. Su hijo y ella ya habían recorrido las dos terceras partes del camino. Si al niño no le hubieran dolido las tripas (al decir esto, la campesina le dio un golpe en el hombro al chaval, que se agarró al brazo del asiento), habrían llegado andando hasta el valle. El revisor le explicó que una nueva tarifa mínima regía para el trayecto del puerto al valle. Debido a la falta de pasajeros en la línea, la empresa había cambiado de política. Otro signo, pensé, de la decadencia del camino que cruzaba el bosque. La lógica del revisor pareció abrumar a la joven campesina. Y, de pronto, su sonrosada cara plebeya, hasta entonces encendida de indignación, mostró una reacción que me llenó de sorpresa y diversión. Riéndose, añadió, tan campante:

—¡No tengo dinero!

Su hijo seguía pálido y tenso. El revisor dudó por un instante, le volvió la espalda a la pueblerina y fue a consultar con el conductor. Pensé que podía aprovechar la tonta risita de la campesina para aligerar la tensión que advertía en mi mujer. Me volví hacia ella sonriente, pero vi que tenía la carne de gallina desde la cara hasta el cuello, y sus ojos, fijos en la cara del niño, brillaban febriles. Me sentí confuso al comprender que estaba a punto de desmoronarse. La ira recorrió todo mi ser como una traca que estallaba locamente y de la que no podía escapar. ¿Por qué no le impedí que tirara la petaca de whisky? No sabía qué hacer, pero al fin se me ocurrió la solución:

—¡Bajemos del autobús! Taka debe de haber ido a la parada a esperarnos, así que le diremos al revisor que le avise para que venga a recogernos con el coche.

Mi mujer, como un buceador que lucha contra la terrible presión del agua, me devolvió la mirada con suspicacia y torció lentamente el cuello hacia un lado. Intuí que su mente se debatía entre el miedo que invadía su alma y el terror a ser abandonada por el autobús en mitad del bosque. Mientras buscaba la manera de convencerla, me di cuenta de que, en realidad, era yo quien necesitaba imperiosamente huir del fantasma de nuestro hijo evocado por la cabeza rapada y la piel enfermiza del hijo de la campesina.

—¿Y si no ha llegado el telegrama y Taka y los otros no han ido a esperarnos?

—Aunque tengamos que caminar, llegaremos al valle antes de la noche. Ese niño estaba dispuesto a hacerlo —dije.

—Si es así, yo también prefiero apearme —dijo con una expresión en la que mezclaban un aire de liberación y una indefinible aprensión que me hicieron sentir

alivio y pena.

Le hice una seña al revisor, que seguía hablando con el conductor, aunque no perdía de vista a la campesina sin dinero y a su hijo.

—Como mi hermano debe de estar esperándonos en la parada del valle, ¿tendrá la bondad de entregarle el equipaje y decirle que venga a recogernos con el coche? Nosotros nos apareamos aquí y seguiremos andando —le dije al revisor, en cuyos ojos comenzaba a formarse una nube de sorpresa, y me di cuenta, consternado, de que no había pensado en ningún pretexto plausible.

—Me he mareado —dijo mi mujer viniendo en mi ayuda, pero el revisor seguía dudando, o, más bien, rumiando cuanto acababa de decirle, tratando de entenderlo.

—El autobús no baja hasta el valle, porque el puente se derrumbó con la inundación —dijo el revisor.

—¿Una inundación? ¿Una inundación en invierno?

—El verano pasado hubo una inundación, y el puente se derrumbó.

—¿Y está así desde entonces?

—Hay una parada nueva a este lado del puente, y el autobús sólo llega hasta allí, ¿sabe?

—Pues mi hermano estará esperándonos allí. Se apellida Nedokoro —dije, sin comprender por qué no habían reparado el puente desde la crecida del verano.

—Le conozco, ha venido en coche —soltó la campesina, que no se había perdido ni una sílaba de nuestra conversación—. Y si no está en la parada, mi hijo puede ir corriendo a avisar al señor Nedokoro, en el Almacén.

Evidentemente, la joven campesina creía que Almacén era el nombre de la elevación del terreno sobre la cual se alzaba nuestra casa. Veinte años atrás, algunos de mis compañeros de juegos cometían la misma equivocación. De todos modos, me sentí aliviado. Si hubiéramos tenido que andar por el bosque hasta la caída de la noche, la experiencia habría llenado de zozobra y ansiedad el corazón de mi mujer. Y si encima, al hacerse de noche, se hubiera levantado la niebla, la negrura del bosque podría haberle causado un pánico de incalculables consecuencias.

Desde la ventanilla trasera del autobús, que se alejaba dejándonos en el camino forestal, la campesina y el revisor nos miraban hombro con hombro. El pálido hijo de la campesina debía de seguir aferrado al asiento de madera, pues no sacó la cabeza por la ventana para mirar. Al saludarlos<sup>[20]</sup>, el revisor nos contestó amablemente con la mano, pero la joven campesina, sin poder contener una risita, nos hizo un gesto obsceno con el dedo. Enrojecí de rabia y vergüenza, pero mi mujer pareció complacida por aquel insulto. Estaba dominada por un deseo de



autoflagelación que ocupaba gran parte de su mente. La joven madre del niño de la cabeza afeitada y la piel áspera, como la de nuestro niño, acababa de satisfacer parte de ese deseo.

Arrebujándonos en nuestros abrigos, mientras nos azotaba el viento húmedo y frío, cargado de intensos olores, avanzamos por el camino forestal de arcilla roja, cubierto de hojas muertas. Cada vez que las puntas de nuestros zapatos apartaban una hoja, aparecía el color bermellón brillante, como la panza de una salamandra acuática, de la superficie de la tierra. A diferencia de cuando era niño, me parecía que la tierra roja ocultaba una amenaza. Ahora que me había vuelto una persona ratonil, vacilante y suspicaz, era natural que el bosque del que había huido y al que regresaba para empezar una nueva vida me mirase con suspicacia. Tan fuerte era la sensación que tenía de ser vigilado, que al pasar de una bandada de pájaros chillando sobre las copas de los árboles, pensé que aquella tierra roja me iba a tragar.

—¿Cómo no nos dijo Taka por teléfono que el puente había sido derribado por la inundación?

—Bastantes cosas tenía que decirte por teléfono, ¿no? —dijo mi mujer, saliendo en su defensa—. Teniendo una historia tan rara que contarte, no es de extrañar que se olvidara de la destrucción del puente, ¿no?

Takashi había salido hacia el pueblo dos semanas antes que nosotros. En compañía de sus amigos, había emprendido el largo viaje a bordo del Citroen. Takashi y Hoshio condujeron febrilmente por turnos, sin más descanso que el trayecto en el transbordador que llevaba a Shikoku, y llegaron a la aldea del valle en tres días. Nos puso una conferencia desde la estafeta de correos y nos hizo saber un extraño suceso ocurrido en el pueblo que le había impresionado mucho: se trataba del insólito caso de una campesina cuarentona, de nombre Jin, que cuidaba de la casa en nuestra ausencia, a cambio de lo cual le permitíamos cultivar las pocas tierras que teníamos. Jin entró en la casa como niñera, al nacer Takashi, y desde entonces nunca la había dejado. Siguió viviendo en ella incluso después de casarse y tener hijos.

Takashi y sus amigos detuvieron el Citroen en la plaza, frente al concejo, en el centro del valle, y, cuando cargaban con el equipaje por la empinada cuesta del estrecho camino de grava hacia la casa, el marido y los hijos de Jin bajaron corriendo a recibirlos. Takashi y sus amigos se sobrecogieron al ver su delgadez, el enfermizo tono oscuro de su piel y, sobre todo, los enormes ojos de pez de aquellas criaturas, que les recordaron la expresión de los niños desheredados de América Central o del Sur. Los debiluchos chavales les arrebataron los equipajes con entusiasmo y los llevaron camino arriba, mientras el cariacontecido marido de Jin,

con voz que mostraba un gran enfado, trataba de explicarle algo a Takashi. Sin embargo, estaba tan abrumado por la vergüenza, que mi hermano, pese a hacer un esfuerzo por comprenderle, lo único que entendió, antes de ver a Jin, fue que algo extraordinario le había ocurrido a esta. Finalmente, con cierta desgana, el marido de Jin sacó del bolsillo un recorte doblado del periódico regional y se lo enseñó a Takashi. En el recorte, cuyos dobleces estaban sucios y gastados, había una fotografía tan grande que, sin duda, había hecho alterar la maquetación de aquel día. Al verla, Takashi se quedó pasmado. En la mitad derecha, los delgados miembros de la familia de Jin, vestidos con ropas blancas veraniegas y envarados como si los estuvieran retratando en una boda, estaban encuadrados con meticulosidad. Y lo que llenaba la otra mitad era una gigantesca y gordísima Jin. Vestía un traje estampado de flores, estaba sentada de lado, apoyada en el brazo izquierdo, y parecía el fuelle de una antigua cámara fotográfica. Todos, Jin inclusive, miraban al frente, quietos y pacientes como si estuvieran escuchando a alguien.

### **Campechina víctima de la bulimia**

*Un apetito insaciable*

*«No puedo más», dice su marido*

Acabamos de enterarnos de que en esta provincia tenemos a la mujer más gorda del Japón. La «mujer más gorda del Japón» es Jin Tanaki, vecina de la aldea de Ōkubo, en la región forestal al sudeste de la provincia. Casada, de cuarenta y cinco años, es madre de cuatro hijos. Pese a su estatura normal, de 1,53 metros, su peso es extraordinario, nada menos que 132 kilos. Tiene 1,20 metros de pecho, otro tanto de cadera y brazos de 42 centímetros de circunferencia. La señora Jin no siempre ha sido gorda. Hace seis años, pesaba 47 kilos, o sea que estaba más bien delgada. Su «tragedia» comenzó un día, hace seis años, cuando, de repente, comenzó a sentir espasmos en brazos y piernas y la falta de riego cerebral le produjo un desmayo. Aunque recobró el sentido a las pocas horas, desde entonces es víctima de un apetito anormal e insaciable que la obliga a comer sin parar so pena de caer enferma. En cuanto se retrasa un poco una comida, le entran temblores, sollozos y, finalmente, se desmaya.

Ahora come cada hora. Al levantarse, se toma una olla llena de verduras

cocidas, batatas y arroz mezclado con trigo. Hasta el mediodía, cada hora, gachas de trigo o fideos instantáneos; para comer, lo mismo que para el desayuno; por la tarde, siempre cada hora, lo mismo que por la mañana; y para cenar un cazo lleno de algas, nabos, rábanos secos y *konnyaku*<sup>[21]</sup>, con batatas y arroz mezclado con trigo. Esa es su dieta diaria. Este apetito extraordinario ha triplicado por tres su peso en estos seis años, y sigue engordando.

Quien lo pasa peor es su marido. No es fácil conseguir todos los alimentos que exige el estómago de su esposa. Sobre todo, tan grandes cantidades de fideos instantáneos suponen un gasto considerable. Aunque la señora Jin gana algo cosiendo, dadas las horribles exigencias de su estómago no es más que una gota en un cubo de agua. El municipio le da una ayuda mensual, pero no es suficiente.

«No puedo estar mucho tiempo en pie, me canso al cuarto de hora. También me cansa coser, así que me paso casi todo el día sentada. Como no puedo montarme en el autobús, para ir al hospital de la Cruz Roja tienen que subirme a un camión. Por las noches no duermo bien, y sueño mucho», dice la señora Jin.

Takashi se quedó pasmado y entonces el marido de Jin le pidió disculpas por haberle alquilado el edificio principal a un maestro de enseñanza primaria a fin de ganar algo de dinero, dadas las circunstancias, pero le aseguró que el maestro se quedaría a dormir en una habitación de la escuela durante la estancia de Takashi y sus amigos. Eso era lo que más preocupaba al marido de Jin.

—Jin estaba sentada en un rincón oscuro de una habitación junto a la entrada de la casa, pero no parecía demasiado afectada por su desgracia. Sólo repetía que era muy triste haber engordado tanto. Cuando vengáis, Mitsu, el mejor regalo que podéis traerle es una caja de fideos instantáneos —nos dijo Takashi.

Antes de partir, mi mujer se lo explicó a sus padres, y mi suegro, que pese a su edad tenía un grado de comprensión poco habitual hacia estas tragicomedias de la vida, le encargó a un fabricante media docena de cajas de fideos instantáneos, siguiendo la sugerencia de Takashi. Antes de salir, mandamos por tren la comida para la «mujer más gorda del Japón».

El camino por el que avanzábamos y el bosque que lo ceñía a ambos lados se extendían infinita y monótonamente ante nosotros. A causa de la mala perspectiva de mi ojo, tenía la impresión de estar marcando el paso sin moverme.

—Me parece que el cielo está rojizo. ¿Será por culpa de mis ojos? No puede ser

que las cosas se vuelvan rojas porque tenga los ojos enrojecidos, ¿verdad, Mitsu?

Miré hacia arriba. Las sombras negras de los árboles caían a ambos lados como cortinas, pero el tono rojizo que tomaba el cielo grisáceo que se veía por la estrecha franja no era ninguna ilusión.

—Es el crepúsculo. Y, además, ya no tienes los ojos rojos.

—Como he vivido siempre en la ciudad, no se me ocurrió que se tratara simplemente del anochecer, Mitsu —se justificó—. El gris mezclado con el rojo es exacto al color del cerebro en las fotos de los diccionarios médicos, ¿verdad?

Seguía dando vueltas, perdida, por el círculo de imágenes ligadas a nuestros infelices recuerdos; la cabeza afeitada del niño del autobús le había hecho pensar en la del nuestro y en la materia que se había derramado de su interior. De sus ojos había desaparecido todo rastro de embriaguez, y, desvanecida su sanguinolencia, eran dos orificios de color gris oscuro. Y la piel de su cara estaba cubierta de minúsculas escamas tan bien ordenadas como las hojas de los cedros del bosque. Se me empezó a ocurrir una idea, cuya llegada era precedida por el ácido sabor del miedo en mi boca.

De pronto apareció en dirección a nosotros un jeep que corría como una bestia enfurecida, lanzando al vuelo hojas muertas y tierra. Su llegada me devolvió el sentido de la perspectiva y me liberó de la sensación de caminar sin avanzar.

—¡Taka ha venido a buscarnos!

—Pero ¿qué le habrá pasado al Citroen? —pregunté, reaccionando a la evidente alegría de su voz al tiempo que reconocía en la loca carrera del jeep la marca inequívoca del estilo violento de Taka.

—¡Es Taka, Mitsu! —insistió, llena de confianza.

El jeep, a unos cinco metros delante de nosotros, levantó una ola de tierra roja, metió el morro contra la hierba marchita de la vera del camino y, después de rozar un árbol con el guardabarros, sin aminorar la velocidad, dio marcha atrás para cambiar de sentido y se detuvo. Mi mujer se deshizo del brazo que extendí para protegerla del jeep, el cual se me quedó colgando en el aire. Esperé que los ojos de Takashi, que había girado el cuerpo en el asiento para volver la cabeza hacia nosotros, no hubieran visto aquel gesto.

—¡Hola, Natchan<sup>[22]</sup>, hola, Mitsu! —nos dijo alegremente Takashi a modo de saludo. Iba vestido con un traje de goma y una capucha sobre los hombros, como un bombero.

—Gracias, Taka —dijo sonriente mi mujer, que había recuperado la vivacidad perdida desde que se despertó en el autobús.

—Dicen que se ha caído el puente.

—Así es. Nos las arreglamos para llevar el Citroen hasta el valle, pero habría resultado un tanto peligroso venir en él hasta aquí, ¿sabes?, así que el guarda forestal me ha dejado su jeep para venir. Resulta que se acordaba de mí, e incluso me prestó este chubasquero de goma. —Hablaba con cándido orgullo—. Siéntate atrás, Mitsu. Natchan irá mejor delante.

—Gracias, Taka.

—Hoshio se encarga del equipaje; sólo tiene que cruzar el río por donde estaba el puente, y al otro lado ya podrá usar el Citroen. —Mientras hablaba puso en marcha el jeep, con un cuidado que no tenía nada que ver con su manera de conducir al venir a buscarnos.

—¿Cómo está Jin?

—Cuando la vi por primera vez, me asusté. Aunque a veces parece un monstruo, esa cara tan oronda le da un aspecto juvenil y agradable. De las cuarentonas de la aldea, debe de ser la más atractiva, ¡ja, ja, ja! Por cierto, quedó embarazada de su último hijo cuando ya estaba gordísima, o sea, que no había perdido el atractivo sexual para su marido, a pesar de sus más de cien kilos, ¿no?

—¿Lo están pasando mal?

—No tanto como decía el periódico. Igual que a mí, al periodista debió engañarle la cara tan horriblemente triste del marido de Jin. La razón de que no lo pasen mal es que los habitantes de la aldea le llevan a Jin toda clase de comida. Me intrigó por qué harían algo así esos tacaños del pueblo durante seis años, de modo que cuando me encontré con el monje del templo, que había sido compañero de clase de nuestro hermano S, se lo pregunté, y me dijo que es porque la gente del pueblo quisiera mejorar su nivel de vida, pero no puede. Y, mira por dónde, de pronto aparece entre ellos un ser extraño que engorda hasta pesar más de cien kilos y lo convierten en un objeto de culto. Al ser víctima de esa misteriosa y desesperante enfermedad, Jin se ha convertido en una especie de cordero que cargará con las desgracias de todos los habitantes del pueblo. Esa es la explicación del monje. Es un tipo muy filosófico, ¿sabes? Se ha vuelto así a causa de vivir haciéndose responsable de todas las almas del valle. Tienes que conocerle, Mitsu, es el hombre más inteligente de la comarca —dijo Takashi.

Las palabras de Takashi me impresionaron vivamente. La idea de un cordero que cargara con las desgracias de todos los habitantes del valle despertaba un confuso recuerdo en lo más profundo de mi ser.

—Mitsu, ¿te acuerdas de un loco que se llama Gii? —dijo Takashi, sacándome

de la búsqueda silenciosa de mis recuerdos.

—¿Gii el Eremita, que vivía en el bosque?

—Ese. El loco que baja por las noches a la aldea.

—¡Claro que me acuerdo! Su verdadero nombre es Giichiro. Le conozco bien. En el pueblo hay niños que sólo conocen su leyenda. Los hay que hasta creen que Gii es un fantasma que duerme por el día en el bosque y por las noches merodea por el pueblo. Pero como mi casa está entre el bosque y el pueblo, podía ver a Gii bajar al anochecer por el camino de grava —le expliqué a mi mujer, que no podía comprender nuestra conversación—. Gii bajaba la cuesta con una agilidad misteriosa, como un perro salvaje. Le seguíamos con la vista hasta que se perdía en el valle envuelto en la oscuridad de la noche. Recorría el estrecho intervalo entre el día y la noche con una precisión extraordinaria. Por lo que recuerdo, Gii llevaba siempre la cabeza penosamente inclinada hacia adelante y se movía con rapidez entre las sombras.

—¡Yo he hablado con Gii el Eremita! —dijo Takashi, sin hacer caso de mis recuerdos cargados de admiración—. En mitad de la noche, me pregunté dónde podría encontrar algo de comida, así que me di una vuelta por el pueblo, en el coche. Se me había olvidado hacer las compras por la mañana, ¿sabes? Pero el supermercado estaba cerrado, y las otras tiendas también, porque se han arruinado a causa de la competencia, así que sólo me encontré con Gii.

—¡Conque sigue vivo Gii el Eremita...! ¡Esa sí que es buena! Pero debe de ser muy viejo, ¿no? Qué raro es que viva tanto tiempo un loco que habita en mitad del bosque, ¿no?

—La verdad es que Gii no da la impresión de ser viejo. Como estaba oscuro, no pude distinguirlo bien, pero calculé que tendrá cincuenta y tantos años. Sus orejas son pequeñísimas, pero no parece loco; sólo esas orejas tan diminutas traicionan hasta cierto punto todos esos años de locura acumulada. Se interesó por el coche, y apareció bruscamente en medio de la oscuridad. Al saludarle Momoko, se puso muy serio y se presentó a sí mismo, diciendo: «Soy Gii, el Eremita». Y al explicarle que yo era hijo de Nedokoro, dijo que se acordaba de mí, y de haber hablado conmigo. Pero yo no me acuerdo para nada de Gii. ¡Qué pena!, ¿eh?

—Gii el Eremita se refiere a mí. Cuando licenciaron a nuestro hermano S, vino a verle y estuvo hablando con nosotros. Gii quería saber si la guerra había terminado de verdad. Resulta que Gii se había echado al monte para no servir en el ejército; fue el único recluta del pueblo que desertó. Aunque S le explicó que ya no tenía que esconderse, Gii no podía volver al pueblo. De haber vivido en la ciudad, después de

la guerra habría sido un héroe por algún tiempo, pero aquí, una vez se había escapado al bosque fingiéndose loco, nunca le permitirían volver a integrarse en la sociedad del pueblo. Como durante la guerra para los habitantes del pueblo había sido un loco, llegada la paz tenía que seguir viviendo de la misma manera —dije. Me envolvió una sensación entrañable y cálida, tan fuerte, que me dejó casi obnubilado—. Pero no esperaba que Gii el Eremita siguiera vivo. Sin duda, lo ha debido pasar muy mal.

—Pues no parece nada decrepito, es el «supermán» del bosque, ¡ja, ja, ja! Después de despedirnos de él, dimos una vuelta por el valle, y al volver, a la luz de los faros, vimos a Gii dando brincos como una liebre juguetona, con una agilidad asombrosa. Aunque parecía que daba saltos para escapar de la luz, creo que nos estaba haciendo una exhibición de lo sano y ágil que está, ¿sabes? ¡Vaya loco más simpático, ja, ja, ja!

Cuando yo era niño, siempre había un loco en el pueblo que vivía solo. Aunque en el valle teníamos varios neuróticos y retrasados mentales, locos, lo que se dice locos, sólo había uno. No podía haber dos locos auténticos al mismo tiempo, y nunca nos quedábamos sin loco oficial. Era como si la sociedad del pueblo hubiera fijado el número de chiflados en uno, y fuera un miembro indispensable de la comunidad que no podía faltar. Recuerdo que de vez en cuando cambiábamos de loco como se cambia de rey, pero nunca había dos a la vez. Así fue como, hacia el final de la guerra, Gii el Eremita pasó a monopolizar ese papel. Los rumores acerca de Gii hicieron venir a la policía militar desde la capital, para investigar. El grupo de reservistas del pueblo dio una batida por el monte, pero probablemente ninguno se lo tomó en serio, y además el interior del bosque estaba plagado de árboles caídos y enredaderas, y había zonas pantanosas al acecho, y en ciertos lugares el bosque se convertía en selva impenetrable, de modo que, como cabía esperar, no pudieron atrapar a Gii. En la plaza del concejo (que queda justo al pie de mi casa, desde donde lo observé todo sentado en el borde del largo muro de piedra) la policía militar esperaba bajo unos toldos que habían levantado, y la madre de Gii, casi arrastrándose de rodillas, se pasó el día rogando y sollozando alrededor de los toldos rojos y blancos. Al día siguiente, al marcharse del valle la policía militar, volvió a ser una lugareña corriente y regresó a sus ocupaciones la mar de sonriente.

Gii el Eremita era lo que en el pueblo consideraban un «hombre instruido», porque asistió a clase en la escuela nocturna y había trabajado como maestro auxiliar. Una vez, una pandilla de gamberros borrachos, recién licenciados del ejército, se apostaron de madrugada por el valle para cazar a Gii cuando bajara por

comida. Una mañana, varios días después, apareció escrito en el tablón de anuncios que había colocado en la plaza el movimiento local para la democratización un poema atribuido a Gii el Eremita. Aunque S insistió que era de Kenji Miyazawa, todavía no lo he encontrado en la colección de sus poemas: «Gran entretenimiento es ese al que os dedicáis / de arrojar piedras, que para mí son muerte. / ¿Visteis cuán pálida y extraña se puso mi faz?».

Cuando leí ese poema, rodeado del gentío que se regocijaba, me pregunté quién sería la persona a la que se dirigía Gii, si es que era él el autor del escrito, que había visto «tan pálida y extraña su faz». Le pregunté a S, pero, en vez de responderme, apretó los labios, palideció, puso una cara muy rara y me echó con cajas destempladas apretando el puño y mirándome sañudo.

—Le pregunté a Gii si su vida eremítica en el bosque no estaría en peligro a causa de los esfuerzos que hace el hombre en estos últimos tiempos por dominarlo y me interrumpió con decisión diciendo que la fuerza del bosque aumenta continuamente y muy pronto este se tragará a todo el pueblo. Asegura que, en pocos años, esa fuerza se ha tornado tan grande, que no tardará en engullir el valle. Está convencido de que prueba de ello es que el río, que nace en el bosque, ha derrumbado el puente por primera vez en cincuenta años. Me pregunto si esa forma de hablar será consecuencia de su locura...

—A mí no me parece loco, Taka —le interrumpió mi mujer, que había guardado silencio hasta entonces—. Desde que subí al autobús, yo también he sentido que la fuerza del bosque aumentaba. Me oprimía de tal modo que tenía la sensación de ir a desmayarme. Si yo fuera Gii el Eremita, en vez de esconderme en ese bosque tan horrible me iría con gusto al ejército.

—Es probable que Natchan acabara sintiendo lo mismo que Gii —dijo Takashi—. Las personas que le tienen tanto miedo al bosque parecen absolutamente opuestas a las que se vuelven locas y buscan refugio en él, pero desde el punto de vista psicológico son muy semejantes.

Esto me dio una pista de las flores que hubieran podido nacer de las semillas del miedo que había en la áspera piel de mi mujer, de no haber aparecido él en el jeep. Corté la cadena de asociaciones en las que veía a mi mujer corriendo enloquecida hacia las profundidades del bosque. Recordé lo que escribió en cierta ocasión el folklorista Kunio Yanagida: «Desnuda, con sólo un harapo en la cintura, el pelo llameante y brillantes ojos azules... La cuestión más importante es saber si las campesinas que huían al monte lo hacían empujadas por algún ataque de locura como consecuencia del parto».



—Taka, ¿sabes si venden whisky en la tienda del pueblo? —le pregunté, aguijoneado por el instinto de conservación.

—Mitsu se opone a mi decisión de permanecer sobria, Taka.

—No, es para mí. Tú debes unirte a los abstemios amigos de Taka.

—Lo único que me preocupa es si podré dormir sin beber whisky. Ya no tengo ganas de emborracharme sin más cada noche. Cuando Hoshi dejó la bebida, ¿sufrió insomnio?

—La verdad es que no sé si Hoshio era un gran bebedor. Es posible que diga esas cosas y, sin embargo, no haya bebido nunca ni una gota. Como quiere presumir de un pasado heroico, y no tiene edad para ello, ¡quién sabe las mentiras que inventa! —dijo Takashi—. Las explicaciones de las cuestiones sexuales que le da a Momoko son ridículas. A pesar de que ninguno de los dos tiene la menor experiencia sexual, se creen que adoptar la actitud del experto al hablar de esas cosas es algo heroico, ¡ja, ja, ja!

—Pues entonces tendré que practicar la sobriedad yo sola, y sin ayuda —dijo mi mujer, claramente decepcionada; su observación sonaba demasiado afligida para hacerle objeción alguna.

Las puntas de las ramas de los árboles, inclinadas en la misma dirección que el viento, atrapaban el cielo, que se oscurecía poco a poco con un tinte rojo del color de la piel quemada. Por encima del camino forestal se movía una neblina baja. Parecía una miasma que, surgiendo de lo más hondo de las raíces del bosque que rodeaba el camino, se arrastraba lentamente a la altura de las ruedas del jeep. Teníamos que salir del bosque antes de que la niebla trepara hasta la altura de nuestros ojos. Takashi aceleró con cuidado. Por fin, el jeep dejó el bosque, inesperadamente, y salió a un pequeño llano donde pudimos explayar la vista. El jeep se detuvo y contemplamos la hondonada ahusada bajo el sombrío cielo rojizo, rodeada hasta donde alcanzaba la vista por el denso bosque, semejante a una sombra uniforme y oscura. El camino que habíamos recorrido en el jeep doblaba en ángulo recto en el llano y bajaba directamente, siguiendo la pendiente del bosque, hasta la entrada del valle, donde a la altura del puente se unía en un cruce con el camino de grava que conducía al valle y la carretera asfaltada que, en sentido contrario, rodeaba el pie del llano y seguía el curso del río que descendía hasta la costa. Visto desde el llano donde nos encontrábamos, el camino que ascendía por la hondonada desaparecía de repente en medio del bosque al otro lado, como un río de arena. Desde lo alto, el pueblo y los campos y arrozales que lo rodeaban parecían caber en un puño, debido a que la densidad del bosque que rodeaba la hondonada hacía perder el sentido de las

dimensiones reales de las cosas. Como había dicho el eremita loco, nuestra hondonada era un ser débil que apenas podía resistirse al empuje del bosque. En realidad, en vez de considerar que nuestra hondonada tenía entidad propia, hubiera sido más lógico decir que era, simplemente, un lugar donde no había árboles. Al acostumbrarse a la sensación de que tan sólo los árboles del entorno eran reales, uno casi podía ver un enorme manto de olvido cerniéndose sobre la hondonada. La niebla subía desde el río que cruzaba el fondo del valle, y la aldea estaba ya envuelta por ella. Aunque la casa de mi familia se levanta en una loma, la vista era borrosa y sólo se apreciaba la blancura del muro de piedra. Quise indicarle a mi mujer la situación de la casa, pero el intenso dolor denso de mi ojo no me permitió mirar durante mucho rato hacia el lugar donde se encontraba.

—Veré si puedo encontrar una botella de whisky, Mitsu —dijo mi mujer, con voz conciliadora y tímida.

Takashi nos contemplaba con profundo interés.

—Sería mejor que bebieras agua, ¿no crees? Hay una fuente por aquí de la que, según la gente del valle, mana el agua más rica de todo el bosque. Si no se ha secado, claro —dije invitándola a seguirme.

La fuente no se había secado. Al pie de la pendiente del lado del bosque, en el camino, el manantial brotaba inesperadamente de un rincón, formando un charco grande como la circunferencia de los brazos de un hombre. El agua manaba en abundancia, y formaba un riachuelo que corría hasta el valle. Al lado del charco del manantial había varios hornos, viejos y nuevos, dentro de los cuales había tierra y piedras calcinadas y de aspecto desagradable. Cuando era niño, construimos un horno así al lado del manantial, y cocinamos arroz y miso<sup>[23]</sup>.

Todos los años, dos veces, se repetía el ritual de que cada chaval eligiera el grupo con el que acamparía, fijándose así la distribución en pandillas de los niños del valle. Aunque sólo era un juego que duraba dos días, en primavera y en otoño, los grupos que se formaban perduraban todo un año. Nada era más terriblemente humillante que ser expulsado del grupo del que se había formado parte. Al ponerme en cuclillas para beber agua de la fuente, tuve una súbita certeza: la de que los guijarros redondos, de color azul grisáceo, rojo y blanco, del fondo del charco, cuyo brillo aún parecía reflejar la luz del día, la fina arena que subía y enturbiaba el agua ligeramente, y el débil temblor de la superficie del agua, todo, era idéntico a lo que se había visto veinte años antes. El agua que fluía incesantemente me parecía también, sin duda, la misma; era una certeza carente de base, pero, para mí, convincente. Y esa misma convicción se convirtió en un sentimiento de que el

hombre que ahora estaba en cuclillas no era el niño que había estado allí, de que no había continuidad ni consistencia entre aquellos dos seres, y de que el hombre que estaba allí ahora en cuclillas era un extraño. El hombre actual había perdido su identidad. Ni dentro ni fuera de mí había clave alguna para recuperarla. Las diminutas ondas del agua transparente del charco tintineaban y parecían decirles a mis oídos: «No eres más que un ratón». Cerré los ojos y sorbí el agua. Se me encogieron las encías y en la lengua me quedó el sabor de la sangre. Al levantarme, mi mujer se puso en cuclillas, imitándome obediente, como si yo fuera un modelo experto en el modo de beber agua del manantial. No obstante, para el agua del charco yo ya no era más que un perfecto desconocido que había cruzado el bosque por primera vez, igual que mi mujer. Me dieron escalofríos. El frío penetrante volvió a introducirse en mi consciencia. Temblando también, mi mujer se levantó, tratando de sonreír para indicarme que el agua estaba buena, pero al contraer sus labios morados me pareció ver enfado en sus dientes. Al volver en silencio, hombro con hombro, al jeep, temblando de frío, Takashi apartó los ojos, como si hubiera visto algo que le apenara.

Descendimos hacia el valle entre la niebla, que aumentaba en espesor y profundidad, con el motor parado y muy atentos. El silencio sólo era roto por el sonido de los guijarros que hacían saltar las ruedas, el ruido del parabrisas al cortar el viento y el débil murmullo de las hojas que caían de los pinos rojos y los altos robles y hayas que cubren la inclinada pendiente entre el camino que baja hasta el valle y la carretera. Las hojas que caían de las ramas altas, empujadas por una fuerza horizontal, más que caer parecían fluir de lado con lentitud, levantando pequeños crujidos al posarse.

—Natchan, ¿sabes silbar? —preguntó Takashi, muy serio.

—Pues claro —contestó ella, poniéndose en guardia.

—Al hacerse de noche, la gente del pueblo se enfada de verdad si alguien se pone a silbar. Mitsu, ¿te acuerdas de esos tabúes del valle? —preguntó Takashi con un tono desenfadado que no armonizaba con mi estado de ánimo.

—¡Claro que me acuerdo! Se dice que si silbas de noche sale del bosque una criatura sobrenatural. La abuela decía que venía el Chosokabe.

—¿Ah, sí? Ahora que he vuelto al valle, me he dado cuenta de las muchas cosas que he olvidado. E incluso no estoy muy seguro de las que creo recordar. En los Estados Unidos he oído muchas veces la palabra *uprooted*<sup>[24]</sup>, y ahora que he vuelto al valle para tratar de identificar mis raíces, resulta que las han arrancado de cuajo y me siento como una hierba desarraigada, de modo que soy un *uprooted*. Ahora tengo

que echar nuevas raíces aquí, y para eso creo que necesito emprender algo. No sé con exactitud qué, pero tengo el fuerte presentimiento de que debo hacer algo. Sea como sea, no por haber vuelto a mi pueblo natal voy a encontrarme mis raíces enterradas con todo cuidado. Seguro que pensarás que son sentimentalismos, pero no hay ni rastro de la choza de ramas y paja, Mitsu —dijo Takashi mostrando un abatimiento desesperanzado muy poco propio de su edad—. Ni siquiera me acordaba claramente de Jin. Aunque no hubiera engordado tanto, seguro que no la habría reconocido. Cuando se puso a llorar porque veía en mí los vestigios del niño que había cuidado, me dio miedo que aquella mujerona me abrazara con sus brazos grasientos y abultados. ¡Ojalá no se diera cuenta de mi aprensión!

Cuando llegamos al valle ya era de noche. Desde el otro lado de los tablones provisionales, que se apoyaban en los pilares de hormigón retorcidos en distintos ángulos del destruido puente, nos llegó la señal alegre del claxon con que nos recibían los adolescentes, aunque no éramos capaces de distinguir el Citroen en la oscuridad. Takashi, que había ido a devolverle el jeep y el traje de goma al guardabosques, llevaba puesta la ropa de cazador que se había traído de los Estados Unidos y parecía haber encogido de repente a causa del frío. Me imaginé a mi hermano menor representando a un activista estudiantil arrepentido ante los ciudadanos de los Estados Unidos... Y sin embargo, al levantar la vista y recorrer con ella el valle, quien tenía que soportar las burlas del ominoso bosque sombrío, que gritaba «¡No eres más que un ratón!», no era mi hermano, sino yo. Dentro de mí, lleno de tensión mientras cruzaba el peligroso puente provisional de tablones ayudando a mi mujer, sentí que las semillas de la alegría de volver al valle seguían sin brotar. Las heladas espinas del aire que subía de la oscura superficie del agua a nuestros pies me hirieron los ojos, y el único que veía pareció nublarse. Desde abajo, a nuestras espaldas, llegó el cacareo de unos pájaros que no pude identificar.

—Son gallinas. El club de jóvenes del pueblo tiene una granja donde estuvieron alojados los coreanos.

A unos cien metros del puente, más abajo de la carretera asfaltada que llevaba a la costa, se alzaba un grupo de casas que habían albergado a los coreanos condenados a trabajos forzados como leñadores en el bosque. Al cruzar el centro del puente, el cacareo de las gallinas llegó claramente a nuestros oídos.

—¿Las gallinas cacarean a estas horas?

—La gente dice que las gallinas se están muriendo de hambre, varios miles de ellas se estarán quejando porque no tienen comida.

Entre mis brazos, mi mujer temblaba sin cesar.

—Los jóvenes del valle son incapaces de hacer nada a derechas si no tienen quien les dirija. Si no aparece alguien como el hermano menor del bisabuelo, no moverán ni un dedo. No saben cómo salir de un atolladero por sus propios medios —dijo Takashi, claramente disgustado—. Eso es lo primero que aprendí de los extraños que viven aquí, Mitsu.

#### 4. «¿NO ES TODO LO QUE VE Y SE VE SINO UN SUEÑO EN UN SUEÑO?»<sup>[25]</sup>

La mañana de nuestro primer día en el valle, mientras desayunábamos alrededor del hogar de la sala de estar<sup>[26]</sup> contigua a la amplia cocina de la casona, donde estaba el fogón, así como un pozo cubierto de gruesas planchas, aparecieron de repente los cuatro críos, que nos miraban en fila desde la oscuridad de la cocina con sus grandes ojos que se destacaban en el triángulo invertido de sus caras. Al invitarles mi mujer a comer con nosotros, gruñeron al unísono antes de contestar: «¡No, nosotros no comemos!». Acto seguido, el mayor me comunicó que su madre quería hablar conmigo. Ya había visto la noche anterior a Jin, quien, tal como había dicho Takashi, a pesar de su desmesurada obesidad, salvo en algunos momentos no era nada fea. Sus tristes ojos, de contornos borrosos y llenos de lágrimas blanquecinas, parecían lentes de ojo de pez sobre su oronda cara de luna pálida. Sólo en el brillo de sus ojos pude reconocer a la Jin de antaño. Despedía un olor como de alimaña, por lo que mi mujer se mareó y tuvo que ponerse en cuclillas, y nos fuimos de la casona. Sólo Hoshio y Momoko, que querían observar a Jin más atentamente, refunfuñaron. Como tenían las caras enrojecidas y se tapaban la nariz, y se daban codazos mutuamente haciendo esfuerzos por no estallar en carcajadas, y miraban con todo descaro el cuerpo de Jin, parecieron provocar la hostilidad de los hijos de esta. Probablemente, aquella mañana rechazaron la invitación de mi mujer por la presencia de los dos jóvenes maleducados, sentados allí la mar de risueños. Después de desayunar, mi mujer y los dos jóvenes se fueron a ver el interior del almacén, guiados por Takashi; escoltado por los niños, me fui a ver a Jin a la vivienda que ocupaba con su familia.

—¡Hola, Jin! ¿Has dormido bien? —le dije de pie desde la puerta de la doma<sup>[27]</sup>;

su cara grande, redonda y apenada destacaba en la oscuridad al igual que la noche anterior.

Rodeada de cacerolas y cacharros de cocina sucios, dispuestos a su alrededor como las piezas de un alfarero, con la barbilla apoyada con dificultad en la grasienta papada, Jin guardaba un altivo silencio. Como la luz matinal me pasaba por encima de los hombros y penetraba hasta su voluminoso regazo, pude ver que estaba sentada de lado en una pequeña silla casera que parecía una silla de montar puesta del revés. La noche anterior la había tomado por parte del cuerpo hinchado de Jin, y esta me recordó un mortero de forma cónica. A un lado de la silla de Jin, su marido estaba de rodillas, listo para levantarse en cualquier instante, callado e inmóvil. La noche anterior también había estado a la espera, en solícito silencio, con su demacrada cara pensativa, dispuesto a saltar con innecesaria presteza para dar de comer a Jin sus grisáceas raciones de pasta al menor gesto lánguido que ella le hiciera a modo de indicación. Puede que a Jin su apetito no le diera respiro ni siquiera en los cinco minutos que mi mujer y yo estuvimos con ella, pero más bien me pareció que actuaba de un modo teatral para hacer alarde de su difícil situación. Por fin, dio un fuerte y laborioso resoplido y, sin dejar de mirarme, dijo con resentimiento:

—¡No puedo dormir! ¡Sólo tengo sueños tristes, sólo sueño con quedarme sin casa!

Enseguida comprendí el motivo por el que Jin quería verme y por qué su marido estaba de rodillas a su lado, mirándome con aire lastimero.

—Sólo vamos a desmontar el almacén y llevarlo a Tokio, no hace falta demoler la casona y los anexos.

—Pero van a vender las tierras, ¿no? —prosiguió Jin.

—Mientras no se solucione lo de tu vivienda, las tierras, la casona y los anexos se quedarán como están, Jin.

Aunque ni Jin ni su marido hicieron el menor gesto de alivio, como los cuatro niños, que se habían colocado a espaldas de sus padres, sonrieron al unísono, sin dejar de mirarme, comprendí que de momento le había quitado un peso de encima a la familia de Jin, lo que consideré un buen augurio.

—¿Qué piensan hacer con la tumba familiar, señor Mitsusaburō?

—No hay por qué tocarla, creo yo.

—Las cenizas del señor S están en el templo, ¿recuerda?

Esa conversación había sido suficiente para cansar a Jin; alrededor de sus ojos se formaron unas sombras oscuras que resultaban francamente desagradables, y su voz se rompió como si tuviera infinidad de orificios de ventilación en la garganta.

Cuando se ponía así, ciertamente era más grotesca que cualquier otro ser humano. Apartando la vista, pensé que Jin moriría finalmente de un ataque al corazón. Incluso le había dicho a Takashi que sentía la muerte muy cerca, y se preguntaba, preocupada, si cabría en el horno crematorio.

—Jin está tan gorda, que casi no puede hacer trabajo alguno —comentó entonces Takashi, compasivo—, y sin embargo, como no puede evitar comer una barbaridad todos los días, siente que su vida es del todo inútil, que simplemente se reduce a engordar más y más. Cuando le oyes decir que su vida es inútil, comprendes lo que debe de significar para una mujer de cuarenta y cinco años haber engordado tan horriblemente. Y no es una pose, pues parece absolutamente convencida de que su vida no tiene sentido. Pero sigue teniendo que comer y comer todo el día. El pesimismo de Jin tiene motivos muy reales.

—He de ir al templo a recoger las cenizas de mi hermano S. Como también quiero ver el cuadro del infierno que hay allí, iré hoy —le dije a Jin.

Al salir de la doma, oí que murmuraba a mis espaldas con voz ronca y llena de reproche:

—¡Si viviera el señor S'ji<sup>[28]</sup>, no se vendería el almacén! ¡Pero usted, señor Mitsusaburō, no sirve como dueño, ay, no sirve!

Hice caso omiso de sus palabras, y me fui a buscar a mi hermano y a los demás al almacén, que estaba al fondo de un jardín interior, entre la casona y los anexos. Las puertas corredizas estaban abiertas, tanto el grueso portón con su revestimiento de yeso contra los incendios como la puerta interior doble, de chapa de madera y tela metálica. Los dos cuartos de abajo estaban llenos de la luz de la mañana, que hacía contrastar el color negro de las vigas de *keyaki*<sup>[29]</sup> con el blanco de las paredes, pero no había nadie. Entré y examiné los numerosos cortes de sable en las maderas de traviesas y marcos. Continuaban emitiendo el mismo rudo mensaje que me había intimidado de niño. En la *tokonoma*<sup>[30]</sup> del fondo seguía colgado el abanico con el alfabeto latino, escrito toscamente con tinta china y que apenas se distinguía contra el fondo de papel ajado por el tiempo. La firma de la esquina inferior derecha, que decía John Mang, como me había enseñado a leer mi hermano S hacía veinte años, apenas era legible ya. El bisabuelo, tras cruzar el bosque camino de Nakanohama, en Kochi, conoció al náufrago, que acababa de regresar de los Estados Unidos<sup>[31]</sup>. S decía que entonces le había firmado el abanico al bisabuelo.

Del primer piso llegaron unos sonidos, como de alguien que caminaba con cuidado. Al ir a subir la estrecha escalera, me di con la sien derecha contra el duro canto de una viga, y grité de dolor. Dentro de la oscuridad redonda de mi ojo sin



vista saltaron partículas de fuego. Me recordaron los iones que vuelan durante la fisión en una cámara de Wilson, así como la sensación que siempre había tenido de infringir un tabú si entraba en el almacén. Después de permanecer un rato aturdido, me pasé la mano por la mejilla y la retiré llena de lágrimas y sangre. Mientras me restañaba la herida con un pañuelo, en el piso de arriba asomó la cara de Takashi.

—Mitsu, cuando Natchan está a solas con otro hombre, ¿siempre llamas a la pared para avisar y luego te quedas esperando? ¡Serías el marido ideal para una pareja de adúlteros! —se mofó.

—¿Es que no están tus amigos?

—Están reparando el Citroen. Para los jóvenes de los años sesenta, los cabios de la armadura de un tejado de madera tradicional no tienen interés. Aunque les dije que esta casa-almacén es única en la región, les da igual.

Con estas palabras, dirigidas sobre todo a su cuñada, que estaba a su espalda, demostraba su infantil orgullo al explicar la arquitectura del edificio.

Cuando subí al primer piso, mi mujer contemplaba las grandes vigas de *keyaki* que sostenían los cabios, y no advirtió la sangre que manaba de mi herida. Me alegré, pues siempre he sufrido una vergüenza irracional cuando me doy con la cabeza contra algo. Al cabo se volvió y, dando un gran suspiro, dijo:

—¡Qué maravillosas vigas, tan grandes! ¡Aguantarán otros cien años!

Me di cuenta de que los dos tenían las mejillas encendidas. Tuve la sensación de que los ecos cada vez más débiles de la palabra «adúlteros», que había pronunciado mi hermano, flotaban entre los cabios del techo. Mas ese sentimiento, me dije, estaba infundado. Tras la desgracia del bebé, mi espera rechazaba todo contacto sexual. Para los dos, la sexualidad significaba una imposición mutua de disgusto y pena que ambos debíamos soportar. Ni ella ni yo estábamos dispuestos a hacerlo. Por eso cortábamos inmediatamente cualquier insinuación sexual.

—Con tantos árboles de esta especie en el bosque, debe de ser barato construir almacenes así, ¿no?

—No lo creo. A nuestro bisabuelo, que lo levantó, le costó sus buenos dineros, ¿sabes? Y este edificio tiene una arquitectura muy original —repliqué con naturalidad, pues no quería que se diera cuenta de cómo me esforzaba por aguantar el dolor de la herida—. Aunque abundaran los *heyakis*, se construyó cuando el pueblo estaba en la ruina, ¿sabes? Sin duda que a todos les debió de parecer una cosa extraordinaria. De hecho, en el invierno del año en que se edificó hubo una revuelta campesina.

—¡Qué extraño!, ¿verdad?

—Seguro que el bisabuelo hizo construir el almacén a prueba de incendios para precaverse de alguna revuelta.

—Me disgusta nuestro bisabuelo, Mitsu, tan conservador, tan precavido, tan previsor. Su hermano menor también debió de sentir lo mismo. Y por eso, oponiéndose a él, acaudilló a los campesinos revoltosos; era de los que se resistían, un adelantado a su tiempo.

—El bisabuelo tampoco le iba a la zaga. ¿No crees que también era un adelantado a su tiempo, Mitsu? De hecho, hasta se marchó a Kochi para adquirir los nuevos conocimientos llegados de Occidente.

—¿No fue su hermano menor el que se marchó a Kochi? —replicó Takashi. Eso era lo que él quería creer, pese a ser consciente de su equivocación.

—Te equivocas. Sólo se decía de él que escapó a Kochi y nunca volvió —dije con mala intención, para socavar los falsos recuerdos de Takashi—. Si es verdad que uno de los hermanos atravesó el bosque, conoció a John Manjiro y aprendió cosas nuevas, puedo demostrarte que no pudo ser otro que el bisabuelo. Después de regresar de los Estados Unidos, John Manjiro sólo estuvo un año en Kochi, del año 5 al 6 de Kaei<sup>[32]</sup>. Cuando las revueltas del primer año de Man'en<sup>[33]</sup>, el hermano menor del bisabuelo tenía dieciocho o diecinueve años, y si suponemos que fue a Kochi en el año 5 o 6 de Kaei, resultaría que atravesó el bosque cuando tenía unos diez años, lo cual es imposible.

—Pero fue el hermano menor del bisabuelo quien levantó un campamento en mitad del bosque para dar instrucción militar a los campesinos que estaban dispuestos a rebelarse, y los métodos que utilizó debieron ser los que aprendió en Kochi —insistió Takashi, aún vacilante—. No es probable que el bisabuelo, que estaba del lado de los que aplastaron la rebelión, le enseñara a su hermano las tácticas de guerrilla para ayudar a los rebeldes. ¿Acaso crees que personas de ambos bandos se confabularon para provocar el levantamiento?

—¿Quién sabe...! —dije tratando de mostrar indiferencia, aunque me pareció que mi voz no podía ocultar mi irritación. Desde que éramos niños, había tenido que enfrentarme a la tendencia de mi hermano a atribuir un aura de rebeldía heroica al hermano menor del bisabuelo.

—Pero, Mitsu, ¡estás sangrando! Has vuelto a darte un golpe, ¿verdad? —Mi mujer tenía los ojos clavados en mi sien—. ¿Cómo puedes abstraerte de ese modo con leyendas que parecen cuentos de viejas mientras estás herido y sangras?

—También las leyendas tienen su importancia —dijo Takashi irritado. Era la primera vez que se dirigía con mal humor a mi mujer.

Ella me quitó el pañuelo, que seguía agarrando con la mano, que ahora colgaba inerte pendiente de mi brazo, y lo apretó sobre mi sien, y puso saliva con el dedo sobre la herida. Mi hermano lo observó como si fuera una furtiva caricia carnal. Acto seguido, nos alejamos el uno del otro, en silencio, como si quisiéramos evitar cualquier contacto físico, y bajamos las escaleras. Aunque el almacén no estaba nada polvoriento, y a pesar del poco tiempo que llevaba en él, sentía la nariz seca y tapada, como si una película de polvo cubriera su interior.

A última hora de la tarde, Takashi, mi mujer y yo, así como la pareja de adolescentes, fuimos al templo a recoger las cenizas de S. Los hijos de Jin se nos habían adelantado a la carrera, por lo que el monje debía de tener preparado el cuadro del infierno que el bisabuelo había regalado al templo para celebrar el aniversario del nacimiento del Buda. Al bajar hasta la plaza del conejo, donde estaba estacionado el Citroen, los niños del pueblo se rieron de aquel coche usado y del aparatoso vendaje que llevaba encima de la oreja derecha. Aunque no nos dimos por aludidos, mi esposa, que desde la noche pasada no había bebido whisky y estaba del buen humor que acompañaba a sus períodos de «recuperación», sin duda se divirtió con los insultos que profirieron los niños al ponerse en marcha el Citroen.

Cuando entramos con el coche en el recinto del templo, el monje, que había sido compañero de estudios de S, hablaba con un joven en el jardín. Me di cuenta de que seguía exactamente igual que como lo recordaba. Su cabeza brillante, con el pelo corto y prematuramente cano, coronaba una cara bondadosa y sonriente, lisa como un huevo. Se había casado con una profesora de primaria, la cual, después de provocar un escándalo del que se enteró todo el valle engañándole con otro maestro con el que la unía una vieja amistad, se marchó a la capital. El monje se las arregló para mantener una sonrisa de niño enfermizo durante todo el tiempo que duró aquello, lo que habría impresionado notablemente a cualquiera que conozca los crueles efectos de tal desdicha para quien vive en la cerrada sociedad de una aldea. Sea como fuere, había superado el temporal sin perder su suave sonrisa. Ahora bien, el joven que hablaba con él tenía un aspecto totalmente opuesto, grande y musculoso. La mayoría de las caras del pueblo podían clasificarse dentro de uno u otro de un par de tipos muy corrientes, pero la que nos miraba ahora fijamente, con cautela, mientras mi mujer y yo nos bajábamos del Citroen, pertenecía a un tipo completamente distinto de aquellos dos, tenía categoría propia.

—Ese hombre es el cabecilla del grupo de jóvenes que ha montado la granja avícola —nos dijo Takashi.

Y, bajando del Citroen, se dirigió hacia el joven, con el que se puso a hablar en

voz baja. Mi mujer, el monje y yo tuvimos que permanecer a la espera, intercambiando sonrisas. El joven tenía una cabeza redonda y enorme, y su frente era como un casco, ancha y circular, por lo que aquella cabeza parecía una extensión de la cara. Los pómulos, salientes hacia los lados, y la barbilla, chata y cuadrada, recordaban a un fantasmagórico erizo de mar con forma humana. Tenía los ojos y los labios pequeños y hacinados alrededor de la nariz, como si una fuerza enorme le hubiera succionado la cara. No sólo su rostro, sino también la arrogancia desafiante de su porte, despertaron en mí algo que no era precisamente un recuerdo, sino la premonición de una tragedia. Aunque, a decir verdad, mi creciente tendencia a encerrarme emocionalmente en mí mismo me hacía mostrar la misma reacción a cuanto fuera nuevo o insólito.

Mientras conversaban en voz baja, Takashi se llevó al joven hacia el Citroen. Los adolescentes seguían dentro del coche, que para ellos era como una madriguera. Tras hacerle subir al asiento trasero, dio una orden a Hoshio, que estaba en el asiento del conductor. El Citroen partió hacia la boca del valle y desapareció.

—Se les ha roto la camioneta que usan para transportar los huevos, ¿sabes?, y ha venido a pedirle a Hoshio que le arregle el motor —dijo Takashi, y me explicó con orgullo que todas las gestiones del grupo de jóvenes se hacían siempre a través de él. Sin duda, pretendía reafirmar así su infantil tendencia a destacar que había quedado un tanto maltrecha tras nuestra discusión acerca de la marcha del bisabuelo a Kochi.

—¿No dijiste que las gallinas se estaban muriendo de hambre?

El monje contestó por Takashi sonriendo con timidez, como si, por ser habitante del valle, se avergonzara de aquella situación tanto como los jóvenes.

—Es que esos jovencitos lo hacen todo al revés. Como las ventas de huevos no van bien, en vez de buscar la manera de hacer frente a la situación, porque no tienen dinero para alimentar a las gallinas, no se les ocurre nada mejor que comprar una camioneta para transportar los huevos. Y, claro, si encima se les avería la camioneta, es el acabóse.

Entramos en el templo y vimos la pintura del infierno. En el río de fuego y en los arbustos en llamas del cuadro, volví a ver el rojo ardiente del revés de las hojas de los cornejos mientras reflejaban el brillo del sol de aquel día nublado después de mi experiencia en el interior del pozo ciego. Sobre todo, las pinceladas negras que aparecían entre las olas rojas del río de llamas me traían directamente el recuerdo de los puntos que manchaban las hojas de los cornejos. Quedé inmediatamente absorto en la contemplación del cuadro. El color del río de fuego y las suaves líneas de las olas, tan pacientemente trazadas, apaciguaron mi espíritu. Desde el río de fuego

llegaba al fondo de mi alma un caudal abundante de paz. En el río de llamas\* una multitud de almas en pena gritaba alzando los brazos al cielo y con el pelo ondeando como si soplaste un vendaval. También había otras de las que sólo se veían sus delgados y angulosos traseros y las piernas, que se agitaban en el aire. Pero incluso en sus variadas expresiones de sufrimiento había algo que calmaba el alma. A pesar de que era evidente que sufrían, los cuerpos que manifestaban sentir dolor daban la impresión de tomar parte en algún juego solemne. Daban la impresión de divertirse, de estar acostumbrados al sufrimiento. La misma impresión daban los espíritus masculinos que estaban sobre las rocas de la orilla, con sus penes al aire, mientras eran golpeados en la cabeza, el vientre o la espalda por piedras flameantes. Las almas de las mujeres, empujadas hacia el bosque por demonios que blandían barras de hierro, daban la impresión de querer conservar la agradable relación —los papeles de atormentador y atormentada— que las unía a ellos. Le expliqué al monje mi apreciación, y se mostró de acuerdo conmigo.

—Como las almas del infierno llevan verdaderamente una eternidad sufriendo sin cesar, ya deben de haberse acostumbrado, y puede que sólo pretendan hacer ver que sufren para mantener el orden de las cosas. El modo como se calcula la duración del sufrimiento en el infierno es de lo más excéntrico, ¿sabe? Por ejemplo, en este infierno ardiente un día y una noche constan de mil seiscientos años, equivalentes a dieciséis mil años con sus días y sus noches en el mundo de los hombres. ¡Eso sí que es tiempo! Ahora bien, las almas de este infierno tienen que sufrir sin parar los dieciséis mil años, ¿comprende? Hasta el más reticente de los espíritus tiene tiempo para acostumbrarse, ¿no?

—Ese demonio que está vuelto de espaldas y parece parte de la roca, ese que se dedica a atormentar con tanto ahínco al espíritu femenino, tiene el cuerpo cubierto de sombras negras —dijo mi mujer—; no se distingue bien si son músculos o cicatrices, pero le dan muy mal aspecto, ¿no creen? En comparación, el espíritu femenino al que le está pegando parece estar en mucho mejor forma física. Incluso se diría que está tan acostumbrado al demonio que ya no le tiene miedo, ¿verdad, Mitsu?

Mi mujer dijo esto para demostrar que compartía mi apreciación, pero no daba señales de recibir del cuadro la misma y profunda paz mental. Más bien, el radiante buen humor que había mostrado desde la mañana iba disminuyendo. Y me di cuenta de que Takashi se había apartado de nosotros y guardaba un obstinado silencio vuelto hacia la oscuridad dorada del altar del templo.

—¿Qué te parece, Taka? —le pregunté, pero él, haciendo caso omiso de mi

pregunta con grosería, replicó cortante:

—En vez de tanto mirar ese cuadro, ¿por qué no nos llevamos ya los restos de S, Mitsu?

El monje le dijo a su hermano menor, que nos había estado observando desde el vestíbulo del templo con curiosidad, que acompañara a Takashi a recoger la urna.

—Desde que era niño, a Takachan<sup>[34]</sup> le ha dado miedo el cuadro del infierno, ¿verdad? —dijo el monje. Entonces, cambiando de conversación, me habló del joven que había ido en busca de Takashi y de la vida cotidiana en el pueblo—: Se trate de lo que se trate, la gente de aquí no sabe pensar a largo plazo, oiga. El fracaso de la granja avícola de ese grupo de jóvenes cuyo jefe ha venido a que el amigo de Takachan les repare la camioneta, es de lo más representativo: se ahogan en un vaso de agua. Discuten por tonterías horas y horas, y al final, cuando todo se ha ido al garete, piensan con displicencia que las cosas ya se arreglarán solas. Un buen ejemplo de lo que le digo es el supermercado. Salvo la tienda de licores y ultramarinos, y básicamente a causa de los licores, todas las demás del pueblo se arruinaron por la competencia que les ha hecho, pero los comerciantes no sólo no reaccionaron, sino que hoy día casi todos están endeudados con el supermercado de una forma u otra. Es como si estuvieran esperando que, por algún milagro, el supermercado desaparezca cuando no sean capaces de hacer frente a esas deudas y así nadie pueda exigirles su pago. Un solo supermercado los ha llevado a un punto en que, en los viejos tiempos, su única salida hubiera sido marcharse del pueblo, ¿sabe?

En ese momento, Takashi volvió del osario con un bulto envuelto en tela blanca; su mal humor y su abatimiento se habían trocado en una suerte de exaltación.

—En la urna de S está la montura metálica de sus gafas, junto con sus cenizas. Me han hecho recordar perfectamente cómo era su cara con las gafas puestas, Mitsu.

Al subirse al Citroen, que había traído de vuelta al recinto del templo uno de los miembros del grupo de jóvenes, Takashi dijo:

—Que Natchan sostenga la urna de S. Como Mitsu no es capaz de llevar erguida la cabeza sin darse con algo, no se puede confiar en él para ciertas cosas, ¿verdad?

Pensé que no había dicho aquello sólo por cariño a S, sino para apartarme en lo posible de este, puesto que yo no era más que un ratón. Mientras conducía, con mi mujer en el asiento del acompañante sosteniendo la urna, recordó a nuestro hermano S. Me tumbé en el asiento trasero, con las rodillas dobladas, y reviví el color de las llamas del cuadro del infierno.

—¿Te acuerdas del uniforme de invierno de cadete, Natchan? S, en pleno verano, subió la cuesta de grava con el uniforme azul marino, el sable y las botas de cuero de

media caña de aviador. Y cada vez que se cruzaba con alguien del valle, saludaba con un taconazo como un soldado nazi. Me parece que sigo oyendo en el valle el ruido de las duras botas y el resonar de su voz varonil, diciendo: «¡Se presenta S'ji Nedokoro, licenciado!».

A pesar de las palabras de Takashi, el S de mis recuerdos no tenía nada que ver con aquella persona extrovertida y galante. Cuando volvió licenciado, es verdad que llegó hasta el puente con el uniforme de invierno de cadete, pero al pasar por él se quitó la chaqueta, tiró el gorro, las botas de media caña y el sable al río, y subió la cuesta con la espalda encorvada y la chaqueta bajo el brazo. Así recuerdo yo el regreso del frente de S.

—Me acuerdo de las escenas del día que lo mataron a golpes con mayor viveza aún, y todavía sigo viéndolas en sueños una y otra vez. Son imágenes que tengo grabadas con claridad hasta en los más pequeños detalles —le decía Takashi a mi mujer.

Según él, nuestro hermano S estaba tirado boca abajo en el suelo de fango seco, que al secarse se había convertido en un fino polvo blancuzco, rodeado de los fragmentos de los guijarros que habían roto infinidad de pisadas. A la clara luz del sol de otoño, no sólo el camino de tierra, sino también el lecho del río y la orilla opuesta, cubierta de yerba, reflejaban la luz blanca. Y, dentro de aquella intensa luminosidad, el río resplandecía con la blancura más radiante. Hasta Takashi, en cuclillas a medio metro de la cabeza de S, cuyo rostro estaba vuelto hacia el río, y el perro, que corría y ladraba locamente a su alrededor, estaban blanquecinos. El asesinado S, Takashi y el perro estaban envueltos en una nube blanca. Una lágrima dejó una mancha negra sobre la capa blanca que cubría un guijarro al lado del pulgar de Takashi. Pero se secó enseguida, y sólo quedó una marca blanca sobre la piedra.

La cabeza desnuda de S estaba aplastada y parecía una bolsa negra y plana de la que se había derramado algo rojizo. La cabeza y lo que se había derramado estaban secos ya, como una materia fibrosa dejada al sol. No había más olor que el de la tierra y las piedras quemadas. La cabeza aplastada de S no olía a nada, como si hubiera sido una hoja de papel. Tenía los brazos grácilmente levantados por encima de los hombros, como los de un bailarín. Sus piernas parecían las de un atleta en el momento de saltar. Y la piel del cuello y la parte de los brazos y las piernas que quedaba fuera de la camisa y los pantalones cortos de gimnasia de los cadetes aviadores de la marina, tenía un color oscuro y uniforme como de cuero curtido, sobre el que destacaba la blancura del barro que se le había pegado. Takashi no tardó en observar una hilera de hormigas que entraban por los orificios de su nariz y salían

por sus oídos llevando cada una un granito rojo. Pensó entonces que era por el trabajo de las hormigas que el cuerpo de S se había secado, estaba flaco y no despedía ningún olor. Seguiría secándose hasta quedarse como un pescado disecado. Las hormigas habían devorado por completo los ojos por detrás de los párpados firmemente cerrados. En el fondo de las órbitas se habían formado unos orificios rojos del tamaño de nueces por los que entraba una claridad rojiza que alumbraba el camino de las hormigas en su ir y venir por los oídos y la nariz. A través de la piel del rostro de S, translúcida como un vidrio ahumado, pudo ver cómo una gota de sangre caía sobre una hormiga y la ahogaba...

—¿No me irás a decir que de verdad viste todo eso?

—Reconozco que esa parte está complementada con el mundo de mis sueños, pero ahora no sabría distinguir dónde acaban estos y empieza la realidad que vi desde el puente, a unos cien metros río abajo, el día que mataron a S a golpes. Ya sabes que la memoria se alimenta de sueños, ¿no?

Personalmente, no sentía la necesidad de escarbar en mi interior los recuerdos de la muerte de S. Sin embargo, por el bien de la salud mental de Takashi, sentí que debía llamarle la atención sobre el hecho de que, en la actualidad, la mayor parte de sus recuerdos estaban dominados por los que su mente veía en sueños en mucho mayor medida de lo que él pensaba.

—Taka, lo que crees que has visto, y los recuerdos que estás renovando continuamente, no son más que un simple sueño desde el principio. La imagen del cadáver disecado de S te la has formado por el recuerdo de ver, digamos, una rana aplastada por la rueda de un coche y secándose al sol. La visión de la cabeza machacada y ennegrecida de S y de lo que salía de ella, no es más que una rana aplastada y con las entrañas fuera. —Después de criticarle, seguí rebatiéndole—. No hay manera de que hubieras visto el cadáver de S. Sobre todo, que le hubieras visto tirado en el camino de grava, porque sólo yo, que fui a buscarlo con una carretilla, y los coreanos de la colonia, que me ayudaron a levantarlo, lo vimos. Aunque sea cierto que fueran los coreanos quienes lo mataron a golpes, trataron a nuestro hermano muerto con todo respeto y consideración, y con el mismo cuidado que si se hubiera tratado de un familiar. Hasta me dieron una tela de seda blanca<sup>[35]</sup>. Una vez colocado el cuerpo de S en la carretilla, lo cubrí con la tela y, después de ponerle muchas piedrecillas para que no la levantara el viento, volví al valle empujando la pesada carretilla. La empujé en vez de tirar de ella porque creí que una vez cargada sería más fácil equilibrarla, y también para no perder de vista el cadáver ni un momento, por si se caía y se convertía en un demonio que fuera a devorarme.



Cuando llegué con el cadáver de S al valle, ya estaba anocheciendo, pero ningún adulto salió de las casas a ambos lados del camino de grava, y los niños sólo miraban a escondidas. Sabían que el cadáver de S podría traerles alguna desgracia. Dejé la carretilla en la plaza y volví un momento a casa, donde Taka estaba de pie al fondo de la doma, con un gran caramelo en la boca y babas castaño oscuro corriéndole por las comisuras de los labios. Los churretes parecían los de uno de los personajes del teatro de títeres, qué se había envenenado y le salía la sangre por entre los dientes. Madre estaba enferma y dormía, y a su lado nuestra hermana también dormía, haciéndose la enferma. Total, que nadie de la familia podía ayudarme. Así que me fui al campo que hay detrás del almacén a llamar a Jin, que cortaba leña. Todavía era una muchacha delgada y fuerte. Cuando llegamos a la plaza, habían robado la tela blanca, y el cadáver de S estaba a la vista. Recuerdo que tenía el cuerpo encogido y no parecía mayor que un niño dormido. Estaba cubierto de barro seco y olía a sangre. Tratamos de levantarlo por los hombros y los pies, pero no pudimos porque pesaba demasiado. Los dos nos manchamos de sangre, ¿sabes? Jin me dijo que fuera por la camilla que utilizábamos para los simulacros de los bombardeos. Estaba pasándolas canutas para descolgar la camilla de la entrada cuando escuché a mi madre hablarle a nuestra hermana del aspecto de Taka y el mío. Creo que Taka seguía tan contento chupando el caramelo en la oscuridad de la cocina y no me hizo ni caso. Después de llevar el cuerpo de S hasta la vereda que corre por debajo del muro, ya de noche, y hasta que metimos su cadáver en el almacén, Taka no vio nada, ¿no es así?

Como Takashi miraba hacia adelante con atención, conduciendo el Citroen, sólo pude ver que se ruborizaba desde el cuello hasta las orejas, temblaba un poco y, a veces, carraspeaba ahogadamente desde el fondo de la garganta. Era evidente que estaba muy afectado por la radical contradicción que el relato de mis recuerdos implicaba para el mundo de los suyos. Seguimos un rato en silencio. Entonces mi mujer, como para consolar a Takashi, dijo:

—¿No te parece que no es normal que Taka estuviera todo el tiempo de pie en la cocina, sin mostrar interés por el cadáver de la carretilla?

—Así fue —dije, pasando a otra capa más profunda de mi memoria—, porque le ordené a Taka que no saliera de la doma. Para que obedeciera, le di el caramelo, y Jin y yo pasamos con el cadáver por la vereda debajo del muro a propósito, para evitar que lo viera Taka desde la doma, o mi madre y mi hermana, que dormían en la habitación.

—La verdad es que me acuerdo de lo del caramelo, pero fue S quien me dio un

pedazo que había cortado con el mango del *tantō*<sup>[36]</sup> de una pastilla de caramelo de la que se apoderó durante el primer asalto a la colonia coreana. Me acuerdo perfectamente de la forma y el color del tanto de la infantería de marina. Fue al realizar el segundo asalto a la colonia cuando lo mataron a golpes. Sea como sea, cuando me dio el caramelo que había conseguido como botín de guerra estaba muy alegre y de buen humor. Creo que usó el tanto de la infantería de marina aposta para darle más emoción al momento, lo mismo para su hermanito que para sí mismo. Todavía veo en sueños las imágenes del instante en que rompía el caramelo con la empuñadura del tanto, con la camisa y los pantalones blancos de su immaculado uniforme de cadete de marina. Siempre aparece con una sonrisa deslumbrante, manejando un tanto resplandeciente —dijo Takashi con pasión, como si creyera que sus palabras fuesen a curar las heridas infligidas por mis correcciones.

Sentí un placer perverso esperando las nuevas falsedades que mis correcciones provocaban en los recuerdos de Takashi para derribarlas en cuanto salieran. Reprimiendo cierto disgusto por mí mismo, me dediqué con entusiasmo a deshacer las imágenes heroicas que Takashi acababa de formar en la cabeza de mi mujer.

—Taka, eso también son recuerdos de tus sueños; lo que no son más que simples imaginaciones de tus sueños se ha fijado en tus recuerdos con la misma intensidad que la realidad. En el primer asalto, es cierto que S y sus compañeros se apoderaron de licor de contrabando y caramelos, pero él, como se llevaba mal con nuestra madre desde que quiso llevarla a que la visitaran en un hospital psiquiátrico cuando volvió del frente, se avergonzó de que ella pudiera enterarse de que había robado caramelos y los escondió en una bala de paja del establo. Yo cogí un poco a escondidas y me lo comí, y te di parte a ti, Taka. No es posible, por otra parte, que S estuviera de buen humor después del primer asalto, ¿sabes por qué? Porque entonces murió un hombre de la colonia coreana. En el segundo asalto también debía haber una víctima, esta vez en el bando de los japoneses del valle, pues se habían puesto de acuerdo para no dar parte a la policía. Desde un principio, ese asalto no iba a ser agresivo, sólo se trataba de que hubiera una nueva víctima, y todos sabían quién sería. S no ignoraba que ese iba a ser su destino. Sólo tengo un recuerdo del aspecto de S entre los dos asaltos, borroso como una fotografía, pero no me lo he inventado. Mientras los demás asaltantes se emborrachaban con el licor que habían robado, S, según la imagen de mi recuerdo, estaba a oscuras, sobrio, en un cuarto del fondo del almacén, de espaldas a la puerta, tumbado hecho un ovillo, inmóvil. Seguro que estaba mirando el abanico de John Manjiro en la *tokonoma*. Fue entonces cuando encontré los caramelos escondidos, y recuerdo que me llevé un pedazo a la boca, y que sentí

vergüenza porque S me descubrió comiéndomelo. Pero ese recuerdo puede ser de un sueño, al igual que te pasa a ti, Taka; me lo he podido inventar al darme cuenta de lo vergonzoso y estúpido que era para S haber robado en la colonia coreana. Yo también he soñado con S muchas veces, ¿sabes? Su muerte tuvo gran influencia sobre nosotros, mientras crecíamos. Por eso tenemos tantos sueños relacionados con ella. Pero ahora, al hablar con Taka, parece que el ambiente de nuestros sueños es totalmente distinto, ¿no? —dije. Como empezaba a arrepentirme de haberle acorralado demasiado, busqué un principio de conciliación—. Supongo que la muerte de S nos ha afectado de distintas maneras.

Takashi estaba sumido en sus pensamientos e hizo caso omiso de mi intento de conciliación. Buscaba a tientas, en los rincones sombríos de la memoria y en el territorio de los sueños, algo que diera la vuelta de golpe a la hegemonía de mis recuerdos. Por otra parte, nuestra discusión había provocado un peligroso aumento de la ansiedad de mi mujer, que hasta entonces se había sentido una simple espectadora.

—¿Por qué, si sabía que lo iban a matar, tomó parte en el asalto? ¿Por qué lo mataron? ¿Por qué tenía que ser él la víctima propiciatoria? Me horroriza pensar en S tumbado en la oscuridad del fondo del almacén. Me horroriza de verdad pensar en ese joven esperando el momento del segundo asalto. Sobre todo, después de haber visto esta mañana el interior del almacén, no puedo evitar imaginármelo tal como ocurrió. ¡Hasta me parece ver la espalda de vuestro hermano S! —dijo mi mujer. Ya estaba deslizándose por la pendiente de la boca del hormiguero mental que la llevaba al whisky. La nueva vida de sobriedad que había empezado entre la noche anterior y aquella mañana ya era cosa del pasado—. ¿Por qué tenía que ser S la persona sacrificada? ¿Acaso mató al coreano en el primer asalto?

—No fue por eso, ¿verdad, Mitsu? —terció Takashi, muy serio—. Sería porque él era el cabecilla. Sé muy bien, sin que haga falta que Mitsu me lo diga, que fue un sueño, pero gozo al recordar una escena de S, con el uniforme azul marino de invierno de cadete de marina, dirigiendo a los jóvenes del valle contra el grueso de los combatientes de la colonia coreana... Un recuerdo esplendoroso.

—Taka, por lo que se deduce de las deformaciones de tus recuerdos, tienes un deseo apasionado de que las cosas sean como tú quieres. Eso está bien claro. No es que no lo comprenda, pero S no fue nunca el cabecilla de los jóvenes del valle. Más bien al contrario. Era evidente incluso para su hermano pequeño que sólo tenía diez años. A veces, hasta se mofaban de él. Al fin y al cabo, no es probable que, al terminar la guerra, nadie comprendiera los motivos del extraño comportamiento de

S el día que volvió del frente. Si queréis que os diga la verdad, S era el hazmerreír del valle. Posiblemente, ninguno de vosotros dos pueda comprender bien el poder de destrucción de las risas maliciosas en un pueblo pequeño. De los jóvenes que volvieron del frente, era el único que no se había buscado una amante. Sin duda, fue aceptado por la sociedad del pueblo. Pero, con todo, era el más joven de los soldados licenciados a los que se encomendó el asalto a la colonia coreana. Además, era bajo y delgado, y también tímido. Ahora bien, ¿por qué se llevó a cabo aquel asalto? Aunque fueron los caciques del pueblo, empezando por el alcalde, quienes empujaron a los jóvenes, la verdad es que los estraperlistas coreanos habían descubierto varias veces el arroz que tenían escondido los aldeanos, y, después de robárselo, lo habían vendido en la capital. Los agricultores habían hecho declaraciones falsas, y no podían denunciarlos a la policía; por eso pusieron sus esperanzas en el grupo de veteranos, los únicos capaces de oponerse a los coreanos. Como la mayoría de los miembros de dicho grupo eran hijos de campesinos, estaban obligados a tomar parte en el asalto por solidaridad de clase. Pero desde antes de la reforma agraria de la posguerra nuestras tierras estaban incultas. No teníamos ni un grano de arroz escondido, sino todo lo contrario: Jin tenía que ir a comprárselo de estraperlo a los coreanos. No obstante, S se unió al asalto y, cuando sus violentos camaradas mataron al coreano, le tocó ser el chivo expiatorio. No era algo que yo pudiera comprender de niño. Nuestra madre, que estaba enferma, pensaba que el verdadero loco era el hijo que quería llevarla a un hospital psiquiátrico, y no quiso ir a ver su cadáver al almacén, ni siquiera después de que Jin lo hubiera lavado. Se enfadó tanto por la desesperada locura de lo que había hecho, que llegó a detestarle de verdad. Por eso no hubo funeral por S. Jin pidió a los ancianos del vecindario que lo incinerasen, nada más, y por eso han estado sus cenizas en el templo hasta ahora. Si hubiéramos tenido un funeral como es debido, habría sido muy fácil poner su urna en la tumba familiar, ¿no? Las cenizas de nuestra hermana están ahí como Dios manda, ¿no?

—¿Le obligaron a hacerlo? —le preguntó mi mujer a Takashi, pero no contestó. Tenía los labios fuertemente apretados porque mencioné la muerte de nuestra hermana.

—No lo creo. Si acaso, se ofreció voluntario a sus camaradas. Los mismos camaradas que abandonaron el cadáver de S, muerto a golpes, por lo que tuve que ir yo a recogerlo con una carretilla.

—¿Por qué lo hizo, por qué? —seguía preguntando mi mujer, horrorizada.

—Tras lo sucedido, yo no podía investigar los hechos. Como es natural, los que

participaron en el asalto y comprobaron cómo lo mataban a golpes antes de escaparse hacia el pueblo, no querían tener nada que ver con la familia del fallecido, y era inútil preguntarles nada. De aquella pandilla, ya no debe quedar casi nadie en el valle. Uno de ellos incluso se fue a la capital y se convirtió en delincuente profesional. Me enteré cuando estaba en el instituto, pues la prensa local le dedicó mucho espacio. Como sospechaba que ese tipo era el que había matado al coreano en el asalto, me acordaba de él, y en cuanto vi su foto del periódico, le reconocí. ¿No sabías que el asesinato parece crear hábito?

Aunque traté de desviar la conversación hacia temas generales, mi mujer, sumida en el pánico, no se daba cuenta de mis propósitos. Volvió a preguntarle con insistencia a Takashi, que no tenía la menor intención de abandonar su silencio.

—Taka, en tus sueños, ¿por qué? ¿Por qué lo hizo?

Insistente, no paraba de exigirle una respuesta.

—¿En los recuerdos de mis sueños? —dijo por fin, dando muestras de una paciencia voluntariosa desusada en el Takashi que yo había conocido desde su niñez, aunque de todos modos fue incapaz de contestar satisfactoriamente a la pregunta de mi mujer—. En mis sueños, no tengo la menor duda de por qué S tenía que sacrificarse. Mi hermano S había nacido para ser el héroe sacrificado, así es como lo veo en mis sueños. Y, tanto dentro como fuera de ellos, yo nunca sería capaz de criticarle, como hacía y hace Mitsu. Ahora, al preguntarme Natsumichan por qué, he sentido una especie de shock. ¿Por qué? No me hace falta preguntárselo a S en mis sueños. Y, por otra parte, en el mundo real de hace veinte años, según dice Mitsu, yo tenía la boca llena de caramelo, de modo que no hay duda de que entonces no pude preguntárselo.

—¿Por qué lo hizo, por qué? —Mi mujer no se dirigía ya a Takashi, ni tampoco a mí, sino que perseguía los ecos que, dentro de su vacío interior, decían: ¿Por qué...? ¿Por qué...? ¿Por qué...? ¿Por qué...?—. ¿Por qué lo haría? Es horrible, me horroriza imaginarme a un joven tumbado inmóvil y acurrucado en la oscuridad del almacén. Seguro que esta noche voy a soñar con eso y, como le pasa a Taka, echará raíces en mis recuerdos...

Le dije a Takashi que nos llevara a la tienda de licores y ultramarinos que había mencionado el monje. Al salir del templo habíamos vuelto a la plaza, donde estacionamos el coche enfrente del concejo y nos quedamos dentro hablando. Después de comprar una botella de whisky barato, volvimos por el camino de grava.

En cuanto regresamos a casa, mi mujer empezó a beber. En silencio, sin hacernos caso ni a Takashi ni a mí, sentada muy tiesa frente al hogar que ocupaba el centro de

la sala, se emborrachaba lenta pero inexorablemente; me recordó el día que la vi ebria por primera vez. Situada entre la luz de la habitación, que era más bien escasa, y el resplandor del hogar, me recordó el día que la encontré borracha en la biblioteca. En los ojos de Takashi, que la veía emborracharse de aquel modo por primera vez, vi con claridad mi propia experiencia emocional de aquel día; aquellos ojos no podían ocultar una escandalizada sorpresa, a pesar de su fingido desinterés. Desde que regresó al Japón, mi mujer había bebido a veces delante de él, siempre dentro del círculo familiar, pero nunca le había mostrado la embriaguez que dejaba ver en sus ojos y en la superficie de su piel la entrada de aquella escalera de caracol que conducía a la tremenda oscuridad de su interior. Finas gotas de sudor cubrían, como piojos, su estrecha frente, las sombras alrededor de sus ojos, su curvo labio superior y su garganta. Sus ojos empezaban a mostrar el intenso color sanguinolento que significaba que ya nos había perdido de vista a Takashi y a mí. Lenta pero inexorablemente, descendía la escalera de caracol que conducía a aquellas profundidades inquietas que apestaban a whisky y sudor pegajoso.

Como mi mujer no demostraba interés por nada de lo que la rodeaba, Momoko, que había regresado con Hoshio, preparó la cena. Este había desmontado el motor, y lo estaba reparando en la doma, bajo la atenta mirada de los flacos hijos de Jin, envuelto en un débil olor a gasolina, como una neblina transparente. Cuando menos, Hoshio había conseguido transformar el desabrimiento de los niños en respeto. Por mi parte, como no había visto nunca un adolescente tan diligente, olvidé mis prejuicios contra él. Desde que llegamos al valle, Hoshio estaba lleno de confianza en sí mismo, de modo que algo parecido a la belleza de la armonía había aparecido en su cómica cara. Takashi y yo, tumbados enfrente de mi mujer, que bebía whisky en silencio, nos pusimos a escuchar los viejos discos de la colección de nuestra hermana en un vetusto tocadiscos portátil. En su último concierto grabado, Lipatti interpretaba vales de Chopin.

—Nuestra hermana escuchaba el piano de una manera que se salía de lo corriente, ¿verdad? No se perdía una nota, y escuchaba cada sonido. Por muy deprisa que tocara Lipatti, no se le escapaba ni una sola nota que sonara en el piano. Te dabas cuenta de que descomponía la armonía y oía cada nota por separado. Nuestra hermana me enseñó una vez cuántos sonidos hay en este vals en clave de mi menor. Escribí la cifra en un cuaderno, pero lo perdí. De todos modos, el oído de nuestra hermana realmente era algo único, ¿eh? —dijo Takashi en voz baja y ronca. Eran las primeras palabras que le había oído decir acerca de nuestra hermana desde su muerte.

—¿Sabía contar cantidades tan grandes? —le pregunté.

—No. Para eso utilizaba una hoja grande de papel que iba llenando de puntitos de lapicero, como motitas de polvo. Era igual que una fotografía de la Vía Láctea, sólo que los cuerpos celestes eran puntos oscuros. Allí estaba el vals Opus 18 entero. Me pasé muchas horas contando el número de puntos que había en aquel diagrama. Es una pena que perdiera los resultados de mi cálculo. Pero creo que el número de puntos de lapicero que hizo nuestra hermana era el exacto, ¿sabes? —Después de decir eso, Takashi, en tono inesperadamente apaciguador, añadió—: Bien mirado, tu esposa también se sale de lo corriente, ¿no?

Recordé que había usado una expresión muy similar para referirse a mi amigo que se había ahorcado con la cabeza pintada de bermellón, y, profundamente conmovido, la relacioné con lo que acababa de decirme. Si también había sido una persona fuera de lo corriente; si Takashi lo sentía así de un modo sincero, no era necesario que yo siguiera intentando corregir los recuerdos de sus sueños. Sus palabras demostraban que había percibido la existencia de algo en lo más hondo del alma de todos aquellos que han muerto presa de un miedo que no pudieron comunicar a nadie más.

## 5. EL EMPERADOR DE LOS SUPERMERCADOS

Una mañana de cielo límpido y frío cortante, como se había helado la bomba mecánica de la doma, tuvimos que sacar agua con un pesado cubo del pozo que había en un jardín largo y estrecho situado detrás de la casa al que llamábamos el Sedawa, el cual estaba separado de la ladera de la colina, cubierta de denso matorral, por unas moreras. Mi hermano se apoderó del primer cubo de agua y se lavó con parsimonia la cara y la nuca e incluso detrás de las orejas antes de desnudarse de cintura para arriba y frotarse con energía el pecho y los hombros. De pie a su lado, esperaba pacientemente que me pasara el cubo mientras pensaba cuánto había cambiado, pues había sido muy friolero de niño. En su espalda, que obviamente exponía a mi vista a propósito, había lívidas cicatrices donde la piel y la carne habían sido heridas por algún instrumento romo. Al verlas, me oprimió el estómago la sensación angustiosa de revivir el recuerdo del sufrimiento en mi propio cuerpo.

Mientras esperaba mi turno para el cubo, Momoko llegó al Sedawa desde la doma acompañando al tipo que parecía un fantasmagórico erizo de mar. Aquella mañana de frío intenso el joven aldeano de insólito aspecto vestía solamente unos pantalones de faena verdes y una camiseta de mangas tan largas que le llegaban hasta la mitad de los dedos. Tiritando sin cesar, con la gigantesca cabezota redonda encogida entre los hombros, parecía dispuesto a no decirle ni una palabra a Takashi mientras yo me hallara presente. Estaba pálido, no sólo a causa del frío, sino también como si algo le concomiera en lo más profundo de su ser. Finalmente, desistí de lavarme la cara y volví junto al hogar, dejándolos a solas para que pudieran hablar sin temor a ser escuchados. La verdad sea dicha, por aquel entonces había descuidado mucho mi higiene personal. Hacía varios meses que no me



limpiaba los dientes, y los tenía de color amarillo, como los de un animal. Aquel cambio de mi forma de ser no había sido voluntario, sino más bien consecuencia del suicidio de mi amigo y de que hubiéramos tenido que internar al niño en un centro médico.

—Ese chico parece no sentir el frío, ¿verdad, Mitsu? Cuando le vimos en el templo llevaba ropa de verano —dijo mi mujer en voz baja, procurando que no le oyeran Takashi y los demás.

—¡Ya lo creo que siente el frío, no tienes más que ver cómo tiritita! Pero como quiere dar la impresión de que es un hombre estoico, muy superior a los demás, va en pleno invierno sin abrigo ni chaqueta. Ese detalle, por sí solo, no creo que bastara para que se ganase el respeto de la gente, ni siquiera en este valle, pero hay que añadir a ello su insólito aspecto y esa pose teatral con que parece ignorar a todo el mundo. Supongo que de ahí deriva su ascendiente.

—Si eso es suficiente para que alguien se convierta en líder de un grupo de jóvenes, es que son muy ingenuos, ¿no crees?

—Sí, pero es que el hecho de que una persona adopte esas actitudes teatrales no quiere decir que sea tonta ni carezca de sutileza psicológica —le contesté—. Eso es lo que hace que sea tan compleja la política entre los jóvenes de la aldea.

Al cabo, Takashi regresó a la doma acompañando al joven, que mantenía el mismo mutismo que al llegar, en medio de exageradas demostraciones de amistad, y se despidió de él con un apretón de manos que constituía un claro gesto de aliento. Cuando el líder de los jóvenes salió de la casa, la luz iluminó su ancha cara, en la que había tal expresión de tristeza que me quedé sobrecogido.

—¿Ocurre algo, Taka? —preguntó mi mujer con voz débil, tan sobrecogida como yo.

Sin contestar, se acercó al hogar. Llevaba la toalla colgada del cuello, como un boxeador, y por la expresión de su rostro se habría dicho que se debatía entre dos emociones intensas y encontradas; era como si se enfrentara al mismo tiempo con un hecho muy gracioso en conflicto con otro indeciblemente triste. Mirándonos de arriba abajo con ojos llenos de orgullosa pasión, sin poder contener la risa, dijo:

—Sea de hambre o de frío, se han muerto todas las gallinas, varios miles, ¡ja, ja, ja!

Abrumado por la imagen mental de varios miles de gallinas muertas caídas por los suelos, guardé silencio mientras mi cara mostraba el mismo gesto, mezcla de estupor e hilaridad, que había visto en la de Takashi. Al pensar en el joven que parecía un fantasmagórico erizo de mar y sus compañeros frente a los cadáveres de

miles de famélicas gallinas, temblando incesantemente por muy indiferentes que pretendieran ser al frío, lo trágico de su situación me hizo sentir disgusto y pesar.

—Así que han venido a pedirme que consulte con el Emperador de los Supermercados qué se puede hacer con las gallinas muertas. No puedo abandonarlos: me voy a la capital.

—¿Con el Emperador de los Supermercados? No creo que al dueño de la cadena de supermercados las gallinas muertas le sirvan para nada. ¿O es que crees que las usará para hacer pastillas de caldo?

—La mayor parte del dinero para montar la granja lo puso él. Aunque los jóvenes en un principio no querían depender del supermercado, la necesidad de comprar pienso y de distribuir los huevos les forzó a recurrir al Emperador, ¿sabes? Así que la muerte de las gallinas le ha afectado tanto o más que a ellos. Por eso tienen puestas sus esperanzas en mí, para que negocie con él e impida en lo posible que les pida cuentas por su irresponsabilidad. Y como en realidad son un hatajo de bobos, hay entre ellos más de un iluso que piensa que el Emperador de los Supermercados se inventará sin duda la manera de aprovechar las gallinas muertas.

—¿Y si se las venden a los habitantes del valle y se intoxican o les pasa algo? ¡Sería terrible! —suspiré, cada vez más deprimido.

—Si las gallinas se han muerto heladas con la tripa vacía, lo más probable es que estén tan sanas como las verduras precongeladas. Para compensarme por ir a la capital, les pediré un par o tres de las menos flacas y se las daré a Jin, que necesita proteínas. ¿Qué te parece?

Al decir eso Takashi, mi mujer saltó, ofendida.

—Aunque Jin tiene bulimia, casi no toma alimentos de origen animal, porque dice que es malo para el hígado.

Mientras desayunaban apresuradamente, Takashi y Hoshio estudiaron detenidamente el tiempo preciso para ir y volver a la capital con la camioneta de los jóvenes y las distancias entre las gasolineras. Como los conocimientos automovilísticos de Hoshio eran prácticos y meticulosos, en cuanto Takashi preguntaba algo, Hoshio respondía sin vacilar, y pronto estuvieron de acuerdo. Hoshio hizo una detallada exposición de los defectos del motor de la camioneta, y ante la posibilidad de que sufriera alguna avería mientras cruzaba el bosque, finalmente decidieron que él también fuera.

—Como Hoshio es especialista en arreglar trastos viejos —dijo Momoko—, si te acompaña, por muy lejos que tengas que ir, seguro que todo saldrá bien. Cuanto más viejo es el coche, mejor sabe arreglarlo Hoshio; si va contigo, te será de ayuda. —

Después de este esfuerzo por parecer imparcial, suspiró con infantil envidia—. ¡Ah, qué película estarán echando en el mundo civilizado! ¿Vivirá todavía Brigitte Bardot?

—¡Que venga Momoko también! Las jovencitas necesitan distraerse de vez en cuando, ¿no?

Al decir eso Takashi con una sonrisa de simpatía, la muchacha no pudo ocultar su inocente alegría.

—Taka, conduce con cuidado, que en el camino del bosque hay hielo, ¿eh? —dijo mi mujer.

—De acuerdo. Conduciré despacio, sobre todo a la vuelta, porque voy a traerle a Natsumichan media docena de botellas de un whisky como no lo hay en el pueblo. Mitsu, ¿necesitas algo?

—Nada.

—Mitsu ya no espera nada de nadie, ¡ni siquiera de sí mismo! —dijo Takashi burlándose de mi desabrimiento. Sin duda, se había dado cuenta de que me faltaba por completo el sentido de la «esperanza». Que lo había perdido debía resultarle obvio a cualquiera que viera mi aspecto físico.

—Tráeme también café, por favor, Taka —añadió mi esposa.

—Vamos a volver cargados hasta los topes, porque pienso pedirle un adelanto al Emperador de los Supermercados a cuenta del almacén. Mitsu y tú tenéis derecho a disfrutar también un poco de ese dinero.

—Si puedes, tráeme una cafetera de filtro y café molido, Taka.

Evidentemente, mi mujer empezaba a sentir la comezón de hacer una visita a la capital.

De pie en el jardín, resbaladizo por la helada, a medio desayunar, mi mujer y yo despedimos a Takashi y sus amigos, que corrieron hacia el Citroen estacionado frente al concejo en cuanto se terminaron el desayuno.

—Taka se va compenetrando cada vez más con los jóvenes del pueblo, ¿verdad? En cambio, tú, Mitsu, aunque estemos aquí, sigues igual que si estuvieras encerrado en tu despacho de Tokio.

—Taka está tratando de echar raíces otra vez. Yo, en cambio, no creo que tenga raíces que echar —contesté; había tanta autocompasión en mi voz, que sentía pena de mí.

—Hoshi parece molesto porque Taka intima demasiado con los jóvenes del valle.

—¿Quieres decir? Yo veo que ayuda a los del club de jóvenes igual que mi hermano.

—Haga Taka lo que haga, Hoshi le seguirá con toda su alma. Sin embargo, diría que ahora siente una secreta frustración. ¿Será que tiene celos de los nuevos compañeros de Taka?

—De ser eso cierto, quizá sea porque Hoshi, que hace poco que ha abandonado el campo, siente cierta repulsión instintiva hacia los jóvenes del pueblo. Hoshi conoce muy bien a los campesinos, y le cuesta más fiarse de ellos que a Taka, que ha olvidado por completo cómo es la vida en el valle.

—¿Tú también sientes lo mismo, Mitsu?

No contesté a su pregunta.

El estruendo del escape del Citroen, que hacía un ruido exagerado, subió hasta lo alto de la loma donde estábamos mi mujer y yo, y sus ecos se entrecruzaron por el valle hasta perderse en el rectángulo de cielo que se veía entre los altos árboles. Después de que el Citroen desapareció tan deprisa como los ecos y el valle volvió a la tranquilidad, una bandera triangular de insólito color amarillo claro se elevó en el aire fresco de la mañana. La alegre bandera ondeaba en un mástil situado en el lugar donde había estado la antigua destilería de sake. La familia que la había poseído era tan antigua como la mía en el pueblo, y su casa y la nuestra fueron las únicas dos que asaltaron los revoltosos durante los disturbios del primer año de Man'en. Los dueños de la destilería se la vendieron y abandonaron el valle, y el edificio, reformado, era ahora el supermercado.

—La bandera lleva las letras AEB-LTD —dije intrigado—. ¿Qué querrán decir?

—Autoservicios El Barato-Las Tiendas Dinámicas. Lo vi ayer en una hoja de propaganda que iba con el periódico. Será algo que se le ocurrió al dueño de la cadena de supermercados durante un viaje por los Estados Unidos. Aunque el logotipo parece más inglés que japonés, encuentro que es un detalle estupendo y con mucha garra —dijo mi mujer con un entusiasmo que me pareció sospechoso.

—¿Tanto te entusiasma? —Mientras le decía esto, trataba de recordar si había visto ondear aquella bandera cada día desde que estábamos en el valle—. Diría que es la primera vez que la veo, ¿sabes?

—Hoy han izado la bandera porque es el día de la oferta especial. Dice Jin que en estos días no sólo acude a comprar gente de los pueblos del bosque, sino de toda la comarca. Vienen en autobús por la carretera del río.

—Parece que el Emperador de los Supermercados tiene verdadero talento, ¿no? —dije, un tanto impresionado por la visión de aquella bandera triangular que la brisa que acababa de levantarse hacía ondear.

—¡Claro que sí! —dijo mi mujer, pero ya estaba pensando en otra cosa—. Si

todos los árboles se murieran a causa del frío y se pudrieran donde están, ¿cuánto tiempo aguantaría su hedor la gente del valle?

Antes de responder, recorrí con la vista el bosque que nos rodeaba, pero un presentimiento se apoderó de mí y, en lugar de contestarle, bajé los ojos para mirar los cristales de hielo, que empezaban a romperse. Mi aliento helado descendió hacia ellos hasta que se quedó flotando y empezó a ensancharse horizontalmente formando un círculo cada vez más tenue, como si se negara a desvanecerse. Mientras contemplaba mi aliento, la pregunta de mi mujer hizo revivir en mí el recuerdo del hedor sofocante que desprendían al pudrirse las hojas carnosas de las plantas de adorno cuando morían a causa de la helada. Tiritando, la apremié:

—Venga, vamos a acabar de desayunar.

Pero al volverse, cuando apenas había dado un paso, resbaló en el hielo, perdió el equilibrio y se manchó las manos y las rodillas en el fango helado. Su sentido del equilibrio estaba en suspenso tras la larga noche de embriaguez, lo que la hacía particularmente proclive a caerse, no sólo por causas físicas, sino también psicológicas. Además, en aquellos momentos, era evidente que también había recordado aquel hedor, lo cual provocó, probablemente, que su sentido del equilibrio empeorara aún más. O sea que se había caído, en parte, porque la habían derribado los fantasmas de las plantas ornamentales que habían muerto en nuestra casa de Tokio.

Cuando nos casamos mi mujer encargó un invernadero de cristal de un *tsubo*<sup>[37]</sup> que colocó en el lado sur de nuestra cocina-comedor, donde cultivaba heveas, monsteras, varias clases de helechos y orquídeas. En pleno invierno, cuando se anunciaba la llegada de una ola de frío, dejaba encendida la estufa de gas de la cocina y se levantaba cada hora para abrir la mampara entre la cocina y el invernadero a fin de que entrara en él aire caliente. Le sugerí varias soluciones, como dejar entreabierta la mampara o poner un hornillo de carbón en el invernadero, pero desde su infancia tenía tanto miedo a los ladrones y al fuego, que ni siquiera las tomó en consideración. Merced a esta diligencia neurótica de mi esposa, el invernadero rebosaba de plantas del suelo al techo. Sin embargo, aquel invierno, como se dormía borracha todas las noches, difícilmente podría prestarle atención al invernadero desde la medianoche hasta el amanecer, y, por otra parte, me daba miedo que anduviera trasteando con la estufa estando ebria. Y así estábamos cuando llegó el primer parte meteorológico que anunciaba una ola de frío. La esperamos temblorosos como una tribu cobarde que aguardara la llegada de un poderoso ejército. Por la mañana temprano, tras una noche gélida en la que no pegué ojo, fui a

ver el invernadero desde la mampara de cristal de la cocina, y advertí que todas las plantas tenían las hojas llenas de puntos negros. Aun así, no me pareció que aquello fuera particularmente ominoso. Las hojas estaban dañadas, pero no se habían secado. Hasta que abrí la mampara no comprendí el alcance de los daños que habían sufrido nuestras plantas ornamentales. La pestilencia que llenaba el invernadero, semejante al aliento de un perro enfermo, me echó para atrás. Una vez que el hedor se apoderó de mi mente, las heveas y las monstera, cuyos distintos tonos verdes estaban cubiertos de motas negras, parecían gigantes muertos de pie, y la densa masa de orquídeas se desplomaba sobre mis pies como un animal muerto. Perdido el ánimo, volví al dormitorio y me dormí sintiendo aquel hedor pestilente pegado a toda la piel de mi cuerpo. Al volver a levantarme, poco antes de mediodía, mi mujer se estaba tomando un tardío desayuno en silencio, pero el familiar olor a perro enfermo que emanaba de su cuerpo me hizo recordar inmediatamente mi experiencia en el invernadero mientras ella dormía. De todas las portentosas desgracias que se han cernido sobre mi casa desde que mi mujer cayó en las garras de la embriaguez, ninguna nos había afectado con tanta fuerza ni de un modo tan cruel. Venciendo mi repugnancia, volví a mirar por la mampara de cristal y, a la creciente luz del sol, comprobé que la negrura se apoderaba de todo el follaje y las hojas muertas colgaban de las ramas como manos de muñecas rotas. Era demasiado obvio que las plantas se morían.

Ciertamente, si la helada dañaba todos los árboles del bosque, a los habitantes del valle les envolvería el hedor de las bocas apestosas de cien millones de perros, algo que nadie estaba preparado para soportar. Al pensarlo, también estuve a punto de perder el equilibrio sobre las hierbas heladas. Con la mente llena de estos recuerdos que nos ponían los pelos de punta, regresamos en silencio a la casa y terminamos de desayunar en un ambiente totalmente distinto de cuando Takashi era el centro de atención.

Por la tarde, el cartero trajo una carta para Momoko y nos dijo que había llegado a la estafeta un paquete a nuestro nombre. El contenido del paquete era un artefacto llamado «inodoro cómodo», que mi mujer había visto en un anuncio de una revista y había encargado comprar a su familia de Tokio. Según decía el catálogo, era como una silla sin asiento. El «inodoro cómodo» se ponía encima del retrete, de modo que el usuario podía utilizarlo como un inodoro occidental<sup>[38]</sup> sin tener que apoyarse en las rodillas al defecar. Mi mujer había pensado regalárselo a Jin para aliviar la tortura que para «la mujer más gorda del Japón» debía de suponer el peso de su gigantesco cuerpo al ir al retrete. Quedaba la duda de saber si la estructura de tubos

ligeros del «inodoro cómodo» resistiría sus más de ciento treinta y dos kilos de peso, y si se podría convencer a la anticuada Jin para utilizar semejante artefacto. No obstante, la llegada del «inodoro cómodo» nos llenó de animación, así que, aburridos de nuestra espera, nos fuimos camino abajo.

Al pasar por delante del supermercado, vimos un gentío extrañamente alborotado y nos detuvimos. Sólo recordaba tal alboroto en los días de fiesta que había vivido en el valle. Algo alejados del gentío abigarrado que se agolpaba a la entrada y la salida del supermercado, unos niños vestidos con sus ropas de domingo jugaban absortos al viejo juego del tres en raya, y su alegría también me trajo recuerdos de las fiestas. Entre ellos había una niña, vestida con un kimono escarlata, seguramente conseguido por sus padres durante la época del estraperlo a cambio de cierta cantidad de arroz, que llevaba un fénix bordado en oro y verde y se ceñía con un obi<sup>[39]</sup> plateado; en la espalda tenía una campanilla dorada del tamaño de un puño, y hasta llevaba un cuello de piel de imitación rojo alrededor de su corto cuello. Cada vez que la niña daba una patada a la piedra, la campana tintineaba escandalosamente, aturdiendo a los niños a su alrededor. Del alero de la antigua destilería, cuyos muros habían sido derribados y sustituidos por paneles de plástico, colgaban unos carteles de un rojo chillón en los que, en letras verdes, podía leerse el siguiente reclamo:

AEB-LTD, LA TIENDA DONDE HAY DE TODO,  
LA TIENDA DE LA QUE TODO EL MUNDO HABLA,  
EN AGRADECIMIENTO POR SU CONFIANZA, LE OFRECE SUS  
¡FABULOSAS REBAJAS!  
¡ÚLTIMA OFERTA ESPECIAL DEL AÑO!  
LOCAL CON CALEFACCIÓN.

—Local con calefacción... ¡Eso sí que es estupendo!

—No son más que cuatro estufas de mala muerte, Mitsu... —dijo mi mujer, que ya había ido varias veces a comprar con Momoko.

Las mujeres que ya habían hecho sus compras no parecían dispuestas a marcharse, sino que se quedaban dando vueltas frente al ancho escaparate que había entre la entrada y la salida (el cristal tenía pintados los precios de varios artículos que estaban en oferta con letras blancas que no nos dejaban ver el interior desde donde estábamos). Una de las mujeres tenía la frente apoyada contra el cristal y

atisbaba entre el laberinto de cifras blancas. Al salir con las bolsas de la compra llenas una campesina que se cubría los hombros y la cabeza con una manta multicolor, como una india sudamericana, se levantó un murmullo de suspiros de envidia entre las mujeres que merodeaban en el exterior. Estas alargaron los brazos tratando de tocar la manta, y la pequeña campesina que la llevaba puesta, empezó a reírse alegremente y a retorcerse como si le hicieran cosquillas. Como llevaba tanto tiempo lejos del valle, me pregunté si aquellas mujeres no serían forasteras, pero era evidente que no podía ser así. Debería hacerme a la idea de que entre los habitantes del valle se habían instaurado nuevas pautas de conducta.

Estupefactos, mi mujer y yo nos disponíamos a marcharnos cuando descubrimos entre las mujeres al mismísimo monje del templo, que salía abrazando las bolsas de la compra contra su pecho. Al vernos, se dirigió hacia nosotros, y su cara afable se ruborizó gradualmente al tiempo que nos sonreía. El pelo prematuramente cano y recién lavado, que tenía un tinte plateado, y la rubicundez que se extendía por sus mejillas y alrededor de sus ojos, le daban el aspecto de un conejo recién nacido.

—He venido a comprar el *mochi*<sup>[40]</sup> para el año nuevo —se justificó el monje, un tanto avergonzado.

—¿Mochi? ¿Se ha perdido la costumbre de que los feligreses del templo se lo regalen?

—Es que ahora en el valle nadie muele el *mochi* en casa... ¿sabe? O bien lo cambian por el arroz especial para hacer *mochi*, o bien lo pagan en metálico. Así es como se van perdiendo uno a uno los fundamentos de la vida del valle, amigo. Es algo parecido al modo como se descompone una hoja de hierba. Seguro que habrá visto una hoja de hierba al microscopio, ¿no, señora Natsuko?

—Sí.

—La estructura de las células de cada hoja es distinta, ¿sabe? Al descomponerse, se vuelven blanduzcas y amorfas, bien porque las células estén enfermas, bien porque se hayan muerto. Al aumentar esas células amorfas, la hoja se pudre. Lo mismo ocurre con la vida en el valle. Cuando los elementos fundamentales van perdiendo su forma, el peligro es evidente, ¿no es así? Pero no puedo convencer a la gente del valle para que vuelvan a sudar moliendo el *mochi* con el almirez y el mortero tradicionales. ¡Pensarían que se lo digo solamente porque quiero que me lo regalen, ja, ja, ja!

El ejemplo de las plantas nos afectó profundamente. Mi mujer apenas pudo corear con una desganada sonrisa la hilaridad del monje. Del supermercado salieron otras dos o tres mujeres, que fueron jaleadas por las que esperaban fuera, pero una de



las que salían gritó con voz áspera y llena de burla hacia sí misma: «¡Vaya cachivache!». Era una mujer madura, con la cara bronceada y alegre, que blandía un artefacto en forma de palo de golf de plástico azul y se reía y fruncía el ceño al mismo tiempo.

—Eso de cachivache quiere decir que no le sirve para nada —le traduje a mi mujer.

—Aunque sea de juguete, ¿para qué sirve un palo de golf en esta aldea, verdad? —dijo llena de asombro—. ¿Por qué se comprarán esas cosas?

—No se las compren, lo que no llevan en las bolsas, como la manta o el juguete, son premios que han ganado. Justo en la salida hay una tómbola que ofrece como premios infinidad de baratijas, y las mujeres que han terminado de comprar se quedan a vigilar la suerte de las demás, ¿saben? —dijo el monje apartando la mirada.

Camino de la estafeta de correos, flanqueando a mi mujer, conversamos acerca de la desgracia de los miles de gallinas y sus consecuencias para los jóvenes. Aunque el monje ya estaba enterado de la muerte de las gallinas, al oír que Takashi había ido a la capital para pedir consejo al Emperador de los Supermercados sobre qué hacer con las gallinas, palideció y no pudo menos que criticarlo:

—Ahora recurren a Takachan, pero no se pusieron en contacto con el Emperador de los Supermercados *antes* de que murieran las gallinas. Esa pandilla pierde el tiempo miserablemente y siempre hace las cosas tarde y mal...

—Pero ¿no querían los jóvenes ser lo más independientes que pudieran del Emperador de los Supermercados, aunque tuvieran que depender de él para la distribución? —dije, dada mi condición de observador neutral.

—Para empezar, no es normal que rechazaran un contrato para vender los huevos directamente al supermercado; el hecho de que pretendieran organizar por sí mismos los canales de distribución a los mercados y a los detallistas ha sido la causa de su fracaso. La granja avícola, tanto el terreno como el edificio, es propiedad del dueño del supermercado, Mitchan. Después de la guerra, los terrenos donde estaba la colonia coreana fueron vendidos a los coreanos que habían hecho trabajos forzados en el bosque, pero con el tiempo uno de ellos se los fue comprando a sus camaradas. Ese hombre llegó a ser inmensamente rico, y hoy es el Emperador de los Supermercados, ¿comprende?

Me sorprendí profundamente. Empezando por Jin y su familia, ninguno de mis viejos conocidos del valle me había dicho una palabra sobre los antecedentes del Emperador, ni aun después de saber que Takashi y yo le íbamos a vender el almacén.

—Espero que al menos hayan puesto al tanto a Takashi de esas circunstancias antes de ir a negociar con él. Me preocupa que los jóvenes no le hayan informado debidamente —dijo mi mujer, que, claramente, sospechaba del joven que parecía un fantasmagórico erizo de mar por haber hablado con tanto misterio con Takashi haciendo caso omiso de nosotros.

No obstante, tenía demasiadas cosas de las que preocuparme para perder el tiempo pensando en los pequeños obstáculos que pudiera encontrarse Takashi en su sincero intento de ayudar a los jóvenes. Lo que realmente turbaba mi ánimo era el silencio de los aldeanos sobre la verdadera personalidad del Emperador de los Supermercados.

—Aunque se haya nacionalizado japonés, ponerle el alias de Emperador a un hombre de origen coreano es una prueba de la profunda mala fe con que hacen las cosas las gentes del pueblo<sup>[41]</sup>. Pero ¿cómo es que nadie me ha dicho nada?

—Muy sencillo, Mitchan. La gente del pueblo no quiere admitir que un coreano, que veinte años atrás hacía trabajos forzados de leñador en el bosque, hoy les tenga dominados económicamente. Y creo que son esos mismos sentimientos inconfesados los que les hicieron llamarle Emperador. ¡El valle está en decadencia!

—Quizá esté usted en lo cierto —asentí, con tristeza. Efectivamente, sentía que el valle padecía una enfermedad de profundas raíces. Algo indefiniblemente ominoso envolvía la relación mutua entre los aldeanos y el Emperador de los Supermercados—. Pero, desde que he vuelto aquí, lo que he visto y oído no parece indicar que la situación sea tan terrible, ¿sabe?

—Los aldeanos se han acostumbrado a este estado de cosas, y además procuran ocultarlo a los ojos de los extraños que vienen al valle —dijo el monje con el tono de voz de quien revela un secreto.

—Ese tal Emperador de los Supermercados, ¿qué clase de hombre es?

—¿Quiere decir si es mala persona? Yo no tengo nada por lo que criticarle directamente, Mitchan. En cuanto a su forma de hacer negocios, la verdad es que los del pueblo obran con más mala fe que él. De todos modos, a la larga son ellos los que salen perjudicados, como en el caso de las gallinas. A pesar de que a veces tengo la horrible sensación de que está tramando algo contra los del pueblo, hasta ahora no tengo nada que reprocharle.

—Aunque sea así, todo esto resulta muy desagradable. Creo que sobre el valle se cierne un peligro, aunque no sé cuál.

—Para nosotros es algo más que desagradable, ¿sabe? —dijo con tristeza el monje, mirándome por un instante con ojos inquisidores—. Es difícil de explicar,

Mitchan. ¡Lo único que veo claro es el hecho de que el valle está en decadencia!

Como si temiera lo que pudiera preguntarle después, agarró bien la bolsa de *mochi* y se marchó apresuradamente.

En silencio, bajé tan deprisa por el camino, que mi mujer, que se había rezagado, tuvo que alcanzarme con una carrerita. Recogimos el paquete del «inodoro cómodo» en la estafeta y nos dirigimos de vuelta a casa. Mi mujer entró en el supermercado y compró *mochi* para nosotros y para la familia de Jin. Aunque compartía mi disgusto por el hecho de que la antigua destilería se hubiera convertido en supermercado, no tenía reparos en comprar allí. Salió muy decepcionada a causa del premio que había ganado: una rana de plástico verde.

—¡Y pensar que esto es lo primero que gano en una tómbola desde que me casé!

Al desembalar el paquete del «inodoro cómodo» apareció un artefacto sencillo, consistente en dos tubos en forma de U que se unían entre sí con unos soportes. Al ver aquello, comenzamos a dudar de que pudiéramos convencer a Jin para que lo usara. Seguro que exclamaría «¡Vaya cachivache!», con mucha más rabia que la mujer que merodeaba frente al supermercado; eso si no se imaginaba que me había tomado todas aquellas molestias para burlarme de ella.

Dejé a mi mujer leyendo las instrucciones del «inodoro cómodo», salí al jardín, llamé a los hijos de Jin e hice una pequeña fogata con las cuerdas y los cartones del paquete. Seguía haciendo inquietas especulaciones en torno al Emperador de los Supermercados, a quien todavía no conocía. Los niños ya estaban enterados de la muerte de las gallinas. Según los hijos de Jin, los jóvenes montaban guardia alrededor de la granja para que los aldeanos no robaran las gallinas muertas. La antigua colonia coreana parecía una sucia colmena a causa de las hileras de jaulas para las gallinas, y olía muy mal porque nadie se molestaba en limpiar las tablas donde se depositaban los excrementos de las aves. Aquella mañana habían encontrado muertas a las desgraciadas gallinas en sus estrechos ponederos. Los hijos de Jin fueron con sus compañeros a echar un vistazo, pero los jóvenes que montaban guardia los despacharon con cajas destempladas.

—¡Estaban cabreadísimos, como si realmente se las hubiéramos robado! —se quejó el hijo mayor de Jin, que tenía una expresión inescrutable, entre amable y traviesa—. ¿Quién va a querer manganar unas gallinas muertas? A lo mejor estaban tan cabreados porque pensaban robarlas ellos mismos y no querían que nadie se las quitase...

Los flacos hijos de Jin rompieron en agudas carcajadas al unísono. Obviamente, sus risas burlonas escondían la misma fría indiferencia que los demás habitantes de

la aldea sentían por los jóvenes y su fracaso para alimentar a las gallinas. Por primera vez sentí pena por el grupo de jóvenes, atrapados entre el Emperador (a quien ya empezaba a considerar un monstruo astuto) y los igualmente astutos adultos del pueblo. Lo mismo había ocurrido respecto a las actividades violentas del grupo de jóvenes que habían vuelto del frente, culminadas con la muerte de mi hermano S: la actitud general hacia ellos de los adultos que los utilizaban para sus propios fines se fundaba en la misma cautela y desprecio profundos. No fui capaz de comprender esta realidad hasta que al alejarme del pueblo y conocer otros ambientes pude juzgar con objetividad su vida consuetudinaria, y para entonces ya era más viejo que mi hermano S al morir. No obstante, había una diferencia: en el pasado, los niños se ponían en contra de los adultos y elevaban a un pedestal a los jóvenes, mientras que ahora mostraban la misma indiferencia hacia estos que aquellos. Al apagarse la fogata, sobre la tierra helada quedó una señal negra. Inconscientemente, los niños la pisotearon.

—Niños, ya podéis entrar, ¡hay *mochi*! —les gritó mi mujer, pero no le hicieron caso y siguieron pisoteando la señal del suelo.

Mostraban repugnancia por todos los alimentos, y eran muy orgullosos. Es posible que estuvieran tan delgados porque el odio que manifestaba Jin por su insaciable apetito, un odio que le hacía decir que la comida estaba llena de las espinas del sufrimiento, les hubiera hecho aborrecerla.

—Jin se ha alegrado mucho, Mitsu —dijo mi mujer.

—Menos mal que no se ha enfadado.

—Al principio, al ver el artefacto, dijo que Mitsu se choteaba de ella, pero cuando le expliqué que lo había comprado yo, lo comprendió. Jin ha utilizado la expresión chotearse, de veras.

—Ah, no me extraña. La expresión chotearse, al menos cuando yo era niño, era muy común en el valle, ¿sabes? Mi madre, en cuanto oía que nos reíamos porque alguien había contado un chiste, preguntaba enfadada si nos estábamos choteando de ella o de mi padre. ¿Crees que el trasto ese le será útil a Jin?

—Creo que sí. Aunque deberá tener cuidado para no caerse de lado y lastimarse; lo ha probado una vez y ha salido bien. —Después de informarme, no entró en detalles por estar delante los niños, que seguían junto a nosotros escuchando la conversación; de pronto, me dijo—: Como Jin me preguntó por él, le he contado lo de nuestro hijo.

—Era inevitable. Cualquiera que regale un artefacto de esa clase debe estar dispuesto a hacer alguna confesión por su parte, aunque sólo sea para aliviar el

azoramiento de quien lo recibe.

—Si supieras lo que ha dicho Jin a propósito del niño, no serías tan amable. Por supuesto, no me creo su opinión. —Pareció superar algún obstáculo—. Jin dice que el niño ha heredado su anormalidad de Mitsu.

Me sacudió una ira ardiente. Por un instante, fue suficiente para borrar de mi mente la sombra ominosa del Emperador de los Supermercados. Traté de buscar argumentos con que defenderme de aquella acusación al tiempo que enrojecía y me invadía una ansiedad ominosa, como si esperara el ataque de un enemigo desconocido.

—Basa esa suposición en una tontería. Dice que en cierta ocasión, cuando todavía estabas en primaria, te dieron unas convulsiones muy fuertes —dijo apresuradamente al tiempo que se ponía tan colorada como yo.

—Durante una sesión de teatro en la escuela, me entraron convulsiones y me desmayé —dije con profundo alivio, recuperándome de mi primera impresión, aunque sentía en la lengua el sabor ardiente de la ira que llenaba hasta el último rincón de mi cuerpo.

Los hijos de Jin se rieron a carcajadas. Quizá su algazara infantil y la evidente intención de insultarnos a mi mujer y a mí que mostraban sirvieron para calmar nuestro conflicto psicológico, pues les reñí y se marcharon corriendo sin dejar de reírse y tan campantes, en busca de su oronda madre y el *mochi*. Por nuestra parte, volvimos junto al hogar. Pensé que debía contarle a mi mujer la precisa naturaleza de los malos espíritus que se apoderaron de mí por sorpresa cuando asistía a la representación de teatro escolar, siendo niño, para aniquilar los brotes de sospecha que sin duda crecerían aquella noche en su mente cuando se emborrachara. Sin embargo, el relato de mis recuerdos no debía empujarla por la pendiente de la embriaguez con mayor celeridad. Hablé con gran precaución.

La representación teatral en cuestión, como había oído decir con frecuencia que fue la última que se celebró en la escuela primaria del valle hasta que se reanudaron al terminar la guerra, debió de tener lugar en el otoño del año en que comenzó la contienda. En aquel entonces, mi padre estaba en el noroeste de China, realizando cierto trabajo indefinido e incomprensible para nosotros, los niños, para la abuela, que aún vivía, y para mi madre. Con ese fin vendió tierras para conseguir dinero, cruzó el estrecho y se pasaba más de la mitad del año en China. Dado que mi hermano mayor y S estaban en la universidad en Tokio y en el instituto de enseñanza media de la ciudad más próxima, respectivamente, la familia de la casa del valle se componía, aparte de la abuela, mi madre y Jin, de mi hermano menor, de mí y de

nuestra hermanita de pocos meses. Con la invitación para la función de teatro de la escuela, dirigida a mi madre, salimos Jin y los tres pequeños. Recuerdo con toda claridad, como si tuviera un tercer ojo que observara la escena a vista de pájaro desde el techo del aula, a Jin con mi hermanita a sus espaldas<sup>[42]</sup>, flanqueada por mi hermano y yo, sentados en las sillas de madera de los estudiantes, con los pies colgando en el aire, en el centro de la primera fila del aula principal de la escuela.

A un metro delante de nosotros se había levantado un escenario juntando dos tarimas, donde actuarían los estudiantes de bachillerato. Primero salieron los alumnos, ataviados con toallas alrededor de la cabeza (a juzgar por el número de alumnos de bachillerato, no podían ser más de catorce o quince, pero para mis ojos infantiles eran una pequeña multitud) haciendo como que trabajaban en los arrozales. Es decir, que eran campesinos de antaño. Acto seguido, abandonaron sus arados y empezaron a adiestrarse para el combate usando hachas y hoces como armas. Apareció su caudillo, un joven del valle verdaderamente guapo a mis ojos infantiles. Bajo sus órdenes, los campesinos armados se adiestraron para la batalla en que deberían cortarle la cabeza al hombre más poderoso del clan. La cabeza se representaba con una bola de trapos negra, y los campesinos, divididos en dos bandos, se disputaban la «cabeza de mentira». En el segundo acto apareció un hombre de porte señorial que aconsejó a los campesinos que no le cortaran la cabeza al noble, lo que aquellos no aceptaron, pues tenían los ánimos exaltados. El hombre les dijo entonces que él le cortaría la cabeza a su caudillo. Mientras los campesinos estaban emboscados en la oscuridad, pasó un enmascarado, y, sin previo aviso, el hombre de porte señorial cayó sobre él con su sable. El papel del enmascarado lo interpretaba un alumno que vestía de negro y, como llevaba sobre la cabeza una especie de bola también negra, era un ser horroroso que parecía mucho más alto que los niños normales. La «cabeza de verdad» del enmascarado cayó bajo el filo del sable con un ruido apagado y rodó por el escenario, y el asaltante se volvió hacia los campesinos emboscados y les gritó: «¡He aquí la cabeza de mi hermano!». Los campesinos desenmascararon al joven caudillo muerto, reconocieron su rostro y lloraron tristemente avergonzados...

A pesar de que Jin me había contado de antemano el argumento y de que había visto la obra muchas veces en los ensayos, y a pesar de que conocía el truco, en el instante en que cayó la «cabeza de verdad», que era una cesta de bambú rellena de piedras, fuera porque me asusté al oír el grito de «¡He aquí la cabeza de mi hermano!», o fuera porque en aquel momento crítico, por así decirlo, ambas cosas se fundieron en la realidad del mundo de mis recuerdos, caí presa del pánico, rodé

sollozando por el suelo, me entraron convulsiones y me desmayé. Cuando recobré el conocimiento, ya me habían llevado a casa y, junto a mi lecho, mi abuela le decía a mi madre: «¡Hasta mi nieto! ¡Es horrible lo que se lleva en la sangre!». Al oírlo, abrumado por el pánico, cerré los ojos y me puse rígido, haciéndome el desmayado.

—¿Recuerdas que, cuando se publicó mi primera traducción, me llegó carta de un maestro de la escuela del valle, que ya estaba retirado? Era el jefe de estudios y profesor de matemáticas cuando lo de la representación teatral, además de estudioso de la historia del lugar, y fue el autor de aquella obra. Pero como resulta que la guerra empezó aquel invierno, y al año siguiente cambió la legislación de las escuelas públicas, esa obra le causó dificultades y le degradaron a maestro no numerario, según me decía en la carta. Y al preguntarle a vuelta de correo si de verdad mi bisabuelo había matado a su hermano, me contestó diciendo que aquella leyenda no parecía ser cierta y que, en su opinión, mi bisabuelo había ayudado a escapar a Kochi al cabecilla de la revuelta, y que él también había tomado parte en la revuelta. Le pregunté también por los pormenores de la muerte de mi padre, y me contestó que mi madre, que debía saber algo, no sólo no quería comprender su significado, sino que además hizo todo lo posible por olvidarlo, y, al final, ya no quedaba nadie que supiera nada en concreto.

—Me parece que Taka tiene ganas de ir a ver a ese maestro retirado, ¿no? —dijo mi mujer.

—Si bien es cierto que Taka tiene interés por los secretos y las hazañas de los muertos de nuestra familia, dudo mucho que el historiador del pueblo pueda satisfacer su ansia de heroísmo —dije, y corté la conversación.

Mi padre, al estallar la guerra, nos comunicó que abandonaba su trabajo en China para regresar al Japón, pero no volvimos a saber nada de él hasta que, a los tres meses, la policía de Shimonoseki le hizo entrega a mi madre de su cadáver. Aunque su muerte estuvo rodeada de rumores —que si había tenido un ataque al corazón en el transbordador, que si se había suicidado al entrar en el puerto, que si había muerto mientras le interrogaba la policía...—, mi madre, al regresar al pueblo tras recoger su cadáver, no dijo una palabra de lo que le había ocurrido. Cuando mi hermano S, después de la guerra, quiso enterarse por ella de los pormenores de la muerte de nuestro padre, ante sus persistentes negativas, urdió el plan de llevarla a un hospital psiquiátrico a que la examinaran.

Al anoecer se levantó el viento a la entrada del valle, y al soplar hondonada arriba llenó las casas de un extraño olor, como de carne quemada de muchos animales, que provocaba inmediatamente malestar físico y náuseas. Tapándonos la

boca y la nariz con un pañuelo, mi mujer y yo salimos al jardín, y aunque miramos hacia la entrada del valle y río abajo, sólo alcanzamos a ver un humo blanco que apenas se levantaba en el aire, por lo que pronto se confundió con la neblina. De vez en cuando se elevaban por encima de estas nubecillas de humo que se dispersaban en su ascensión hacia las profundidades sombrías y rojizas del cielo. Cuando se recortaban contra el fondo negro del bosque, brillaban como si hubieran sido de saliva. De la casa anexa salieron el marido de Jin y sus hijos, que se agruparon a unos pasos detrás de nosotros, y también miraron hacia el cielo valle abajo. Los niños intentaban reconocer el extraño olor husmeando con las narices. En la oscuridad, que crecía incesantemente, las naricillas de los niños parecían dedos sucios, pero atestiguaban su presencia ruidosa y vigorosa. Delante del concejo también aparecieron varias sombras oscuras, que miraban al cielo.

La noche había caído totalmente cuando volvieron Takashi y sus amigos. Estaban cansados y sudorosos, pero, aparte de Hoshio, que guardaba silencio, mi hermano y Momoko parecían de buen humor. Como había prometido, Takashi le había comprado media docena de botellas de whisky a mi mujer, que al ver la hilera de botellas no pudo ocultar su alegría. También le había comprado una cazadora de piel a Hoshio y un suéter a Momoko. A pesar de las prendas nuevas que vestían, todos ellos estaban impregnados del extraño olor que había envuelto el valle al anochecer, aunque más fuerte, como si se les hubiera adherido a la ropa.

—¿Por qué ponéis esa cara de aprensión, Mitsu y Natsumichan? —nos preguntó, tergiversando a propósito nuestra reacción a su olor—. ¡Ni que fuéramos los fantasmas de los que han muerto en accidentes de tráfico en los confines del bosque! Sí que hemos corrido como alma que lleva el diablo por la carretera helada del bosque en medio de la niebla, en una camioneta vieja con el embrague fastidiado, pero Hoshi ha conducido como un genio, ¿sabéis? Hoshi conduce por los caminos oscuros del bosque con la misma facilidad con que un perro se desliza sobre el hielo del camino. En la civilización de las máquinas ha aparecido una especie de mecánico que se mueve con instinto animal, ¿sabéis?

Aunque era obvio que Takashi trataba de animar a Hoshio, el técnico adolescente no demostró reacción alguna. O bien le había destrozado los nervios la loca carrera por el bosque, o bien le había ocurrido algo desagradable que había minado su infantil ánimo.

—Taka, es cierto que no eres ningún fantasma, pero hueles bastante mal, ¿eh? —le dije sin tapujos.

—Es que hemos quemado las gallinas muertas, ¡ja, ja, ja! Sacamos las tablas del



gallinero y lo quemamos todo, las gallinas tiesas y la mierda blanda. ¡Menuda peste! Seguro que se nos ha metido en la sangre.

—¿No se han quejado los del valle?

—¡Ya lo creo! Claro que no les hicimos ni caso. Hasta vino el policía, porque el fuego era bastante grande. Pero al pie del puente se habían apostado cuatro o cinco jóvenes y el agente se marchó sin decir palabra. Los mozos se han dado cuenta de que son capaces de enfrentarse a la policía. Se han puesto muy chulos por eso. Puede que se hayan perdido los varios miles de gallinas que hemos quemado, pero los jóvenes han aprendido algo. De modo que no todo ha sido negativo.

—No había por qué asustar al policía. Aunque asusten a un solo policía, si hace falta vendrán más de refuerzo y los jóvenes no tendrán la menor oportunidad —dijo entonces Hoshio, que parecía atormentado por estos pensamientos. No pude menos que recordar su denuedo al enfrentarse a mí la noche que esperamos a Takashi en el aeropuerto. Se trataba de un joven que insistía en sus ideas fijas, no sólo en defensa del honor de su dios protector, sino incluso contra él.

—Pero cuando empiece a nevar y se corte el tráfico por carretera, sólo habrá un policía con el que enfrentarse, Hoshi. Seguro que eres de esos a quienes les han amenazado de niños con llamar a la policía si hacían algo malo, ¿no?

—¡No digo que no haya que enfrentarse a la policía! ¿No te apoyé en junio en todo lo que hiciste? —se defendió Hoshio, testarudo—. Lo que no entiendo es por qué estás al servicio de ese grupo que cría gallinas hasta el punto de enfrentarte a la policía, ¿comprendes? Por eso lo digo.

Momoko, que hasta entonces había estado leyendo en silencio una carta de su familia, alzó la cabeza y terció en la discusión canturreando como quien riñe a un niño.

—Hoshi dice eso porque quiere monopolizar a Taka, ¿sabes? De nada sirve discutir. Hoshi sólo sabe lloriquear como una niña. ¡Vamos a cenar y acostarnos, que la señora Natsumiko nos ha preparado un festín!

El joven miró inquisitivamente a Momoko y se puso pálido, pero sus energías parecían haberse esfumado, y ahí acabó todo.

—¿Qué tal fueron las negociaciones con el Emperador de los Supermercados? —pregunté, convencido de que la respuesta no sería buena por la actitud de Takashi, que se resistía a tratar el tema.

—De pena. A partir de ahora los jóvenes del pueblo van a tener que atarse los machos si no quieren caer por completo en la garras del Emperador. La única propuesta práctica que hizo fue que quemásemos las gallinas. Debía tener miedo de

que la gente del valle se comiera las gallinas muertas y bajaran las ventas en el supermercado. Al volver y decirles que íbamos a quemar las gallinas, algunas personas del pueblo me miraron llenas de rencor y frustración, por lo que creo que los temores del Emperador estaban justificados. Pero me gustaría creer que el trabajo inútil de rociar con gasolina a esos miles de gallinas y quemarlas ha servido al menos para convertir, aunque sólo sea un poco, la avaricia caprichosa de sus duras cabezotas en animadversión.

—Cuando te mandaron a la capital, ¿qué resultado provechoso para ellos se imaginaban que ibas a conseguir? —dije apesadumbrado.

—No se imaginaban nada. Carecen por completo de imaginación. Supongo que esa pandilla espera que yo utilizara la mía por ellos. Pero resulta que mi viaje a la capital no ha servido para traerles ninguna buena noticia, sino para abrirles los ojos a la realidad de que las están pasando canutas con el estómago vacío, ¡ja, ja, ja!

—¿Sabías que el Emperador era uno de los de la colonia coreana?

—Me lo ha dicho él mismo, hoy. También me ha dicho que estaba presente el día en que mataron a nuestro hermano S. Así que tengo motivos personales para luchar contra él al lado de los jóvenes.

—La verdad sea dicha, Taka, si te conviniera, encontrarías toda clase de razones, públicas o privadas, para justificar que tú y los jóvenes os hayáis metido con ese pobre policía del pueblo, por ejemplo. Para mí, la actitud de Hoshio es más justa —dije tratando de evitar, mediante aquella alusión a su amigo, que las palabras de Takashi hicieran aumentar la preocupación que me inspiraba el Emperador de los Supermercados.

—¿Justa? Mitsu, ¿todavía crees en la justicia? —dijo Takashi, al tiempo que me dirigía una mirada tan despectiva que me dejó helado, y se calló.

Entonces, Momoko, que hacía un rato que estaba murmurando cosas como «¡Venga, a comer, a comer!», con la intención de atraernos a la mesa, vio por fin la oportunidad de hablarle directamente a Takashi.

—En casa todos hemos leído un libro sobre gorilas que ha traducido Mitsu, así que parece que se han tranquilizado al enterarse de que estoy en casa del profesor Mitsu, Taka. Mitsu es una persona respetada por la sociedad, ¿verdad?

Aquella muestra de admiración hacia mí era obviamente falsa.

—A pesar de que Mitsu se ha apartado por completo de la vida social, resulta que es respetado por la sociedad —explicó mi mujer, que había empezado ya a beber su primer vaso de whisky—. Es evidente que es una persona totalmente opuesta a Taka, ¿no?

—Claro que sí. Está claro —le contestó Takashi a mi mujer, apartando la mirada de mí—. El bisabuelo y el abuelo, y sus respectivas mujeres también, eran la misma clase de personas que Mitsu. Todos los demás miembros de nuestra familia han muerto de forma desgraciada<sup>[43]</sup>, pero ellos, en cambio, vivieron largos años tan tranquilos. ¡Natsumichan, Mitsu no cogerá el cáncer, si lo coge, hasta que cumpla los noventa, y no será maligno!

—Taka, tienes tantas ganas de buscar un modelo en nuestro linaje, que te pasas de rosca, ¿sabes? —repliqué, obstinadamente, aunque sólo Hoshio me escuchaba—. Si no descubres que ese modelo eres tú mismo, tanto esfuerzo caerá en saco roto, y no te servirá para darte fuerzas en la vida real, ¿no te parece, Taka?

Después de cenar, Takashi le dio a mi esposa la mitad del dinero que le había adelantado el Emperador de los Supermercados, pero al ver su falta de interés, pues ya estaba borracha, me lo entregó; cuando iba a guardármelo en el bolsillo, dijo:

—Mitsu, ¿quieres contribuir con cincuenta mil yenes para equipar al equipo de fútbol del club de jóvenes del valle? He comprado diez balones en la capital, que tengo en el Citroen, pero los gastos no hacen más que aumentar, ¿sabes?

—¿Tan caros son los balones? —le pregunté, aunque lo sabía muy bien, pues mi hermano había jugado al fútbol en la universidad.

—¡Los balones los he comprado con mi dinero! Pero entre los candidatos a formar parte del equipo hay jornaleros que van a trabajar cada día al pueblo de al lado, ¿sabes? Si no les damos una pequeña gratificación, al menos al principio, no le darán ni una patada a un balón, ¿comprendes?

## 6. EL DIARIO

Mientras dormía, en la negrura que envolvía mi cuerpo oscuro, oía el ruido del bambú al crujir por el frío. El ruido se convirtió en agudas zarpas de acero, que dejaron heridas en mi ardiente cabeza dormida. En mi sueño se mezclaban diferentes escenas: una sucesión de imágenes de la revuelta de los campesinos del valle se unía sin solución de continuidad con los recuerdos del día de finales de la guerra<sup>[44]</sup> en que movilizaron a un adulto de cada casa del pueblo para ir a cortar bambú al bosque y luego fluía hacia atrás en una nueva secuencia que volvía al primer año de Man'en. Me sumí de nuevo en las profundidades del sueño cediendo a una vaga e inquieta tentación de permitir que mis pesadillas me atormentaran indefinidamente antes que despertar y enfrentarme al robusto cuerpo y el gesto impenetrable del coreano Emperador de los Supermercados, así como a todas las demás preocupaciones nuevas que me acosaban...

En mi nuevo sueño, unos campesinos ataviados con los uniformes caquis de la defensa civil y un casco a la espalda, pero que llevaban el anticuado moño tradicional, en una época que era tanto el primer año de Man'en como los últimos tiempos de la guerra, trabajaban denodadamente cortando un número enorme de lanzas de bambú. Eran quienes llevaron la iniciativa en los combates del primer año de Man'en blandiendo sus lanzas de bambú, y eran también quienes se lanzarían en un ataque suicida contra los aviones y los costados acorazados de las lanchas de desembarco. También mi madre estaba cortando bambú a hachazos, pero como sentía pánico ante cualquier objeto cortante, solamente con sostener el hacha en sus manos se sentía desmayar, y daba hachazos a ciegas con los ojos cerrados, mientras gruesas gotas de sudor corrían por su cara demacrada. El bambú crecía

lujuriosamente, y era imposible que no le ocurriera un accidente. De súbito, mi madre blandió el hacha y golpeó el mango y su muñeca contra un bambú que tenía a su espalda. La hoja del hacha, al rebotar, le dio en la cabeza ruidosamente. Dejó el hacha poco a poco sobre los líquenes. Y, con igual lentitud, después de llevarse la mano a la nuca, observó su palma manchada de sangre, de un rojo claro como el color de los dulces de las ofrendas en los funerales budistas. Me quedé helado por el disgusto y el horror, que penetraron hasta lo más hondo de mi cuerpo. Mi madre, al contrario, pareció recobrar la alegría y me dijo triunfalmente: «¡Me he hecho una herida! ¡Ya no tendré que hacer prácticas!». Abandonando el hacha y el bambú cortado, descendió por la pendiente cubierta de líquenes como si resbalara de rodillas.

Estando mi madre y yo encerrados en el almacén, un grupo de campesinos sube por el camino empedrado, armados con lanzas de bambú. Quien les dirige es un Takashi de edad indefinida. Como es el único del valle que ha estado en los Estados Unidos y ha visto a los estadounidenses de verdad, para los habitantes del valle es el jefe en quien pueden confiar para rechazar con sus lanzas de bambú al ejército estadounidense que vendrá a desembarcar en el pueblo de la costa. No obstante, el pelotón de lanceros ataca primero el almacén donde estamos mi madre y yo<sup>[45]</sup>. «Aunque derriben la casona, el almacén no arderá, como no ardió en el primer año de Man'en», dijo mi madre, con la frente sucia y frunciendo hostilmente su ancha cara. «¡Tu bisabuelo rechazó a la horda disparando una escopeta desde el ventanuco del almacén!».

Pero, por mucho que mi madre me animara, yo no sabía manejar la antigua escopeta que tenía en las manos. En un abrir y cerrar de ojos destruyeron la casona y prendieron fuego al anexo, y a la luz de las llamas pude ver a la oronda Jin, sin escapatoria, rodar como un escarabajo, perdiendo dolorosamente el líquido de su cuerpo. Mi hermano, cabecilla de la horda, se había transformado en el hermano menor del bisabuelo en el primer año de Man'en y lanzaba amenazas contra mi madre, contra mí y contra nuestros antepasados, encerrados en el almacén. Quienes cierran filas alrededor de Takashi son los jóvenes que se entrenan para jugar al fútbol. Los jóvenes, empezando por el que parece un fantasmagórico erizo de mar, visten unos anticuados pijamas a rayas horizontales a modo de uniforme, y lucen el moño en la cabeza. De repente, las voces de todos los de la horda me gritaron: «¡No eres más que un ratón!».

Mi conciencia durante el sueño eran dos globos oculares que volaban en las alturas sobre el valle, de los que colgaba un haz de nervios, como el corto devanado

de un micrófono inalámbrico. Pero sus gritos derribaron los globos oculares y también a la parte de mí que sostenía una escopeta sobre las rodillas en el almacén. Desperté dando gemidos. Aun así, la angustia del sueño persistía en mi cuerpo, y ahora que aquel ya no existía como realidad, una preocupación cargada de tristeza me abrumaba al despertar. Eché de menos el agujero rectangular, tapado ya con una losa de hormigón, del pozo negro. Aunque mi mujer, con los restos del alcohol, dormía a mi lado con el cuerpo caliente como un niño soñoliento, mi cuerpo despierto se enfriaba cada vez más.

Al subir por el valle y alejarse del centro de la hondonada, el río se hunde en los pliegues ocultos del bosque que lo oprimen por ambos lados, de modo que para el observador que esté en el pequeño llano a la entrada del valle, la hondonada parece bloquearse allí. Desde ese punto, río arriba, el lecho del río pasa a ser de rocas, flanqueado por el gran bosque de bambú, y el camino empedrado se aleja de la orilla del río en una cuesta empinada. La gente de la hondonada llama «rústicos» a quienes viven en los poblados dispersos a ambos lados de la cuesta. El bosque de bambú forma una ancha divisoria que se une en ángulo recto al tajo que forma el saliente de la hondonada ahusada al penetrar en el bosque, y separa la hondonada de los «rústicos». Cuando se reunieron los habitantes del valle en el patio de la escuela pública, armados con las lanzas de bambú que habían cortado en el bosque, el funcionario provincial que vino a supervisar su adiestramiento les dijo, con gran falta de tacto: «¡Los del pueblo de Ōkubo estáis acostumbrados a hacer lanzas de bambú!», y, empezando por el alcalde, los caciques del pueblo se ofendieron terriblemente. El resultado fue que el alcalde se fue a la capital a protestar y destituyeron al funcionario. El hecho de que el inesperado enfado de los tranquilos habitantes del valle les hubiera hecho enfrentarse al todopoderoso gobierno provincial y vencerlo fue un misterio incomprensible para los niños del pueblo. En la mañana en que acompañé al bosque de bambú a mi madre, que de verdad tenía tanto miedo a las hachas y a los objetos cortantes como en mi sueño, junto con los demás adultos del valle, el estruendo del bambú al quebrarse a mi alrededor me hacía revivir la ira de las gentes del pueblo a causa de las palabras del funcionario y me infundía un temor incomprensible para mi mente infantil. Después de la guerra, cuando escuché por primera vez el relato de la revuelta de los campesinos del primer año de Man'en en la clase de historia, el maestro hizo hincapié en que las armas de los campesinos eran lanzas de bambú que habían cortado del bosque. Comprendí entonces la razón del enfado del alcalde y los demás adultos. El bosque de bambú era el recuerdo permanente de la revuelta del primer año de Man'en, y durante la

guerra ese recuerdo era visto como algo vergonzoso por los habitantes del valle. Y entonces les mandan de nuevo a cortar cañas de bambú para hacer lanzas igual de afiladas. Las palabras del funcionario, al despertar unos recuerdos que los avergonzaban, no podían pasarles inadvertidas. Al cortar obedientemente las lanzas de bambú para el Estado, el alcalde y los demás adultos, un hatajo de conformistas avergonzados de que sus antepasados hubieran preparado lanzas para rebelarse contra el gobierno de aquellos tiempos, esperaban borrar las sombras del primer año de Man'en que pesaban sobre ellos.

Las palabras de mi madre, en sueños, habían revivido las que hacía más de veinte años que había oído en realidad. A la muerte de mi padre, mi hermano mayor ingresó en filas al licenciarse de la universidad, y mi hermano S se alistó voluntario como cadete de la aviación de marina, tras lo cual, mi madre, de resultas de tanto disgusto, empezó a sufrir manía persecutoria y a decir que los del valle iban a atacar y destruir nuestra casa para prenderle fuego. Nos decía que debíamos prepararnos para huir al almacén en cuanto descubriéramos a la turba, y al protestar yo, me contó lo del asalto a nuestra casa en el primer año de Man'en en un intento de contagiar sus propios miedos a su hijo.

Mi madre creía que las causas de la revuelta del primer año de Man'en fueron la avaricia de los campesinos y su indefensión. Primero, los campesinos fueron a pedirle un «préstamo», que les fue denegado, al señor del clan, que tenía un castillo donde el río que pasa por el valle desemboca en el Mar Interior de Seto y una renta de ciento treinta mil quintales de arroz. Aunque la familia Nedokoro, nobles del pueblo, les prestó oro por una cantidad equivalente, los campesinos se quejaron de que los «intereses en dinero y arroz» eran injustamente elevados, prepararon lanzas de bambú y asaltaron primero la casa de los Nedokoro, que destruyeron e incendiaron. A continuación asaltaron la bodega de la destilería de sake del valle y se emborracharon a conciencia. Después asaltaron las casas de los ricos y fue aumentando el número de quienes se sumaban a la violencia, y llegaron hasta el castillo de la costa, río abajo, según la versión de mi madre. Si el bisabuelo no se hubiera encerrado en el almacén y disparado la escopeta que se trajo de Kochi, los revoltosos se habrían apoderado del edificio. Sin embargo, los viejos zorros de los campesinos habían elegido como cabecilla de la revuelta al líder de los jóvenes a quienes habían incitado a rebelarse; fue él quien negoció el préstamo con el jefe del clan y, tras la negativa de este a concederlo, se puso al frente de la rebelión. Por consiguiente, para la familia Nedokoro el hermano menor del bisabuelo, que había sido el jefe de los revoltosos, era un loco de la peor calaña, que había derribado y

quemado su propia casa, y mi padre, que perdió en China su capital y su vida haciendo un trabajo misterioso, llevaba en la sangre la locura de su linaje. Mi madre no tenía nada que reprocharle a mi hermano mayor, que se había licenciado en derecho y había tenido un empleo fijo, y no había ingresado en el ejército hasta que le llamaron a filas, pero consideraba que mi hermano S, al irse voluntario a la academia naval, demostraba llevar la misma sangre que el hermano menor del bisabuelo, y decía que ya no era hijo suyo.

—¡Pero tu bisabuelo era un gran hombre! Mientras que la horda sólo disponía de lanzas de bambú, él tenía una escopeta preparada. ¡Disparó la escopeta desde el primer piso del almacén que había construido para que nadie lo derribase ni quemase! ¿Saldrán Mitsusaburō o Takashi al bisabuelo?

Si no contestaba a sus elucubraciones educativas, mi madre seguía insistiendo indefinidamente, y cuando contestaba sin opción que yo saldría al bisabuelo, se callaba con una sonrisa débil y poco convencida.

El historiador del pueblo y ex maestro con el que había mantenido correspondencia ni contradecía la opinión de mi madre sobre la causa de la revuelta ni la suscribía con decisión. Dada su condición de estudioso, atribuía gran importancia al hecho de que, hacia la era Man'en, la revuelta no se había localizado sólo aquí, sino que se había extendido por toda la provincia de Ehime, y que al converger las diversas revueltas, habían propiciado la Restauración de Meiji. La única circunstancia especial que había advertido en nuestro clan fue que, unos diez años antes de Man'en, cuando el jefe del clan era ministro interino de Templos y Santuarios, para llenar sus empobrecidas arcas, impuso a todos los habitantes urbanos de sus dominios un impuesto que denominó «universal», y a los campesinos les hizo pagar un «adelanto sobre la renta del arroz», seguido de otro «adelanto suplementario». En una posdata de su carta, el historiador del pueblo citaba textualmente unos documentos de la época que había consultado: «Cuando sufre el yin, se establece el yang, y cuando el yang sufre, revive el yin<sup>[46]</sup>. El cielo y la tierra giran sin cesar; nada desaparece para no volver. El hombre es el señor de la creación; cuando el Estado no es sabio y el hombre sufre, ¿por qué no debe este hacer cambiar las cosas?». Sin embargo, estas filosofías de iluminados revolucionarios tendrían mayor poder para elevar el alma de Takashi que la mía. Como decía mi mujer, Takashi debería ir a ver al historiador antes de que se muriera de cáncer o de un ataque al corazón. Fuera dentro o fuera de mis sueños, yo nunca me sumaría a una turba violenta, y aunque me refugiara en el almacén, no sería capaz de disparar una escopeta, y como tengo esa mentalidad, soy indiferente a



cuanto se relacione con las revueltas. Pero Takashi, persona totalmente opuesta a mí, perseguía un objetivo distinto, y al menos en mis sueños, lo había conseguido...

Se oyó un ruido en la esquina del anexo; la mujer madura con bulimia debía de haberse despertado con una pesadilla, en la oscuridad, y seguramente estaría comiendo algo que sirviera de alimento a su estómago. Todavía era de madrugada. Estiré la mano en la oscuridad y tanteé en busca de la botella de whisky que debía de haber dejado mi mujer. De pronto, con los dedos toqué algo frío como el caparazón de un cangrejo vacío de carne. Encendí la linterna que tenía junto a la cama y vi una lata de sardinas en aceite vacía. Temiendo alumbrar la cabeza de mi mujer dormida, moví el pequeño círculo de luz en busca de la botella y bebí el whisky a la luz de la linterna. Traté de recordar, en vano, si mi mujer estaba comiendo sardinas mientras bebía whisky. El hábito de beber de mi mujer ya se había convertido en una parte de mi vida cotidiana. Cuando veía a mi mujer empezar a emborracharse de whisky, me lo tomaba cada vez más con el mismo desinterés que si estuviera fumando.

Mientras bebía whisky, me quedé mirando la lata de sardinas en aceite vacía. En el centro de la abertura ondulada hecha por el abrelatas había un tenedor pequeño colocado con una precisión obsesiva. Aunque por fuera la lata estaba sucia de grasa blanquecina, su interior dorado brillaba a través del aceite y los restos de pescado. Podía verla enrollando el latón hacia un lado de la lata con la delicada llave, sintiendo, al aparecer la fila ordenada de colas de sardina, la alegría primitiva de quien está a punto de sacar la carne tierna de la cáscara de una ostra, que corta los labios, para comérsela. Se comió las sardinas, bebió un trago de whisky con los labios húmedos de aceite y pedazos de pescado y se chupó los tres dedos con que había cogido las sardinas. Había habido días en que sus dedos estaban tan débiles que me pedía que le abriese las latas de sardinas en aceite. Desde que se había acostumbrado a emborracharse cada día, sin embargo, se le habían fortalecido los dedos, lo cual no dejaba de ser una nota positiva dentro de su penosa degradación. Con los ojos cerrados, tomé un gran trago de whisky para tratar de empujar hacia mi garganta la pena y la ira indefinible que mi mujer me hacía sentir. Algo me quemó la piel de la garganta y el estómago, y luego quemó la oscuridad de mi cabeza y caí en un sueño sin sueños...

Por la mañana, Takashi y sus amigos reunieron a los jóvenes del pueblo, y para realizar el primer entrenamiento se fueron al campo de deportes de la escuela, que estaba cerrada por las vacaciones de Navidad, y mi mujer y yo saboreamos una frustrante sensación de vacío que nos hizo sentir que teníamos que dedicarnos a algo. La sensación creció hasta el punto que hice que los hijos de Jin me ayudaran a

llevar un tatami y un brasero de carbón al primer piso del almacén, donde volví a continuar la traducción en la que había colaborado con mi difunto amigo. Era un libro de recuerdos agradables de un naturalista inglés que había pasado su infancia en el mar Egeo; lo había descubierto mi amigo, que lo tenía en gran estima. Cuando empecé a trabajar, mi mujer se puso a leer una edición antigua de las obras completas de Sōseki<sup>[47]</sup> que había aparecido mientras buscábamos el brasero en el cuarto trastero, de modo que los dos conseguimos matar el tiempo.

La fuerte abuela de mi amigo me había prometido confiarme el borrador y las notas de su parte de la traducción, que estaba terminando, pero después de consultárselo, sus demás familiares se negaron y al final quemaron todo lo que había escrito. Los familiares temían que el monstruo volviera a salir de los borradores y las notas con la cabeza pintada de bermellón y un pepino en el ano, desnudo, asustando al mundo de los vivos. A decir verdad, yo tampoco podía ocultar del todo la profunda sensación de alivio que la diminuta llama de los borradores y las notas había alumbrado en mí. No obstante, no fue suficiente para librarme totalmente del monstruo. Obligado a volver a traducir la parte encargada a mi amigo, al comprobar el texto de la edición de Penguin Books que había dejado con sus garabatos y anotaciones, encontré varias trampas que me atraparían por sorpresa. Por ejemplo, al margen de un capítulo que describía a una tortuga griega que gusta de comer fresas, mi amigo había hecho un boceto de una tortuga, de unos tres centímetros cuadrados, que había copiado de un libro de zoología ilustrado, que revelaba la parte más sensible, inocente y humorística de su carácter; a continuación había escritas unas palabras, que había subrayado, que me parecieron un mensaje para mí: «—Pues digamos adiós —comenzó a decir, pero su voz temblorosa se quebró, y las lágrimas rodaron por sus mejillas—. ¡Por Dios, que no he de llorar! —sollozando, sacó su gorda barriga—, pero es como si dijera adiós a mi propia familia, siento como si tú fueras parte de mí».

Mientras mi mujer leía en silencio a Sōseki, de vez en cuando parecía encontrar cosas que la conmovían. No tardó mucho en coger el diccionario que yo estaba utilizando, y después de comprobar el inglés que había escrito Sōseki, me dijo:

—¿Sabías que, mientras estaba en Shūzenji sufriendo de úlcera de estómago, Sōseki escribió en su diario varias palabras y frases en inglés? Se me antoja que todas se ajustan bien al Mitsu de los últimos tiempos. Por ejemplo: *Languid stillness, weak state, painless, passivity, goodness, peace, calmness*<sup>[48]</sup>.

—¡Ejem! ¿*Painless*? ¿Crees que realmente no siento el dolor? Puede que esté demasiado absorto para no hacer nada malo, es decir, que no tenga fuerzas para otra

cosa que no sea bondadosa, pero ¿de verdad piensas que estoy en *peace*?

—Yo diría que sí, Mitsu. Desde que nos casamos, has estado más amable que nunca —insistió, con la tranquilidad exagerada de los borrachos cuando están sobrios.

Me esforcé en evitar caer en la visión horrorosa que evocaba de mí mismo al alcanzar la placidez perfecta del animal hasta desembocar en la placidez definitiva de los vegetales. Había leído una vez que, en el período Muromachi<sup>[49]</sup> los monjes que querían convertirse en momias reducían gradualmente su alimentación, de modo que cuando estuvieran listos para entrar en sus tumbas, sólo tendrían que dejar de respirar para que sus cuerpos comenzaran a secarse. De manera muy similar, yo había representado a la persona no animal durante el rato que permanecí en una fosa un amanecer de otoño, invitando así a la muerte con la menor resistencia posible. A pesar de que había dado marcha atrás y creía haber reiniciado una vida normal, a los ojos de mi mujer yo parecía seguir igual que en el fondo de la fosa abrazando a un perro febril, sentado con el culo mojado. La vergüenza invadió hasta el último poro de mi cuerpo ratonil y sentí fiebre. Si esto le resultaba evidente hasta a mi esposa, ebria continuamente y encerrada en sí misma, me iba a resultar muy complicado volver a encontrar el sentimiento de la «esperanza». ¿Nueva vida, choza de paja? Probablemente, nada de eso vendría a mi encuentro.

—¿Crees que has empezado una nueva vida?

—¿Qué nueva vida? ¿No ves que sigo bebiendo whisky como siempre? Como el whisky que venden en la aldea es malo y huele fatal, difícilmente podría guardarlo en secreto. —Se había tomado mis palabras por un sarcasmo cuya única intención era hacerle daño y me contestó con palabras sembradas de espinas—. ¿No es verdad que Takashi se refería a una nueva vida para Mitsu, y no para mí?

—Efectivamente, el problema es mío —acepté, hundiéndome en mí mismo—. Pero hay una cosa que me gustaría saber acerca de tu afición al alcohol.

—¿Piensas que mi alcoholismo actual no es más que una experiencia que pasará por sí sola con la juventud? O, al contrario, ¿crees que es la primera señal del fin de mi juventud, y que a medida que me vaya haciendo vieja no lo voy a dejar hasta que me muera? ¿Cuál de las dos cosas? Se trata de eso, ¿no? El origen de mi alcoholismo es herencia de mi madre, y como ya no tengo edad para recuperarme a la mañana siguiente de la degeneración de ayer, la respuesta correcta es la segunda. Ya tengo edad para comprender que, cada vez que descubro una nueva arruga en mi piel, me voy a morir con ella.

—Si lo estás diciendo a propósito con mala intención y por capricho, te

equivocas. Es cierto que ya tienes esa edad, y no hay plazo de gracia. Si quieres recuperarte y tener otro hijo, debes decidirte este año. El que viene ya no podrás dar marcha atrás.

Me arrepentí profunda e inmediatamente de las palabras que había dicho. El veneno que contenían era demasiado fuerte incluso para mí. Tras guardar silencio los dos, con los ojos sanguinolentos por las lágrimas, en lugar del whisky, y con la mirada cargada de patética hostilidad, sin apartar la vista, me dijo:

—Si, como dices, nos llegara la hora en que no pudiéramos dar marcha atrás, seguro que seríamos más amables el uno con el otro.

—¿Qué te parece si vamos a ver el entrenamiento de fútbol de Taka y los demás? —contesté para zafarme de aquella situación, disgustado conmigo mismo.

—Entonces, voy a preparar el almuerzo para llevárselo al equipo de fútbol, Mitsu. Si por lo menos me pongo a trabajar así, es posible que vea la esperanza de una nueva vida, y seguro que se despeja un poco la niebla del escándalo en el valle —dijo mofándose de sí misma y de mí, y se marchó a la casona. El escándalo al que se refería, era el rumor que corría por la aldea de que la esposa del tercero de los Nedokoro no servía para nada porque era alcohólica; ella misma lo había oído en el supermercado.

Por la forma en que había refutado mis palabras, pensé que su energía para enfrentarse a su hundimiento interior todavía no había sucumbido totalmente a la fuerza destructiva del alcohol. Sin embargo, yo, que hubiera debido echarle una mano, tenía los pies en una pendiente que se desmoronaba. Traté de no escuchar a los espíritus que llenaban el almacén, que me decían a gritos: «¡No eres más que un ratón!», y me concentré en la traducción. A lo lejos, creí oír los ecos de las patadas al balón y los gritos de ánimo, pero debía de ser que me zumbaban los oídos.

Por la tarde, el niño menor de Jin vino a llamarme, diciendo que había venido a verme el monje del templo. Al volver a la casona, la cocina estaba llena del vapor de grandes cantidades de hojas de bambú. Mi mujer sacó una olla, entrañable y vieja, del enorme cuenco del fogón, mientras dos de los hijos de Jin y el monje observaban, envueltos en vapor hasta la cabeza los primeros, y hasta el pecho el segundo, cada movimiento de mi mujer. El niño que vino a llamarme se reunió con sus hermanos y desapareció en el vapor.

Con las mejillas y las orejas coloradas y encendidas, al ir a mover lo que había en la olla, los hijos de Jin le advirtieron al unísono en voz alta: «¡Que quema, que quema!», y cuando mi mujer se llevó los dedos bruscamente a los lóbulos de las orejas<sup>[50]</sup>, rompieron a reír de buena gana.

—¿Qué estás cocinando? —pregunté al unirme al grupo de espectadores que rodeaba a mi mujer, aliviado y alegre.

—¡Chimaki!<sup>[51]</sup> Me ha enseñado a hacerlo Jin. Los niños han traído hojas de bambú del bosque —contestó, con una voz llena de jovialidad y gracia, en contraste con nuestra conversación del almacén—. Me parece que me ha salido bien, Mitsu. ¿Te acuerdas del *chimaki* de hojas de bambú?

—La gente del pueblo las ha recogido desde siempre cuando iban al bosque a cortar leña. El padre de Jin fue leñador de profesión, así que la receta de Jin debe ser ortodoxa.

Mi mujer nos dio a cada uno una bola de *chimaki* «ortodoxo» tan grande que le llenaba las dos manos juntas. El monje y yo quitamos las hojas de bambú, que goteaban, y empezamos a comerlas haciéndolas pedazos en un plato. Los hijos de Jin hacían rodar las bolas en sus manos mojadas y se las comían dándoles bocados sin quitarles las hojas. Las bolas eran de arroz para *mochi* aderezados con salsa de soja, y estaban rellenas de carne de cerdo y *shiitake*<sup>[52]</sup> crudo. Las hojas de bambú que las envolvían estaban secas y blancas por los bordes, pero aun así les debía haber costado un esfuerzo considerable, cuando no auténtico miedo, ir a cortarlas en aquella estación del año. Mientras observaba la habilidad con que comían el *chimaki* los hijos de Jin, pensé que el temor ancestral que sentían los niños del valle a adentrarse en el bosque en invierno seguramente no había cambiado.

—Este *chimaki* está bastante bueno, pero sabe a ajo, ¿verdad? En el pueblo, al menos cuando yo vivía aquí, la gente nunca le ponía ajo al *chimaki* —dije, criticando a mi mujer, que ponía el *chimaki* que había quedado en la cacerola en una caja de madera larga y plana que recordaba de cuando era pequeño y que llamábamos *morobuta*. Seguro que había sacado la cacerola y la caja del cuarto trastero por sugerencia de Jin.

—¿Qué? —contestó mi mujer, extrañada—. Jin insistió en que debía poner ajo, y he ido a comprarlo al supermercado con la carne.

—Mitchan, ahí tiene otro ejemplo de cómo cambian las costumbres en el valle —dijo el monje, que tenía un pedazo de *chimaki* pegado a los dedos—. Hasta antes de la guerra, en el pueblo no se veía un ajo, ¿sabe? Seguro que la mayoría de la gente del valle no había visto ni oído hablar del ajo. Pero al empezar la guerra, como los coreanos que trabajaban en el bosque lo comían, descubrieron su existencia, aunque los despreciaban por comer aquellas raíces que olían tan mal. Mitchan, usted también ha vivido eso, ¿no? Cuando las gentes del pueblo llevaban a los coreanos a hacer trabajos forzados al bosque, para demostrarles con orgullo quién mandaba

aquí, los obligaban a llevar *chimaki* en la marmita, para fastidiarlos. Así que los coreanos empezaron a hacer *chimaki*, pero para darle un toque de sus gustos particulares, se inventaron lo de añadirle ajo. Y eso tuvo una influencia a la inversa sobre el modo de prepararlo en el valle, pues ahora se le añade ajo. Así es como el orgullo estúpido y la falta de principios de los aldeanos hacen cambiar las costumbres del valle, ¿verdad? Aunque el ajo no se había utilizado nunca en el pueblo como condimento, ahora es el producto de moda en el supermercado, por lo que el Emperador se debe de estar desternillándose de risa.

—Me conformo con que esa falta de principios dé buen resultado en mis platos —replicó mi mujer—. ¡Aunque vaya contra las tradiciones!

—Te ha salido bien. Aunque resulte algo doloroso decirlo, en comparación con el que hacía mi madre, este *chimaki* es mejor.

—¡Ya lo creo! ¡Ya lo creo!

Aunque el monje se había unido a mis alabanzas, mi mujer nos echó una mirada incrédula y renunció a ablandarse.

Con su cara redonda y pequeña, bondadosa como la de un texto religioso, y algo embarazado, el monje me dijo:

—Les agradezco la invitación a comer, pero la verdad es que sólo he venido a traerle a Mitchan el diario de su primer hermano, que me dejó S y he encontrado por casualidad.

—De todos modos, haga el favor de venir a hablar un rato al piso de arriba del almacén. Como yo no practico el fútbol, me aburro. —No lo dije sólo por animar al monje, pues de verdad quería hablar con él—. ¿No se ha interesado nunca por la revuelta del primer año de Man'en?

—He hecho algunas averiguaciones y he tomado notas sobre la revuelta. Después de sus antepasados, el papel más importante lo jugaron mis predecesores en el templo, aunque no tenemos relación de sangre —dijo el monje con pasión, mostrando su alegría por haberse librado de aquella situación embarazosa.

Mi mujer hizo caso omiso de la reacción del monje, sensiblemente preocupado, y daba órdenes a los hijos de Jin para que llevaran *chimaki* a casa de su madre y le dieran recado a Hoshio, que estaba en el campo de deportes de la escuela, para que viniera con el Citroen a recoger el *chimaki*, y cuando el monje y yo salíamos de la casa, me desafió:

—Por la tarde, me voy a ver el entrenamiento de fútbol, Mitsu. Quiero saber qué piensan del *chimaki* con ajo.

El monje y yo nos dirigimos hacia el almacén, exhalando el aliento a ajos como

unos monstruos de película fantástica que escupieran fuego. El diario de mi hermano mayor, que había traído el monje, era de tamaño pequeño y estaba forrado de tela colorada. Para mí, mi hermano mayor ya era como un familiar lejano que estaba en una pensión de la capital o en un colegio mayor de Tokio, y apenas volvía ni de vacaciones. El único recuerdo vago que tenía de él era la impresión amarga de haber oído a los mayores del valle comentar, al caer en el frente apenas dos años después de graduarse, cuán poco había rendido la inversión de darle una educación superior. Acepté el diario y lo puse encima del libro Penguin de mi amigo muerto. Me di cuenta de que le decepcionaba al no empezar a leerlo inmediatamente delante de él, pero la verdad es que el legado escrito de mi hermano, en vez de despertar mi curiosidad, me enfriaba el corazón con un mal presagio, aún indefinido. Decidido a comportarme como si no me interesara el diario, le pregunté al monje:

—Mi madre decía que mi bisabuelo había disparado la escopeta sobre la turba, desde el ventanuco del primer piso del almacén, para alejarla. Si miramos este ventanuco, construido como una aspillera, la historia parece tan veraz que hace dudar. ¿Qué le parece? Dijo que la escopeta la había traído el bisabuelo de un viaje que hizo a Kochi. ¡Como si fuera posible que un campesino de la provincia de Ehime fuera propietario de una escopeta en el primer año de Man'en!

—El bisabuelo de Mitchan era un personaje importante de esta región, y la palabra campesino no es la que mejor le define; además, no es tan extraño que tuviera una escopeta. Sin embargo, no creo que su bisabuelo la trajera personalmente de Kochi, sino que lo más probable es que alguien que llegó en secreto justo antes de la revuelta le proporcionara el arma —dijo el monje—. El hombre que vino de Kochi vivió en el templo, con la connivencia del monje que había entonces, y convenció a su bisabuelo y al hermano menor de este para que participaran en la revuelta, según la versión de mi padre. El agente secreto quizá fuera un samurái del clan de Tosa, pero no es seguro; en todo caso, era alguien del otro lado del bosque. Y como se entrevistó con el bisabuelo de Mitchan y su hermano menor por mediación del monje, seguro que cruzó el bosque disfrazado de peregrino, ¿no? En aquellos tiempos, no sólo este valle, sino todo el territorio del clan, estaban sacudidos por las revueltas, lo que habría facilitado las actividades de un conspirador enviado por las fuerzas del otro lado del bosque, las cuales se beneficiarían de cualquier debilitamiento del régimen dominante. Supongo que el monje y su abuelo coincidían en que sólo una revuelta podría mejorar la situación de los campesinos. El monje era neutral, y su bisabuelo estaba del lado del poder, pero la ruina del pueblo significaba la ruina para ellos. Entonces, la cuestión clave debió ser decidir qué clase de

levantamiento había que provocar y cuándo. Lo más inteligente era dar salida a las energías violentas que llevarían al levantamiento antes de que las cosas se pusieran tan feas que el ataque se dirigiera contra su propio bisabuelo, y mantener al mínimo la violencia en el valle tratando de dirigir la revuelta contra el castillo. Ahora bien, para provocar un levantamiento hace falta un grupo de cabecillas, pero fuera el que fuese el resultado de la revuelta, a esos cabecillas los detendrían y los ejecutarían. Entonces, ¿cómo encontrar un grupo de dirigentes destinados al sacrificio pero que, durante la revuelta, dirigieran a los campesinos no sólo en el valle, sino en toda la región desde aquí hasta el castillo? Fue entonces cuando pensaron en el grupo de jóvenes que estaba adiestrando el hermano del bisabuelo de Mitchan. Aunque entre ellos hubiera algunos primogénitos, herederos de tierras, la mayoría eran hijos segundos o terceros de los agricultores, gente innecesaria, sin derecho a tener tierras propias. Aunque ese grupo de jóvenes innecesarios fuera sacrificado, para el pueblo no significaría ningún golpe extraordinario, e incluso le libraría de una carga.

—O sea que, desde el principio, el hombre de allende el bosque, el monje y mi bisabuelo utilizaron al hermano menor de este para acaudillar al grupo de revoltosos con la intención de abandonarlo a su suerte, ¿no es eso?

—Sólo que el hermano del bisabuelo debía tener un acuerdo secreto para escapar a Kochi después de la revuelta, y de allí a Osaka o Tokio. El hombre que vino del otro lado del bosque debía de ser el responsable de que se cumpliera el acuerdo, ¿no cree? Mitchan, usted también habrá oído decir que el hermano de su bisabuelo se escapó cruzando el bosque, cambió de nombre y llegó a ser un alto funcionario del gobierno de la Restauración, ¿no?

—Entonces, ¿mi bisabuelo y su hermano planearon la traición desde el principio? En cualquier caso, resulta que desciendo de un linaje de traidores.

—No, Mitchan, ¿cómo puede decir eso? Si su bisabuelo llegó a disparar la escopeta para defenderse fue, sin duda, porque empezaría a dudar de que realmente se respetara el acuerdo con su hermano de no quemar el almacén. Si no hubiera sido atacada la casa de los Nedokoro, el clan habría perseguido a su bisabuelo, de modo que al menos había que destruir la casona. Yo creo que fue por esa duda por la que se guardó el arma que le habían traído al alcance de la mano, sin entregársela a los jóvenes, ¿no? La verdad es que, como resultado de los cinco días y cinco noches de revuelta, se suprimió el sistema de los «impuestos por adelantado» como exigían los campesinos, y el letrado confucionista que había hecho la propuesta al jefe del clan fue ejecutado. Fue entonces cuando el hermano menor de su bisabuelo y sus compañeros se refugiaron en el almacén, para evitar que algunos de los participantes



en la revuelta fueran ejecutados como chivos expiatorios. Mientras peleaban en la revuelta, no cabe duda de que en el grupo de jóvenes se creó un sentimiento de solidaridad del que seguramente también participaba el hermano de su bisabuelo.

Una vez terminada la revuelta, el hermano del bisabuelo y su grupo se encerraron en el almacén, resistiéndose a los funcionarios enviados por el clan. Armados y temerosos, fueron ellos quienes habían dado golpes en las vigas y en los marcos, por la frustración de verse acorralados en el almacén, dejando las numerosas marcas de sable que habían guiado mi imaginación infantil hacia fantasías sanguinarias. Como los campesinos no querían darles agua ni comida a quienes habían sido sus caudillos hasta el día antes, aislados, cedieron y les hicieron salir del almacén, y en un montículo, en lo que hoy es la plaza del concejo, los mataron con los sables. Quien planeó directamente hacerles sufrir hambre y sed a los jóvenes antes de hacerles salir fue mi bisabuelo. Hizo vestir a las muchachas del pueblo con sus mejores galas y levantar una cocina provisional delante del almacén, y luego hizo venir a los funcionarios para que detuviesen a los jóvenes cuando se hubieran dormido borrachos. Esa solía ser la historia preferida de mi abuela para relatar con orgullo el talento de la casa Nedokoro. También recuerdo que mi madre me contó que, cuando vino de recién casada al valle, todavía vivía una de las jóvenes que mi bisabuelo había utilizado en su treta. Sólo el hermano menor del bisabuelo escapó a la ejecución y huyó al bosque. Al final, olvidó la solidaridad con sus compañeros de revuelta de la que hablaba el monje joven, si es que alguna vez la tuvo, así que, como descendiente del mismo linaje, no me reconfortó mucho lo que dijo el monje. ¿No se habría detenido en el punto más elevado de su huida por el bosque para volverse a mirar a sus infelices camaradas en el fondo de la hondonada, despertándose violentamente de su ebrio sueño para ser atravesados por los sables en el montículo del valle? Al mismo tiempo, el bisabuelo también debía haber estado presente en la matanza, o mirando hacia abajo desde el almacén, pisando fuerte sobre el suelo.

—En cuanto a por qué empezó el hermano del bisabuelo a adiestrar especialmente a los jóvenes de valle, ¿no sería porque el *Kanrin Maru* había zarpado rumbo a América? —El monje, sintiendo mi depresión, cambió de conversación con delicadeza. A pesar de su espíritu sensible, había sido capaz de vivir soportando todas las habladurías ponzoñosas del valle después de que le abandonase su esposa, inclusive el insidioso rumor de que era sexualmente impotente—. Supongamos que el hermano de su bisabuelo estuviera enterado de los rumores de que John Manjiro, a quien había conocido su bisabuelo en Kochi, volvía a zarpar en el *Kanrin Maru*

rumbo a América, ¿eh? Por supuesto que se sentiría agobiado al pensar en estar encerrado en un angosto valle, mientras los hijos de los pescadores, allende el bosque, tenían abierta esta nueva tierra prometida donde vivir nuevas experiencias. Al enterarse de que, a partir del verano de aquel año, el gobierno feudal había dado permiso a los del clan para que pudieran ingresar en la Academia Naval, no tardó en ponerse en movimiento para ser admitido como cadete, por mediación del monje del templo, ¿verdad? Como mi padre decía que había leído la copia de la solicitud, si buscamos a fondo en el archivo del templo, seguro que la encontramos. Naturalmente, no era imposible que el segundo hijo de un noble de la región consiguiera entrar en los escalafones inferiores de los samuráis. ¡Era la época en que los hijos de los nobles participaron en el endurecimiento del shogunato!<sup>[53]</sup> Lo cierto es que sus esfuerzos no tuvieron éxito. Más que por su falta de capacidad, porque el clan no tenía el espíritu aventurero de enviar a nadie a la Academia Naval. Por eso, creo que fue por sentirse indignado y desdeñado, que se convirtió en el activista antifeudal que planificó el adiestramiento especial de los jóvenes del pueblo, en calidad de caudillo, y fue a pedir el préstamo al señor en representación de los campesinos, ¿sabe? Así que el conspirador que vino cruzando el bosque, el monje y su bisabuelo se fijaron en el peligroso e influyente joven y lo utilizaron. Aunque esa es la conclusión de mis estudios, claro.

—Por lo menos, es la opinión más maravillosa de los sucesos del primer año de Man'en que he escuchado hasta ahora —admití—. Si lo relacionamos con el incidente en el que murió mi hermano S en la colonia coreana, nada más terminar la guerra, el papel desempeñado por los mozos violentos del valle es el mismo, y se pueden comprender muchas cosas.

—Francamente —volvió a admitir con candor—, se podría pensar que llegué a esa interpretación de los hechos del primer año de Man'en por una idea que me vino a la mente mientras era testigo de aquel incidente en la colonia coreana, ¿sabe? Hay cosas en el comportamiento del señor S'ji que sólo pueden sugerir que tenía presente lo del año de Man'en cuando tomó aquella decisión. No creo que esté forzando sencillamente una analogía entre el primer año de Man'en y el verano de 1945.

—Si quiere decir que S estaba avergonzado porque el hermano menor del bisabuelo había sido el único del grupo de revoltosos que escapó a la ejecución, y que por eso aceptó el papel de chivo expiatorio de quienes asaltaron el campamento coreano, se trata de la interpretación más amable para el ya fallecido S.

—Es que éramos amigos, ¿no? —dijo el monje, avergonzado, mientras su pequeña cara enrojecía bajo las prematuras canas—. Aunque mi amistad no le sirvió

para nada, esa es la verdad.

—Me parece que Takashi, al igual que S, se siente avergonzado por los sucesos del primer año de Man'en y quiere hacer algo como desagravio. Si ha empezado hoy a entrenar al equipo de fútbol, es porque se siente maravillado por el relato de que el hermano menor del bisabuelo se puso a adiestrar para el combate al grupo de jóvenes en el campo de instrucción que hicieron en el bosque.

—Pero hoy no puede haber levantamientos como el de Man'en, y tampoco estamos en una época en que los del campamento coreano y los del valle se maten unos a otros sin dejar actuar a la policía, como ocurrió nada más terminar la guerra. En esta época de espíritu pacifista, por mucho que Takachan se empeñe en ser cabecilla de una revuelta, no puede pasar nada, hombre. —Al decir esto, el monje recuperó su sonrisa habitual.

—Por cierto, ¿hay algo escrito en ese diario que no concuerde con el espíritu de un buen pacifista? —Aproveché su sonrisa para lanzar una sonda—. Si así fuera, será mejor dárselo a Takashi. Entre los miembros de la casa Nedokoro, soy de los que tienen la clase de sangre a la que no le inspiran los actos heroicos de Man'en. Incluso en sueños, en vez de sentirme identificado con el heroico hermano de mi bisabuelo, sueño que soy un testigo acobardado que se encierra en el almacén, incapaz siquiera de disparar la escopeta como lo hizo mi bisabuelo.

—Así pues, Mitchan, será mejor dárselo a Takashi, ¿no? —dijo el monje, con la sonrisa helada como si se hubiera apocado un instante.

Cogí el diario colorado de encima del libro Penguin de mi difunto amigo, me lo metí en el bolsillo del abrigo y bajé con el monje hacia el campo de deporte donde Takashi y sus nuevos compañeros jugaban al fútbol.

Bajo un vendaval que azotaba el valle en todas direcciones, bajo el cielo despejado, los jóvenes, en silencio, daban patadas al balón con una seriedad sobrecogedora. Sobre todo, el que parecía un fantasmagórico erizo de mar, que corría como un loco, con una gruesa toalla envolviéndole la cabeza, aquel cabezón incongruentemente grande sobre un tronco pequeño; se caía una y otra vez, pero, insólitamente, nadie se reía. Los niños del pueblo, que se sentaban alrededor del campo, estaban sumidos en un grave silencio, contrario a la algarabía de los niños de la ciudad cuando van a ver deportes.

Takashi y Hoshio, dirigiendo desde el centro a los jóvenes que corrían, no hicieron ademán de suspender el entrenamiento ni cuando el monje y yo les hicimos señas. Sólo Momoko y mi esposa, que estaban en el Citroen, dando un gran rodeo al grupo que daba patadas al balón, vinieron a hablarnos.

—¿No es un espectáculo horrible? Aunque nadie parece divertirse, ¿a qué tanto entusiasmo?

—Son gente que no conoce otro comportamiento que el de hacer cualquier cosa con toda su alma. A Momoko y a mí nos gusta este entrenamiento de fútbol tan serio. Desde hoy, pienso venir todos los días a verlo —dijo mi esposa, negándose a compartir mi desconcierto.

Por casualidad, el balón se alejó del círculo de jóvenes y vino rodando hacia mí; al tratar de devolverlo de una patada, casi no le di, y se quedó dando vueltas sobre el suelo, hasta que se paró. Las mujeres del coche me miraban con total indiferencia, sin siquiera sonreír. Como intercediendo por mí, el monje seguía sonriendo como siempre, lo que hizo aumentar mi azoramiento.

Por la noche, después de cenar, cuando todos estaban acostados al lado del hogar, Takashi se me acercó.

—Mitsu, en el diario hay escritas cosas horribles —dijo en voz baja, para que no le oyera mi ebria esposa, con un apasionamiento que me repugnó. Dirigí la vista a la oscuridad, evitando mirar cara a cara a mi hermano—. Nuestro hermano mayor estudió alemán en la universidad, ¿sabes? Utiliza la palabra *Zusammengeschaft* para decir que el ejército es un amasijo de indeseables. Un soldado al que le pegaron por salirse de la formación durante la instrucción, le dejó al capitán una sarcástica carta pidiéndole disculpas y se suicidó. El capitán era nuestro hermano mayor. «Mirad el auténtico Japón de hoy, puro caos, poco científico, totalmente sin preparación. Y encima, vacilante. En Alemania los cupones de racionamiento que se emiten hoy ya estaban listos para la impresión en el año 8 de Shōwa<sup>[54]</sup>, ¡cuando Hitler llegó al poder! ¡Ojalá la Unión Soviética nos lance una lluvia de bombas! Los japoneses se han envenenado con el sueño de la paz, y aunque estén al borde del precipicio, siguen corriendo enloquecidos de un lado para otro», escribe. También dice que «cierto aumento de la perseverancia. Aumento de la fuerza física» es lo único que ha ganado en el ejército. Dice que «hay que leer mucho y con detenimiento, en consonancia con los objetivos», y también escribió unas notas sobre la nueva técnica de respiración de Beiho Takashima. «El propio coronel del xx cuerpo del ejército dice que está bien que se viole a las *Fräulein*<sup>[55]</sup> que son *virgin* a condición de que después se les haga una limpieza como es debido. Desde luego, la limpieza significa *to kill*<sup>[56]</sup>». Y también escribe cosas llenas de elevación moral, como esta: «Quien quiera escalar la cima del monte Fuji<sup>[57]</sup>, debe hacerlo desde la primera estación», y anota con detalles escenas como esta en la isla de Leite, cuando el coronel mandó ejecutar a un nativo, presunto espía: «El coronel que lo capturó, pensó dejar que lo

matase un novato, pero al fin desenvainó la *katana*<sup>[58]</sup>, por primera vez en su vida, y le cortó el cuello». Mitsu, ¿quieres leerlo?

—No me interesan esas crónicas, y no quiero leerlo, Taka —dije con voz áspera—. Te lo he pasado porque me temía que hubiera escritas cosas por el estilo. Pero ¿qué tiene de particular? Son recuerdos de guerra comunes y corrientes, ¿no?

—Ya, pero para mí son más que eso. Para mí significan descubrir a un familiar que siguió viviendo las sensaciones de la vida cotidiana del frente, a pesar de ser un eficaz ejecutor del mal, Mitsu. Si yo hubiese vivido la época de mi hermano mayor, ¿no podría ser este el diario que yo mismo hubiera escrito? Si lo miro así, siento que se abren para mí nuevos horizontes en mi perspectiva del mundo —dijo rechazando mis críticas con un tono tan tajante que incluso tuvo fuerza para romper momentáneamente la ebria inconsciencia de mi mujer. Al volverme hacia mi hermano, ella también levantó la cabeza y miró intensamente su cara, vehemente y sombría, cual la de un violento criminal.

## 7. LA RESURRECCIÓN DEL BAILE DEL NENBUTSU<sup>[59]</sup>

A la mañana siguiente, nada más despertar, me di cuenta de que dormía solo, tal como era lo habitual en Tokio últimamente, de modo que podía revolverme en la cama como respuesta a los dolores dispersos por las distintas partes de mi cuerpo y al vacío desolador que había en lo más hondo de mi ser sin necesidad de padecer, como hasta el día anterior, la miserable confusión de ser consciente de los ojos de mi esposa que dormía a mi lado. Sentí una liberación absoluta, imposible de explicar. La verdad sea dicha, mi actitud durante el sueño dejaba totalmente al descubierto mis debilidades a los ojos de los demás, pues dormía con tanto descuido como cuando lo hacía solo. Antes, evitaba reconocer cuál era la causa de aquella actitud, pero ahora admitía que era el recuerdo de la presencia grotesca y vil en la cuna de madera que contemplamos estupefactos cuando fuimos a recoger a nuestro hijo al hospital. El médico temía que el niño pudiera morir de shock en el caso de que no resistiera el nuevo cambio de ambiente. Pero el motivo por el que abandonamos allí al bebé, fue porque nosotros hubiéramos podido morir de shock a causa de la repugnancia que nos inspiraba aquella cosa patética. Nuestro comportamiento, desde luego, no tenía justificación. Si nuestro hijo muriera y resucitara transformado en demonio para devorarnos vivos, yo, al menos, no trataría de escapar.

La noche anterior, mi mujer, reacia a dormir conmigo al otro lado de la *fusuma*<sup>[60]</sup>, se fue a dormir al lado del hogar con Takashi y sus amigos. Con la cabeza recalentada por el alcohol, le había estado dando vueltas a la conversación que mantuvimos en el piso de arriba del almacén sobre la nueva vida, la

descomposición y la muerte, y había tomado una decisión.

—¡Venga, vamos a dormir! ¡Puedes seguir bebiendo whisky debajo de la manta! —le dije a mi mujer, pero se negó con una voz más clara y alta de lo que yo hubiera deseado, pues al estar completamente ebria, no le importaba que pudieran oírla Takashi y los demás.

—Mitsu habla de empezar de nuevo y tener otro hijo, como si la cosa no le atañera a él directamente, pero, pensándolo bien, Mitsu también tendría que volver a empezar. Lo que pasa, es que Mitsu no tiene ganas de volver a empezar. ¿Por qué tengo que obedecer la orden de Mitsu y meterme en la cama como un perro obediente?

Por mi parte, dejé allí a mi mujer y me fui a dormir, aliviado. Takashi no mostró intención de intervenir en nuestra insignificante trifulca. Animado por la voz de nuestro hermano primogénito, que retumbaba desde el diario colorado, trataba de penetrar en las profundidades de sus oscuros problemas personales ahondando en ellos como un tornillo afilado. Yo no deseaba que me influyera el espíritu de mi hermano mayor, y no me sentía particularmente emocionado. Consideraba las anotaciones de su diario recuerdos de guerra vulgares y corrientes y traté de no prestarles atención. En vez de invocar la imagen de nuestro malogrado hermano mayor, de pie y ensangrentado en los desconocidos campos de batalla, me era más fácil dormir dejando un vacío en el mundo de mi imaginación...

Por primera vez en mucho tiempo, metí la cabeza debajo de la manta y olí mi cuerpo. Tuve la sensación de estar husmeando mis entrañas. Convertido en un celentéreo de más de un metro setenta de estatura, hundí mi cabeza en los intestinos y me encerré en el cálido cilindro de mi propio cuerpo. Era como si el dolor difuso de las distintas partes de mi cuerpo y el sentimiento de desamparo que me embargaba se hubieran transformado en una oscura y culpable sensación de placer. Era el placer de sentirme liberado de las miradas de los demás y de sentir que el dolor y el desamparo eran solamente de mi propiedad. Pensé que, como los animales de orden inferior, sin duda podría reproducirme unicelularmente, preñado de dolor y desamparo. Soy una «persona plácida». Respirando con dificultad, mantuve la cabeza bajo la manta en la oscuridad cálida y olorosa. Traté de imaginarme a mí mismo, muerto por asfixia mientras husmeaba el olor de mi cuerpo, en la oscuridad cálida bajo la manta, con la cabeza pintada de bermellón y un pepino insertado en el ano. Poco a poco, fueron apareciendo los contornos de esa otra imagen de mi ser con intenso realismo.

A punto de asfixiarme, con la piel de la cara ardiendo e hinchada de sangre,

saqué la cabeza de debajo de la manta para respirar el aire fresco del exterior, y del otro lado de la *fusuma* me llegaron las voces susurrantes de Takashi y mi mujer hablando. La de Takashi conservaba el tono de júbilo de la noche anterior. Deseé que mi mujer le escuchara con la cara vuelta hacia las sombras, no sólo porque así no sería evidente el embrutecimiento que mostraba su rostro inmediatamente después de despertarse, sino, y sobre todo, porque no podía evitar que mi orgullo se sintiera herido al pensar que los ojos de mi hermano se entrometían de aquel modo en nuestra «familia». Takashi hablaba de sus recuerdos y del mundo de los sueños. Gradualmente, mientras se formaban los núcleos del significado, fui recordando la discusión que tuvimos en el Citroen.

—... cuando me señaló las distorsiones, la verdad es que no pude replicar, ¿recuerdas? Así que, compungido, estaba comido por las dudas, pero desde que los del equipo de fútbol me dijeron... me he recuperado, Natsumichan.

—... Taka. Tus recuerdos... más que los de Mitsu... —dijo mi mujer con voz débil. Ese tono de voz no era muestra de falta de interés, sino todo lo contrario: era señal de que escuchaba con la atención que la caracterizaba cuando estaba sobria.

—No, no estoy diciendo que mis recuerdos se correspondan con la realidad. Pero tampoco significa que los distorsione conscientemente. Aparte de que soy una persona que ha tenido innegables raíces en este valle, el hecho de que mis aspiraciones coincidan con las de las gentes de aquí no se puede considerar una mera distorsión personal, ¿no? Después de alejarme del pueblo, los recuerdos se combinaron con los sueños para formar una especie de cultura pura en mi mente. Lo cierto es que, cuando era pequeño, durante el baile de Nenbutsu del festival del Bon<sup>[61]</sup>, vi al espíritu de mi hermano S con su uniforme de cadete de la aviación de marina, con la guerrera de invierno, encabezando al grupo de jóvenes en la lucha contra los del poblado coreano, y después vi que lo mataban a golpes y le quitaban la guerrera, dejándole tendido boca abajo sólo con la camisa blanca y el pantalón. ¿No te dije que los brazos de S, muerto a golpes, parecían bailar, y que las piernas las tenía como las de un corredor que salta? Tal como estaba, era igual que si se hubiera detenido bruscamente, en mitad de los locos saltos del baile de Nenbutsu. Como el baile tenía lugar en pleno verano, al mediodía, la luz blanca del sol que ilumina mis recuerdos también procedía de una experiencia real del festival del Bon. No se trata de los recuerdos de verdad del asalto a la colonia coreana, sino de lo que se rumoreaba que se experimentaba en el mundo del baile del Nenbutsu, un hecho que había tomado forma concreta en el sentimiento común de las gentes del valle. Los del equipo de fútbol dicen que después de marcharme del valle también han visto



todos los años el «espíritu» de mi hermano S, bailando tal como en mis recuerdos. Yo no he hecho más que mezclar las imágenes del baile de Nenbutsu del festival del Bon con la realidad del asalto al campamento coreano, mediante los mecanismos de mis recuerdos. ¿No significa eso que tengo raíces con los sentimientos comunes de las gentes del valle? Yo lo creo así, ¿sabes? No hay duda de que Mitsu vio el baile del Nenbutsu conmigo, cuando yo era niño, y aunque debe tener recuerdos más claros, por ser mayor, cuando discutimos en el Citroen se calló a propósito para hacer prevalecer su teoría. ¡Mitsu tiene algo de pícaro!

—Ese baile del Nenbutsu del festival del Bon, ¿en qué consiste, Taka? Lo que llamas «espíritu», ¿es un fantasma? —le preguntó mi mujer. Pero me dio la impresión de que ya había apreciado el significado intrínseco de las palabras de Takashi y comprendido perfectamente su orgullo por haber descubierto, mediante los sueños, sus lazos con el espíritu comunal del valle.

—Eso pregúntaselo a Mitsu. Mi hermano sentirá celos si soy yo quien le explica todo lo referente al valle a Natsumichan. Será mejor que hoy también le lleves el almuerzo al equipo de fútbol. Pienso alojarlos aquí dentro de poco. Como es costumbre de los jóvenes del valle reunirse durante varios días para celebrar el Año Nuevo, tengo la intención de que lo hagan en casa. Natsumichan, ¡échame una mano!

No alcancé a oír bien la respuesta de mi esposa. Me di cuenta de que mi mujer se había unido decididamente al grupo de seguidores de Takashi. Por la tarde, me pidió que le explicara las costumbres del festival del Bon del valle. Lógicamente, no mencionó la palabra «celos» que había pronunciado mi hermano, y yo, sin revelar que había escuchado su conversación aquella mañana, le describí el baile del Nenbutsu.

El Chosokabe era el prototipo de todo lo maligno que acechaba al valle desde el exterior para traerle desgracias, pero era un enemigo al que, de todos modos, la gente del valle podía rechazar. Sin embargo, había otro ser maligno, o varios de ellos, que, para la gente del valle, eran seres a los que, por su carácter, no se podía rechazar simplemente. Eso se debía a que antaño habían sido parte de la comunidad del valle. Todos los años, por el festival del Bon, volvían al valle en fila india, descendiendo en procesión por el camino desde las alturas del bosque, para enfrentarse con hostilidad a los vivos. Según las teorías de Shinobu Orikuchi<sup>[62]</sup>, los seres que descienden del bosque (es decir, del otro mundo) al valle (este mundo) son «espíritus» malignos. Cuando hay inundaciones violentas, o las plagas de arroz campan a sus anchas, se culpa a los «espíritus» y, para aplacarlos, la gente se entrega apasionadamente al festival del Bon. Cuando hubo una epidemia de tifus a finales de

la guerra, se celebró un baile del Bon particularmente notable para aplacar a los «espíritus». Hicieron una procesión del Bon en la que una persona iba disfrazada como un calamar blanco gigante que asustó a los niños del pueblo. Debía ser la representación del «espíritu» de un piojo maligno. No se trataba del espíritu de un piojo que se hubiera muerto, sino de un antepasado nuestro, violento, o de alguien que había tenido una muerte infeliz, y que se había manifestado aquel año en forma de un piojo para traer la desgracia al valle. Había un hombre, experto en el baile de Nenbutsu, que se encargaba de los preparativos de la procesión del Bon. Aunque de profesión era fabricante de tatamis, cuando, por ejemplo, una epidemia llenaba el pequeño hospital del pueblo, se ocupaba entusiasmado, desde principios de la primavera, en los preparativos del próximo festival del Bon. A veces, cuando trabajaba en su tienda, pedía consejos a quienes pasaban por el camino en voz alta y lleno de excitación.

La procesión del festival del Bon que bajaba todos los años del bosque, en fila india, al llegar delante de nuestro jardín bailaba en círculo, y luego iba al almacén para comer y beber, de modo que, en lo tocante a verla, yo tenía un lugar privilegiado entre los niños del valle. De todas las procesiones del Bon que vi, la que ha quedado en mi memoria con mayor huella, por su impresionante novedad, fue la primera de las que se celebraron durante la guerra en la que aparecieron «espíritus» con uniformes militares. Eran los «espíritus» de los soldados del valle que habían caído en el frente. Cada año aumentaba su número. El «espíritu» de un joven que habían destinado a una fábrica de Hiroshima, y que falleció en la explosión atómica, bajó del bosque con todo el cuerpo ennegrecido como un pedazo de carbón. Para el festival del Bon del verano siguiente a la muerte de S, el fabricante de tatamis vino a pedirnos prestado su uniforme de cadete, y le dejé la guerrera de invierno sin decírselo a mi madre. Al día siguiente, en la procesión que bajaba del bosque, el «espíritu» que participaba con la guerrera bailaba apasionadamente.

—Mitsu, no fuiste justo con Takashi al no contárselo cuando hablabais en el coche.

—No me lo callé a propósito. Yo sé, de verdad, que mi hermano S no fue el cabecilla de los jóvenes, y el recuerdo que tengo de él tendido en el suelo, muerto a golpes, también es muy fuerte, ¿sabes? No pude relacionar aquel bello «espíritu» convertido en héroe con la muerte de S.

—Eso es porque Mitsu está ya demasiado alejado de lo que Taka llama los sentimientos comunes de las gentes del valle, ¿no?

—Si realmente soy una persona separada del valle, aunque los «espíritus» bajen

a traerle desgracias, no me afectarán, por suerte —dije como respuesta a la velada crítica que se ocultaba en las palabras de mi mujer—. Lo habrías comprendido enseguida si hubieras visto aquel baile del Nenbutsu: aunque la danza del «espíritu» que llevaba el uniforme de cadete se realizaba en círculo y con movimientos muy vistosos, dentro de la procesión que bajaba del bosque no era más que uno de los «espíritus» inferiores, de los que ocupaban los últimos lugares. A la cabeza de la procesión, el personaje central, mirado con hostilidad tanto por los espectadores como por los «espíritus» que desfilaban, era el que iba vestido con ropas a la antigua usanza, el «espíritu» del cabecilla de la revuelta de Man'en. O sea, el «espíritu» del hermano menor del bisabuelo.

—¿La costumbre del baile del Nenbutsu arranca de la revuelta de Man'en?

—No, ni mucho menos. El baile del Nenbutsu se ha celebrado desde antes, y supongo que los «espíritus» existen desde que vive gente en el valle. Después de la revuelta, durante varios años, quizá decenios, seguro que el «espíritu» del hermano del bisabuelo, al igual que el de S, no era más que un comparsa que ocupaba uno de los últimos lugares en la procesión. Shinobu Orikuchi llama «novicios» a estos nuevos «espíritus», y califica su adiestramiento en el baile del Nenbutsu de período de prueba. Como bailar desenfrenadamente con los pesados disfraces resulta bastante cansado, para los jóvenes del pueblo que representan a los «espíritus», la verdad es que debe de ser un adiestramiento muy duro. Cuando algún hecho desagradable afecta a la vida comunitaria del valle, sobre todo, el apasionamiento de los actores en el baile del Nenbutsu es sobrecogedor.

—Me gustaría ver el baile del Nenbutsu —dijo mi mujer como si sintiera una intensa añoranza.

—¿No pensabas ir a ver todos los días el entrenamiento del equipo de fútbol? Si suponemos que Takashi se está esforzando para echar raíces en los sentimientos comunes del valle, lo que hace es una nueva modalidad de baile del Nenbutsu. Aunque los jóvenes no estén poseídos por los «espíritus», les da suficiente entrenamiento y endurecimiento físico, de modo que habrá conseguido la mitad de la efectividad del baile. Por lo menos, los que hayan jugado al fútbol no se quedarán sin aliento en el baile del Nenbutsu cuando llegue el verano. Sólo deseo que las enseñanzas de Takashi, a diferencia de las que el hermano menor del bisabuelo dio al grupo de jóvenes en el campo de instrucción que hizo en el bosque, sirvan para un objetivo pacífico, ¿sabes?

La víspera de Año Nuevo pude comprobar que las actividades de Takashi tenían un efecto beneficioso sobre la vida cotidiana del valle. Al atardecer, por las ventanas

del almacén entraba un aire cálido, que me roció cual agua templada y poco a poco fue derritiendo la masa congelada que eran mi cabeza, mis hombros y mis costados hasta que me fundí con el diccionario, el libro Penguin y el lapicero, y me diluí como si hubiera sido de humo en otro yo distinto al que continuaba traduciendo. Seguí trabajando, pensando vagamente que de continuar con aquella tarea, podría vivir hasta morirme de viejo sin experimentar el cansancio del trabajo ni hacer una labor de particular importancia. De pronto, un grito resonó en mis oídos aletargados por el calor:

—¡Que se lo lleva la corriente!

Al pescar el anzuelo de mi conciencia mi cuerpo, acuoso y fofo como el de un rape muerto, bajé corriendo la escalera sin mirar dónde pisaba. Fue un misterio que no me cayera. En la penumbra al pie de la escalera, asustado por lo que acababa de hacer siendo tuerto, el tardío pánico me dejó inmóvil. Al mismo tiempo, empecé a reaccionar pensando que, en pleno invierno, el río estaba medio seco y no había corriente que pueda arrastrar a nadie. No obstante, entonces me llegó claramente a los oídos, desde muy cerca, el grito de los hijos de Jin, como un eco: «¡Que se lo lleva la corriente!».

Salí al jardín y seguí con la vista a los niños de Jin, que bajaban corriendo por el camino, aullando como el perro que persigue a la presa, hasta que se perdieron de vista. La forma en que mantenían el equilibrio al bajar corriendo como locos por aquel estrecho camino de piedras desgastadas por el uso despertó inmediatamente en lo más profundo de mi ser los recuerdos de carreras alocadas y gente que llevaba la corriente. En la temporada de las inundaciones, de finales del verano hasta el otoño, y sobre todo desde la tala indiscriminada del bosque durante la guerra, siempre había algún infortunado a quien arrastraban las crecidas aguas del río. El primero en descubrirlo gritaba: «¡Que se lo lleva la corriente!». Y quienes oían sus gritos, los repetían al tiempo que corrían alocadamente en grupo, camino abajo por la ribera. Pero no podían hacer nada para ayudar a las víctimas arrastradas por las aguas. Tratando de perseguir a duras penas la furiosa corriente de la crecida, los hombres del valle corrían por los caminos, cruzaban el puente y volvían al camino principal impotentes para hacer nada. Los más dotados físicamente corriendo como locos y gritando hasta caer exhaustos, pero no podían intentar nada práctico para rescatar a la víctima. A la mañana siguiente, los hombres salían a un viaje incierto, vestidos con los *happi*<sup>[63]</sup> de los bomberos, en busca del cadáver por las orillas del río, ahora menos crecido, y avanzaban despacio y de mala gana clavando las varas de bambú en la hierba y en el blando fango, sin descansar hasta que lo encontraban.

Aunque ya era evidente que había entendido mal los gritos, no dejaron de despertar en mí una masa cálida y blanda de carne, un acto reflejo, como si formase parte de la comunidad del valle, a pesar de estar en el piso de arriba del almacén haciendo un trabajo que nada tenía que ver con la vida de las gentes del pueblo, lo que me llenó de agitación. Para retrasar en lo posible la desaparición de ese sentimiento que me agitaba, decidí aceptar sin arrepentirme que había escuchado las palabras «¡Que se lo lleva la corriente!», y fingir que en realidad me las creía. Al fin y al cabo, tenía tiempo de sobra.

Entonces, haciendo lo que hubiera hecho cuando era un niño del valle de la edad de los de Jin, bajé corriendo el empinado y resbaladizo camino haciendo aspas con los brazos para mantener el equilibrio. Al llegar a la plaza del concejo, se me nublaba la vista, respiraba con dificultad y no sentía las rodillas. Mientras corría, escuchaba sin cesar el ruido de la grasa de mi cuerpo fofo al agitarse. No obstante, seguí hasta el puente, apresurándome con la barbilla hacia adelante, jadeando sin cesar, como un corredor descolgado de la carrera, mientras el corazón parecía querer salirse de las costillas. Al seguir con la vista a los niños y las mujeres que me adelantaban corriendo, recordé que hacía años que no corría.

Finalmente, al pie del puente vi a un grupo de personas ataviadas con ropas de brillante colorido. Antes, la gente del pueblo llevaba ropas oscuras, como un banco de sardinas, pero las ropas de mal gusto que vendían en el supermercado habían cambiado su colorido. Tensos, miraban hacia adelante. En su • silencio denso y obstinado, parecían atrapados en una red.

Imitando a los niños, pisé las hierbas marchitas de la vera del camino y vi lo que estaba ocurriendo en los pilares del puente derruido.

Como consecuencia del derrumbamiento parcial del pilar central del puente a causa de la presión del agua, de la parte que lo unía al tablero del puente colgaban de las barras de hierro que formaban la armadura diversos fragmentos de hormigón que se extendían en todas direcciones como dedos retorcidos, los cuales se balanceaban pesadamente al recibir el más leve impulso. Agarrado a uno de los fragmentos de hormigón, con un gorro calado hasta los ojos, había un niño extrañamente callado e inmóvil. Casi parecía haber perdido el conocimiento, de tan quieto que estaba. Al resbalar por una abertura entre las planchas del puente provisional, el niño, aterrorizado, se había aferrado al trozo de hormigón, pero su peso era suficiente para balancearlo, por lo que no le quedó más remedio que quedarse pegado a él, inmóvil, mientras el tiempo transcurría inexorablemente.

Los jóvenes trataban de rescatar al desesperado chaval. Desde el andamiaje del

puente provisional, habían bajado con cuerdas dos troncos atados juntos hasta el fragmento de hormigón donde se encontraba. Varios jóvenes estaban descalzos en el cauce semiseco, sosteniendo una tercera cuerda, con la que guiaban a los troncos para que no tropezaran con el pilar central. Subidos en los troncos iban dos jóvenes que se acercaban lentamente al fragmento de hormigón en que estaba el niño. Avanzaban sobre los troncos hablándole al niño como quien trata de tranquilizar a una mascota. Al llegar el primero de ellos justo debajo del chaval, el de atrás le sujetó firmemente por la cintura con ambos brazos, mientras conservaba el equilibrio con las piernas aferradas al tronco. El otro rescató entonces del fragmento de hormigón al indefenso chaval, como quien atrapa a una cigarra. Se oyeron vítores. En ese instante, el pedazo de hormigón en el que había estado el niño inició un movimiento de balanceo que lo hizo golpear una arista destrozada del tablero del puente derruido y rebotar, con un ruido sordo que retumbó en todo el valle y se perdió en las cuatro direcciones del bosque. Takashi, que había estado tumbado boca abajo sobre el puente provisional, justo encima del pedazo de hormigón, dirigiendo los movimientos de los jóvenes, se incorporó a fin de dar nuevas instrucciones a los que sujetaban la cuerda para que subiesen a los que estaban sobre los troncos hasta la altura del puente provisional. El ruido del hormigón al golpear el puente me sacudió por dentro con una violencia que tuvo la virtud de calmarme. Ese efecto se originaba en parte por un sentimiento profundo de alivio al ver que mi hermano acababa de superar sano y salvo una situación de extremo peligro, pero al pensar en la posibilidad de que no lo hubiera hecho, me invadió un sentimiento de desesperación aún más intenso ante la crueldad de la vida. Si hubieran fracasado en el rescate, y el cuerpo del niño se hubiera destrozado contra la rugosa superficie del puente al balancearse el fragmento de hormigón, Takashi, como responsable de la desgracia, habría sido lanzado inexorablemente contra la mole de hormigón mientras colgaba como una plomada, para que se machacara la cabeza. O, peor aún, tal vez hubiera recibido un castigo más cruel por ser un extraño que había matado a un miembro inocente de la comunidad del valle. Al pensarlo, aunque más calmado porque Takashi había salido triunfante, no pude evitar el sabor de la rabia que el miedo hacía subir. Con una ira imprecisa, me pregunté por qué se habría lanzado Takashi hacia aquel peligro por iniciativa propia, y, dándole la espalda al pequeño grupo que se dirigía hacia el niño, tomé el camino de la aldea. Hasta ese momento, los jóvenes del equipo de fútbol habían mantenido alejados a los espectadores ordenadamente, para dejar que el rescate se realizase con eficacia. Me acordé de la cara tensa y sombría de Takashi, siempre desafiante, cuando se jactaba de no temer violencia

alguna, ni temer al dolor físico o la muerte, mientras se desmayaba ante la simple vista de una gotita de sangre en la yema del dedo. Suponiendo que hubiera visto el cuerpo reventado del niño delante mismo de sus ojos, a unos cinco centímetros por debajo de él, tumbado en el puente provisional, mientras veía la sangre mezclada con fragmentos de hormigón y pedazos de carne saltarle a la cara, ¿habría creído que podía escapar del cruel mundo real sólo con vomitar? A mi espalda se levantaron nuevos vítores y risas animadas como en una fiesta. Atosigado por todo aquello, aceleré el paso, respirando pesadamente, con una agitación bien opuesta a la de los que vitoreaban.

«¡Que se lo lleva la corriente!».

Quien más peligro corría de que se lo llevase la corriente era Takashi. Sin embargo, merced al incidente, él y su equipo de fútbol verían reforzado su prestigio en el valle. Sin duda alguna, Takashi pensaría que había conseguido echar firmes raíces en la aldea. La certidumbre del sentimiento de haber iniciado una nueva vida que iba creciendo en él le resultaría cada vez más evidente a mi mujer y haría aumentar su convicción de que a mí aquello no me ocurriría nunca. Por fin adquiriría un significado concreto la palabra «celos» que había pronunciado mi hermano. Justo antes de irme, detrás de la muchedumbre, descubrí el Citroen estacionado. Si me abriera camino entre la gente y me aproximara, me encontraría con mi mujer y los demás. Pero, ignorando la presencia del Citroen, volví la espalda a la gente. Los chispeantes fuegos de artificio de la palabra «celos» cargada de un significado recién adquirido, me decían que no deseaba ir a unirme a mi mujer en pleno éxito de mi hermano...

Subido a una bicicleta que era una auténtica reliquia, un hombre con unas piernas anormalmente largas me adelantó muy despacio, como si se entrenara para una carrera de marcha lenta; bajando una pierna con gran agilidad, se volvió y me dijo:

—¡Señor Mitsusaburō, menudas cualidades de líder tiene el señor Takashi!

Por su voz, no parecía que estuviera demasiado emocionado. Era el modo de hablar de todos los que tenían cierta categoría en el valle. Extremadamente cautos, se cubrían con una máscara de frío distanciamiento para indagar con habilidad los sentimientos de sus interlocutores. Cuando me fui del pueblo, aquel hombre era el alguacil. Ahora estaba gordo y tenía la piel hinchada como si sufriese del riñón, y me miraba con gesto ambiguo en espera de mi reacción sentado en la bicicleta del concejo.

—Si llega a fracasar, le habrían linchado —le dije, con igual frialdad en la voz, lleno de disgusto. Obviamente, se dio cuenta de que no era ningún ignorante de la

estrategia fundamental de la conversación de los adultos del valle. Emitió un sonido gutural sin significado claro y en el que creí percibir cierto tono burlón—. Si Takashi hubiera vivido siempre en el valle —proseguí—, no habría hecho una tontería como esa, que podía acarrearle consecuencias tan peligrosas. Se nota que no conoce a la gente de aquí, ¿verdad?

—¡Qué va! —En el fondo, su sonrisa ambigua daba la impresión de timidez y falta de integridad—. ¡La gente del valle no es tan mala!

—¿Por qué no reparan el puente? —le pregunté al alguacil, que se había puesto a andar a mi lado empujando la bicicleta.

—El puente... —me contestó, y se calló, sin decir más. Por fin, en el mismo tono burlón habitual de la gente mayor del valle, continuó—: Es que la primavera que viene nuestro municipio se fusionará con el de al lado, ¿sabe? Y entonces ya no tendremos que hacernos cargo de la reparación en solitario.

—Cuando se unan, ¿qué pasará con el concejo?

—Pues que sobraré el alguacil. —Por primera vez, reaccionó con sinceridad—. Si quiere que le sea franco, el concejo poco pinta ya. Desde hace tiempo la cooperativa forestal está mancomunada con las de otros cinco municipios, y como la cooperativa agrícola se arruinó, no nos abrumba el trabajo. El alcalde tampoco tiene ganas de hacer nada, y se pasa el día en casa, viendo la tele.

—¿La tele?

—El supermercado puso una antena colectiva en el punto más alto del bosque y empezó a vender televisores, ¿sabe? Aunque el derecho a usar la antena cuesta treinta mil yenes, hay diez casas en el valle que han puesto tele —dijo el alguacil.

A pesar de la obvia mala situación económica por la que atravesaba el pueblo, había por lo menos diez familias prósperas que no habían sido arruinadas por el supermercado y disfrutaban a su manera de la sociedad de consumo. Aunque, de creer la opinión pesimista del monje, esas diez familias muy bien podrían estar endeudadas con el supermercado por el derecho a usar la antena y el coste del televisor.

—Como dicen que con la antena del supermercado no se recibe la NHK<sup>[64]</sup>, nadie paga los derechos de recepción.

—¿Se reciben las emisoras privadas de la capital?

—No. La que mejor se ve es la NHK —dijo el alguacil como si fuera algo muy gracioso.

—¿Siguen celebrando el baile del Nenbutsu?

—No, hace cinco años que no se baila. En casa del señor Mitsusaburō sólo queda



el ama de llaves, y el fabricante de tatamis se marchó del pueblo. Ahora las casas nuevas del valle son de estilo occidental y no usan tatamis, ¿sabe? —dijo, cauteloso, ante el nuevo tema de conversación.

—¿Por qué se decidió que la procesión del Nenbutsu bailara en el jardín de mi casa? Podían haberlo hecho en el de la casa del alcalde, o en el de la del principal terrateniente. ¿Es porque mi casa está a medio camino entre el bosque y el valle?

—¡Es porque la casa del señor Mitsusaburō es la de los Nedokoro! ¡Es porque es el lugar donde están las raíces del alma de los habitantes del valle! —exclamó—. Su señor padre nos dio una charla en la escuela primaria y nos dijo que, en Okinawa, adonde le destinaron antes del avance en Manchuria<sup>[65]</sup>, hay una palabra en el dialecto de las Ryūkyū, *nendokoru*, que significa «las raíces del alma», lo mismo que Nedokoro. ¡Y le regaló a la escuela veinte barriles de melaza!

—Mi madre se enfadó mucho con esa teoría del *nendokoru*, y no quería ni oír hablar de ella, y en cuanto a la melaza, decía que mi padre se convirtió en el hazmerreír del pueblo por regalarla. Supongo que sería porque el regalo lo hacía alguien cuya familia estaba al borde de la ruina, ¿no?

—¡No, no, ni hablar! —dijo el alguacil, retirando la trampa maliciosa que él mismo me había tendido con aparente inocencia. La teoría del Nedokoro = *nendokoru* había sido el chiste de moda una temporada en el valle. Cuando los aldeanos mataban el tiempo contando los numerosos fracasos de la vida de mi padre, quien siempre se había dejado tentar por las grandes oportunidades de hacer negocios que le proponían, esa anécdota era invariablemente el punto culminante. Durante mucho tiempo, se rieron de él por considerarle el hombre que quiso ser el dueño de las raíces del alma de los habitantes del valle a cambio de veinte barriles de melaza. Si yo hubiese aceptado sin rechistar la teoría del Nedokoro = *nendokoru* con la que me tentaba el alguacil, él y sus amigos habrían tenido otra anécdota que contar y dirían que el Nedokoro hijo había salido tan tonto como su padre.

—El señor Mitsusaburō ha vendido el almacén y las tierras, ¿eh? Habrá sido un buen negocio, ¿verdad?

—Todavía no se ha formalizado la venta. Como hay que pensar en Jin y su familia, probablemente no se vendan las tierras.

—¡No me engañe, señor Mitsusaburō, las condiciones deben de ser buenas! —insistió—. El señor Takashi y el gerente del supermercado han venido al concejo a hacer el registro de la propiedad de tierras y casas, así que estoy bien enterado. ¡Si lo sabré yo!

Sonreí con displicencia y caminé despacio, para dominar mentalmente mis

reacciones físicas. De repente, el camino bajo mis zapatos se hizo peligroso y difícil. Los ojos de las mujeres y los viejos, que nos vigilaban desde las sombras de los sucios cristales de las puertas, salpicadas aún del lodo seco de lluvias caídas hacía mucho, empezaban a ser inquisitivos como los ojos de los extraños. El alguacil que caminaba a mi lado era el representante general de todos esos extraños. El bosque que nos rodeaba se hundía en la oscuridad, y el cielo estaba cubierto de nubes que anunciaban nieve. Me sentía como si todo lo que me rodeaba se hubiera vuelto absolutamente ajeno a mí. Traté de mantener una sonrisa plácida, con la misma placidez perfecta que había visto en los ojos de nuestro bebé incapaz de establecer un canal de comprensión con el mundo real. Habiéndome encerrado en mí mismo, no me interesaba nada del valle, y nada de lo que le ocurriera podía afectarme. Para todos los extraños del valle, yo no existía mientras avanzaba por el camino empedrado...

—Hasta otra, ¿eh? —dijo el alguacil, y se montó en la bicicleta. Debía de haber detectado en mi actitud la marca peculiar del extraño, y había recurrido a la sabiduría de sus antepasados para evitar meterse en un lío. Pero la extrañeza que había descubierto en mí no era la aflicción del hermano mayor por haber vendido su hermano menor su casa y sus tierras sin decirle nada. Dado que para la comunidad del valle algo semejante habría significado un escándalo mayúsculo, si se hubiese oído el menor indicio, habría tratado de penetrar en los orificios de mi aflicción con la misma persistencia con que las pulgas se meten en las orejas de un perro de caza y se habría resistido a marcharse de allí. Pero lo que había visto en mi cara era la expresión de un perfecto extraño a quien no le interesaba absolutamente nada del pueblo, empezando por él. Montado en la bicicleta, pedaleó con fuerza, balanceando su alargado cuerpo, como si temiera haber estado hablando hasta entonces con un espectro. Inesperadamente, me había convertido para él en algo tan remoto e intrascendente como un rumor de una ciudad distante.

—Hasta otra, señor alguacil, adiós.

Aunque le devolví el saludo con una voz cuya tranquilidad resultó placentera incluso para mis propios oídos, no hizo ademán de volverse hacia el espectro que le llamaba y, cariacontecido, se apresuró a subir la cuesta haciendo un esfuerzo. Caminé despacio, sonriendo para mí, como si hubiera sido un hombre invisible en una calle desconocida. Los pequeñuelos que no habían ido corriendo hasta el puente levantaron la vista hacia mí, pero ya no me inquietó descubrir en sus caras sucias de tierra actitudes semejantes a las que yo tuve antaño, y tampoco sentí ninguna desazón particular al pasar por delante de la vieja destilería que habían derribado

para levantar el supermercado. Estaba desierto, y la aburrida cajera me miró pasar con ojos soñolientos y nublados.

Pensándolo bien, cuando, a su regreso de los Estados Unidos, Takashi me había dicho, al despertarme gritando de una pesadilla: «¿Por qué no dejas todo lo que estés haciendo en Tokio y te vienes conmigo a Shikoku? ¡No es un mal principio para una nueva vida, Mitsu!», por primera vez en varias décadas, la realidad de las cosas del valle volvió a cobrar vida para mí. Así que regresé allí en busca de mi «choza de ramas y paja». Pero lo único que conseguí fue ser engañado por la inesperada pátina de sobriedad, que se le había pegado a la piel como una capa de polvo, que había adquirido Takashi en su vida vagabunda por los Estados Unidos. Mi «nueva vida» en el valle no había sido más que una estratagema de Takashi con objeto de evitar mi negativa y despejar el camino para vender tierras y casas a fin de satisfacer el oscuro propósito que se proponía llevar a cabo entonces. Para mí, desde el principio, el viaje al valle no había existido. Para empezar, yo no había dejado raíces en aquel pueblo, y como no tenía intención de echar otras nuevas, las tierras y las casas del valle que estaban a mi nombre tampoco tenían realidad. Por eso a mi hermano no le costó mucho arrebatármelas y no tuvo que urdir grandes estratagemas.

Subí lentamente y con dificultad la cuesta empedrada que había bajado corriendo, ayudado por el recuerdo del sentido del equilibrio de mi infancia. La verdad era que me causaba cierta desazón que todo lo del valle, incluyendo aquella cuesta, me resultara tan ajeno, pero, por otro lado, me había librado del sentimiento de culpabilidad que sentía desde que volví allí por haber perdido mi verdadera *identity*<sup>[66]</sup> desde mi infancia.

Ahora podía replicar con hostilidad a todo el valle cuando me acusaran de «no ser más que un ratón», diciéndoles: «¿Quiénes sois vosotros para insultar a un perfecto extraño?». En aquel lugar no era sino un transeúnte tuerto y gordo para su edad, y las cosas que allí ocurrieran no tenían el poder de despertar ni los recuerdos ni las ilusiones de ningún *alter ego* más auténtico. Podía reclamar mi *identity* de viandante. Los ratones tienen la *identity* del ratón. Como era un ratón, no tenía que asustarme cuando me gritaran: «¡No eres más que un ratón!». Era un diminuto ratón doméstico que corría hacia su madriguera sin mirar hacia los lados mientras le insultaban. Me reí en silencio.

Al regresar a la casa que mi hermano había vendido al Emperador de los Supermercados, y que ya no me pertenecía, ni a nadie de mi familia, guardé todas mis pertenencias en una maleta. Si Takashi había vendido no sólo el almacén sino también las tierras, debía haber recibido como adelanto mucho más de lo que nos

había dicho a mi mujer y mí. Y, encima, me había sacado la mitad del falso adelanto como donativo para el equipo de fútbol. Me lo imaginé en el bar donde se reunía el equipo de fútbol, jactándose infantilmente de haberme escamoteado las casas y las tierras y haberme sacado el donativo del falso adelanto. Posiblemente, el donativo para el equipo de fútbol había sido el divertido acto final de la comedia en la cual mi hermano hacía el papel de malo astuto que había fastidiado al torpe hombre honrado que yo representaba. Terminé de guardar en la maleta el libro Penguin, el diccionario, las notas y el papel en blanco que me había llevado al almacén, y esperé el regreso de mi hermano y del grupo de sus amigos, al que ahora se había unido mi mujer. Regresaría a Tokio, donde cada amanecer, al despertar, sentiría de nuevo aquel dolor obtuso y persistente en todas las partes de mi cuerpo. Era posible que mi cara y mi voz se metamorfoseasen más y más, y que mi boca comenzara a hablar con la voz chillona y susurrante de un auténtico ratón. Excavaría un hoyo en el jardín con el único fin de sepultarme allí al amanecer. Al igual que muchos ciudadanos de los Estados Unidos tenían su refugio atómico particular, yo tendría mi propio agujero para la meditación. Aunque mi refugio particular serviría para darme una oportunidad de aproximarme a una muerte más apacible, como no trataba de garantizarme un lugar donde sobrevivir a los demás, ni los vecinos ni el lechero sentirían rencor por mi excéntrico hábito. Aunque esa decisión me impediría alcanzar toda posibilidad futura de descubrir una nueva vida y mi «choza de ramas y paja», también me brindaría la oportunidad de comprender más profundamente el comportamiento y las palabras de mi difunto amigo.

Cuando volvieron Takashi y los demás, dormía al lado del hogar. Mi postura al dormir debía reflejar la profunda tranquilidad regresiva que llenaba mi mente, porque al despertar oí a Momoko, que me criticaba:

—Mientras Takashi y los demás se jugaban la vida, la persona respetada por la sociedad dormía en un rincón caliente como un gato chocho.

—¿Un gato chocho que no es más que un ratón? Tus metáforas no tienen ni pies ni cabeza —dije levantándome.

—Taka y los demás... —dijo tratando de insistir obstinadamente, para ocultar su desconcierto, colorada como un tomate, pero mi mujer la interrumpió:

—Mitsu estuvo mirando lo que hacían Taka y los demás desde detrás de la muchedumbre; así pues, está enterado de lo ocurrido, Momo. Pero en vez de felicitar al equipo de fútbol, se marchó en silencio. ¡Debía de estar muerto de sueño!

Me di cuenta de que Takashi miraba con atención mi maleta, que había dejado en el borde de la tarima junto a la entrada de la doma. Sin dejar de mirarla, tratando de

sondearme con cuidado, dijo:

—Vi al alguacil cuando te seguía en bicicleta. Como Mitsu y él fuisteis los únicos espectadores que os marchasteis sin felicitar al chaval, me llamó la atención.

—El alguacil me quería sonsacar para saber qué tal había ido la venta de las casas y las tierras. ¿Hemos sacado una buena tajada, Taka? —dije con el tono de suficiencia que solía usar de niño al hacerle preguntas mal intencionadas para ponerle en un brete.

Takashi irguió la cabeza como un ave rapaz y se quedó mirándome con fiereza. Pero, al devolverle la mirada sin amilanarme bajó los ojos con cobardía y, al tiempo que su oscura y pequeña cara se sonrojaba igual que la de Momoko, dijo con voz tímida, como un niño que niega temeroso con la cabeza:

—Así pues, Mitsu, ¿te vuelves a Tokio?

—¡Ah, ya lo creo! Mi papel se ha terminado, ¿no?

—Yo me quedo, Mitsu —intervino mi mujer, decidida—, porque quiero ayudar a Taka y a los demás mientras se alojen aquí.

Takashi y yo, cogidos por sorpresa, nos quedamos mirándola. De hecho, al hacer la maleta no había pensado que ella me acompañara. Pero tampoco esperaba que estuviese tan decidida a quedarse en el valle con Takashi y los demás.

—De todos modos, es posible que Mitsu no pueda irse del valle. Esta noche empezará a nevar —dijo Takashi. Tocó entonces mi maleta con la punta de la bota de fútbol, y, por primera vez desde que me enteré de su estratagema, la ira bajó desde mi cabeza y se esparció por todo mi cuerpo como un hierro al rojo vivo. Sin embargo, pronto me calmé.

—Si la nieve me impide marcharme, viviré en el almacén, sin participar en vuestras actividades. Utiliza la casona con toda libertad para alojar al equipo de fútbol —concedí generosamente, con la flaqueza que sigue a la ira.

—Yo le llevaré la comida al solitario del almacén, Mitsu —dijo mi mujer.

—¿No hará frío por la noche y al amanecer allí?

Sólo Hoshio mostró cierta compasión por mí. Había estado escuchando nuestra conversación en silencio y sin participar en ella, como si la hazaña de Takashi le hubiera llenado de dudas.

—El Emperador se quejó de que trajo una partida de estufas de petróleo de importación al supermercado, pero nadie le compraba ni una. Vamos a hacerlo —dijo Takashi, que volvía a ser el de siempre. Mirándome de hito en hito, con una leve sonrisa desafiante, añadió—: Por dinero, no será, ¿verdad, Mitsu?

Desde hacía un rato, los jóvenes estaban atareados enfrente de la casa.

Seguramente, se habían quedado fuera al ver a aquel intruso junto al hogar. Al poco, empecé a oír el ruido de metal al ser martilleado en el yunque. Al salir al jardín con la maleta, camino del almacén, los encontré en cuclillas alrededor del yunque. Giraron las cabezas perezosamente para mirarme, con las caras duras e inexpresivas, como si trataran de evitar que pudiera leer sus pensamientos. Golpeaban con martillos y cinceles unos pequeños instrumentos de metal que en la región eran conocidos como «peladoras de *mitsumata*», es decir, de la corteza de los bambúes jóvenes. Habían desmontado ya la parte superior de la estructura en forma de tijera de varias peladoras y las mitades inferiores estaban colocadas ordenadamente en el suelo; sus asas y sus afiladas hojas, cuyas agudas puntas se doblaban en ángulo recto, les daban el aspecto de atizadores de herrero. La peladora de *mitsumata* se clavaba en el tronco del bambú para arrancarle la corteza dejando el tronco pelado. Todo en aquellos «atizadores» —las asas, las afiladas hojas, sus puntiagudos extremos— manifestaba sin lugar a dudas que iban a ser usadas como armas. Aunque me invadió una vaga sensación de peligro, me dirigí hacia el almacén sin indagar qué significaba aquello. Ya era absolutamente ajeno a cuanto aconteciera en el valle.

El valle y el «campo» circundante producían *mitsumata* de buena calidad. Hasta poco después de la guerra, las balas de «piel negra» —la corteza que una vez pelada había sido ablandada al vapor para volverla flexible y luego dejada secar formando las balas— se recogían y se guardaban en el almacén de *mitsumata* que era propiedad de mi familia. A su debido tiempo se volvían a separar las cortezas, se remojaban en el río, se les arrancaba la capa negra con la peladora y las fibras resultantes se dejaban secar formando lo que se llamaba «rollos de piel blanca». Durante muchos años, el trabajo de los Nedokoro consistió en seleccionarlos y pasarlos por una prensa donde se convertían en planchas rectangulares de materia prima para fabricar papel, que eran vendidas a la Imprenta Imperial. Pelar la piel negra era la principal fuente de ingresos extra de los agricultores de la hondonada. El carrito que utilicé para llevarme el cadáver de mi hermano S era el que usábamos para transportar las balas de piel negra a las granjas y recoger los rollos de piel blanca. A los granjeros encargados del trabajo se les confiaban peladoras que hacía el herrero del valle. En el asa llevaban grabado un determinado carácter, que servía como clave para identificar la producción de la familia que la utilizaba: «Kō», «Kan», «Suzume», «Kai», «Ran», etcétera. Como el número de peladoras era fijo, a fin de proteger los intereses de las familias que desde hacía generaciones realizaban ese trabajo complementario, al menos hasta poco después de la guerra la posesión de

una peladora con la clave grabada daba cierto status social en el valle. Recuerdo haber visto a un campesino a quien se le había retirado aquel instrumento por culpa de su escasa producción de piel blanca, de rodillas en la doma, implorando ante mi madre. Poco antes de morir, esta cedió a la cooperativa forestal todos sus derechos relativos a la producción de *mitsumata* para la Imprenta Imperial, y los campesinos devolvieron las peladoras. Los jóvenes las habían sacado de debajo de la tarima de la casona, donde habían estado desde entonces. Seguro que la mayoría de ellos había cogido la peladora que llevaba la clave de su padre, es decir, que disponían de un arma (pues no parecía posible que aquellos objetos tuvieran otra utilidad) que tenía grabada la clave de su familia desde los tiempos de sus antepasados. ¿Acaso pensaba Takashi entregar un atizador a cada uno de los miembros de su equipo de fútbol, como una especie de documento de identidad, e instaurar así un sistema —como habían hecho nuestro abuelo y nuestro padre en su época— que le permitiría retirárselo a cualquier oveja negra que descubriera en su nueva comunidad? Sin embargo, todo eso también me era ajeno totalmente; incluso si hubiera aparecido un atizador que llevara grabado el nombre «Mitsu», no lo habría aceptado.

Al mirar por la aspillera del almacén, pude ver que el bosque estaba ya envuelto en una semioscuridad que contrastaba con el pálido retazo rosado de luz solar que brillaba en lo alto y con el azul gris pálido del cielo más lejano que lo envolvía. En aquellos momentos el cielo parecía un poco más claro que las nubes de nieve que había visto durante todo el día, pero el aire me decía que iba a nevar. En el jardín, para alumbrar el trabajo de los jóvenes, Hoshio arreglaba un farol que colgaba del alero y llevaba roto mucho tiempo. El ruido de los martillazos seguía retumbando, cuando, de pronto, el color del bosque comenzó a desvanecerse. Todo el bosque, que aún tenía un color verde oscuro, uniforme, temblaba débilmente. La nieve había empezado a caer en las zonas altas y se aproximaba hacia el valle. Sentí que una depresión indescriptible se apoderaba de mí. Ahora que me sentía liberado de las cosas exteriores, me di cuenta de que mi depresión tenía causas puramente internas y de que, si seguía progresando, no había duda de lo que se pondrían a hacer mis dedos en el caso de que volviera a sentarme en una fosa al amanecer, con un perro febril y pestilente en mis brazos. De nuevo me abrumó el recuerdo de aquel dolor y aquel temblor que no se calmaron ni siquiera cuando volví al dormitorio aquella mañana. La nueva vida, la choza de ramas y paja, eran algo que no me esperaba en este valle. Volvía a estar otra vez solo y desamparado, sin descubrir atisbos de esperanza, hundido en una depresión más profunda aún que la que padecía antes del regreso de Takashi al Japón. Comprendía muy bien todas las implicaciones de esta situación.

## 8. «¿PUEDO DECIRTE LA VERDAD?»<sup>[67]</sup>

Al entrar Takashi y Hoshio en el almacén trayendo la estufa de petróleo, cilíndrica y de un color negro que no resultaba nada cálido, vi que tenían copos de nieve dura, fina como arena seca, en los hombros y la espalda. Entusiasmadas con la nieve, mi mujer y Momoko se habían retrasado con la cena. Cuando bajé a la casona a cenar, la nieve ya cubría el jardín. Pero aún no había cuajado del todo y sólo formaba una frágil capa de nevada que caía y la oscuridad no me dejaban ver bien y, al levantar la cara hacia el cielo, me sentí como un bote a la deriva en el mar de nieve, y apenas podía mantener un precario equilibrio. Al darme en los ojos, los finos copos de nieve en polvo me hacían saltar las lágrimas mecánicamente. Creí recordar que en aquel lugar la nieve solía caer en copos grandes como la yema del dedo pulgar. Traté de revivir mis recuerdos de la nieve en el valle, pero se confundían con los de las nevadas en las diversas ciudades en las que había vivido. De todos modos, la nieve en polvo que me daba en la piel me era tan ajena como la que había caído en aquellas ciudades extrañas. Caminé dando patadas a diestro y siniestro a la nieve a medio cuajar. Cuando era niño, me apresuraba a comer un puñado de la nieve recién caída. Tenía para mí el sabor de todos los minerales de la atmósfera, desde lo más alto del cielo que cubría el bosque hasta la tierra que pisaba. Takashi y los demás habían dejado la puerta abierta, y a la tenue luz del farol contemplaban la nieve que parecía cortar la oscuridad. Aunque ellos empezaban a embriagarse con la nieve, yo estaba sobrio.

—¿Qué tal la estufa de petróleo? No había estufas de un color que hiciera juego con el almacén —dijo mi mujer. Aunque parecía embriagada con la nieve, aquella noche todavía no había empezado a beber whisky.



—No pienso quedarme para siempre allí. En cuanto deje de nevar, me marchó, mañana mismo, si puedo; así que no me preocupa demasiado que la estufa no haga juego con el almacén.

—Taka, ¿no te parece extraño que traigan estufas de petróleo importadas de Escandinavia hasta este valle? —le dijo entonces a mi hermano, ignorando a quien mostraba tan poco interés.

—Al poner a la venta unos productos tan caros, que nadie del valle puede permitirse comprar, el Emperador de los Supermercados se está burlando de todo el pueblo —dijo Takashi.

Aunque comprendí que Takashi se servía de aquellos razonamientos para incitar a los jóvenes del equipo de fútbol, no quise pensar más en ello. Había perdido todo interés por las relaciones de Takashi con el valle. Como si yo no estuviera allí, cené en silencio al lado del hogar. Los amigos de Takashi empezaban a tomarse con naturalidad el cambio que se había producido en mí. La conversación prosiguió, pasando de largo por encima de mí, sin reticencias y sin el menor azoramiento. Sólo Takashi parecía algo turbado por mi silencio, y aunque de vez en cuando trataba de introducirme en la conversación, no mordí el anzuelo. No tenía motivos ocultos para no hablar con ellos; sencillamente, su conversación no despertaba mi interés. Dentro del Citroen, cuando llevábamos las cenizas de nuestro hermano S, los recuerdos distorsionados de Takashi habían conseguido hacerme salir de mi silencio porque entonces intentaba impetuosamente buscar una relación entre mi actual existencia física, el pasado que en el valle había tomado forma concreta y la nueva vida que trataba de iniciar en él. Perdido ahora totalmente ese motivo, empezaba a entender con claridad los acontecimientos que antes me habían resultado incomprensibles. Takashi hablaba como si la conversación fuese un triángulo en el que yo ocupara uno de los vértices y tuviera enfrente la línea imaginaria que unía los que ocupaban mi mujer y él. Pero yo no sentía ningún deseo de ser un «punto» en una relación trilateral. Yo estaba totalmente aislado, enfrentado a una creciente depresión que se había apoderado de mis miembros igual que en una pesadilla.

—Dijiste que al atardecer del día en que mataron a nuestro hermano S, yo estaba de pie, chupando un caramelo en la oscuridad de la doma, ¿no, Mitsu? —Al callarme y hacer caso omiso del ruego que había en sus ojos, Takashi los volvió sin demasiado entusiasmo hacia mi mujer. Comprendí que se sentía culpable por la trampa en que me había hecho caer. Pero, en realidad, este sentimiento que le concomía no tenía nada que ver con lo que yo había experimentado. No estaba herido por su comportamiento, sino al contrario. Si ahora era capaz de comprender

otras cosas, además de las que había en mi interior, era gracias a él—. Natsumichan, me he acordado claramente de lo que pasaba dentro y fuera de mí mientras vivía aquella escena de niño. Estaba de pie en la doma, chupando un caramelo, pero no lo chupaba despreocupadamente, sino que movía la lengua sin cesar, a fin de dejar expedito el paso entre la encía y los labios, para que no se me saliera la saliva por las comisuras de la boca. Mitsu, hasta cierto punto, también ha embellecido este recuerdo dándole un toque de imaginación. Mitsu dijo que el caramelo derretido me salía de la boca como si hubiera sido sangre, pero no puede ser, porque utilizaba toda mi técnica para comer caramelos a fin de evitar que se me cayera la baba. Y es que trataba de hacer un conjuro, ¿sabes? Aunque anochece, al mirar hacia la puerta de la doma, vi que el jardín brillaba con una blancura mucho más intensa que ahora, y eso que está nevado. Mitsu acababa de regresar con el cadáver de S. Nuestra madre, que estaba loca, se encontraba en la sala de estar y podía abrir en cualquier momento el *shōji*<sup>[68]</sup> y empezar a azuzar a unos trabajadores imaginarios en el jardín. La sala de estar había sido construida de modo que el señor de la casa pudiera permanecer sentado mientras daba instrucciones a los que trabajaban fuera, ¿sabes? Así que, a pesar de que no era más que un niño, me encontré rodeado por una violencia terrible, pues los cadáveres y los locos son las manifestaciones más extremas de la violencia. Me encontraba en una situación de la que no veía la manera de escapar por más que me estrujara el magín. Por eso, al lamer el caramelo con tanto cuidado, en realidad trataba de sepultar mi conciencia en mi cuerpo, al igual que la herida se sepulta en la carne tumefacta, esperando de ese modo alejarme de la violencia que me rodeaba. Fue entonces cuando hice mi conjuro. Si salía bien, o sea, si me comía el caramelo sin derramar ni una gota de saliva mezclada con el dulce, creía que me libraría de toda la violencia horrible que se cernía sobre mí. Quizá te parezca ingenuo, pero siempre que reflexiono acerca de la violencia, me maravilla pensar que mis antepasados se las arreglaran para sobrevivir a tanta violencia como les rodeaba y transmitir la vida a su descendencia. Y es que ellos tuvieron que vivir unos tiempos horriblemente violentos, ¿no crees? Me abrumba pensar en cuánta violencia tuvieron que soportar para que yo esté vivo hoy.

—Ojalá Taka también pueda soportar la violencia y continúe la cadena de la vida—dijo mi mujer con la misma sinceridad con que Takashi se había confesado y con un tono que sugería que compartía las emociones que le embargaban.

—Hoy, tumbado boca abajo en el puente provisional, mientras miraba el cuerpo del niño, que podía quedar aplastado en cualquier momento justo ante mis ojos, pensé en la violencia y recordé la situación en que me encontré cuando me comía el

caramelo en la doma. Y no es uno de mis sueños —dijo Takashi, que se calló y me miró, como interrogándome.

Atravesé la nieve, de regreso al almacén, y, al encender la primera estufa de petróleo escandinava del valle con un regocijo no exento de melancolía, agachado como un mono, miré por la ventanilla redonda del negro cilindro. En su interior temblaban incesantemente las llamas, del color del mar en un día despejado. De repente, una mosca se dirigió a mi nariz, chocó con ella y cayó en mi rodilla izquierda, donde se quedó quieta. El aire que se calentaba en la estufa de convección subía hacia el techo y debía de haber interrumpido el letargo invernal del insecto. La mosca, gorda y rechoncha porque estábamos a mediados del invierno, era de un tamaño inusual antiguamente en las casas del valle. Aunque debía de haberlas de aquellas dimensiones en las caballerizas, no era de esa clase de mosca, y, aparte de su gran tamaño, era claramente de la especie que vive en las casas. Abrí la palma de la mano a unos diez centímetros en diagonal y por delante de la mosca y la atrapé. Sin ánimo de presumir, soy un experto cazador de moscas. Como el accidente en el que perdí la vista del ojo derecho ocurrió en pleno verano, cuando estaba en el hospital infinidad de moscas venían a burlarse de mí. Así que me vengué de ellas perfeccionando la técnica de cazarlas, lo cual me fue estupendamente, además, para adquirir perspectiva utilizando sólo el ojo izquierdo.

Observé durante un rato a la mosca, que pugnaba por escaparse y latía entre las puntas de mis dedos como si estuvieran oprimiendo el nudo de una arteria, y llegué a la conclusión de que era idéntica al ideograma chino que significa «mosca». Apreté ligeramente los dedos y el insecto se reventó, dejándolos mojados de gran cantidad de jugos. Las yemas de mis dedos parecían haberse ensuciado para siempre. El terror me envolvió y penetró dentro de mi ser como el calor que se desprendía de la estufa. Pero todo lo que hice fue limpiarme los dedos en el pantalón. Seguí sentado en cuclillas, inmóvil, con el cuerpo paralizado, como si la mosca muerta hubiera sido la clavija de la que dependiera el funcionamiento del centro motor de mi sistema nervioso. Mi mente se unificó con la llama que se movía al otro lado de la abertura del cilindro. En consecuencia, el cuerpo que estaba a este lado de la abertura del cilindro no era más que una masa de carne vacía. Daba gusto sentirse de aquella manera, liberado de la responsabilidad del cuerpo. Tenía sed y la garganta me ardía. Mientras pensaba que debería poner un recipiente con agua en la encimera de la estufa, me di cuenta de que debía resignarme a no poder partir por la mañana temprano hacia Tokio y a pasarme desde entonces bastante tiempo en el primer piso del almacén. Me lo dijeron mis oídos, que se habían dado cuenta de que no iba a

dejar de nevar. En la madrugada del valle rodeado de bosque, al acostumbrarme al profundo silencio, los oídos podían reaccionar a los sonidos más sutiles, y era considerable el número de estos que podían oír. Pero ahora no se dejaba oír sonido alguno. En toda la zona del valle y del extenso bosque que lo circunda el manto de nieve cuajada absorbía cualquier sonido. A Gii el Eremita, que se decía que seguía viviendo en solitario en lo más hondo del bosque, aunque estuviera acostumbrado al silencio habitual de aquellos lugares, seguro que la profunda quietud de aquella madrugada cargada de nieve le parecería nueva e incongruente. Si Gii el Eremita muriese congelado en medio del bosque a causa de la gran nevada, ¿descubriría su cadáver la gente del valle? ¿En qué pensaría en la silenciosa oscuridad, bajo la nieve que se acumulaba, al sobrevenirle una muerte tan asocial y fea? ¿Estaría callado? ¿Estaría murmurando algo para sí? Se me ocurrió que quizá hubiera cavado una fosa rectangular y profunda, como la que un día fue sólo mía en el patio de mi casa, y podría estar refugiado allí a cubierto de la nieve. ¿Por qué había dejado convertir la fosa del patio de mi casa en un pozo negro? ¿Por qué no lo había pensado mejor? Me imaginé dos fosas en el fondo del bosque, la una al lado de la otra; en la vieja, Gii el Eremita, y en la nueva, yo, sentados abrazándonos las rodillas con el culo mojado, esperando plácidamente. Aunque antes solía utilizar la palabra espera en su sentido positivo, me di cuenta de que ahora me venía a la mente sólo con el más negativo de los significados.

Y al reflexionar, tuve la sensación de que podría aceptar la muerte en el fondo de una fosa, sepultado bajo la tierra y las piedras que iría arrancando con mis propios dedos, sin pánico ni repugnancia. El viaje al valle me había servido de distraerán, pero así y todo mi «descenso» por la escalera continuaba firmemente. Se me ocurrió que, viviendo solo en el primer piso del almacén, si deseaba pintarme de bermellón la cabeza, meterme un pepino por el ano y ahorcarme, podría hacerlo sin que nadie me molestase. Además, había allí sólidas vigas que habían aguantado cien años. Pero esta fantasía sólo despertó en mí más miedo y repugnancia, y detuve bruscamente el movimiento de mi cabeza al levantarla para cerciorarme de la presencia de las vigas.

En mitad de la noche se oyeron ruidos en el jardín, igual que si un caballo golpeará con los cascos en el suelo mojado. Los ruidos no producían la menor reverberación, como si el suelo los absorbiera. Al mirar por la ventana estrecha y alargada, ahora encristalada (esta y otras mejoras, que incluían las ventanas de la parte trasera, la luz eléctrica y unos retretes a un lado, se habían llevado a cabo a finales de la guerra con destino a los evacuados, que nunca pisaron el almacén a causa de los rumores sobre la locura de mi madre), después de desempañar un

pequeño óvalo, semejante a un espejo antiguo, vi a Taskashi correr en círculo sobre la nieve del jardín, totalmente desnudo. El reflejo del farol en la nieve caída en el suelo, en el techo y en varios arbustos que había debajo del alero, proporcionaba una claridad difusa que iluminaba el blanco jardín de un modo semejante a la luz del atardecer. Seguía nevando sin cesar. El efecto que causaba aquella escena era extrañamente estático, como si las trayectorias de todos los copos de nieve que caían entonces se mantuviesen invariables y no permitiesen ningún otro movimiento mientras la nevada siguiera cayendo sobre el valle. La esencia de aquel instante hubiera podido alargarse indefinidamente, pues la dirección del tiempo se había perdido, tragada por los copos que caían sin cesar, del mismo modo que todos los sonidos eran absorbidos por la capa de nieve. El tiempo era intemporal: el Takashi que corría desnudo era el hermano menor del bisabuelo a la vez que mi hermano menor. Todos los instantes de un siglo se agolpaban en aquel instante. La figura desnuda dejó de correr y caminó un rato, se arrodilló sobre la nieve y la acarició con las manos. Vi su flaco trasero anguloso y su larga espalda doblada, flexible como la de un insecto y con innumerables articulaciones. Acto seguido, Takashi gritó con fuerza: «¡Ah, ah, ah!», y se revolcó en la nieve.

Se incorporó, con la nieve pegada a su cuerpo desnudo y los brazos, desproporcionadamente largos, como los de un gorila, colgando desconsoladamente, y anduvo de regreso a la zona que alumbraba la farola. Vi que tenía el pene erecto. Su pene tenía el mismo aire de potencia estoicamente dominada y el mismo aspecto extrañamente trágico de los hinchados músculos de los brazos de un atleta. Takashi no hacía más esfuerzos por ocultar su pene erecto que los que habría hecho de haberse tratado de sus bíceps. Cuando llegó a la puerta, la joven que le esperaba en la doma dio un paso hacia adelante y envolvió su cuerpo desnudo con una toalla de baño extendida. Se me contrajo el corazón dolorosamente. Pero no era mi mujer, sino Momoko. Recibió a Takashi, que se acercaba temblando, desnudo, sin taparse el pene erecto, con una toalla de baño. Pensé que era igual que una hermana pequeña, pura y virgen. Tras entrar en silencio, cerrar la puerta y apagar el farol, sobre la nieve del jardín sólo quedó la acumulación de movimientos reiterativos inmovilizados, cien años encerrados en un solo instante. Sentí que mis ojos habían penetrado como nunca lo habían hecho antes hasta lo más recóndito que se ocultaba dentro de Takashi, y aunque no comprendía bien su significado, al menos había confirmado su existencia. Me pregunté si las huellas que había dejado en el suelo nevado al revolcarse estarían cubiertas de nieve fresca por la mañana. Sólo un perro expondría su pene erecto al público con tanto descaro y con fines tan patéticamente

vanos. Las experiencias de Takashi en un mundo de sombras desconocido para mí habían debido de darle la franqueza extrema de un perro callejero. Al igual que un perro no puede expresar su melancolía con palabras, Takashi tenía algo opresivo agarrotado en el centro de su alma que no podía manifestar a los demás. Me dormí pensando cómo sería en la práctica ser poseído por el espíritu de un perro. No me fue difícil conjurar en la oscuridad un can a propósito, con mi propia cabeza unida a su rollizo corpachón colorado. El orondo perro me devolvió la mirada inquisitivamente mientras flotaba inmóvil en el aire en la oscuridad, con su largo rabo como un látigo entre las piernas, ocultando sus genitales. No era, evidentemente, un perro capaz de exhibirse sobre la nieve en medio de la noche. Grité «¡Guau!», para espantar al perro colorado y me volví a dormir, procurando no volver a conjurar a ninguna aparición como aquella en la oscuridad.

Desperté casi al mediodía. Era Nochevieja. Oí las risas de muchos jóvenes que llegaban desde la casona. El frío no era muy crudo, seguía nevando y el cielo estaba oscuro, pero el suelo brillaba con una luz clara y blanda. Las casas del valle, a vista de pájaro, se habían simplificado con la nieve y ya no despertaban en mí recuerdos desagradables. El bosque que nos rodeaba había perdido su amenazadora negrura gracias a la nieve; incluso parecía que había retrocedido al tiempo que el valle se ensanchaba a medida que la nieve, que seguía cayendo, lo cubría. Me sentía como si me hallara en una región desconocida de paisajes abstractos y placenteros. El lugar donde mi hermano se había revolcado en la nieve la noche anterior parecía un modelo a escala de algún yacimiento arqueológico. Sus oquedades y sus protuberancias, que no habían sido pisoteadas, eran fielmente reproducidas por la capa de nieve fresca que las cubría. Mientras las observaba, escuché durante un rato las risas que venían del interior de la doma, donde parecía reinar el ambiente de un colegio mayor. Al entrar en él, los jóvenes del equipo de fútbol, que rodeaban el fogón, se callaron de golpe. Me quedé parado, sintiéndome como un extraño que se hubiera entrometido en el feliz círculo que rodeaba a Takashi. Mi mujer y Momoko cocinaban de pie junto al fogón. Me acerqué y las miré con la esperanza de que me ayudaran, pero descubrí que estaban ebrias con las primeras nieves del valle.

—Te hemos comprado unas botas, Mitsu. Hemos ido de compras esta mañana al supermercado —dijo Momoko con inocente alegría—. Está lleno de artículos nuevos para la nieve. La camioneta que los ha traído no ha podido cruzar el puente provisional, a causa de la nieve. ¡Pobre Mitsu, con las ganas que tiene de irse a casa, todo se pone contra él!

—¿No has pasado frío en el almacén? ¿Crees que estarás bien si vives allí algún

tiempo? —me preguntó mi mujer. Aunque tenía los ojos sanguinolentos, era a causa de la nieve, no de la borrachera, y brillaba en ellos una luz fuerte y viva. Al parecer, la noche anterior no había bebido whisky y había dormido profundamente.

—Me las arreglaré, supongo —contesté sin demasiado entusiasmo. Noté que los jóvenes sentados alrededor del fogón, que habían esperado mi respuesta con fría curiosidad, sentían una mezcla de desdén y satisfacción al escucharla. Seguramente, para ellos yo era un bicho raro, la única persona en el valle que no se animaba con la llegada de las primeras nieves—. ¿Me das de comer o qué? —pregunté con el tono de un marido enfadado y hambriento, con la esperanza de que los jóvenes sintieran aún mayor desdén por mí y decidieran ignorarme.

—Mitsu, ¿sabes preparar faisanes? Ayer el padre del niño que salvamos en el puente se fue temprano de caza con sus amigos, y nos trajo unos cuantos.

Takashi se dirigió a mí con voz pausada. Delante de los miembros del equipo de fútbol se mostraba lleno de confianza en sí mismo y de autoridad, lo cual contrastaba enormemente con la faceta de su personalidad que le hacía revolcarse en la nieve como un perro.

—Después de comer, veré qué puedo hacer.

Al oír esto, sin poder aguantarse más, los jóvenes dieron un suspiro al unísono, deliberadamente burlón. En el pueblo era tradición que ningún hombre que se respetara a sí mismo se preparara la comida, y esa actitud no había cambiado. Los jóvenes, una vez más, habían presenciado el espectáculo de su jefe tomándole el pelo a su perezoso hermano mayor. Estaban ebrios de nieve, de buen ánimo, dispuestos a reír cualquier gracia. Los habitantes del pueblo recibían siempre las primeras nevadas de esa manera, emborrachándose de nieve durante un par de semanas. Durante ese tiempo no podían resistirse al impulso de andar en medio de la nieve con determinación, sin importarles el frío. Los mantenía el calor de la borrachera que les causaba la nieve. Pero ese período alocado se acababa, y venía la resaca, y entonces todos huían de la nieve. Las gentes de esta región no tienen la resistencia para aguantar el frío que es característica de los habitantes de las tierras de las nieves<sup>[69]</sup>. Al consumirse el calor interior de sus cuerpos, quedaban indefensos ante el frío. Y entonces empezaban a caer enfermos. Ese era el modo de recibir la nieve de la gente del valle. Interiormente, deseé con fervor que a mi mujer le durara poco la borrachera de nieve que la embriagaba. Me senté en el borde de la tarima que daba a la doma, como hacían antes los familiares de nuestros arrendatarios cuando venían en primavera a presentarnos sus respetos, y empecé a comer mi tardío desayuno.

—La revuelta triunfó porque los campesinos, no sólo los del valle sino también

los de los pueblos vecinos, veían en los jóvenes a una pandilla de depravados, unos monstruos capaces de incendiar o saquear sin pensárselo dos veces. Es posible que los campesinos le tuvieran más miedo a su propio grupo de cabecillas violentos que al enemigo que les esperaba tras las puertas del castillo.

Takashi había reanudado la conversación que interrumpió al entrar yo en la doma. Trataba de explicarles a sus seguidores el papel desempeñado por los jóvenes durante la revuelta de Man'en y de recrear las imágenes de esta para que se les grabaran en la memoria.

—¿Lo que hacía reír tan alegremente a los miembros del equipo de fútbol eran las descripciones de Taka de la revuelta de Man'en? —le pregunté en voz baja a mi mujer cuando me trajo la comida. Lo que más me extrañaba era que, a mi entender, la conducta del grupo de jóvenes durante aquella revuelta se había distinguido únicamente por su cruel brutalidad, y no había en ella nada que indujera a una risa tan estruendosa y alegre.

—Taka les ha contado muy bien los episodios más divertidos, Mitsu. Diría que, gracias a su innato optimismo, al contrario que tú, Mitsu, se niega a tener ideas preconcebidas acerca de la revuelta o a considerarla exclusivamente un hecho deprimente.

—¿Es que pudo haber episodios divertidos en la revuelta de Man'en?

—No soy la persona más indicada para preguntárselo, ¿no? —replicó, pero, de todos modos, me puso un ejemplo—. Cuando Taka les contó que hicieron ponerse de rodillas, a la vera del camino que va de aquí al castillo, a los caciques y a los funcionarios de los pueblos, para que los campesinos les dieran un coscorrón al pasar, se rieron de muy buena gana.

Ciertamente, la cruel idea de que todos les dieran un coscorrón a aquella clase de personas debía parecerles graciosa a aquellos campesinos inadaptados. Sin embargo, los coscorriones de una multitud de varias decenas de miles de campesinos hicieron que quienes los recibieron muriesen con los sesos hechos papilla dentro de sus cráneos.

—¿Les ha hablado Takashi de los viejos que, después de pasar la muchedumbre, yacían muertos boca abajo delante de sus casas, cubiertos de orines y excrementos? ¿Eso también ha arrancado carcajadas de felicidad de los jóvenes atletas?

No lo dije con ánimo de criticar a los nuevos camaradas de Takashi, sino por simple curiosidad.

—Así es, Mitsu. Como dice Taka, ya que el mundo está lleno de violencia, ¿no sería más humano y más sano reaccionar ante ella buscando un motivo de risa, el



que sea, en vez de contemplarla farfullando con la cara seria? —me respondió mi mujer, y regresó al lado del fogón.

—El grupo de jóvenes era de verdad violento, pero, en cierto sentido, esa violencia era un motivo de tranquilidad para los campesinos. Cuando no había más remedio que herir o matar al enemigo, no hacía falta mancharse las propias manos, pues podían dejárselo a los jóvenes violentos, ¿no? Los campesinos podían así tomar parte en los disturbios sin preocuparse de que les persiguieran después por incendiarios o asesinos. En esa revuelta, el temor del pueblo que se unió al levantamiento a mancharse las manos si había que matar, estaba eliminado desde el principio. Aparte de aquel coscorrón en la cabeza de los ricos, todos los actos eran de la incumbencia del grupo de jóvenes. Estos, por su parte, estaban dispuestos a lo que fuera. Si los habitantes de los pueblos que encontraban camino del castillo se negaban a unirse a la revuelta, prendían fuego a las casas y mataban tan campantes a los que huían y a los que acudían a apagar el fuego. Los que escapaban vivos, aterrorizados, se unían a los revoltosos. Aunque todos eran campesinos, en la práctica, aquellos jóvenes criminales, medio locos, se servían de la violencia para hacer que les siguieran los campesinos reticentes, a los que inspiraban verdadero pánico. En consecuencia, todos los campesinos, desde el valle hasta el castillo, tomaron parte en la revuelta. En cuanto se les unía un pueblo, trataban de formar un grupo de aliados entre los jóvenes inadaptados. No había reglas. Solamente tenían que jurar lealtad al grupo original de este valle y llevar a cabo toda clase de actos violentos sin rechistar. Así pues, la revuelta fue dirigida por los jóvenes de nuestro valle, que eran como si dijéramos el estado mayor, con una infraestructura basada en los grupos de jóvenes de los diversos pueblos. Los jóvenes de este valle, cada vez que se liberaba un pueblo, llamaban a los jóvenes descontentos y les preguntaban por las casas de los ricos que habían cometido tropelías y las asaltaban. Por descontado, nunca faltaban delatores, pues siempre hay quien se siente perjudicado por las actividades de los poderosos. A medida que los rumores acerca de la revuelta se extendían por los pueblos próximos al castillo, las personas acomodadas, para ponerlos a salvo, llevaron a los templos sus bienes, muebles, documentos y libros de contabilidad. Pero los jóvenes descontentos informaban de esos casos a los cabecillas. Era la primera vez que se veían libres de la gente poderosa y conservadora, y para ellos no significaban nada ni el cacique, que durante generaciones había sido una autoridad respetada por los campesinos, ni los templos, que para el pueblo eran responsables de los asuntos de la vida y la muerte. De modo que los asaltaron y quemaron todo lo que había sido guardado en ellos. Así fue como

aquellos jóvenes desarraigados, que hasta el día anterior eran unos muertos de hambre a los que apenas se consideraba seres humanos, se hicieron con el poder y establecieron un nuevo sistema de gobierno en los pueblos. Para comprender por qué arraigó la revuelta sobre todo en grupos de marginados como ellos, hay que tener en cuenta que formaban una clase social aparte. El resto de la población pensaba que eran unos inútiles. Por tanto, al contrario que los adultos, que estaban unidos entre sí y sentían una insuperable desconfianza hacia los extraños, los jóvenes no tenían dificultades para asociarse con los forasteros. Además, a medida que se fueron dejando arrastrar por la revuelta, empezaron a comportarse según les dictaban sus instintos y la nueva sensación de libertad, de modo que hicieron cosas que, terminados los disturbios, no les permitirían regresar a su pueblo, fuera por incendiarios o por asesinos. De ahí que, a diferencia de los demás campesinos, se convirtieran en un ejército profesional de jóvenes revoltosos, interesados en continuar la revuelta indefinidamente. Se sentían más seguros con las pandillas que habían venido de fuera que con las gentes de su propio pueblo, y hay que reconocer que el grupo de jóvenes de nuestro valle siempre cuidó de los intereses de todos sus seguidores. Cuando la revuelta se acercaba a su fin y la muchedumbre empezaba a retirarse de la ciudad donde estaba el castillo, detuvieron a varios revoltosos que se habían quedado atrás para violar a las hijas de unos comerciantes. Pero no fueron las fuerzas regulares las que detuvieron a aquellos hombres. Aunque la muchedumbre había llegado hasta las puertas del castillo, como no tenían medios para asaltarlo el jefe de la guarnición decidió esperar a que los revoltosos se cansaran y se marcharan. Al final, la inmensa mayoría de los sublevados abandonaron la ciudad; sólo unos pocos se quedaron merodeando por las calles. Seguramente no querían irse porque era la primera vez en su vida que estaban en un ciudad importante, y también porque los conmovía la lujuria. Por alguna razón desconocida, iban vestidos con ropas de mujer que habían robado. —Los jóvenes se rieron, medio entusiasmados y medio avergonzados—. Estos individuos, mientras los demás revoltosos permanecían ante el castillo, se quedaron en la retaguardia para asaltar las casas de quienes no les habían recibido bien y violar a las mujeres, y entraron en el almacén de un algodonero. Pero resulta que a uno de sus empleados, que se había dado cuenta de la retirada de los demás revoltosos, se le ocurrió detener al grupo de individuos vestidos con kimonos de mujer. Como era el encargado, reunió a los demás trabajadores y detuvieron a los merodeadores. Pero al recibir el aviso de su detención por medio de uno de ellos, que había logrado escapar, el grupo de jóvenes del valle ordenó volver a invadir la ciudad. Corriendo muchos riesgos, acudieron a

rescatar a sus compañeros, y no tardaron en liberarlos. Luego destruyeron el almacén del algodonero, castigaron a sus empleados y quemaron la casa del encargado, que se llamaba Aokichi. Se dice que pusieron en ella un cartel con estos versos: «Por petición directa, / y por los servicios prestados, / atado y con la casa en llamas, / su cara mostrará sin duda una azul felicidad.»<sup>[70]</sup> ¡Ja, ja, ja!

Los jóvenes también se rieron a coro. Terminé de comer, y, al llevar los cuencos al fregadero, mi mujer me recibió ceñuda y a la defensiva.

—Si quieres rebatir a Taka, es mejor que lo hagas directamente con él o con los jóvenes, Mitsu —dijo.

—No, no tengo ganas de inmiscuirme en las actividades propagandísticas de Taka —dije—. Ahora voy a preparar los faisanes. ¿Dónde están?

—Taka los ha colgado de un palo en la trasera de la casa. Hay media docena de faisanes, preciosos y gordos como cerdos —dijo Momoko anticipándose a mi mujer. Las dos estaban cortando grandes cantidades de verduras en una ensaladera de bambú. Preparaban un almuerzo rico en vitaminas para un equipo de robustos jugadores de fútbol.

—Al principio —prosiguió Takashi—, los campesinos más sensatos habían tenido miedo del grupo de jóvenes del valle, pero en el curso de la revuelta su temor se trocó en respeto, aunque también es posible que fingieran a causa del comportamiento violento de estos. El caso es que los jóvenes se convirtieron en héroes populares no sólo en el valle, sino en todo el territorio del clan. Por eso, durante el corto período que siguió a la revuelta en que gozaron de libertad, se comportaron más bien como una casta aristocrática que como los marginados que habían sido antes. De hecho, durante un tiempo, hubieran podido volver a levantar en armas a los campesinos y emprender una nueva expedición desde el valle cuando hubieran querido. En los demás pueblos los jóvenes también seguían siendo los amos. Cuando los participantes en la revuelta se dispersaron, los jóvenes de nuestro valle exigieron de los revoltosos de los otros pueblos el juramento de que si las autoridades del clan tomaban medidas represivas, reorganizarían inmediatamente sus fuerzas, y amenazaron a cualquier pueblo que no acudiera en su ayuda con que sería el primero en ser arrasado. Estas circunstancias obligaron a las autoridades del clan a retrasar la búsqueda de los responsables de la revuelta. Durante este intervalo de vida regalada, los jóvenes no sólo vivieron de la comida y la bebida que habían robado, sino que se dedicaron a seducir a las mujeres y las hijas de los aldeanos. Claro que también es posible que las mujeres y las hijas los sedujeran a ellos. —Los jóvenes se rieron de buena gana al escuchar esta broma de mal gusto—. Después de

todo, los nuevos amos del valle habían sido en sus inicios una pandilla de gamberros, y en la práctica aquel fue un período de anarquía para la sociedad campesina, pues los jóvenes se paseaban pavoneándose de sus armas y disfrutando de su recién adquirida autoridad. Mataban sin piedad a quienes se atrevían a oponérseles, y estoy seguro de que más de uno, si no podía seducir a las mujeres que le gustaban, simplemente las violaba. Así pues, cuando la vida volvió a la normalidad, los campesinos se encontraron con que no habían hecho más que cambiar de amos, y los nuevos eran tan tiránicos como los antiguos.

Cuando los investigadores del clan llegaron al valle, los jóvenes ya se habían granjeado la animadversión del resto de los habitantes. Al final, se encerraron en el almacén para resistirse a las autoridades, pero fueron traicionados por las gentes del valle, que no cumplieron sus promesas de ayuda...

De los jóvenes sentados en círculo alrededor del fogón se levantó un murmullo de indignación. Con una ingenuidad que casi resultaba sospechosa, los jóvenes parecían sentirse identificados con los revoltosos de cien años atrás. La treta de Takashi al no atribuir la jefatura de la revuelta al hermano del bisabuelo, sino a todo el grupo, había surtido efecto. Después de calentarme un rato junto al fogón, salí al Sedawa, donde solían colgarse los conejos y los faisanes, y encontré los seis faisanes colgados de unos palos clavados en la pared. Era el sitio de mi casa donde más fresco hacía siempre. En pleno verano, los gatos subían a tenderse debajo de los palos. En todos los detalles de la vida cotidiana, Takashi trataba de seguir las tradiciones del pasado, cuando la gente del pueblo actuaba siempre en grupo. Incluso, llevado de esta obsesión, había atado los faisanes por el cuello con una cuerda de paja, igual que hacían nuestro bisabuelo o nuestro padre. Hasta había rellenado los faisanes con algas marinas que les había introducido por el orificio por el que les habían sacado las entrañas. Como Takashi era demasiado niño para haberse dado cuenta de las costumbres de nuestra familia durante la época en que los Nedokoro aún eran importantes, debía de haber puesto mucho empeño y una atención extraordinaria para recrear con exactitud la vida tradicional de las gentes del valle.

Dejé los seis gordos faisanes sobre la nieve y empecé a arrancarles el plumaje negro y castaño rojizo. El viento dispersó las plumas junto con los copos de nieve, y sólo las timoneras quedaron a mis pies. Bajo el plumón, la carne de las aves estaba fría y dura, pero era elástica al tacto. El plumón, suave como el algodón, que había debajo de las plumas estaba lleno de pequeños piojos transparentes que parecían vivos. Respirando despacio por la nariz solamente, por miedo a que los piojos me

entraran en los pulmones, seguí desplumando los faisanes con los dedos cada vez más entumecidos. De pronto, la fina piel color mantequilla, auténtica «piel de gallina», se rompió, y sentí el desagradable contacto de la punta de los dedos con lo que había debajo. Por la hendidura de la piel, que se abría rápidamente, apareció la carne herida, roja y negruzca, llena de coágulos de sangre y de perdigones. Arranqué las timoneras del cuerpo ya pelado y le di vueltas y vueltas al cuello con fuerza, para arrancárselo. Pero cuando parecía que se separaría con un tironcito más, algo en mi interior me impedía realizar el esfuerzo necesario. Al soltar la cabeza retorcida, volvió a desenroscarse como impulsada por un muelle y me dio un agudo picotazo en el dorso de la mano. Esto me hizo ver la cabeza del faisán como algo independiente, cosa que no se me había ocurrido hasta entonces, y me concentré en las emociones que despertaba en mí. Un murmullo de voces a mis espaldas fue seguido por una risotada, pero el sonido fue absorbido inmediatamente por la capa de nieve del talud que separaba el Sedawa de las moreras; sólo se oía el levísimo rumor de la nieve fresca al rozarme los lóbulos de las orejas; era un rumor gélido, tan débil que muy bien hubiera podido ser producido por los copos de nieve al chocar unos con otros.

La cabeza del faisán estaba cubierta de un plumaje denso y corto de un rojo brillante que parecía arder. Alrededor de los ojos, sobre un fondo rojo como la cresta de un gallo, había puntos negros, lo que le daba el aspecto de una fresa animal. Y los ojos eran blancos y estaban secos —aunque no eran los ojos, sino un montón de plumas diminutas—. Los ojos de verdad estaban justo encima, con los párpados, finos como un hilo negro, cerrados con fuerza. Al levantar los párpados con las puntas de las uñas, algo parecido a la pulpa de una uva al ser cortada por una cuchilla salió rezumando y amenazó con derramarse como un líquido. El asco me sacudió al principio, pero lo miré fijamente y conseguí desvanecer el poder que ejercía sobre mí. No eran más que los ojos de un pájaro muerto. No obstante, no había que despreciar a aquellos «ojos falsos» con tanta facilidad: desde antes de fijarme en la cabeza del ave, mientras arrancaba las demás plumas de su cuerpo casi desnudo, había sentido clavada en mí la mirada de aquellos «ojos falsos». Por eso, demasiado impaciente por ir a buscar un cuchillo, había agarrado el cuello para retorcerlo y arrancarle la cabeza al ave con «ojos falsos» y todo. A pesar de que mi ojo derecho se parecía mucho a los «ojos falsos» del faisán, pues tampoco veía, sólo conseguía dar un efecto meramente negativo de falta de visión. Si decidiera ahorcarme como mi amigo, con la cabeza pintada de bermellón, desnudo y con un pepino en el ano, para conseguir un efecto aún más espectacular que el suyo me

pintaría antes un «ojo falso» de color verde brillante en cada párpado.

Tras dejar en fila sobre la nieve los seis faisanes pelados, volví a la doma para buscar material con que hacer una fogata, girando la cabeza a izquierda y derecha, como tenemos que hacer los tuertos, por si había perros o gatos en las cercanías.

—... el joven que había traicionado a sus compañeros, claro está, fue expulsado del grupo —estaba diciendo Takashi—. Pero si iba hacia el castillo lo detendrían enseguida, y si se quedaba en el valle estaría aislado, ya no le protegerían sus antiguos amigos, y los campesinos, que habían sufrido sus crueles desmanes cuando era poderoso, sin duda se vengarían. Así que la única esperanza que le quedaba era huir hasta Kochi atravesando el bosque, jugándose todo a una carta. Si tuvo éxito o no...

Interrumpiendo su conferencia, justo cuando le pedía una caja de cerillas a mi mujer para encender el haz de paja que había sacado de debajo de la tarima, mi hermano me preguntó:

—Mitsu, ¿tienen mucha carne los faisanes?

Sin duda, lo hizo porque hablaba de cosas que no conocía bien. Yo, por lo menos, no tenía conocimientos tan precisos del comportamiento y la vida de los jóvenes después de la revuelta de Man'en.

—¡Oh, están gordísimos! Son unos faisanes estupendos. No falta vida en el bosque.

Apreté la paja en círculo en el hoyo que hice dando patadas en la nieve endurecida y le prendí fuego. La suave pelusilla de las pieles empezó a arder enseguida desprendiendo un olor sofocante. Casi inmediatamente, los cuerpos de los faisanes se llenaron de finas hebras diagonales de materia animal fundida, de color pardo oscuro, y la piel se tornó opaca mientras aquí y allá empezaban a brotar gotas de grasa amarillenta. Aquello me trajo a la memoria las palabras de mi difunto amigo sobre un negro que habían quemado vivo: «El cuerpo estaba tan quemado e hinchado, que sus detalles resultaban borrosos, como los de un muñeco de madera mal tallado».

A mis espaldas, había alguien que miraba lo mismo que yo y con idéntica atención. Al volverme, vi a Takashi, con la cara tan roja por la vehemencia de un discurso junto al fogón, que los copos de nieve se derretían al instante al tocarla. Imaginé que el aspecto del plumón quemado de los faisanes le hacía revivir recuerdos idénticos a los míos.

—Mi amigo me dijo que, cuando te vio en Nueva York, le diste un folleto del movimiento en pro de los derechos civiles. Me explicó que había una fotografía de

un negro al que habían quemado vivo.

—Sí, así es. Una fotografía verdaderamente horripilante, de esas que te dicen exactamente lo que es la esencia de la violencia.

—También me dijo que Taka, de pronto, le asustó al preguntarle: «¿Puedo decirte la verdad?». Estaba preocupado porque le dio la impresión de que pensabas en una verdad distinta de aquella acerca de la que hablabas, pero que finalmente no fuiste capaz de decírsela. ¿Qué te parece? No pudo encontrar la respuesta a su pregunta, pero, cuando menos, se murió con una pregunta llena de contenido, ¿no?

Takashi siguió mirando los faisanes con los ojos entornados ansiosamente como si estuviera deslumbrado, no sólo por el reflejo de la luz en la nieve que cubría sus mejillas, que perdían poco a poco el color, sino por algo que se agitaba en su interior.

—«¿Puedo decirte la verdad?» —dijo, creo que con la misma voz con que le había dicho esas palabras a mi amigo en Nueva York— es un verso escrito por un joven poeta, y que en aquellos tiempos yo lo repetía continuamente. Pensaba por aquel entonces en la verdad absoluta, la que, si un hombre la dice, no le deja más alternativa que morir a manos de otros, suicidarse o volverse loco y convertirse en un monstruo inhumano cuyo aspecto horroriza. Esa verdad, una vez sale de la boca, es como una bomba en la que han puesto en marcha el detonador, imposible de detener. Mitsu, ¿crees que una persona normal de carne y hueso puede decirles esa verdad a los demás?

—Habrá personas que se decidan a decir esa verdad en una situación desesperada, pero después de decirla, encontrarán la manera de seguir viviendo sin que nadie las mate, sin suicidarse y sin convertirse en monstruos locos —le rebatí, con la esperanza de sonsacarle la intención de su inesperada locuacidad.

—No, eso es tan difícil como el crimen perfecto —dijo despreciando mi imprudente opinión con el tono firme de quien obviamente había estado rumiando aquel tema durante mucho tiempo—. Si la persona que tendría que haber dicho esa verdad lograra seguir viviendo sin que la matasen, sin suicidarse y sin convertirse en algo horrible y extremadamente distinto de las personas normales, eso sería una demostración de que la verdad que se suponía que había dicho no era la que debía decir, o sea, que no era la bomba en la que yo pensaba. Nada más, Mitsu.

—Entonces, ¿quieres decir que la persona que ha dicho esa verdad a la que te refieres no tiene escapatoria? —Propuse un argumento contrario—: ¿Qué pasa con los escritores? Los hay que han dicho la verdad por medio de una novela y han seguido viviendo, ¿no?

—¿Los escritores? Es verdad que dicen cosas que se aproximan a la verdad, y que siguen viviendo sin que los maten a golpes y sin volverse locos. Esos individuos engañan a los demás con el entramado de su ficción. Pero lo que esencialmente mina la tarea de un escritor es el hecho mismo de que, una vez ha conseguido imponer un entramado de ficción, puede decir cualquier cosa, por muy horrible, peligrosa o vergonzosa que sea. Por muy seria que sea la verdad que dice, siempre tiene presente que en la ficción puede decir lo que quiera, por lo que es inmune desde el principio a cualquier veneno que contengan sus palabras. Y, a la larga, esto se le transmite al lector, quien se forma una pobre opinión de la ficción al considerarla algo que nunca llega a penetrar hasta los arcanos más profundos del alma. Mirándolo de esta manera, la verdad, en el sentido en que yo la imagino, no está presente en nada escrito o impreso. A lo sumo, todo lo que puedes encontrar es un escritor que dé un salto en la oscuridad al tiempo que pregunta: «¿Puedo decirte la verdad?».

La nieve cubría los cuerpos gordos y pesados de la hilera de faisanes con el plumón quemado. Cogiéndolos de dos en dos, los sacudí con fuerza para quitársela. Hicieron un ruido sordo que me retumbó en el estómago.

—El día que Taka le preguntó a mi amigo si podía decirle la verdad, antes de que te diera un susto al sorprenderte por la espalda, según me dijo, estabas mirando pensativo la fotografía del cuerpo quemado, o sea que tenía razón, ¿no? Estabas en la barra del drugstore imaginando que decías tu verdad y eras convertido en un cuerpo calcinado como aquel.

—Así es. Tuve la impresión de que él lo comprendió, hasta cierto punto. Y, por mi parte, creo que entiendo el significado de la manera de suicidarse que escogió —dijo Takashi sin rodeos, con lo que volvió a despertar en mí las emociones que sus palabras de condolencia por mi amigo me habían producido en el aeropuerto—. Aunque pueda parecer extraño que yo hable con tanta convicción sobre un amigo de Mitsu, desde que Natsumichan me lo contó, he pensado una y otra vez en su significado. Creo que, antes de ahorcarse con la cabeza pintada de bermellón y totalmente desnudo —pensé que, como no le había dicho a mi esposa lo del pepino en el ano, lógicamente Takashi tampoco lo sabía—, gritó: «¿Puedo decirte la verdad?», y entonces se ahorcó. Aun cuando no gritara esas palabras, creo que el acto mismo de dar el gran salto, fríamente consciente de que un instante después su cuerpo quedaría expuesto desnudo y con la cabeza bermellón a la vista de todos, irremediablemente muerto, fue en esencia un grito que decía: «¿Puedo decirte la verdad?». ¿No es así, Mitsu? ¿No fue un acto de auténtico valor decidirse a hacer, con su propio cuerpo desnudo y la cabeza pintada de bermellón, un último gesto de



autoexpresión dedicado a quienes le sobrevivían? Con ese acto dijo su verdad. Aunque no sé en qué consistía, no tengo la menor duda de que lo hizo. Cuando Natsumichan me contó lo sucedido, le hablé desde el fondo de mi corazón a tu difunto amigo: «De acuerdo, he oído la verdad que has gritado».

Comprendí lo que quería decir Takashi.

—Cuando mi amigo le pagó a Taka las cápsulas, no hizo un mal negocio.

—Si llegara para mí la hora de decir esa clase de verdad, quiero que Mitsu la oiga; es una verdad que no sería efectiva por completo si no te la digo —dijo Takashi con la inocente excitación de un niño que sabe que está haciendo algo peligroso.

—¿Quieres decir que debo saberla porque se refiere a nuestra familia?

—Así es.

—Ya. ¿Acaso esa verdad tiene que ver con nuestra hermana? —dije, pues me había invadido una asfixiante sospecha.

Por un instante me miró fijamente, con tanta fiereza y el cuerpo tan envarado, que pensé que me iba a pegar. Sin embargo, mi hermano no hacía más que concentrar su atención en mí con intensa preocupación para averiguar exactamente qué se escondía detrás de mis palabras. Al cabo, se relajó y apartó los ojos.

En silencio, miramos la nieve fresca que volvía a cubrir la carne de los faisanes. El frío me calaba hasta el tuétano. Mi hermano, al igual que su grotesco camarada que vestía ropas ligeras, tenía los labios morados y tiritaba débilmente. Aunque tenía prisa por entrar en la casa, pensé que debía terminar aquella conversación sin brusquedades. Sin embargo, Takashi se me adelantó y me salvó de la embarazosa búsqueda de palabras intrascendentes que decirle.

—La razón de que te persuadiera para venir al valle no fue que quisiera engañarte. No se trataba solamente de que, al vender las casas y las tierras, pudiera decirles a los del concejo que mi hermano mayor, que estaba en la casona, me había pedido que me encargara de hacer las gestiones. Quiero que estés presente cuando diga esa verdad. Espero que se presente la ocasión mientras estamos juntos.

—Lo de las tierras y las casas no tiene importancia —dije—. Pero, francamente, no creo que le digas nunca a nadie esa verdad tan terrible, en el supuesto de que realmente la tengas dentro de ti. De igual modo, creo que yo nunca encontraré una nueva vida ni mi choza de ramas y paja...

Tras decirle esto, nos encaminamos por fin hacia la casa, helados hasta el tuétano, el uno al lado del otro. Momoko servía a los jóvenes, sentados alrededor del fogón, el estofado que habían cocinado para el almuerzo. Aquella sería la primera

comida bajo el mismo techo para Takashi y sus camaradas, que iban a vivir y a entrenarse juntos como si fueran una de aquellas comunas en que se reunían para celebrar el Año Nuevo los jóvenes de las generaciones anteriores. Alejado del grupo, en un rincón, el diligente Hoshio engrasaba un montón de balones, uno tras otro. Le di los seis faisanes a mi mujer, me puse las botas nuevas y regresé al almacén dando patadas a la nieve.

## 9. LA LIBERTAD DE LOS DESTERRADOS

Traicionando mis calladas esperanzas, el tiempo pasaba y la nieve en polvo seguía cayendo invariablemente; no había trazas de que fuera a convertirse en copos finos como pétalos, y yo no podía acostumbrarme a ella. Procuraba salir lo menos posible y permanecía encerrado en el almacén, concentrado en la traducción. Como me traían la comida, sólo tenía necesidad de ir a la casona por agua, que evaporaba en la estufa. Cuando lo hacía, veía a Takashi y sus camaradas, llenos de infantil inocencia, todavía borrachos de nieve y sin mostrar los síntomas del cansancio que acompaña a la resaca. La nieve recién caída escondía el deterioro sufrido por la que había caído antes y renovaba continuamente el aspecto de la capa que lo cubría todo. Por consiguiente, los fanáticos de la casona no tenían tiempo de salir de su embriaguez. Cuando descubrí que podía utilizar nieve derretida para hacer vapor, mi vida diaria se alejó aún más radicalmente de la casona. Pasé tres días envuelto en aquella extraña nevada, con una sensación tan fuerte de relajación, de no ser vigilado por nadie, que podía percibir que mis propios gestos y movimientos se distendían y se hacían más pausados.

Como era de esperar, durante la mañana del día de Año Nuevo, Jin y su familia habían interrumpido dos veces mi vida de eremita. Primero, el hijo mayor de Jin me despertó a gritos de madrugada para decirme que su madre quería que yo, actualmente el cabeza de familia de los Nedokoro, fuese a sacar la primera agua<sup>[71]</sup>. El hijo de Jin estaba tenso, como uno de esos viejos que nunca se olvidan de cumplir las obligaciones de las tradiciones lugareñas, y con gesto solemne me entregó un pedazo de papel de propaganda doblado, en cuyo anverso habían dibujado un mapa casi ilegible del lugar donde debía sacar la primera agua del año. Bajo la luz tenue

de la lámpara eléctrica al pie de la escalera, mientras me miraba con sus ojillos sombríos, traté de memorizar el itinerario de la ceremonia de la extracción de la primera agua de aquel año que había dibujado Jin, pero me resultó imposible. Dándome por vencido, subí al primer piso y me puse el abrigo. El pobre hijo de Jin, a quien debían de haberle ordenado que me acompañase a Sacar el agua, tiritaba en silencio como un perro escaldado. Al entrar en la casona, vi que Takashi y mi mujer dormían el uno al lado del otro junto al hogar, en el que apenas brillaban las brasas. Detrás de Takashi dormía Hoshio, y Momoko lo hacía bajo la misma manta que mi mujer, pero el brazo de Takashi Estaba claramente extendido bajo la manta para rodear el Costado de mi esposa, y daban la impresión de dormir juntos y solos. De pie en la entrada de la doma, mientras yo paseaba la vista medio aturdido, el despabilado hijo de Jin encontró junto al fogón un balde grande, el balde destinado a desempeñar aquel papel sagrado y efímero, y nos adentramos juntos en la Oscuridad llena de nieve. Por los finos copos que me daban en la cara, me di cuenta de que tenía la piel encendida y sofocada, pero mis emociones, al contrario, estaban tranquilas hasta el punto de inercia. Recordé con tristeza la fatal sensación de la imposibilidad de tener relaciones sexuales que había crecido como un cáncer entre mi mujer y yo. Si pudiéramos escapar del pantano de esa sensación de imposibilidad arrastrando nuestros pies pesados como los de un guerrero extenuado, ¿no sería lo mejor, al fin y al cabo? Sin embargo, no aceptaba la posibilidad de una relación sexual directa entre mi mujer y Takashi. Lo que había ocurrido era, simplemente, que mi mente, vacía de cualquier cosa que no fuera la apremiante necesidad de apresurarse a través de la nieve, de vez en cuando era presa de una misteriosa fantasía en la cual la poderosa fuerza magnética que yo había sentido tan estoicamente reprimida en el pene erecto de Takashi mientras estaba de pie desnudo y cubierto de nieve, se inyectaba por medio de sus dedos en el costado de mi mujer dormida y fundía aquella rígida sensación de que le eran imposibles las relaciones sexuales. En el camino que baja desde la calle principal del pueblo hasta el río la nieve estaba blanda. El hijo de Jin debía de haber prestado mucha atención, al lado de su madre, mientras esta preparaba el itinerario mirando almanaques y horóscopos para ir a buscar la primera agua del año, pues se abría camino por la nieve que le llegaba hasta las rodillas sin vacilar. Al aparecer el río ante nosotros, me quedé parado, atónito al ver las aguas negras flanqueadas de nieve. Todos los fragmentos de la fantasía que flotaba en el espacio de mi cabeza, aún semidormida, se congelaron y se desplomaron, sin excepción. Para protegerme de las cosas horribles que desde la superficie negra del río amenazaban con despertar en mí, pronuncié un

conjuro: «Eres un extraño que no tiene nada que ver con el valle». Pero aunque lograra negar todo su significado, el río negro encerrado entre la nieve era lo más amenazador que había visto desde mi regreso al pueblo. El hijo de Jin, deduciendo por mi aspecto petrificado que debía de tener miedo de perder pie en la nieve cada vez más profunda, tras esperar un rato, finalmente me quitó el balde de las manos y se deslizó de rodillas hasta la ribera. Hubo un chapoteo furtivo y casi avergonzado, tras el cual el hijo de Jin, que había subido con dificultad por la nieve, dejó a mi lado el cubo lleno de agua y se quedó con una lata de leche en polvo que había encontrado por allí y había llenado con reverencia.

—¡Podías haber cogido un poco de mi primera agua! —le dije, y entonces el hijo de Jin abrazó la lata con los dos brazos, como protegiéndola de mi ataque.

Comprendí entonces la tozuda idea que acababa de formarse en su cabecilla. Como yo no había sacado la primera agua con mis propias manos, sino que lo había hecho él por mí, aquella agua era fraudulenta, mientras que la que él había sacado con su lata sí era auténtica primera agua del año. Como la familia de Jin había compartido siempre la primera agua de los Nedokoro, si hubiera ido yo a la orilla a sacarla, el hijo de Jin se habría dado por satisfecho con nuestra primera agua porque habría sido auténtica. Pero como me quedé plantado y dejé que la sacase fraudulentamente por mí, se le ocurrió sacar su propia primera agua para llevarla a casa de su orondísima madre. Si el hijo de una madre tan incurablemente obesa aún podía ser un místico tan tozudo, por fuerza debía de haber una realidad muy poderosa que subyacía a aquel proceso. Totalmente despierto ya, empecé a sentir que haber bajado de aquel modo hasta el río aquella madrugada era estúpido e inútil, y me volví disgustado por el camino. Sacar la primera agua del año hubiera sido más bien tarea para Takashi. A fin de no volver a ver a quienes dormían allí, le di el balde al hijo de Jin, le dije que lo dejara en la doma y regresé al almacén. Pero el dolor del frío en mis hombros medio congelados deformó los sueños de mi segundo letargo, y tuve una pesadilla en la que dos manos gigantescas y de enorme fuerza salían de la superficie negra del agua y me agarraban por los hombros mientras yo me revolvía y gritaba.

A mediodía, volvió a llamarme el muchacho para anunciarme que Jin venía con toda su flaca familia para felicitarme el Año Nuevo. Al bajar la escalera, la encontré, más increíblemente gorda que nunca, sentada al borde de la tarima, mirando hacia la nieve que caía, como una bola enorme que hubiera llegado rodando de repente. Para evitarle el esfuerzo de volverse, bajé a la doma y me quedé de pie al lado de su familia, en diagonal a ella. Su cara, brillante a causa de la luz que la nieve reflejaba

en todas direcciones, tenía una jovialidad misteriosa. Un temblor recorría la piel tensa y sin una arruga de aquella cara que era como un fregadero metálico mientras me miraba jadeando pesadamente, sin poder articular una palabra. El corto paseo de varios metros desde su casa la había reducido al estado de un delfín moribundo. Mientras Jin estuviera en silencio, su familia también lo estaría, y yo, que había bajado a la doma lleno de una extraña tensión, me sentía incómodo. Aparte de Jin, que iba envuelta en una especie de bolsa negra sin delantero ni trasero ni alto ni bajo, su familia iba acicalada más o menos como correspondía al Año Nuevo, mientras que yo llevaba una camisa de pana y un jersey que no me quitaba ni para dormir, y ni siquiera me había afeitado. Comencé a preocuparme por si Jin sentía que su esfuerzo al venir amablemente a felicitarme no recibía la debida atención. Pero, después de un buen rato, recuperó por fin aliento, se aclaró algo la garganta y dijo débilmente, con una generosa demostración de buena voluntad:

—¡Feliz Año Nuevo, señor Mitsusaburō!

—¡Feliz Año a ti también, Jin!

—¡Ojalá! ¡Para mí ya no puede haber felicidad, sólo desgracias! —Jin se puso rígida de golpe—. Si hubiera otra evacuación, no podría escapar, y se me comerían los perros o me moriría de hambre.

—Esas son cosas del pasado, mujer; desde la revuelta de Man'en no ha vuelto a haber una evacuación, ¿no?

—¡No, no, yo he visto una evacuación! Al perder la guerra, cuando llegaron en jeep las fuerzas de ocupación, todos los que pudieron huyeron al bosque dejando a los viejos y a los impedidos en el pueblo, ¿no se acuerda? ¡Si eso no es una evacuación! —dijo Jin, testaruda y con una estúpida seguridad en sí misma.

—Jin, eso no es cierto. Lo sé porque, cuando llegó el primer jeep, yo estaba en el valle. Los soldados americanos me dieron una lata de espárragos, y como nadie del pueblo sabía si aquello se podía comer o no, al final la dejé en el ala de profesores de la escuela.

—¡Venga, se marchó todo quisqui! —insistió Jin con calma.

—Señor Mitsusaburō, Jin dice tonterías a veces —dijo entonces su taciturno marido. Al oírlo, los niños se inquietaron y mostraron una dolorosa ansiedad.

No pude evitar recordar que, en mis sueños del asalto al almacén, Jin aparecía como una persona que no tenía la menor posibilidad de escapar. Pero al verla allí sentada, con los ojos pequeños y hundidos como ombligos en la gordura de su cara, entornados a causa del resplandor de la nevada, los labios pequeños y hundidos entre las encías, y las orejas sucias y escamosas que parecían asas en su cara de luna llena,

tenía un aire de robusta cordura que contrastaba con su desequilibrio corporal. La comedia de la locura debía de ser una nueva estrategia para evitar la venta de su casa. Pero el interlocutor de sus estratagemas no era yo, sino Takashi, y este ya había vendido todas las propiedades y tierras de los Nedokoro, incluyendo la casa de Jin. Si había algo que hiciera a Takashi merecedor del calificativo de «malvado», era aquella falta de sensibilidad que le permitía traicionar tan alegremente los modestos planes de una cuarentona atrapada por su anormal obesidad en aquel valle olvidado de la mano de Dios.

—¡El pueblo de Ōkubo se va a la porra! ¡La gente ya no tiene vergüenza! — exclamó Jin—. Aunque ayer era Nochevieja, los aldeanos y los «rústicos», por igual, se metían en las casas de los que tienen tele, aunque no los conocieran, y no les dejaban hacer los preparativos del Año Nuevo ni nada. ¡Menuda vergüenza!

—¿Vosotros también fuisteis a ver la tele? —les pregunté a los muchachos.

—¡Claro! Vimos el programa de fin de año<sup>[72]</sup>. En algunas casas tenían echadas las amado<sup>[73]</sup> y veían la tele a escondidas, pero la gente se enfadó y empezó a golpear las amado —contestó con orgullo el segundo hijo de Jin—. Hasta que terminó el programa de la tele, casi todos los niños iban a verla de una casa a otra y no se querían ir a dormir.

Tras volver a mi madriguera del almacén, Jin y su familia se fueron por la nieve, a paso de tortuga, camino de la casona. Iban a felicitarles el Año Nuevo a Takashi y los demás. Desde la ventana, Jin parecía un bamboleante muñeco de nieve; su cabeza redonda tenía una calva coronilla en el centro. También vi desde la ventana del almacén cómo varios mozos la llevaban después en brazos hasta su casa. El «malvado» daba saltos y patadas en la nieve alrededor de los transportistas y dirigía la operación dando agudos chillidos; al final, aquello fue demasiado para todos, incluyendo a los hijos de Jin, y las risas se hicieron generales.

La mañana del cuatro de enero bajé por primera vez al valle para poner una conferencia. El estrecho camino que lleva hasta la plaza del concejo estaba transitable, a pesar de que nevaba desde hacía varios días. Debajo de la capa de fina nieve recién caída había una masa compacta a causa de las innumerables pisadas. Los miembros del equipo de fútbol se habían pasado los primeros días del año —mientras los adultos del pueblo dormían sus monumentales borracheras— entrenándose subiendo y bajando la cuesta a la carrera, por lo que la nieve se había endurecido. Al pasar por delante del supermercado, vi un espectáculo insólito que me sorprendió. Estaba cerrado con grandes mamparas de color amarillo y verde grisáceo que le daban un aspecto semejante al de un carro de combate, y había

muchas «rústicas», que es como se conoce en el valle a los campesinos que viven en los caseríos, cada una con un niño, quietas debajo del alero, como si las hubieran puesto en formación. Por sus cestas vacías se adivinaba que estaban esperando que abriera la tienda para hacer sus compras. Como algunos niños ya se habían cansado y estaban en cuclillas, las «rústicas» debían llevar bastante tiempo esperando pacientemente delante de las mamparas. El supermercado permanecía cerrado por vacaciones desde primero de año. Las puertas seguían con el cerrojo echado y no había señales de los empleados. ¿Qué estarían haciendo allí las «rústicas» con sus cestas vacías?

Intrigado, pasé de largo. Las tiendas arruinadas por la competencia del supermercado tenían amplios aleros, y desde las oscuras habitaciones situadas debajo de ellos sus moradores miraban el exterior. Eran la única señal de vida; no pasaba ni un alma por el nevado camino, y no pude preguntarle a nadie por el significado de la presencia de las «rústicas». La verdad es que, aunque hubiera pasado alguien por la calzada, de haberme aproximado para hablarle, lo más seguro es que me hubiera vuelto la espalda para orinar o hacer cualquier otra cosa con tal de evitarme. ¿Me hablarían los empleados de la estafeta mientras esperaba la conferencia telefónica? La oficina de correos, al igual que las tiendas arruinadas, tenía el alero lleno de nieve, que nadie se había molestado en quitar. Pasé por encima del montón de nieve que había delante de la única puerta corredera que estaba abierta y entré en la penumbra de la estafeta. Los empleados de correos no estaban en las ventanillas. No obstante, como había señales de su presencia, pedí en voz alta que me pusieran la conferencia. Inmediatamente, me contestó la voz indignada de un viejo, que procedía de un rincón mucho más cercano de lo que yo hubiera podido imaginar y parecía brotar del suelo:

—¡La nieve ha cortado las líneas, y no se pueden hacer llamadas interurbanas!

—¿Cuándo arreglarán la avería? —pregunté mientras aquella voz agitaba fragmentos de viejos recuerdos.

—Los trabajadores de la brigada de reparaciones están pasando las fiestas en casa de los Nedokoro, y aunque he ido a buscarlos, no quieren trabajar —dijo el viejo con tono de creciente indignación.

Recordé que aquel cascarrabias inútil ya era jefe de la estafeta durante mi infancia. Pero no pude comprender qué hacía escondido en cuclillas en aquel rincón. Mientras iba de regreso al supermercado, me fijé en dos hombres que estaban de pie delante de mí, el uno frente al otro, y que, ceremoniosamente, por turnos, levantaban las manos para tocar la cabeza del que tenían enfrente. Como iba con la cabeza



agachada para evitar la nieve, pues avanzaba de cara al viento, no presté atención a los movimientos de aquellos hombres. Me interesaban más las «rústicas» que esperaban, al parecer inútilmente, delante de las puertas cerradas. Al acercarme, vi que seguían allí y que su número había aumentado, en poco tiempo, en casi una docena. Y aunque seguían esperando tan tranquilas, los niños, que antes andaban o se ponían en cuclillas sobre la nieve, ahora lloraban aterrorizados agarrados a las cinturas de sus madres. Me detuve, sintiendo que algo extraño sucedía, y entonces vi que los dos hombres, que estaban justo delante de mí, se golpeaban con furia. No me quedó más alternativa que permanecer allí, profundamente confuso y casi aterrorizado por la distancia demasiado corta que nos separaba, observando aquel silencioso intercambio de golpes que parecía seguir un ritual predeterminado.

Los hombres, respetables cincuentones del valle, vestían trajes y camisa sin corbata, o sea, la indumentaria habitual de los pueblerinos en los días de fiesta, y estaban muy bebidos. Sus caras cobrizas brillaban a causa del acaloramiento, y el aliento que exhalaban frenéticamente se elevaba formando nubes de vapor en medio de la nieve que caía. Más que por miedo a perder el equilibrio en la blanda nieve que pisaban, no se movían de cintura para abajo para hacer más fuerza. Por turnos, se daban un puñetazo cada vez, en la oreja, la barbilla, el cuello. Parecía el intercambio de mordiscos, absolutamente paciente y estúpido, de dos perros adiestrados para la pelea. La cara del más pequeño de los dos empezó a perder claramente el color sanguinolento de la borrachera y pareció arrugarse. Todo indicaba que al recibir el siguiente golpe, de la piel pálida y tensa de su cara brotaría un grito, igual que brotaba de ella el sudor en verano. De repente, sacó algo nerviosamente del bolsillo de atrás del pantalón y le dio un golpe en la boca a su contrincante. Se oyó un ruido como el de la concha de una ostra al abrirla con un gancho, y un pequeño fragmento de algo bañado en espuma roja salió volando hacia mí. Agarrándose con ambas manos la mitad inferior de la cara, todavía rojo a causa de la borrachera, el agredido pasó corriendo a mi lado con la cabeza gacha, perseguido por el agresor. Cuando pasaron junto a mí pude oír los quejidos débiles y apenados del agredido y los jadeos de su perseguidor; me volví y los vi perderse en la distancia. Me puse en cuclillas y busqué a mis pies lo que había caído en la nieve. En su blanca superficie, revuelta pero no sucia, encontré un hoyito del tamaño del hueso de un melocotón, y en su fondo lo que parecía la yema ocre de un árbol. Tenía algo en la raíz que se asemejaba a una oreja de Judas de color rosa brillante. Estiré los dedos y lo cogí, pero lo solté de golpe, con las tripas descompuestas por el repentino asco. Eran un diente arrancado y parte de la encía. Todavía en cuclillas, miré a mi alrededor con la

debilidad lastimosa de un perro que vomita. Las mujeres que estaban delante del supermercado seguían de pie, mirando al vacío sin hacer un gesto. Los niños, aún presas del pánico y con los dedos todavía aferrados a los dobladillos de los harapientos abrigos de sus madres, me echaban miradas como si pensarán que yo era una nueva amenaza. Y las gentes que habían visto toda la escena en la penumbra tras los sucios cristales de las puertas corredizas seguían sin salir. Me marché con precipitación, huí camino arriba con la misma sensación de impotente ansiedad con que tratas de escapar de algo horroroso durante una pesadilla, tambaleándome sobre la nieve inestable de la cuneta. Estaba tan trastornado que, por primera vez desde que me encerré en el almacén, sentí ganas de hablar con Takashi para contarle lo sucedido. Le llamé desde fuera de la casona. Los jóvenes estaban ejercitándose con toda su alma en la doma, y no me decidí a entrar.

—Desde el día de Año Nuevo, hay peleas continuas en el valle, Mitsu —dijo Takashi después de escuchar mi relato con gran atención, pero sin contagiarse de mi profunda turbación—. Los hombres adultos del pueblo están muy irascibles últimamente. Y la cosa ha empeorado porque durante estas vacaciones de Año Nuevo su única diversión es beber aguardiente; ni siquiera tienen la válvula de escape que les proporcionaban otros años las constantes peleas entre los jóvenes más violentos, que discutían por cualquier cosa, ya que están en casa y entrenándose para jugar al fútbol. Por eso se pelean los adultos, aunque parezca mentira. Antes se liberaban de sus tensiones contemplando las peleas de los jóvenes o mediando en ellas, pero ahora no tienen más salida que buscar a alguien con quien llegar a las manos. ¿A que nadie ha hecho nada por separarlos? Es que, a diferencia de las peleas entre los jóvenes, cuando los que riñen son adultos no se puede mediar sin salir malparado, ¿comprendes? Así que sus peleas podrían durar eternamente sin que nadie interviniera.

—De todos modos, yo no había visto nunca a la gente del pueblo pegarse con tanta saña como para saltarse un diente y arrancarse parte de la encía —insistí, poco convencido por el razonamiento de Takashi, que situaba aquella conducta dentro de la normalidad cotidiana—. Se atizaban con todas sus fuerzas, en silencio. Aunque estuvieran borrachos, eso no es normal, Taka.

—Cuando estuve en Boston fui a visitar la casa donde nació el presidente Kennedy. Nos llevaron a todos los de la compañía. De regreso, al pasar el microbús por una calle de los barrios bajos, vimos a dos negros jóvenes peleándose. Uno, el menos musculoso y más estrecho de hombros, blandía un ladrillo por encima de su cabeza, amenazante. El otro le provocaba, a una distancia prudencial. Pero mientras

el autobús pasaba junto a ellos, se confió y se acercó un poco más de la cuenta. Cayó al suelo, con la cabeza partida de un ladrillazo. No exagero, tenía la cabeza abierta, se le veía el interior. Y la gente del vecindario seguía inmutable en sus porches, sentada en sus mecedoras o en sus sillones de caña. En el valle, a lo más que llega la violencia es a romperle a alguien un diente o una encía; aquí no hay asesinatos. Los japoneses no perdemos el sentido de la medida ni cuando nos peleamos; quizá sea porque nos falta fuerza física. Pero es posible que, psicológicamente, los habitantes del valle se hayan vuelto parecidos a los negros de los barrios bajos.

—Es posible. Que yo recuerde, en mis tiempos nunca se había visto tal estallido de violencia, y menos tan temprano. Antes, por mucho menos, los chavales habrían ido corriendo al puesto a llamar al policía. Pero esta mañana, todo el mundo se limitaba a mirar desde sus casas sin mover un dedo, Mitsu.

—No hay nadie en el puesto. El día que empezó a nevar, ya entrada la noche, el policía recibió un telegrama ordenándole que fuera a la capital, y no ha vuelto. A causa de la nevada no pasa el autobús, ni hay teléfono, porque los árboles caídos han cortado la línea, así que nadie sabe dónde está pasando las fiestas de Año Nuevo.

Noté que decía aquello para intrigarme, pero reprimí la tentación de preguntarle qué había ocurrido realmente. Deseaba mantenerme al margen de lo que hicieran Takashi y su equipo de fútbol. Seguirle el juego a mi hermano intentando descifrar las enigmáticas adivinanzas con que trataba de insinuarlo poco a poco me parecía peligroso y aburrido. Por otra parte, había decidido no criticarle, pasara lo que pasase.

—¿No está cerrado por vacaciones el supermercado? Es que he visto a un grupo de «rústicas» esperando ante él. ¿Qué crees que significa eso? ¿No pueden comer ni siquiera una semana sin depender del supermercado? Lo que más me extrañó fue que estuvieran tan quietas delante de las puertas —dije para cambiar de conversación. Pero Takashi parecía decidido a seguir con sus enigmas.

—Vaya, ¿ya están allí? Esta tarde vamos a dar una pequeña función en el supermercado. ¿No quieres verla, Mitsu?

—No, no me apetece —le respondí, pues me pareció lo más prudente.

—¡Vaya con el eremita del almacén, sin enterarse siquiera de qué va la función, ya está convencido de que no quiere verla!

Takashi, evidentemente, me trataba como a un niño.

—Así es. No tengo ganas de ver nada de lo que ocurre en el valle.

—Mitsu no tiene ganas de ver nada. Y menos aún de participar en nada. Realmente, es como si no estuvieras aquí.

—Si me he quedado, ha sido a causa de la nieve y contra mi voluntad. Aunque fuera a ocurrir algo extraordinario en el valle, deseo marcharme antes de que suceda y no volver a acordarme jamás de este lugar.

Takashi sonrió con ambigüedad, como burlándose de mí, sacudió la cabeza en silencio un par de veces y entró en la doma. Intuí que no quería que viese lo que hacían allí los jóvenes y, como tampoco tenía ganas de entrometerme, volví al primer piso del almacén.

Momoko, cuando me trajo el almuerzo, me instó a que mirase por la ventana para ver las nuevas banderas que ondeaban en el tejado del supermercado. Lo hizo con tal inocente ansiedad y tal gracia, que no me pude resistir. Encima del almacén del supermercado había dos banderas triangulares de alegres colores, una amarilla y otra roja. A través de la nieve que caía sobre el valle, el paisaje parecía sacado de una película antigua y gastada. Al volverme, Momoko me miró con ojos llenos de expectación. Yo, por supuesto, no comprendí el significado de las dos banderas.

—¿Por qué se alegra tanto Momo al ver esas banderas?

—¿Por qué? —dijo, temblorosa; por su mirada, era evidente que la atormentaba la duda, que se sentía indecisa entre lo prohibido y las ganas de contármelo—. ¿A Mitsu no le gustan esas banderas?

—Cuando vuelva a Tokio, te mandaré unas cuantas banderas realmente bonitas para que te diviertas, Momo —le dije bromeando, y me puse a almorzar.

—Si bajas al valle a las cuatro, creo que comprenderás lo que va a pasar, aunque seas una persona de mentalidad conservadora. Recuérdalo, a las cuatro. Querrás ver qué pasa, ¿no? Yo no puedo decírtelo, porque sería traicionar al equipo de fútbol, Mitsu.

No pude evitar sonreír al verla tan cómica, como una terrorista anacrónica, con su vestido indio de piel, que llevaba orgullosamente y, a pesar del frío, sin ropa interior, como el día que lo estrenó en el aeropuerto; no sólo estaba ya lleno de arrugas, sino que se había abierto por las costuras y dejaba ver grandes retazos de piñón oscura.

—Francamente, no tengo el menor deseo de ver qué pasa, Momo; y no tendrás que traicionar a nadie.

—¡Qué aburridos sois los conservadores! —dijo Momoko, con enfado y arrepentimiento, y volvió con sus camaradas, a los que no había traicionado.

A las cuatro de la tarde, se oyeron las voces de muchas gargantas que gritaban «¡Aah, aah, aah, aah!», repetidas veces, un sonido que fue ascendiendo poco a poco, como si subiera por una escalera de caracol. Eran gritos que traslucían una agitación

placentera y apremiante, y que parecían proceder de la parte más vergonzosa de la mente, de los pliegues rojos y sanguinolentos de una de sus membranas mucosas. Al oírlos, sin saber por qué, sintiéndome tan desconcertado como si me hubiesen pillado exhibiéndome desnudo, grité: «¿Qué demonios es eso? ¿Qué es?». Acto seguido, desde un rincón del almacén, algo indefinido pareció ir a contestarme, pero, más desconcertado aún, grité: «¡No, no!», moviendo la cabeza. El griterío creció y creció, formando oleadas. Al cabo, cesaron los gritos y fueron reemplazados por un grave murmullo, como el agitar de las alas de infinidad de abejas, del que se destacaban de vez en cuando, negándose a ser sepultados, un grito gutural, el agudo chillido de un niño o una exclamación de alegría. Al principio continué con mi trabajo, pero llegó un momento en que aquellos gritos aislados, agudos e incomprensibles me impidieron concentrarme. Por fin me levanté y, recibiendo en los ojos y en las ardientes mejillas el frescor de la superficie fría del cristal, miré por la ventana empañada el espacio despejado del valle al atardecer. La nevada había perdido intensidad, pero seguía cayendo una nieve fina. El bosque que rodea el valle estaba sumido en negras sombras que se iban llenando de una niebla lechosa, y el cielo, con sus nubes de nieve, parecía una oscura y gigantesca mano helada que abofeteara el valle. Al esforzar mi dolorido ojo para atisbar las banderas del supermercado, emergieron poco a poco de la niebla colgando lacias y desconsoladas como pájaros con las alas plegadas; sus colores eran tenues como fragmentos de porcelana hundidos en agua turbia. No podía ver nada de lo que ocurría en el supermercado, pero el recuerdo de las mujeres que esperaban inmóviles y en silencio frente a las puertas mientras los dos cincuentones se pegaban en silencio seguía sin borrarse de mi mente. No tardé en volver a la mesa, hecho un mar de dudas. A pesar de que me había prohibido con firmeza bajar al pueblo, era evidente que algo extraño estaba ocurriendo allí, y esa prohibición no me impedía pensar que era casi seguro que Takashi y su equipo de fútbol tuvieran algo que ver. Incapaz de seguir con la traducción, dibujé un esbozo de una vértebra del rabo de buey del estofado de mi almuerzo en una hoja de las que utilizaba para el borrador de la traducción. El hueso del rabo, del color de la carne de una ostra, tenía toda clase de protuberancias y oquedades en complejas direcciones, así como unas tapas, redondas y gelatinosas, a ambos lados de la vértebra, y pequeñas cavidades como las de un nido de insectos cuya función para el desarrollo de la fuerza del rabo del animal mientras vivía, era incapaz de adivinar. Después de dedicar largo tiempo al esbozo inútil, dejé el lapicero y les di unos bocados a las tapas gelatinosas para tratar de revivir el recuerdo de su sabor. La grasa fría sabía a sopa de caldo hecha con pastillas. Me

sentía cada vez más confuso y sumido en una profunda depresión de la que no parecía haber manera de salir. A las cinco, al otro lado de la ventana se hizo la oscuridad, pero todavía continuaba el clamor del que se destacaban ocasionales gritos alborotados. Con creciente frecuencia, se mezclaba con ellos el vocerío explosivo de los borrachos. Los niños de Jin regresaron a la vivienda anexa y, al tiempo que hablaban atropelladamente con entusiasmo, se oyó el ruido de pesados objetos metálicos al golpear entre sí. A pesar de que siempre que pasaban por delante del almacén bajaban educadamente la voz para no distraerme de mi trabajo, esta vez no le prestaron la menor atención al solitario del primer piso. Al igual que los adultos, daban la impresión de haber participado en alguna actividad importante para la vida comunal del valle. Poco después regresaron a la casona Takashi y los jóvenes, y durante un rato el jardín se llenó de gente. Incluso ya entrada la noche se oían a veces gritos entremezclados, como si varios grupos de borrachos pelearan a la vez. Y también se oían sonoras carcajadas que resonaban largamente antes de apagarse.

Mi mujer me trajo la cena. Llevaba puesto un turbante con el mismo estampado neuróticamente llamativo que había visto lucir a las mujeres de la muchedumbre junto al puente. Pensé que quería imitar el tosco encanto de las desangeladas muchachas del valle, pero el turbante sólo contribuía a destacar su ancha y bien formada frente, así como su sobriedad. Era evidente que aquella noche todavía no había empezado a beber whisky.

—¿No es un poco demasiado juvenil ese turbante? ¿Te ha rejuvenecido el espíritu del equipo de fútbol? —dije, y casi me mordí la lengua de disgusto conmigo mismo por aquellas palabras vulgares, más propias de un marido celoso. Me devolvió la mirada con tranquilidad al verme enrojecer de vergüenza y remordimiento. Acto seguido, con la impasibilidad casi obsesiva que mostraba cuando no estaba ebria desde que se había aficionado a la bebida, se refirió directamente al tema que yo no me decidía a abordar, pese a intrigarme.

—El turbante me lo han dado en el supermercado, Mitsu. ¿Viste las banderas en el tejado? Eran la señal de que el Emperador de los Supermercados iba a hacer un regalo a cada cliente habitual. Al abrir, a las cuatro, fue espantoso. Habrás oído el griterío desde aquí, ¿no? Como las «rústicas», las mujeres de valle y los niños, y hasta los hombres, se agolpaban en la entrada, se armó un follón enorme. ¡Casi me desmayé de lo que tuve que pelear para poder coger este turbante!

—¡Menuda promoción! ¿Qué es eso de un artículo a cada uno? ¿Quieres decir que os han dejado llevaros un producto de la tienda a voluntad?

—Delante del supermercado, Taka hizo fotos de la gente que salía con su botín. Casi todas las mujeres sacaban ropa o comida. Pero, al oscurecer, los hombres empezaron a sacar cosas más grandes. Parece que los que consiguieron botellas de licor a primera hora se emborracharon y volvieron a entrar, amparados en la oscuridad. Al principio, los artículos que se daban gratis estaban en unas estanterías aparte. Pero resulta que el público, sobre todo las «rústicas», arrambló con todo lo que encontraba a su paso y la cosa se salió de madre enseguida.

Estaba a punto de refugiarme en la sonrisa forzada y retorcida de la persona ajena a todo que, aturdida por una fuerza que no puede comprender, pierde las ganas de considerar su naturaleza y su fin, cuando se me ocurrió una idea desagradable que me hizo enfrentarme a una sospecha que iba tomando cuerpo. La marea de la simple sorpresa se retiró de mi cabeza y fue sustituida por el encrespado oleaje de una premonición de peligro llena de inextricables complejidades.

—Pero el supermercado no vende bebidas alcohólicas, ¿no?

—Pues la gente que entró en la tienda antes de que se rompiera el orden vio que había botellas en los estantes de los artículos de regalo. La verdad es que había sake y aguardiente en abundancia.

—¿Ha sido idea de Taka?

Pronuncié el nombre de mi hermano sintiendo una vaga náusea y el deseo de rechazar toda la desagradable realidad del mundo y volver a la infancia.

—Así es, Mitsu. Taka compró todas las existencias de las tiendas del valle y las llevó de antemano al supermercado. Pero parece que la idea original de regalar un producto a cada cliente es del propio Emperador de los Supermercados, y que lo hacen todas las tiendas de la cadena el día cuatro de enero. Contra la presentación de los recibos de compra del segundo semestre del año anterior a las dependientas, les dan ropa o productos alimenticios de poco valor, ¿sabes? Sólo que Taka tuvo la idea genial de poner botellas de licor entre los regalos, retrasar la hora de abrir para que se reuniera una multitud y hacer que las dependientas se esfumaran para que el público pudiera llevarse lo que le viniera en gana. A la vista de la que ha armado hoy, creo que Taka tiene dotes de agitador político.

—¿Cómo ha podido conseguir tanto poder, en un abrir y cerrar de ojos, hasta en el supermercado? ¿No será que el alboroto fue espontáneo y Taka lo aprovechó para darse importancia?

—El Emperador de los Supermercados quería que los jóvenes del valle sustituyeran a los empleados de la tienda que tenían vacaciones de Año Nuevo, Mitsu. Para resarcirse de la pérdida de las gallinas, quería que los del grupo de la

granja avícola trabajasen sin cobrar, ¿comprendes? Fue a raíz de esa propuesta cuando a Taka y a los demás se les ocurrió el plan. De todos modos, tampoco está mal que las mujeres del valle puedan resarcirse un poco de lo mucho que las ha exprimido el supermercado hasta ahora, ¿no?

—Pero las cosas no van a quedar así. Sobre todo, si los borrachos se han llevado artículos de valor. ¡Se trata de un robo en gran escala en el que ha participado toda la población de la comarca! —dije mientras una ráfaga de depresión me sacudía el alma.

—Desde un principio, Taka sabe muy bien que las cosas no van a quedar así. Los del equipo de fútbol han tenido encerrado todo el día al director del supermercado. Taka no empezará a poner en práctica lo que tiene planeado hasta mañana. Y sus seguidores están ansiosos de que llegue el momento.

—¿Por qué se habrán dejado convencer por Taka con tanta facilidad? —me quejé tontamente, no sin cierto resentimiento.

—Después de la pérdida de las gallinas, los jóvenes del valle se sentían acorralados, Mitsu —dijo dejando traslucir lentamente la excitación que hasta entonces había tratado de dominar—. Aunque no lo expresen, están muy descontentos. Y sus perspectivas son muy negras, incluso para el más trabajador. No le dan patadas a un balón por gusto, sino por desesperación, porque no tienen nada mejor que hacer.

Los ojos de mi mujer brillaban febriles y estaban húmedos, como si sintiera una gran ansiedad, pero sin rastro de la sanguinolencia que solía enturbiarlos en esos momentos. Me di cuenta de que, desde mi confinamiento en el almacén, había superado el miedo profundo que le impedía dormir sin la ayuda del alcohol. En consecuencia, ya no era presa del insomnio ni la depresión, y había plantado claramente los pies en el camino ascendente de la recuperación. Al igual que los jóvenes amigos de Takashi, obedecía sus instrucciones: «¡No bebas! La vida hay que afrontarla sobrio». Y, encima, estaba superando aquel mar de dificultades sin mi ayuda, la de su marido. Como un perro apaleado, eché de menos a la esposa que esperaba borracha a Takashi en el aeropuerto, sin ganas de ser reeducada.

—Si Mitsu tiene intención de interponerse en los actos de Taka, tendrás que dirigirte a él cuidando de que no te oigan los del equipo de fútbol —dijo con una mirada dura que cortó en seco aquellos recuerdos de épocas mejores. Me pareció ver en ella a la mujer que era antes del desafortunado parto, juvenil y firme—. A mitad de camino del supermercado vi al monje, que parecía venir a consultarte tu opinión acerca del incidente de hoy. Le salieron al encuentro con esas armas temibles que



tienen y huyó despavorido. Mitsu, ¿todavía conservas la confianza en la fuerza de tus brazos?

Me hirió la forma en que hizo presa en mi amor propio, que yo había reducido a la mínima expresión y guardado donde nadie lo viera, como quien arranca la carne de una almeja, y lo sacó a la luz con el único objeto de zaherirme. La ira me dio ánimos.

—Me es indiferente cuanto pueda ocurrir en este valle. No se trata de que me oponga a Taka ni de que le apoye, sino de que no siento el menor deseo de juzgar lo que hagan Takashi y su equipo de fútbol, ¿sabes? Pase lo que pase, en cuanto las comunicaciones vuelvan a restablecerse, me marcharé y lo olvidaré todo.

Lo dije enfáticamente para volver a reafirmarme en esa idea. Mañana, aunque subieran de nuevo desde el valle aquellos gritos tan extrañamente molestos por el vergonzoso deseo que insinuaban, pensaba seguir con la traducción, mi diálogo interior con mi difunto amigo. En realidad, cada vez que buscaba una equivalencia, me preguntaba qué palabra habría usado él, y en ese instante sentía que estaba en comunión conmigo. En tales momentos sentía a mi lado la presencia física del amigo que se había ahorcado con la cabeza pintada de bermellón.

—Yo me quedo con Taka, Mitsu. Tal vez me atraiga su comportamiento porque en mi vida nunca he quebrantado ninguna ley. Incluso cuando dejé abandonado a mi propio hijo para que se convirtiera en poco más que un animal, lo hice obedeciendo las leyes del Estado —dijo mi mujer.

—Tienes razón, yo también he vivido así. En realidad, aparte de mí, no deseo criticar a nadie, ni soy quién. Sólo que se me olvida de vez en cuando.

Evitando mirarnos, nos callamos, incómodos. Después, acercando la cara a mi rodilla, con voz muy femenina y suave, que mostraba la excesiva amabilidad de quien se siente avergonzado de sí mismo, dijo:

—¿No es una mosca muerta lo que tienes ahí pegado, Mitsu? ¿Por qué no te la quitas?

Correspondiendo a su solicitud con infinita docilidad, me quité la pequeña mancha seca y negra de la rodilla con una uña sucia de tinta. Pensé que, al fin y al cabo, éramos marido y mujer, sin más remedio que seguir conviviendo indefinidamente de esa manera. Aunque ambos teníamos el alma perturbada, a pesar de ello estábamos demasiado unidos para divorciarnos.

—Dice Schopenhauer que cuando aplastamos una mosca, «la cosa en sí» no muere, simplemente hemos aplastado su imagen, ¿no, Mitsu? Así, seca, realmente parece «la cosa en sí» —susurró mirando fijamente la mancha negra; eran las

primeras palabras que me decía que no escondían espinas para herirme y pretendían suavizar la tensión.

De madrugada, medio dormido, oí, tan cerca como si estuviera junto a mí, los gritos fuertes de una muchacha que tanto podían ser de miedo como de ira. Traté de seguir durmiendo, relegándolos, para que se desvanecieran, a algún lugar situado entre el mundo de los sueños y los recuerdos del día. Pero, al gritar por segunda vez, los recuerdos y los sueños se apartaron y apareció, clara como en una pantalla, la imagen de Momoko gritando con la boca muy abierta. De la casona me llegaron los sonidos que indicaban que numerosas personas se levantaban de la cama precipitadamente. Yo también me levanté y, sin encender la luz, me acerqué arrastrando los pies a la ventana, por la que entraba una débil claridad, y miré hacia abajo en dirección a la casona. Había parado de nevar, y, a la luz del farol, que alumbraba con viveza la nieve cuajada del jardín, Takashi, en camiseta y pantalones de deporte, estaba frente a un joven vestido con una bata corta que le dejaba el pecho y las piernas al descubierto. Bajo el alero, los jugadores del equipo de fútbol estaban alineados con los brazos cruzados; todos llevaban batas acolchadas, como si fueran uniformados. El joven que estaba frente a Takashi era el único que no llevaba esa ropa, y daba la impresión de que le habían expulsado del grupo. Se excusaba incesante y vilmente ante Takashi. Este, con los largos brazos caídos a los lados e inclinado hacia adelante, parecía escuchar con atención las palabras del joven. Pero, en realidad, no tenía intención de escuchar ni una sola de sus excusas. De vez en cuando Takashi saltaba y le golpeaba con fuerza en la cabeza. Era como si una energía intensamente brutal recorriera todo su cuerpo y cristalizara en un peligroso relámpago violeta. El joven, sin oponer resistencia, recibía los continuos golpes de Takashi, mucho más bajo y esmirriado que él, reculando débilmente, hasta que perdió pie en la nieve y se cayó de espaldas. Sin embargo, Takashi se lanzó sobre él y siguió golpeándole. Al ver a mi hermano actuando con violencia, sentí un miedo físico que se me clavaba derecho en el estómago como un grueso palo. Sintiendo lastimosamente el sabor de los jugos gástricos en la lengua, me retiré hacia la oscuridad de la manta. Takashi, que seguía golpeando sin cesar la cara del joven, que no oponía resistencia, había entrado ya en la categoría del «aprendiz de matón» y su brutalidad espasmódica y su insistencia vengativa tenían la marca del criminal. El aura del criminal violento que vi en Takashi crecía poco a poco, cada vez más brillante, hasta iluminar todo el valle cual ominosa aurora boreal, bajo cuya luz el incidente del supermercado adquiriría un nuevo aspecto. Sólo la huida hacia los confines puramente personales del sueño me permitiría escapar de la detestada

violencia. Sin embargo, el sueño se negaba a penetrar en el interior de mi cabeza, que bullía como una olla puesta al fuego. Tras esforzarme en vano, abrí los ojos en el fondo de la oscuridad y miré hacia la ventana, bañada en una blanca lechosa. La escasa luz de la ventana ora aumentaba, ora disminuía hasta dar la impresión de que se había convertido en un pozo de negrura. Además, luz y oscuridad se alternaban de un modo vertiginoso. Temí que mi ojo, expuesto durante muchos días al resplandor de la nieve, se hubiera lesionado irremediablemente. El miedo a quedarme ciego se apoderó de mi mente y actuó como sedante para mi cerebro recalentado y exhausto. De un modo inesperado, gracias al puro y simple temor físico, logré expulsar el veneno de la violencia de mi hermano fuera de mi conciencia y pude mirar sin miedo la alternancia de luz y oscuridad en la ventana. Al cabo, la luz que pasaba por el estrecho ventanuco alargado se hizo tan brillante que comprendí que no era una ilusión de mi debilitado ojo, sino que la luna había aparecido al otro lado. Levantándome de nuevo, contemplé el bosque cubierto de nieve bañado por la luz de la luna. La superficie del bosque estaba dividida en una parte brillante por la nieve y otra sumida en la penumbra, donde me pareció que se reunían innumerables animales mojados. Al tapar las veloces nubes errantes la luna, el rebaño de animales se teñía de un tono azulado antes de retroceder a la oscuridad.

Y al empezar a brillar la nieve del saliente del bosque a la luz de la luna, el rebaño de animales empapados y brillantes volvía a avanzar despacio.

Bajo el resplandor de la luna, el farol del jardín apenas formaba un círculo estrecho de escuálida luz amarillenta. Por eso, aunque al principio no presté atención a lo que alumbraba, de pronto me di cuenta de que, en la nieve revuelta, el joven golpeado estaba en cuclillas, con los brazos cruzados. A su alrededor estaban tirados un amasijo de mantas, la bata acolchada y los cacharros de la comida. Le habían expulsado del equipo. El joven tenía la cabeza hundida entre los hombros y estaba inmóvil como una pulga asustada. Inmediatamente desapareció la sensación de plácida alegría que me causaba la visión del bosque iluminado por la luna. Me arrebujé hasta la cabeza en la oscuridad de las cálidas mantas y, a pesar de echarme el aliento en el pecho y en las rodillas, no conseguí parar el temblor de mi cuerpo ni el castañeteo de mis dientes. Poco después, oí ruido de pisadas que rodeaban el almacén y se alejaban. No en dirección al camino del valle, sino al del bosque. Y el frágil crujir de la nieve no era el ruido que haría un perro en pos de una liebre escondida en la nieve.

A la mañana siguiente, mi mujer me trajo el desayuno mientras aún dormía y me contó el incidente de la madrugada pasada, también llena de disgusto por la súbita

aparición de la violencia. Rompiendo las reglas del equipo de fútbol, aquel joven se trajo a escondidas una botella de aguardiente del supermercado, se la bebió, llamó a Momoko a un cuarto apartado de la casona y trató de seducirla. Momoko, que había acudido de buen grado a la invitación nocturna del joven a pesar de que estaba borracho, vestía un camisón de odalina de las *Mil y una noches* que ella misma había elegido en el supermercado. Cegado por la lujuria, el joven se abalanzó sobre la provocativa muchacha venida de la capital. Al resistirse Momoko y ponerse a gritar, el joven se quedó tan pasmado que, cuando Takashi empezó a pegarle, todavía no se había recuperado de la sorpresa. Del susto, a Momoko le dio un ataque de histeria y se acostó en la habitación del fondo de cara a la pared, y aún no se había levantado. La muchacha se había deshecho del camisón que había inducido al malentendido y se había envuelto en todas sus ropas, como en una armadura, hasta el punto de casi no poder respirar. Mi mujer, camino del almacén, había visto en la nieve revuelta el arma marcada con la clave «Kō» que había dejado en el jardín el joven expulsado.

—Por las pisadas que oí, creo que rodeó el almacén y se alejó por el camino que lleva al bosque. ¿Adónde habrá ido?

—¿No será que piensa llegar hasta Kochi atravesando el bosque? Como el joven traidor al que expulsaron y huyó por allí cuando la revuelta de Man'en.

Por el aire soñador con que dijo estas palabras, pensé que mi mujer simpatizaba más con el expulsado que con Momoko.

—Dices eso porque no sabes lo difícil que es andar por la espesa maleza del bosque —dije para hacerla salir de sus ensueños—. Tratar de atravesar el bosque de noche y con esta nevada es, simplemente, un suicidio. Te ha influido demasiado el relato de la revuelta que hizo Takashi. Aunque le hayan expulsado del equipo de fútbol, no creo que le sea imposible vivir en el valle. Taka no tiene tanto poder. Anoche, sin ir más lejos, mientras golpeaba al pobre chaval por interpretar mal la inconsciente invitación de Momoko, los demás podían haberse rebelado y haberle dejado medio muerto.

—Mitsu, ¿te acuerdas de las palabras que te dijo Hoshi, sollozando, en el aeropuerto? No comprendes a Taka, y me pregunto si no será que no le conoces bien —me rebatió mi mujer, con gran confianza en sí misma—. El pequeño e inocente Taka que vivía contigo ha pasado después por experiencias que no eres capaz de imaginar ni comprender.

—Aun cuando ese joven sintiera que, al haber sido expulsado del grupo de Taka, no le sería posible, emocionalmente, seguir viviendo en el valle, ya han pasado más de cien años desde lo de Man'en. Sin duda, cualquier fugitivo se iría, lógicamente,

por la carretera que va a la costa, ¿no? ¿Por qué tendría que adentrarse en el bosque?

—Ese muchacho sabe que el alboroto que organizaron en el supermercado es un delito. Si se hubiera ido andando por la carretera nevada hasta el pueblo vecino, podía estar seguro de que le detendría la policía, que está a la espera, o le ajustarían las cuentas los matones del Emperador. Cuando menos, es posible que lo haya pensado así, ¿no? Me parece que sabes tan poco de la mentalidad de los jugadores del equipo de fútbol como de lo que realmente piensa Taka.

—Por supuesto, no creo que, por haber nacido en el valle, pueda comprender lo suficiente a los jóvenes de aquí, sino más bien todo lo contrario —dije prudentemente—. Sólo he hecho unas observaciones de sentido común. Si las arengas de Taka han vuelto loco al grupo de jugadores de fútbol, mis observaciones no son válidas, naturalmente.

—No debieras calificar de locura lo que piensan los demás simplemente porque no piensas como ellos, Mitsu. Tú mismo, cuando se suicidó tu amigo, no lo simplificaste tan burdamente, ¿verdad? —insistió, acosándome con persistencia.

—Entonces, dile a Taka que envíe un grupo de rescate al bosque —dije, dándome por vencido.

Evitando la doma de la casona, fui a lavarme la cara al Sedawa, y, al volver, me encontré a los jóvenes correteando alborotadamente por el jardín. Takashi acababa de salir a recibir a un hombre pequeño, vestido con un viejo impermeable de leñador, que había arrastrado hasta allí un trineo casero hecho de cañas de bambú, con hojas y todo, sobre el que estaba el joven expulsado, envuelto en un montón de harapos cosidos; parecía un gusano. Al inclinarse hacia atrás el hombrecillo, medio de espaldas, como si temiera que le fueran a atacar los jóvenes que salían corriendo de la doma, Takashi le tranquilizó. Entornando los ojos a causa de la deslumbrante luz de la mañana que se reflejaba en la nieve revuelta, pude ver un perfil famélico, con los ojos entrecerrados, que coincidía con el de mis recuerdos de Gii el Eremita de hacía casi quince años. Su cabeza era diminuta, como las «cabezas reducidas» de los jíbaros, y sus orejas no eran mayores que la primera falange del dedo pulgar, y a su alrededor parecía haber un extraño espacio vacío. La gorra plana que cubría su cabecita le hacía parecer un cartero antiguo. Y, atrapada entre la gorra blanqueada por el sol y la amarillenta perilla, la carita cubierta de suciedad y algo parecido a unas barbas grises estaba paralizada por el miedo. Mientras Takashi mantenía a raya a los jóvenes a sus espaldas, le hablaba con voz pausada y paternal, como quien apacigua a una cabra asustada. El anciano, echado para atrás y con los ojos invariablemente entornados, le contestaba a Takashi moviendo rápidamente unos

labios resecos y ocres que parecían dos dedos que intentaran atrapar algo. Acto seguido, Gii el Eremita sacudió la cabeza, como sugiriendo que lamentaba de corazón haber arrastrado el trineo desde el bosque y se avergonzaba de que le vieran a la luz del día. Takashi dio una orden a sus seguidores y varios de ellos levantaron al muchacho del trineo y lo entraron en la casa, alegres como si llevaran un *mikoshi*<sup>[74]</sup> en una festividad, seguidos del resto del grupo y de Gii el Eremita, que se hacía el remolón y al que Takashi tuvo que empujar de los enclenques hombros para meterlo en la doma. Me quedé solo en el jardín, y bajé la vista al trineo de bambú lleno de nieve helada detenido sobre la nieve blanda. Atado fuertemente con cuerda cruda, el bambú recién cortado parecía esperar su castigo por algún crimen.

—Natsumichan le está dando de comer a Gii el Eremita, Mitsu. —Al volverme, vi a Takashi de pie, con la piel tostada y vivamente sonrojada y un brillo salvaje en sus ojos castaños, como si estuviera ebrio; me dio la impresión de que hablábamos con el mar de un día de verano a nuestras espaldas—. Por la noche, Gii el Eremita bajó al valle, como de costumbre. Al volver al bosque, de madrugada, descubrió al muchacho que se adentraba en él. Le siguió hasta que empezó a tambalearse y cayó exhausto, y le ha salvado. ¿Te lo imaginas, Mitsu? ¡Ese muchacho quería cruzar el bosque en plena nevada y llegar hasta Kochi! ¡Se sentía identificado con los jóvenes que participaron en la revuelta de Man'en!

—Antes de que Gii el Eremita trajera al chico, Natsumiko ya había llegado a esa conclusión —dije, y guardé silencio.

Acosado por la vergüenza y la desesperación de haber sido expulsado por sus compañeros, abriéndose paso con dificultad en la nieve profunda de la negrura del bosque, debía de haberse visto a sí mismo como el hijo de un campesino, de los que llevaban moño en la cabeza, de la era de Man'en. ¿Y no había nada en mitad de la noche, envuelto en la nieve que cruzaba aquel muchacho asustado con dificultad en la oscuridad del bosque, que pudiera hacerle ver que ya habían pasado cien años desde la era de Man'en? Si se hubiese caído y hubiera muerto congelado, habría tenido la misma muerte que el joven al que expulsaron en el año de Man'en. Todos los instantes separados que coexistían en las alturas del bosque se habrían abalanzado sobre la cabeza del joven moribundo para apoderarse de él.

—Ahora que han aparecido en ese chico los primeros síntomas, creo que pronto todo el equipo se sentirá identificado con los jóvenes del año de Man'en. Voy a pregonarlo entre las gentes del valle. Quiero iniciar una nueva revuelta, quiero revivir la revuelta de nuestros antepasados de hace un siglo, con más realismo que en el baile del Nenbutsu. Mitsu, ¡no es imposible!

—Pero, por Dios, ¿con qué fin quieres hacer algo así, Taka?

—¿Con qué fin? ¡Ja, ja, ja! Mitsu, cuando se ahorcó tu amigo, ¿pensaste con qué fin lo había hecho? ¿O te has preguntado alguna vez con qué fin sigues viviendo? Aunque estalle una nueva revuelta en el valle, puede que no persiga ningún fin, pero, por lo menos, podré sentir con el mayor realismo posible la evolución espiritual del hermano del bisabuelo, ¿sabes? Es algo que he deseado fervientemente desde hace mucho tiempo.

De vuelta al almacén, me encontré con que el sonido del agua, que goteaba al fundirse la gruesa capa de nieve que había en el tejado por el calor del sol, lo rodeaba por los cuatro costados como una persiana de bambú. Se me ocurrió que tal vez pudiera usar aquel sonido para aislarme, para defenderme de lo que ocurriera en el valle, del mismo modo que mi bisabuelo había utilizado el arma que se trajo de allende el bosque para protegerse y proteger sus propiedades.

## 10. LA REVUELTA DE LA IMAGINACIÓN

La música del baile del Nenbutsu, con sus bombos, sus tambores y sus platillos, resonaba sin cesar desde antes del mediodía. La música se desplazaba, insistente y continua. Llevaba cuatro horas con su ritmo monótono: «¡Dang, dang, dang! ¡Dang, dang, dang! ¡Dang, dang, dang! ¡Dang, dang, dang! ¡Dang, dang, dang!»». Desde la ventana de atrás del almacén seguí con la mirada a Gii el Eremita, que subía por el camino, hacia el bosque. Mi mujer le hizo dejar sus harapos y le dio a cambio una manta nueva que llevaba ahora en el trineo; torcía la cabeza hacia un lado con aire meditativo, pero ascendía con paso firme la inclinada cuesta nevada. La música empezó inmediatamente después. Cuando mi mujer me trajo las bolas de arroz y una lata de salmón sin abrir, con una llave, le pregunté por la razón de la incesante música con una voz tan adusta y cargada de enfado, que yo mismo me sorprendí al oírla.

—¿Ha sido idea de Taka tocar la música del baile del Nenbutsu aunque no es la época? ¿Acaso cree que así va a despertar entre las gentes del valle el recuerdo de la revuelta de Man'en? Me parece que lo único que conseguirá será molestar a los vecinos. Sólo Taka, tú y los del equipo estáis entusiasmados. ¿De veras creéis que los estólidos habitantes del valle se van a dejar llevar por unos bombos y unos platillos?

—Bueno, la música, por lo menos, te ha hecho enfadar. A ti, que tanto te esfuerzas por mantenerte al margen de lo que ocurra en el valle, Mitsu —contraatacó con frialdad—. Esta mañana ha continuado el saqueo, y esta lata forma parte del botín, así que más vale que no te la comas si quieres conservar las manos limpias. Te traeré otra cosa.



Abrí la lata, no como admisión de complicidad con Taka, sino para demostrarle a mi mujer que hacía caso omiso de su sarcasmo. Ni siquiera me gusta el salmón. El saqueo del supermercado por los habitantes del valle el día anterior había sido algo espontáneo, según me explicó. Pero aquella mañana Takashi y sus seguidores se habían apresurado a propalar la idea de que, dado que ya estaban todos fuera de la ley, era una tontería no continuar el saqueo.

—¿No hay nadie que se oponga a los actos de Taka y los suyos? ¿Nadie se ha arrepentido de lo de ayer y ha devuelto el botín?

—Se celebró una gran reunión delante del supermercado, pero nadie dijo nada en ese sentido. Aunque algún tipo raro lo hubiera propuesto, difícilmente habría encontrado seguidores, porque el ambiente estaba muy cargado: las oficinistas que llevaban la contabilidad revelaban los beneficios del súper, y las vendedoras explicaban los defectos de los productos.

—Eso es un engañabobos —le respondí enojado mientras mascaba el salmón, que estaba seco y lleno de espinas—. No tardarán en volverse atrás.

—De todos modos, de momento, los ánimos están muy encrespados contra el supermercado. Varias mujeres a las que registraron, por sospechar que habían robado, contaron sus experiencias llorando a lágrima viva, Mitsu.

—¡Qué hatajo de idiotas!

Al decirlo, sentí que se me atragantaba el salmón del saqueo.

—Mitsu, deberías bajar también al valle y ver por ti mismo lo que está ocurriendo —dijo mi mujer, como quien no quiere la cosa, y se marchó. Mientras bajaba la escalera, escupí el salmón a medio masticar lleno de saliva y arroz en la palma de la mano.

La música del baile del Nenbutsu, que sonaba sin cesar, me molestaba, me ponía nervioso y me impedía concentrarme. Al resonar en mis oídos, impedía que me aislara de los extraños acontecimientos que estaban ocurriendo en el valle. Al apoderarse de mis oídos, había hecho que la revuelta se convirtiera en algo obsesivo para mí. El desagrado que me causaba aquella música estaba irreparablemente contaminado del veneno de la curiosidad, que me corroía implacable como la cirrosis corroe el hígado enfermo. No obstante, me prohibí moverme del almacén hasta encontrar un motivo vulgar y corriente, que no tuviera nada que ver con los acontecimientos anormales provocados por Takashi y los suyos. Hasta entonces, no bajaría al valle ni mandarían a nadie por mí. Tal vez aquella música monótona, incapaz de provocar emociones profundas, fuera un medio que empleaba Takashi para comunicarme con orgullo que sus actividades no habían cesado. Todo cuanto

hiciera yo en relación con los sucesos que ocurrían en el valle no sería más que una vergonzosa capitulación ante sus vulgares tácticas psicológicas. Aguantaría. Al cabo, se empezó a oír un claxon en el valle. Supuse que Takashi les había puesto cadenas a las ruedas del Citroen y daba vueltas por el pueblo haciendo una ingenua exhibición destinada a los niños. O quizá, si los habitantes del valle se habían convertido de verdad en una turba de saqueadores, vigilaba su comportamiento desde el coche...

Me di cuenta de que había bajado el rendimiento de la estufa. Se estaba acabando el petróleo del depósito. Ya había utilizado el que tenía de reserva. Si alguien no iba a comprarlo al supermercado, tendría que ir yo. Finalmente, me liberé de las duras ataduras de paciencia que me había impuesto. Desde antes del mediodía, más de cuatro horas ya, la música del baile del Nenbutsu me había torturado y ridiculizado.

En la casona estaban Momoko, acostada tras su ataque de histeria, y mi mujer, que cuidaba de ella, así que no podían ayudarme. El joven que estuvo a punto de congelarse había sido llevado al pequeño hospital, y los jugadores del equipo de fútbol estaban con Takashi y Hoshio en el valle, instigando a sus habitantes a la loca revuelta. Aparte de los hijos de Jin, nadie podría hacerme aquel recado. Así que los llamé delante de la puerta cerrada de su casa, no porque pensara que se habrían resistido a aquella música y estarían encerrados en la fría penumbra de su hogar con su madre oronda y pesimista, sino, sencillamente, porque deseaba encontrar una razón externa que me obligara a bajar al valle. Los niños no contestaron. Cuando ya iba a marcharme, contento, Jin me llamó inesperadamente, con voz que reflejaba muy buen humor. Abrí la puerta y miré al interior; mi único ojo recorría inquieto el vacío, como un pájaro que no se acostumbra a la oscuridad, buscando más la figura de su marido que la de Jin.

—¡Hola, Jin! Venía a ver si tus hijos me podían hacer un recado en el valle. Me he quedado sin petróleo para la estufa —dije, compungido.

—Mis hijos están en el valle desde primera hora de la mañana, señor Mitsusaburó —dijo con una voz extrañamente amable mientras iba apareciendo como un gigantesco acorazado que emergiera de la bruma del mar dejando ver poco a poco su imponente presencia. Sus ojos se clavaron en mí con fuerza, como si fueran dos imanes ardientes y brillantes que sobresalieran de su cara redonda e hinchada. Como revelaba su voz, Jin estaba sentada en aquel asiento que parecía una silla de montar puesta del revés—. Y los amigos del señor Takashi vinieron a buscar a mi Kanaki, que tuvo que irse con ellos.

—¿Los compañeros de Takashi vinieron a buscarlo? —dije tratando de no manifestar excesivo pesar por lo que le había ocurrido a su marido—. No tenían

ningún motivo para meter en este asunto a alguien tan pacífico como el bueno de Kanaki.

La prudencia con que me apiadé de su cónyuge estaba justificada: Jin no me había llamado para que escuchara sus lamentaciones por lo que le había ocurrido a su marido.

—Los jóvenes han recorrido casa por casa todo el valle, señor Mitsusaburó. Sobre todo, las casas de los que todavía no habían cogido nada, a fin de que nadie se salvara de participar en el saqueo. —Al decirlo, a Jin le brillaron los estrechos ojos, cada día más tapados por la carne, y se esforzó por sonreír, lo que hizo que se le formaran arrugas en la espesa capa de grasa bajo la piel hinchada. Había desaparecido su habitual angustia asfixiante y volvía a ser la chismosa impenitente, sostenida por una insaciable curiosidad—. Aunque los niños bajaron temprano, como mi marido no salía, vinieron dos jóvenes a la puerta y gritaron: «¿No vais al súper?». Por lo que dijeron mis hijos, cuando volvieron a descansar un rato, por las casas de todas las familias que no habían ido a sacar nada del supermercado, por ricas o poderosas que fueran, pasaban dos jóvenes gritando: «¿No vais al súper?». Así que hasta a la hija del alcalde y a la mujer del jefe de correos las llevaron al supermercado, a coger cosas. ¡A la hija del director de la escuela la hicieron cargar, quieras que no, con una caja de detergente! —Al decir esto, Jin cerró la boca de golpe, como si la tuviera llena de agua, y resopló por la nariz. A continuación, como la piel de su gran cara de luna llena se ruborizaba espasmódicamente, comprendí que se reía—. Es muy justo, señor Mitsusaburó. A todos los del valle les toca su parte de vergüenza. ¿Qué bien, eh?

—¿No hay nadie que lo sienta por el Emperador de los Supermercados, Jin? —le pregunté para desviar la conversación de aquel virulento cotilleo, pues en la palabra «vergüenza» que había pronunciado la bulímica cuarentona creí percibir una trampa que implicaba un peligro indefinido.

—¿Sentirlo por ese coreano? —contestó sin vacilar, indignada. Hasta el día anterior, al igual que la inmensa mayoría de los aldeanos, nunca había dicho nada que insinuase siquiera que el influyente propietario del supermercado fuese coreano. Pero ahora Jin hablaba haciendo hincapié en su procedencia. Como si el saqueo del supermercado significase de golpe un cambio en la relación de fuerzas entre el Emperador de los Supermercados y la gente del valle, Jin anunciaba a los cuatro vientos que el hombre que dominaba la economía del valle era coreano—. ¡Desde que llegaron los coreanos, no han hecho más que fastidiarnos! Al terminar la guerra se apoderaron de las tierras y el dinero del valle, y se enriquecieron. Todo lo que

hacemos es desquitarnos un poco, así que no hay motivos para sentirlo.

—Jin, para empezar, los coreanos no vinieron al valle por gusto. Eran esclavos que sacaron de su patria a la fuerza. Además, que yo sepa, no han fastidiado a nadie del valle. Incluso en el asunto de los terrenos de la colonia coreana, al terminar la guerra, nadie del valle salió perjudicado de un modo directo, y tú lo sabes. ¿Por qué mientes deliberadamente?

—¡Al señor S'ji le mataron los coreanos! —exclamó llena de suspicacia, al tiempo que volvía su desconfianza hacia mí.

—Eso fue como venganza por el coreano que los compañeros de mi hermano S mataron poco antes, no me digas que no lo sabías.

—¡Todo el mundo dice que desde que llegaron los coreanos al valle, las cosas van mal! ¡Ojalá los mataran a todos!

Jin hablaba con una extraña vehemencia, imbuyéndose de su propia irracionalidad. Sus ojos hundidos se habían oscurecido, llenos de resentimiento.

—Jin, los coreanos no le han hecho ningún daño voluntariamente a la gente de esta hondonada. Las peleas de la posguerra fueron culpa de las dos partes. ¿Por qué dices esas cosas, si lo sabes tan bien como yo? —Al oír mis acusaciones, Jin bajó lentamente su melancólica cabezota como si fuese una carga pesada y, sin hacerme caso, permaneció cabizbaja mostrándome la nuca, ancha como la de una foca, mientras se movía al compás agitado de su respiración entrecortada. Suspiré, lleno de enfado, frustración y resentimiento—. Las gentes del valle van a pagar caro haber iniciado estos disturbios tan absurdos, Jin. Para el Emperador de los Supermercados, que le saqueen una tienda no puede significar mucho, pero la mayoría de los habitantes del pueblo se sentirán avergonzados durante el resto de su vida a causa de lo que robaron. ¿Se puede saber qué les ha pasado hasta a los viejos, que deberían ser más listos, para dejarse embaucar por un recién llegado al valle como Taka?

—¡Me alegro de que todo el pueblo sufra la misma vergüenza! —dijo Jin como si todo aquello no tuviera nada que ver con ella, negándose testaruda a levantar la cabeza y mirarme a los ojos. Su actitud me convenció de que la palabra «vergüenza» tenía un significado muy especial para ella.

Mi ojo, que se había ido acostumbrando a ver en la penumbra, divisó un montón de latas de conserva redondas y baratas de todas clases, colocadas de modo que estuvieran al alcance de la mano de Jin desde la silla en que estaba. Parecían un ejército decidido a luchar contra su hambre incurable, el fiel ejército de Jin. Es decir, eran la «vergüenza» de Jin, un ejército de «vergüenzas» particulares a la vista de todos, en formación, cuya naturaleza resultaba obvia incluso para el observador

casual. Mientras yo miraba las latas de conservas sin saber qué decir, Jin, con una desafiante demostración de honradez, sacó de entre los grandes montículos que eran sus rodillas una lata medio abierta, con la tapa curvada como una oreja, y empezó a engullir su desconocido contenido. Recordé que las proteínas animales eran veneno para su hígado, pero no se lo comenté y me limité a decirle:

—Jin, ¿quieres que te traiga agua?

—¡No crea que voy a comer tanto como para que me dé sed! —protestó. Pero, acto seguido, con una emoción que sólo había oído en su voz cuando ella y yo nos hicimos cargo de la casa de los Nedokoro, en mi infancia, añadió—: Señor Mitsusaburó, gracias a los disturbios del señor Takashi, por primera vez tengo tanta comida que no me la puedo acabar, ¿sabe? ¡De verdad que no me la puedo comer toda! ¡Si me comiera todo esto, podría vivir sin necesidad de comer, volvería a ser delgada como antes, y me moriría de debilidad!

—¡No digas tonterías, Jin! —dije tratando de consolarla por primera vez desde que volví al valle.

—¡No, no son tonterías, las criaturas desgraciadas como yo ven esas cosas con claridad! ¡Y en el Hospital de la Cruz Roja me dijeron que no como tanto porque me lo pida el cuerpo, sino porque me lo pide la mente! Si pudiera convencerme a mí misma de que no debo comer tanto, desde ese día empezaría a perder peso y volvería a ser delgada como antes. ¡Pero entonces sólo me quedaría morirme!

De pronto me invadió una tristeza absurda e infantil. Tras la muerte de mi madre, sólo pude superar las numerosas dificultades de la adolescencia en el valle gracias a la ayuda de Jin. En silencio, le dije adiós con la cabeza, salí a la nieve del exterior y cerré la puerta, dejando a la «mujer más gorda del Japón» en la tranquila penumbra, a solas con su felicidad y su «vergüenza», en medio de aquella gran pila de comida que muy bien podría resultar fatal para su hígado...

La nieve del camino, que había endurecido las pisadas, se había tornado grisácea y resbaladiza. Descendí con cuidado y precaución. En cuanto al saqueo del supermercado, con razón o sin ella, no tenía intención de participar; simplemente, estaba decidido a no inmiscuirme en los actos de Takashi y los demás. Si en el supermercado reinaba el caos, me sería imposible comprar petróleo. De haber quedado alguna lata a salvo de los saqueadores, le entregaría a Taka o a cualquiera de sus camaradas su importe y me la llevaría, eso era todo. No tenía ganas de ser partícipe de la justa «vergüenza» de los habitantes del valle, como había dicho Jin. Por otra parte, los cabecillas de aquel insignificante disturbio no me habían gritado a mí el obligatorio «¿No vas al súper?», lo cual significaba que desde el principio yo

era un extraño y que, como tal, no se me exigía compartir su «vergüenza».

Al llegar a la plaza del concejo, el hijo mayor de Jin apareció como por arte de magia y se puso a andar delante de mí igual que un perro dócil que va de paseo con su amo. Al notar por mi gesto que no era el mejor momento para hablarme, se limitó a expresar su excitación interior andando a saltitos. Las puertas de las casas a ambos lados del camino, que habían permanecido cerradas hasta entonces, estaban ahora abiertas de par en par, y sus moradores hablaban animadamente a gritos unos con otros delante de ellas. Todos los habitantes del valle estaban alborotados y de buen humor. También los «rústicos» que habían bajado al pueblo se unían a las conversaciones a la vera del camino, moviéndose despacio de un punto a otro. A pesar de que todos llevaban en brazos el botín del saqueo, no hacían ademán de regresar al «campo» y se quedaban en el valle remoloneando. Al pedir una «rústica» que le permitieran usar el retrete a su hijo, una de las mujeres del valle lo hizo de buen grado. En mi infancia, ni siquiera en las grandes festividades religiosas había visto nunca a los «rústicos» mezclarse con tanta libertad y tolerancia con los del pueblo. Los niños patinaban por el camino sobre la nieve que habían endurecido las pisadas o tarareaban la música del baile del Nenbutsu, que seguía sonando. El hijo de Jin se unió por un instante a los divertidos juegos de los niños, pero enseguida volvió a la carrera a mi lado. Algunos de los que conversaban de pie, me saludaron amablemente con una sonrisa. Desde que volví al valle, era la primera vez que levantaban su bloqueo hacia mí. Yo no podía corresponder tan deprisa a su inesperada actitud amistosa. Respondía ambiguamente con la cabeza y pasaba presuroso de largo, pero los adultos del valle parecían estar demasiado excitados para que les importara. Mi sorpresa fue echando fuertes raíces que crecieron lujuriosamente y formaron gruesas ramas y follaje. Un hombre alto, que había dado clases de historia del Japón durante la guerra como suplente, por la falta de maestros, y que después había sido secretario de la cooperativa agrícola, estaba dando explicaciones a quienes le rodeaban con un libro mayor abierto. Como tenía a su lado a los silenciosos jugadores del equipo de fútbol, inferí que le habían reclutado como asesor especial de los revoltosos y que debía de estar explicando y revelando las cuentas de los negocios del supermercado que habían sacado a la luz. Al verme, me llamó en voz alta, interrumpiendo sus explicaciones a los callados oyentes, con su cara radiante mostrando la naturalidad de su mejor sonrisa teatral.

—¡Señor Mitsusaburó! ¡He descubierto que el supermercado llevaba doble contabilidad! Si le enseñamos esto a Hacienda, el Emperador tendrá que decirle adiós a su trono.

Sus oyentes, lejos de molestarse por la inesperada interrupción, se volvieron hacia mí mostrando con alegres gestos de burla su protesta contra la deshonestidad fiscal del supermercado. Entre ellos había numerosos ancianos. Al pensarlo, me di cuenta de que entre el gentío que había visto al andar por el camino, el número de personas mayores era superior a lo normal. Hasta ayer se pasaban la vida en la oscuridad del otro lado de los sucios cristales de las puertas. Pero hoy parecían haber sido liberados y volvían a ser ciudadanos de pleno derecho de la sociedad del valle.

El hijo de Jin me llamó la atención con un grito agudo, excitado por su descubrimiento.

—¡Eh! ¡Ese es el director del súper!

Vi pasar corriendo a nuestro lado a un hombre rechoncho, que se alejaba dando tumbos, vestido con una chaqueta de cuero; era cuellicorto y muy calvo, a pesar de no haber llegado a los cuarenta. Bajo la lluvia de insultos de los niños, pasó presuroso agitando los brazos en el aire con toda su alma, como un otárido. Así que habían soltado al director del supermercado. Sin embargo, como el equipo de fútbol debía de seguir vigilando el puente con obstinación, en realidad seguía tan encerrado como antes. No obstante, mientras recibía las burlas, resultaba gracioso e incongruente verle correr por la calzada como un repartidor de periódicos. ¿Creía que podría hacer que las cosas volvieran a la normalidad él solo, sin un aliado en el valle? Al ocurrírsele a un niño empezar a tirarle bolas de nieve, no tardaron en imitarle los demás. Un certero bolazo en un tobillo le hizo caer rodando. Se levantó con dificultad y, sin sacudirse siquiera la nieve que le cubría de la cabeza a los pies, gritó amenazador a los enloquecidos rapaces. Los niños, sin embargo, cada vez más divertidos, siguieron tirándole pelotazos de nieve. Volví a sentir en la garganta seca el sabor del pánico, igual que el día en que la agresión de unos niños desconocidos me dejó tuerto, y aquello me dio una pista para responder a la pregunta que me había hecho durante muchos años acerca de por qué me habían apedreado. Iracundo y lastimoso, el hombre siguió gritando débil pero continuamente, mientras se protegía de los pelotazos con ambos brazos.

—¿Qué está gritando? —pregunté al hijo de Jin, que había vuelto a pegarse a mi lado como un sidecar, con la cara rebosante de regocijo, después de haberse sumado a los lanzadores de bolas por unos momentos.

—Dice que, cuando se derrita la nieve, el Emperador de los Supermercados va a venir a ajustarnos las cuentas al frente de sus hombres. ¡Como si no estuviéramos preparados para defendernos! —dijo con orgullo. Miró al fondo del paquete de galletas que había estado comiendo y lo tiró sin más miramientos; luego sacó otro de

los que henchían a rebosar los bolsillos de su chaquetón y se llenó la boca.

—¿Crees que podréis con sus hombres? ¡Pero si son profesionales de la violencia!

—¡Taka nos enseñará a pelear! Taka se ha enfrentado a los fascistas, y sabe pelear de verdad. Señor Mitsusaburó, ¿usted ha peleado? —replicó con agudeza el hijo de Jin, tragándose impaciente el bocado.

—¿Por qué habrán dejado suelto al director?

—¡No sé...! —respondió sin comprometerse, pero inmediatamente dio la respuesta más adecuada a mi vaga pregunta—: Quizá, como dice tantas chorradas, los del valle han dejado de prestarles atención a él y al Emperador de los Supermercados. Señor Mitsusaburó, ese también es coreano, ¿sabe?

Me llenó de disgusto la hostilidad irracional contra los coreanos de un muchacho nacido después de la guerra. Pero si hubiera tratado de defender al director del supermercado, me habrían perseguido igual que a él.

—No tienes por qué seguirme, vete a jugar con tus compañeros —le dije.

—¡Pero Taka me ha ordenado que le acompañe adonde está, señor Mitsusaburó! —me respondió con la más seria de las perplejidades. Pero, al insistir en rechazar que me guiara, finalmente se fue; para consolarse de aquella contrariedad, comía galletas sin parar. Desde que Jin había caído víctima de aquella extraña bulimia, también era la primera vez que su escuálido hijo disponía de más comida de la que su encogido estómago podía admitir. Una fuerza para él incomprensible le obligaba a comer y comer, y terminaría por vomitarlo todo.

La nieve que rodeaba el supermercado se había derretido con las pisadas, y la calzada estaba hecha un barrizal repugnante. Era un aviso del lodazal en que se convertiría el valle cuando se derritiera toda la nieve. Delante de la tienda había varios grupitos repartidos por el suelo. Algunos los formaba gente que había sacado los televisores a la calle para ver los programas, y los demás grupos miraban a varios hombres que manipulaban algunos electrodomésticos que habían sacado de sus cajas.

En los diversos televisores se veían los programas de dos emisoras distintas. Los pequeñuelos, que estaban en cuclillas, miraban absortos, y algunos se habían colocado de modo que pudieran ver ambos programas a la vez, pero los mayores situados de pie detrás de ellos no prestaban tanta atención a los televisores y parecían confundidos. Aquellos programas que mostraban escenas de la vida cotidiana en una ciudad lejana coincidían con el estado de excepción que vivía el valle, y esa era la causa de su perplejidad. La imagen borrosa en primer plano de una



joven cantante de barbilla prominente y sonrisa artificial subrayaba la impresión de anormalidad de cuanto ocurría en aquellos momentos en el valle.

Habían puesto los electrodomésticos en fila sobre el suelo mojado después de sacarlos de sus cajas, y dos hombres de mediana edad trabajaban en ellos con cortafríos y martillos. Eran el herrero y el calderero del pueblo. También debían de ser expertos reclutados por los jóvenes. Los principales espectadores de su labor eran mujeres. No cabía duda de que hacían aquel trabajo por primera vez. A pesar de ser los más dotados técnicamente del valle, su tarea avanzaba con lentitud y no sin riesgo para los objetos que trataban. Estaban llevando a cabo una pequeña demolición: quitarles a los aparatos el número de serie y la placa del fabricante. Al intentar quitarle la placa del fabricante a una estufa con el cortafrío, uno de ellos le hizo un profundo rasguño en la flamante pintura escarlata de uno de los laterales, y los suspiros de pena de las mujeres sentadas en cuclillas a su alrededor le hicieron sonrojarse vivamente. La tarea sin importancia que les habían encomendado no estaba a la altura de las labores en que se especializaban. Realizaban aquel pueril trabajo de camuflaje de los aparatos saqueados del supermercado para evitar su identificación cuando llegaran al valle los matones del Emperador de los Supermercados.

Me alejaba de la muchedumbre, camino de la entrada del supermercado, cuando noté que los jóvenes del equipo de fútbol vigilaban mis movimientos, aunque se repartían por los grupos que miraban los televisores y los trabajos de camuflaje como manchas negras entre la muchedumbre alegre, con las caras serias y los ojos brillantes. Sin hacer caso de sus torvas miradas, empujé la puerta de la entrada. Pero no se movió. Miré el caótico interior mientras intentaba accionar el tirador.

—¡Por hoy se acabó el saqueo! ¡Mañana empieza otra ronda!

Me volví al oír la voz del hijo de Jin, que estaba a mis espaldas comiendo galletas rodeado de sus sonrientes compañeros. Temerosos de que les diera un coscorrón, retrocedieron un paso.

—No he venido a saquear, sino a comprar petróleo.

—¡Por hoy se acabó el saqueo! ¡Mañana empieza otra ronda! —me gritaron burlones los compañeros del hijo de Jin. Se habían adaptado con rapidez a la nueva vida que habían traído los «disturbios», y parecían alborotadores natos.

Se me ocurrió pedir ayuda a los jugadores del equipo de fútbol, que me vigilaban impasibles, así que les grité por encima de los chavales:

—¡Quiero hablar con Taka, llevadme ante él!

Los jóvenes del equipo de fútbol guardaron silencio y ladearon sus cabezas

abultadas llenos de perplejidad, mientras sus caras feas y angulosas me miraban más impasibles aún; empecé a ponerme histérico.

—¡Tranquilo, señor Mitsusaburó, que Taka me ha dado orden de acompañarle! —dijo el hijo de Jin tratando de calmarme, lleno otra vez de confianza en sí mismo, y, sin esperar mi respuesta, avanzó por el sendero que conducía a la trasera del almacén. Le seguí a duras penas por la profunda nieve. Los carámbanos parecían esperarme y me daban en el lado de la cara correspondiente a mi ojo tuerto antes de romperse y caer.

Detrás de la antigua destilería, ahora convertida en supermercado, había un patio cuadrado en el que solían poner a secar los barriles de fermentación. Allí habían alzado un barracón donde estaban las oficinas del supermercado, que los revoltosos utilizaban como cuartel general. Un joven montaba guardia en la puerta. El hijo de Jin, tras conducirme hasta allí, se quedó esperando en cuclillas sobre un montón de nieve limpia en un rincón del patio. Bajo la mirada atenta del vigilante, abrí la puerta en silencio y entré en un cuarto caliente, lleno del olor animal de cuerpos jóvenes.

—¡Hola, Mitsu! Creí que no ibas a venir, como tampoco fuiste a las manifestaciones contra el Tratado<sup>[75]</sup>, ¿eh? —dijo Takashi, que parecía de buen humor, a modo de bienvenida; llevaba una toalla blanca sobre los hombros y le estaban cortando el pelo.

—¿No exageras un poco al comparar esto con lo del Tratado? —dije para bajarle los humos.

Takashi estaba sentado en una silla baja al lado de una estufa, y el barbero del pueblo, que era casi un niño, manejaba las tijeras con la sincera devoción de quien había corrido a ofrecer sus servicios al héroe de la «revuelta». Junto a Takashi se encontraba una jovencita de cuello muy corto y que parecía bastante tonta. Restregando con familiaridad su cuerpo rollizo contra el de mi hermano, recogía con un periódico los pelos que hacían saltar las tijeras. Algo alejados, al fondo del cuarto, Hoshio y tres jugadores del equipo de fútbol imprimían algo con un mimeógrafo, seguramente la justificación ideológica, y Takashi pasó por alto mi sarcasmo, pero sus compañeros dejaron de trabajar, esperando su reacción. Posiblemente, les había hablado a los jóvenes e inexpertos participantes en los disturbios de sus experiencias de junio de 1960, trazando un obligado paralelo entre aquellos acontecimientos y esta pequeña «revuelta».

Hubiera querido decirle a mi hermano, a quien el corte de pelo del barbero y el calor de la estufa habían dado un aspecto juvenil de campesino simplón, que en

aquella obra de teatro había interpretado el papel de un activista arrepentido, pero ahora parecía querer representar exactamente el papel contrario; sin embargo, me contuve prudentemente.

—No he venido a ver las actividades del equipo de fútbol de Taka, sino a comprar petróleo para la estufa. ¿Se ha salvado del saqueo alguna lata?

—¿Ha quedado petróleo? —preguntó Takashi a sus compañeros.

—Voy a ver en el almacén, Taka —contestó Hoshio, y le dijo que se encargara del mimeógrafo al joven que estaba a su lado. Mero antes de salir de la oficina nos dio un pasquín que acababa de imprimir. No cabía duda de que era uno de los colaboradores más eficaces del caudillo de la «revuelta».

¿POR QUÉ EL EMPERADOR DE LOS SUPERMERCADOS NO  
TIENE MÁS REMEDIO QUE AGUANTARSE?:

¡PORQUE SERÍA MALA PROPAGANDA PARA SU CADENA DE  
TIENDAS!

¡PORQUE TENDRÍA QUE RENDIR CUENTAS A HACIENDA!

¡PORQUE NO VOLVERÍA A HACER NEGOCIOS EN EL VALLE!

¿HARÍA ALGO SUICIDA UNA PERSONA CON LAS MANOS TAN  
SUCIAS COMO EL EMPERADOR DE LOS SUPERMERCADOS?

—Ante todo hay que lograr que todos, absolutamente todos, piensen de acuerdo con estas premisas básicas, Mitsu —dijo rápidamente Takashi, con la evidente intención de anticiparse a cualquier crítica que yo pudiera hacer a la redacción del pasquín—. También tenemos cartas más poderosas y complejas. Por ejemplo, esta jovencita tan mona, que era la encargada de relaciones públicas del Emperador de los Supermercados, colabora con nosotros. Es decidida y no le da miedo enfrentarse al Emperador... sobre todo porque espera que la despidan para irse a la capital.

La cara en forma de corazón de la muchacha se ruborizó al escuchar aquellos elogios, y estuvo a punto de romper en una tonta risita de placer. Sin duda, era una de aquellas muchachas, que no faltan en ningún pueblo, de campo, que desde los doce o trece años coquetean con todos los jóvenes de la comarca.

—Dicen que ayer le impediste el paso al monje cuando venía a hablar conmigo. ¿Por qué? —dije apartando la mirada de la muchacha, que seguía coqueteando, no

sólo con Takashi, sino con todos los presentes.

—No fui yo, Mitsu. Al fin y al cabo, ¿no es lógico que ayer los chicos del equipo de fútbol vigilaran atentamente los movimientos de las fuerzas vivas del valle? La verdad es que tienen una influencia que no se debe menospreciar, ¿no? En el caso de que, al disponerse los del pueblo a asaltar el supermercado dirigidos por algún jornalero borracho, cualquiera de los personajes influyentes del valle les hubiera llamado al orden, el asalto no habría prosperado. Pero hoy casi todo el mundo se ha manchado las manos, de modo que si las clases privilegiadas se mantuvieran al margen con la cabeza alta, lo único que conseguirían sería ganarse las iras de todos. Así que hemos cambiado de táctica y ya no las vigilamos. Más bien al contrario: acudimos a sus reuniones para decirles lo que pensamos y pedirles consejo. Mitsu, ya conoces al héroe espartano, el que dirigía al grupo de avicultores. Pues ahora está buscando la manera de que el pueblo adquiera el supermercado. Su idea es prescindir del Emperador y que lo gestione la gente del valle. ¿No te parece un plan atractivo? Ese joven tiene ideas propias, ¿sabes?, lo cual me deja libre para concentrarme en las actividades puramente violentas.

Los jóvenes dejaron escapar unas risitas de complicidad. Parecían estar encantados con la manera de hablar de Takashi.

—Pero, como desde el segundo asalto la distribución de las existencias del supermercado se hace bajo nuestra supervisión, tengo un trabajo bastante complicado. Por ejemplo, no puedo permitir que los «rústicos» de un caserío se lleven un botín más grande que los de otro. Es un saqueo ordenado, ¡ja, ja, ja! Hasta que se vuelva a abrir mañana para una nueva distribución, el almacén del supermercado estará estrechamente vigilado por el equipo de fútbol. Esta noche los jóvenes dormirán aquí. Mitsu, ¿qué te parece este saqueo ordenado?

—Jin lo llama la «revuelta de Taka», ¿sabes? Si quieres mantener vivo el interés de la gente del valle por ella el mayor tiempo posible, es evidente que no puedes dejar que la causa de los disturbios se desvanezca demasiado pronto. Efectivamente, has de proceder con orden para que la situación no se te escape de las manos.

A pesar de decirle sin amenazas lo que pensaba de verdad al escuchar su alborotada verborrea, no se molestó, sino que más bien pareció intrigado, y, sin abandonar su mirada provocadora, me dijo:

—Me gusta eso de la «revuelta de Taka», sí, aunque sea una exageración. Mitsu, no es el ansia de bienes materiales ni la miseria lo que ha arrastrado a toda esa gente, tanto del valle como «rústicos», grandes y chicos. Habrás oído los tambores y los platillos todo el día, ¿no? Pues eso es lo que los mantiene en pie, esa es la fuente de

su energía. El saqueo del supermercado en sí no puede considerarse un levantamiento. Apenas es una tormenta en un vaso de agua, Mitsu, y eso lo saben perfectamente todos los que han tomado parte en él. Pero, por el hecho de haber participado, han retrocedido un siglo de un salto y experimentan la misma emoción que quienes intervinieron en el levantamiento de Man'en. Se trata de una revuelta de la *imaginación*. Para la gente que no tiene esa capacidad de imaginación, como tú, Mitsu, este levantamiento ni es revuelta ni es nada, ¿no?

—Exactamente.

—Lo sabía.

Tras decir esto, se encerró inesperadamente en un hosco silencio, con los labios apretados, como si empezara a sentirse harto de todo, incluso de que le cortaran el pelo en aquella oficina, ahora que era dueño de la situación, y se quedó mirando con desánimo su imagen en el espejito cuadrado que estaba inclinado en la mesa ante sus ojos. Entonces, a mi espalda sonó la voz de Hoshio.

—He encontrado una lata de petróleo, Mitsu. Jin y sus amigos dicen que te la llevarán al almacén.

—Muchas gracias, Hoshi —dije volviéndome—. Como no soy del valle, el supermercado no se ha aprovechado de mí, así que voy a pagarla. Si no quieres guardar el dinero, déjalo en la estantería donde estaba la lata de petróleo.

Desconcertado, tras unos instantes de duda pareció dispuesto a aceptar el dinero que le ofrecía, pero entonces dos de sus compañeros, rodeándole simultáneamente con presteza, le empujaron sin contemplaciones por los hombros con los dedos teñidos de la tinta del mimeógrafo. Hoshio cayó de espaldas y se golpeó la coronilla contra las tablas de la pared. Me sentí como un tonto por estar allí de pie con el brazo extendido, todavía ofreciéndole el dinero. Hoshio se puso de pie airado y miró a Takashi, como pidiéndole permiso para contraatacar, con los dientes apretados y silbando igual que una serpiente, pero su ídolo permaneció sentado, inmóvil, frunciéndose el ceño a sí mismo en el espejo, como si no se hubiera dado cuenta del tremendo ruido de su caída. Y en lugar del silencioso Taka, fue la muchacha que estaba a su lado quien reprendió al joven con voz chillona:

—Violación de las normas, Hoshio.

Al oír esto, para mi sorpresa, Hoshio se quedó quieto y no pudo reprimir unas lágrimas.

Me marché de la oficina, ofuscado y con el corazón latiéndome aceleradamente. La música del baile del Nenbutsu, que seguía sonando, aceleró aún más los latidos de mi corazón, y tuve que taparme los oídos. El monje me esperaba delante del

supermercado. Como es natural, bajé las manos de las orejas.

—¡Al ir al almacén, los niños del señor Kanaki me dijeron que había bajado al supermercado! —dijo el monje, que parecía muy entusiasmado. Me di cuenta enseguida de que la emoción que le hacía mostrar tanto entusiasmo con toda probabilidad era diametralmente opuesta a la que me embargaba—. ¡En el archivo del templo he encontrado los documentos de la familia Nedokoro que teníamos en custodia!

Cogí el gran sobre de papel castaño que me tendía. Era de ínfima calidad, de los tiempos de escasez, sucio y viejo. Probablemente, mi madre lo había llevado al templo nada más terminar la guerra. No obstante, el entusiasmo del monje no estaba motivado por su contenido.

—Mitchan, esto se ha puesto interesante, ¿verdad? —dijo en voz baja, y lo repitió febrilmente—: Esto se ha puesto interesante, ¿verdad? ¡Esto es interesantísimo!

Me quedé mirándole con profunda suspicacia, pues no esperaba en absoluto que el monje reaccionase así. Permanecí rallado y perplejo, considerando el significado de sus palabras.

—Hablemos mientras andamos, porque podrían oírnos. —Al decir esto, el monje se me adelantó caminando con paso rápido y decidido, una actitud poco propia de una persona habitualmente tan comedida. Le seguí apretándome el corazón con una mano por encima del abrigo—. ¡Mitchan, si se corre el rumor, es posible que los campesinos saqueen los supermercados de todas las regiones del Japón! Si ocurriera eso, los fallos de la economía se harían evidentes inmediatamente, y quizá cambiara el curso de la historia. Mucha gente afirma que la economía japonesa se estancará en diez años, pero los profanos como nosotros no podemos saber cuáles serán los síntomas de esa crisis. Sin embargo, mira por dónde, de pronto unos campesinos descontentos saquean un supermercado. Si sucediera lo mismo con varias decenas de miles de supermercados, uno tras otro, ya no podrían ocultarse por más tiempo los fallos y las debilidades de la economía japonesa. Esto se ha puesto interesante de veras, Mitchan.

—Pero este saqueo no va a provocar una reacción en cadena en todo el país. En dos o tres días se calmará el tumulto y la gente del valle volverá a su vida habitual —contesté, mientras la inesperada excitación de quien debía representar a las personas cultas y sensatas del valle me deprimía hasta casi hacerme sentir tristeza—. No tengo ganas de inmiscuirme en los disturbios, pero sé de sobras que Taka no es alguien que vaya a cambiar el curso de la historia. Sólo espero que, cuando toda

haya acabado, Takashi no se quede demasiado solo y triste. Con todo, pese a mis buenos deseos, creo que mi hermano no tiene escapatoria. Al haber dado su ración de «vergüenza» a cada una de las personas del valle, ya no podrá esperar que le miren con simpatía como a un activista estudiantil arrepentido. Por más que lo pienso, no consigo entender qué demonios le ha empujado a ir tan lejos. Lo único que veo claro es que, interiormente, Taka está irremediablemente partido en dos. No quisiera inmiscuirme en lo que hace, pero lo cierto es que no entiendo qué le ha llevado a esa situación. Sin embargo, tengo la corazonada de que el factor que la desencadenó fue el suicidio de nuestra hermana subnormal cuando vivía con él.

Me sentía exhausto, como si yo también hubiera participado en los «tumultos» de aquel día, y muy apenado, y tras decir estas palabras guardé silencio. Aunque el monje también calló, como si aceptara lo que le había dicho, para entonces yo ya veía claro que la expresión de placidez y respetabilidad que mostraba siempre su cara no era más que una máscara que ocultaba su verdadera personalidad, hipócrita y porfiada. A fin de cuentas, después de abandonarle su mujer, había tenido agallas para seguir viviendo tan tranquilo en el valle, pese a todos los rumores malévolos. Guardaba silencio porque le daba pena mi abatimiento, pero no porque compartiera mis opiniones. Y comprendí que, mientras yo me preocupaba por el destino de mi hermano, el monje pensaba en el de los jóvenes del valle. Caminamos juntos en silencio, hombro con hombro, como si nos entendiéramos a la perfección, entre hombres y mujeres, viejos y niños, que seguían llenando el camino y nos sonreían amistosos. Al llegar a la plaza del concejo, a modo de despedida, me dijo:

—En el pasado, los jóvenes siempre se embarcaban en proyectos absurdos y de poca monta, encontraban las primeras dificultades, y tiraban la toalla. Pero en esta ocasión, por fin, tratan de vencer dificultades realmente grandes con sus solas fuerzas. O quizá debiera decir que han creado libremente, por su propia voluntad, una situación que no pueden resolver por sí mismos, lo cual, para mí, es igual de interesante. ¡Muy interesante! Si el hermano del bisabuelo de Mitchan viviera hoy, creo que se habría comportado como Takachan.

Mientras ascendía por el camino, en el que la nieve se había vuelto a congelar peligrosamente después de haberse derretido gracias al calor del sol, con la cabeza gacha, respirando entrecortadamente y preocupado por mi corazón, empezaron a rodearme sombras de color rojo oscuro. Eran las sombras que habían desaparecido del valle desde que empezó a nevar, y ahora volvían a él. El viento había despejado las finas nubes y dejaba ver el cielo crepuscular. Tiritando a causa del frío, que arreciaba, ascendí entre los arbustos doblados por el peso de la nieve y aferrados al

suelo con mayor fuerza por las sombras que revivían. Mi piel, que había sudado con el calor de la estufa de la oficina del supermercado, se rendía rápidamente al frío. Me imaginaba el aspecto que las sombras de color rojo oscuro que me rodeaban daban a la carne de gallina de mi rostro. Aunque me frotaba las mejillas con las palmas de las manos, no podía alisarlas. Mientras subía mecánicamente, cansino, como una vieja locomotora incapaz de arrastrar el peso de los vagones, se apoderó de mí una sensación de fatiga tal, que me hizo dudar de si llegaría al almacén, que, cuando levantaba la cabeza, parecía una mole de alquitrán envuelta en un halo rojizo en lo alto de la pendiente nevada.

Un pequeño grupo de mujeres vestidas de color oscuro rodeaba la entrada de la casona. Habían desechado las ropas llamativas con las que el supermercado había llenado el valle y, como si hubiesen llegado a un acuerdo para volver a las tradiciones locales, se habían puesto las ropas de campesina de color añil, que las cubrían de la cabeza a los pies, y sólo les dejaban al aire la cara. Cuando entré en el jardín, se giraron hacia mí como una bandada de patos con sus caras inexpresivas y sombrías, pero enseguida se volvieron hacia mi mujer, que estaba de pie en la doma, y empezaron a quejarse. Eran «rústicas», y pedían que Takashi destruyera la película de las fotografías que había tomado el primer día del saqueo. Al volver a casa después de participar en él y hablarles a sus maridos y sus suegros de las fotografías que les había hecho Takashi, las conminaron, inflexibles, a que exigieran que se destruyeran inmediatamente. Debía de ser el primer grupo de participantes en los disturbios que empezaba a arrepentirse. El sol poniente brilló con un vivo resplandor rojo y se escondió de repente.

—Eso lo debe decidir Taka. Yo no puedo hacerle cambiar de opinión. Yo no tengo influencia sobre lo que piensa Taka. Él es quien decide lo que va a hacer — repetía mi mujer con voz hastiada pero paciente.

La música del baile del Nenbutsu, que brotaba del fondo del valle como una fuente, cesó de improviso, y el espacio que había entre el negro bosque y la niebla de color ladrillo se llenó de una sensación de vacío.

—¡Aay, aay! ¿Qué vamos a hacer? —se lamentó una de las «rústicas»; su voz aguda y lastimosa hizo dudar a mi mujer un instante, pero no cambió de actitud.

—Yo hago lo que dice Taka. Todo depende de él. Es él quien decide lo que se ha de hacer.



## 11. EL PODER DE LAS MOSCAS

Las moscas evitan la actividad de nuestras almas y se comen nuestros cuerpos,  
venciéndonos así en la lucha.

PASCAL

Al día siguiente por la mañana, aunque seguía la «revuelta», no resonaba la música del baile del Nenbutsu, y el valle estaba envuelto en el silencio de la inactividad. Momoko, que me había traído el desayuno, parecía haber superado aquella experiencia violenta y la histeria subsiguiente, y, por extraño que parezca, se diría que había madurado. Con la cara vuelta hacia el suelo en un gesto de femenina tristeza, sin mirarme jamás directamente a los ojos, hablaba en voz baja y vacilante. Aquella mañana, los seguidores de Taka vieron al director del supermercado burlar la guardia del puente y escapar del valle. Decidido a ponerse en contacto con el Emperador y los matones a sus órdenes, cruzó el peligroso río, crecido a causa del deshielo, y calado hasta los huesos, se fue corriendo por la carretera nevada que lleva a la costa. También en el curso de la mañana, el padre cuyo hijo salvaron de la muerte en el puente en ruinas le llevó en secreto a Takashi una escopeta de caza y algo de munición.

—Le dije que se la prestaba para que se defiendan si le atacan los matones del Emperador de los Supermercados. ¡Es horrible tener que recurrir a las armas! —dijo Momoko con la voz baja y algo atemorizada de quien ya no encontraba divertida la «revuelta».

Aunque me callé para no atemorizarla aún más, yo había llegado a la conclusión de que el uso que haría Takashi de la escopeta que le habían prestado no era el que ella creía. No la usaría para defender de los matones del Emperador de los Supermercados a sus amigos y a los habitantes del pueblo que luchaban a su lado, sino para defenderse a sí mismo cuando sus camaradas le abandonaran y el valle

estuviera lleno de enemigos. (Debía reconocer, con todo, que Takashi, aunque sólo fuera uno, se había ganado un fiel aliado en el valle, el que le había prestado su preciosa escopeta). El propio Takashi, al enterarse de que no había bajado ningún «rústico» cuando se reanudó el saqueo del supermercado, le había puesto las cadenas al Citroen y se había marchado más allá del bosque de bambú para hacer propaganda.

Después de comunicarme tan diversas nuevas, con la ingenuidad de una hermana pequeña y discreta, radicalmente distinta de la Momoko que conocía, me preguntó si ya no quedaban personas buenas en el mundo. La súbita pregunta me dejó pasmado, y la joven añadió:

—Cuando veníamos hacia Shikoku en el coche, tras conducir toda la noche, al amanecer, al pasar al lado de no sé qué mar, Takashi nos preguntó: «¿No quedan personas buenas en el mundo?», y se contestó a sí mismo: «Sí, señor: quedan. Porque el hombre todavía se va a las lejanas praderas de África para cazar elefantes, traerlos a través de los mares y cuidarlos en parques zoológicos». Cuando era niño, Taka soñaba con tener su propio elefante si llegaba a ser rico de mayor. Lo guardaría en una jaula en este almacén, y haría cortar los árboles que hay al pie del muro para que los niños que jugaran en el valle lo vieran al levantar la vista.

Con su pregunta, Momoko sólo buscaba un pretexto para contarme aquella anécdota; no le importaba la respuesta que pudiera darle una persona respetada por la sociedad. Desde que aquel inesperado contacto con la violencia la había hecho encerrarse en sí misma, había estado recordando con nostalgia la amabilidad del Takashi que, antes de ponerse al frente de la brutal «revuelta», hablaba de elefantes. Momoko era, posiblemente, el primero de los seguidores de mi hermano cuyo entusiasmo se enfriaba.

Por mi parte, una vez me quedé solo, pensé en el elefante.

Después del ataque atómico a Hiroshima, el primer grupo que escapó hacia las afueras fue una manada de vacas, según decían, pero, si una guerra nuclear mucho más gigantesca destruyera las ciudades del mundo civilizado, ¿tendrían posibilidades los elefantes de escaparse de los parques zoológicos? ¿Se construirían refugios nucleares para proteger a tan enormes animales? Lo más probable era que, después de una guerra así, todos los elefantes de los zoológicos hubieran muerto irremisiblemente. Y, suponiendo que hubiera esperanzas de reconstruir las ciudades, ¿podríamos ver el espectáculo de las personas quemadas o lisiadas por la radiación, reunidas en un acantilado, despidiendo a su representante enviado a las praderas de África para capturar elefantes? Ese sería el mejor indicador para que quienes se

preguntaban si quedaban personas buenas tuvieran una pista... Desde la nevada, no había leído un periódico. Pensé que, aunque el mundo estuviera en vilo por una súbita amenaza de guerra nuclear, no me enteraría, pero el sentimiento de pánico e impotencia que despertaban en mí estos pensamientos no era más intenso que el que me causaban mis solitarias preocupaciones habituales.

El sobre que había encontrado el monje contenía cinco cartas del hermano menor del bisabuelo y un manuscrito que llevaba la firma del abuelo, titulado: «Relación del levantamiento campesino en el pueblo de Ōkubo». La revuelta a la que se refería no era la del año de Man'en. Se trataba de otra que hubo en esta región en el año 4 de Meiji<sup>[76]</sup> de resultas del decreto que abolía los clanes y establecía las provincias. A los sobres les faltaba el remite, y las cartas no tenían firma. El hermano del bisabuelo seguramente quiso mantener en secreto el lugar donde se desarrollaba su nueva vida y el nuevo nombre que había adoptado.

La carta de fecha más antigua era del año 3 de Bunkyū<sup>[77]</sup>, y confirmaba las suposiciones del monje de que el cabecilla de la revuelta, tras escapar a Kochi atravesando el bosque, había empezado una nueva vida con ayuda de un conspirador que había llegado de allende el bosque. El joven, apenas dos años después de su huida, había logrado conocer al héroe que tanto admiraba, John Manjiro, y ser aceptado para participar en su próxima expedición. El hecho de que el conspirador secreto ejerciera tanta influencia sobre John Manjiro en beneficio de su protegido significaba, sin duda, que estaba al servicio de los jefes del clan de Tosa. En su carta el joven relataba que zarpó de Shinagawa<sup>[78]</sup> enrolado en el ballenero de John Manjiro en el año 2 de Bunkyū<sup>[79]</sup>. Iba como grumete. A principios del año siguiente, el barco arribó a la isla de Chichi, en las Ogasawara<sup>[80]</sup>, y desde allí se dirigió a los bancos de pesca, donde cazaron dos ballenas pequeñas, pero tuvieron que regresar a las Ogasawara a repostar agua. Por culpa del mareo, y por ciertas diferencias con los marineros extranjeros de la tripulación, el hermano menor del bisabuelo abandonó el ballenero. No estaba nada mal, de todos modos, que un joven que se había criado en un valle perdido en lo más hondo de un bosque hubiera cazado dos ballenas, aunque fueran pequeñas...

Su segunda carta llevaba fecha del año 3 de Keiō<sup>[81]</sup>. Su estilo mostraba un vigor y una libertad insólitos; era evidente que varios años de vida en la ciudad habían despertado en él un juvenil sentido del humor que permaneció adormecido durante el tiempo que permaneció en el ballenero. En su carta había copiado para su hermano, que vivía en un valle perdido en las montañas de Shikoku, un artículo que había leído en Yokohama en el primer periódico que había visto en su vida:

Hoy te voy a contar algo gracioso. El periódico dice que no está permitida la reproducción, pero no creo que importe en una carta. Parece que un hombre de «Pennsylvania» (nombre geográfico), Estados Unidos de América, que se volvió loco o algo así, según se relata a continuación, dejó al suicidarse la nota que sigue: «Me casé con una viuda que tenía una hija. Mi padre se enamoró de la hija y se casaron. Se convirtió así en mi yerno, y mi hijastra, ahora esposa de mi padre, en mi madrastra. Luego tuve un hijo con mi mujer que era cuñado de mi padre y, siendo hermano de mi madrastra, mi propio tío. La esposa de mi padre, mi hijastra, también tuvo un hijo, que no sólo era mi hermanastro, sino también mi nieto, por ser hijo de mi hijastro. De este modo, mi mujer, al ser madre de mi madrastra, pasó a ser mi abuela. De modo que resulta que soy marido y nieto de mi esposa, y, al mismo tiempo, mi propio abuelo y nieto».

El periódico lleva un anuncio de alguien que se ofrece a enseñar inglés a jóvenes aristócratas. Y otro que dice: «Asistencia y asesoramiento para quienes deseen viajar a los Estados Unidos por estudios, comercio, turismo o cualquier otro motivo».

Entre esta carta y la siguiente hubo un lapso de veintitantos años. Es muy posible que el joven, cuyo entusiasmo al sentirse liberado de todo lo relacionado con la vida en el distante valle le había hecho encontrar tan fascinante aquel artículo humorístico, y que evidentemente acariciaba la idea de ir a América, hubiera pasado aquellos veintitantos años en los Estados Unidos. Sea como fuere, la traición que le había permitido sobrevivir a la revuelta, dejando tras de sí tantos muertos ejecutados con crueldad, al parecer le había abierto el camino para gozar de una nueva vida de libertad.

El estilo de la carta escrita en la primavera del año 22 de Meiji<sup>[82]</sup>, tras un intervalo tan largo, mostraba que se había convertido en un hombre maduro y de profundo discernimiento. Se trataba de la respuesta crítica y fría a una carta que el bisabuelo le había enviado a la capital alegrándose al enterarse de que iba a ser promulgada una Constitución. Con cierto desánimo, le preguntaba al bisabuelo si no sería demasiado pronto para entusiasmarse con la palabra «constitución», sin conocer antes sus disposiciones. Citaba el siguiente pasaje de una obra de un miembro de una antigua familia de la provincia de Kochi, es decir, de alguien que probablemente había estado relacionado con el conspirador de allende el bosque:

Hay en el mundo dos clases de derechos civiles. Los de Inglaterra y Francia son «conquistados». Los de abajo los han conseguido con su esfuerzo. A los de la otra clase los podemos denominar «otorgados». Los conceden desde arriba como un favor. Dado que los derechos «conquistados» se ganan desde abajo, su extensión y su naturaleza la determinan quienes se benefician de ellos. Los derechos otorgados desde arriba no admiten esa determinación, y es absurdo que quienes los reciben piensen que los podrán transformar sin más en derechos «conquistados».

El hermano del bisabuelo preveía que la nueva Constitución brindaría unos pocos derechos, otorgados por los de arriba como un favor, y, en consecuencia, señalaba la necesidad de constituir organizaciones para obtener unos derechos civiles más progresistas. La carta manifestaba que el hermano del bisabuelo contemplaba el régimen político posterior a la Restauración con los ojos de un hombre que tenía una «causa»: la de los derechos civiles. En consecuencia, todo parecía indicar que el mito de que había llegado a ser un alto funcionario del gobierno de la Restauración no era más que eso: un mito.

Las dos últimas cartas, aunque escritas tan sólo cinco años después, daban la impresión de que su entusiasmo por la «causa» se había enfriado bastante. Seguía siendo un intelectual al tanto de los acontecimientos de su época, como en el año 22 de Meiji, pero daba la impresión de que había envejecido y se había convertido en un hombre solitario y ansioso por el bienestar de sus familiares en aquellos lugares lejanos, poco interesado en discutir sobre asuntos de Estado. El Ikichiro mencionado en las cartas es el nombre con que el abuelo firmó la «Relación del levantamiento campesino en el pueblo de Okubo». El hermano menor del bisabuelo sentía gran afecto por su único sobrino, aunque parece difícil que hubieran llegado a conocerse. En la primera de las cartas se mostraba ansioso por ayudar a su sobrino a librarse del servicio militar, y en la segunda manifestaba su preocupación porque no había tenido más remedio que ir a la guerra. Bastaba leerlas para comprobar el lado amable que ocultaba el violento cabecilla de la revuelta del año de Man'en.

Acuso recibo de tu atenta, por la que me he enterado de tus intenciones de solicitar una prórroga para aplazar la incorporación al servicio militar de Ikichiro, tanto si le llaman a filas como si no. Habíamos acordado que, caso de que no le llamasen, evidentemente, no haría falta presentar la solicitud de prórroga. Es posible que nuestras cartas se cruzasen, pero me he enterado por tu

esposa de que no le han llamado, por lo que, en vez de redactar la instancia, tal como habíamos quedado, decidí no hacerlo de momento. En este caso, no es preciso presentar la instancia. Esperando que lo comprendas y estés de acuerdo, me despido hasta la próxima.

\* \* \*

Perdona mi retraso en escribirte. Gracias a tu carta sé al menos que estás bien.

No sé si se ha vuelto a saber de Ikichiro desde su partida a China; como el sitio de Weihaiwei continúa, temo por su vida. Estoy ansioso por saber cómo está. Caso de llegar alguna carta suya, te ruego encarecidamente que me des noticias cuanto antes.

Esta era la última de las cartas. Es posible que el hermano menor del bisabuelo hubiera muerto sin haber vuelto a ver a su sobrino, el joven soldado que participaba en el sitio de la lejana ciudad de Weihaiwei. Después de esta carta, ya no habría más noticias acerca de él.

Poco antes del mediodía se reanudó la música del baile del Nenbutsu. Procedía de un punto fijo, delante del supermercado. A diferencia del día anterior, en el que se había dejado oír desde varios sitios a la vez, nadie en el valle parecía decidirse a corearla. Los únicos que la tocaba eran Takashi y los jugadores de su equipo de fútbol. Sin el apoyo de la gente del valle, ¿hasta cuándo aguantarían tocando aquel monótono sonsonete? Tuve la impresión de que así que volviera a parar la música, se iniciaría la reacción contra la «revuelta».

Hoshio, que me trajo el almuerzo, parecía tener fiebre y estaba demacrado, y sus ojos seguían todos mis movimientos con una atención casi maníaca. Era como si la vergüenza que le abrumaba por haberse apartado de la «revuelta» le hubiera inundado la cabeza hasta rezumarle por los ojos. La verdad era que no comprendía por qué se sentía tan avergonzado de lo que pudiera pensar de él Takashi. Tras dejarle en la estacada sin decir una palabra en su favor cuando le tiraron al suelo sin contemplaciones por «violación de las normas», mi hermano no tenía autoridad moral para recriminarle que hubiera decidido separarse de la «revuelta». Hoshio había participado libremente en ella y había llevado a cabo su labor de apoyo técnico pese a ser una persona completamente ajena al valle; su único motivo para unirse a los disturbios había sido la adoración que sentía por Takashi. Impulsado por estos pensamientos, traté de manifestarle mi sincera comprensión.

—Parece que la «revuelta» de Taka se ha calmado bastante, ¿no, Hoshi?

Pero Hoshio me dirigió una mirada de silencioso reproche, como queriendo decirme que, aunque había decidido desentenderse de todo aquello, no estaba dispuesto a tolerar críticas a Takashi o a su equipo de fútbol por parte de un mero espectador como yo.

—No hay suficientes electrodomésticos para todos —dijo limitándose a analizar objetivamente la situación—, y a la hora de decidir quién se los debe llevar, nadie se atreve a dar la cara, ¿comprendes?

—Al fin y al cabo, Taka ha empezado esto, así que es él quien tiene que resolver los problemas.

Al contestarle con idéntica objetividad, lo único que conseguí fue irritarle. La vergüenza que desde hacía rato se insinuaba vagamente en su cara alcanzó un nivel explosivo, y una aploplética oleada de sangre oscura inundó sus mejillas. Cuando volvió a levantar la vista para mirarme de hito en hito, sus ojos brillaban de un modo extraño, como si no pudieran contener por más tiempo lo que habían estado ocultando y fuesen a estallar de repente. Sin embargo, tragó saliva, como un niño, y se limitó a decir:

—Desde esta noche, yo también dormiré en el almacén, Mitsu. Como no me importa el frío, me quedaré abajo.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre? —le pregunté, e, instintivamente, retrocedí.

El rostro de campesino de Hoshio se ruborizó de un modo que resultaba repugnante, apretó los labios agrietados, resopló con fuerza y, al tiempo que recobraba su color habitual, dijo:

—Es que Taka hace el amor con Natsumichan, y no me gusta dormir allí.

Me quedé mirando la piel de su cara, quemada por el reflejo del sol en la nieve, que parecía secarse y cubrirse de un polvillo blanco. Hasta entonces había pensado que yo era el observador de la vergüenza de Hoshio, que atribuía, condescendiente, al hecho de haber perdido su puesto en la «revuelta» de Takashi. En realidad, él había sido el observador de *mi* vergüenza. Al presenciar el acto repugnante con el que me reducían a la que él consideraba triste condición de cornudo, el joven se había sentido invadido por una tremenda sensación de vergüenza, casi como si hubiese sido él el afectado. Al comprenderlo, la pelota de la vergüenza rebotó de lleno sobre mí. Una ardiente humedad pareció inundar hasta el último rincón de las cuencas de mis ojos.

—Entonces, Hoshi, tráete tus mantas y todo lo demás antes de que anochezca. Como abajo hace demasiado frío, será mejor que duermas conmigo en el piso de arriba.

De los ojos de Hoshio desapareció el ardiente desafío, y sólo quedó en ellos una vigilancia suspicaz. El muchacho me miraba y se interrogaba, dudando entre la sospecha inocente de que no le hubiera entendido y el miedo cobarde a que le pegara de repente. Luego, sin perder de vista ni un movimiento de mi cuerpo, murmuró estúpidamente, con la voz cargada de disgusto e impotencia:

—Le dije a Taka que no lo hiciera, que estaba mal, que no debía hacerlo, pero lo hizo.

Al decir esto, una lágrima blanquecina y diminuta como una gota de saliva corrió por la piel seca de su mejilla.

—Hoshi, si estás seguro, dime exactamente lo que has visto. Pero si se trata de cosas que has imaginado o has creído ver, no me digas nada —le ordené. Sabía que, a menos que me contara con todo detalle lo que había visto, lo sucedido no sería real para mí, y no podría reaccionar debidamente. La sangre se me agolpaba en la cabeza, donde latía ruidosamente, pero mi conciencia iba a la deriva, flotando en esa sangre caliente, incapaz de sentir celos o cualquier otra reacción práctica.

Hoshio se aclaró la garganta débilmente, en un esfuerzo por recuperar la voz, y se puso a hablar despacio, recalcando el final de cada frase para impresionarme, sollozando sin lágrimas.

—Le dije que no lo hiciera. Le dije que le mataría si no paraba. Fui por mi arma y me dispuse a entrar en la habitación donde dormían, pero cuando abrí la *fusuma*, Taka, que sólo llevaba una camiseta deportiva y tenía el culo al aire, volvió la cabeza para mirarme y dijo: «Pensaba que, de todos los miembros del equipo, eras el único incapaz de empuñar un arma». Me quedé quieto, incapaz de herirle, diciéndole: «¡No lo hagas, no lo hagas, no debes hacerlo!». Pero Taka siguió haciendo el amor con tu mujer como si yo no hubiera estado presente.

Las palabras de Hoshio, en vez de evocar en mí imágenes concretas del acto sexual de Taka y Natsumiko, sólo consiguieron agitar las capas más someras y recientes de mi memoria y revivir con una nueva realidad la palabra «adúltero» que Takashi había pronunciado allí mismo, en el almacén, cuyos frágiles ecos parecían sonar interminablemente entre las vigas de *keyaki*. Pero, de los dos adúlteros, yo creía que mi mujer había arrancado por completo de sí cualquier deseo sexual y, aunque hubiera instantes en que una pequeña semilla de lujuria llegara hasta ella, no era el suyo un terreno adecuado para que creciera de modo natural. En cierta ocasión, estando hombro contra hombro en un estrecho rincón del pequeño invernadero, tratando de cambiar la posición de la maceta de una planta decorativa, a pesar de que apenas habíamos hecho el amor desde la concepción del niño, y menos



aún desde el trauma de su nacimiento, nos entró al mismo tiempo un deseo ardiente, semejante a un súbito acceso de fiebre en la sangre. Mi mujer me agarró con brutalidad el pene, que pugnaba contra la resistencia que le oponía la tela del pantalón, antes de fruncir el ceño con dolor y asco e ir a refugiarse en el dormitorio arrastrando los pies de un modo extraño. Poco después, acostada en la cama tras haberse tomado una aspirina, se excusó:

—En el momento en que mi mano te tocó, me sentí como si volviera a estar embarazada con aquel feto tan grande. Y empecé a sentir que mi útero, hinchado y tirante, se contraía dolorosamente con la excitación sexual, ¿sabes? Me quedé sin aliento, temerosa de abortar, de perder algo grande. Seguramente no puedes entenderlo, ¿verdad?

Sin embargo, mientras la escuchaba, sentía en mi bajo vientre el persistente recuerdo del dolor que momentos antes había retorcido las ocultas raíces de mi erecto pene que se extendían desde detrás de los testículos hacia el cóccix...

—¿Taka ha violado a mi esposa? —le pregunté horrorizado—. ¿Entraste en el dormitorio porque gritaba de dolor?

Mi cabeza se agitaba como un torbellino con renovada ira, y me sentía mareado. Hoshio, que había estado sollozando sin lágrimas, relajó de pronto el gesto, sopesó mis palabras y, sorprendido, dijo apresuradamente:

—¡No, no! Taka no la ha violado. Cuando miré por la rendija de la *fusuma*, parecía que estaba demasiado cansada para oponerse a que le tocara el pecho y entre los muslos, pero en el momento en que la abrí, Natsumichan se disponía a dejar que Taka la penetrara. ¡Vi las plantas de sus pies descalzos a los lados del culo desnudo de Taka, levantadas tranquilamente en ángulo recto! Al amenazar entonces a Natsumichan con decírselo a Mitsu, me respondió: «No me importa, Hoshi», sin inmutarse. Cuando Taka hacía el amor con ella, las plantas de sus pies estaban quietas y no parecía sentir dolor.

Gradualmente, los adúlteros empezaban a volverse reales.

Y esa realidad me hizo sentir una rijosidad inconfesable y perversa.

—No podía aguantar el disgusto de ver que Taka seguía haciéndolo, por lo que me fui; al ir a cerrar la *fusuma*, Taka, sin parar, giró la cabeza hacia mí y me dijo: «Por la mañana, ve a contarle a Mitsu cuanto has visto». Levantó tanto la voz, que sentí miedo de que despertara a Momoko, que acababa de tomarse una pastilla porque la histeria no la dejaba dormir.

Hoshio se había despertado de madrugada y advirtió que Takashi, que dormía junto a él, no estaba en su manta; luego oyó su voz procedente del otro lado de la

*fusuma*, donde Natsumiko dormía con Momoko, diciendo: «... creí que me rompía en pedazos, y por supuesto también me ocurría lo mismo mientras estuve de viaje por los Estados Unidos...». Los oídos de Hoshio, aún semidormido, no captaron lo que siguió a esas palabras, y no pudo escuchar nada con continuidad. Al principio, sólo oyó palabras sueltas cuyo significado resultaba claro esporádicamente, sin que alcanzara a entender el hilo de la conversación. Poco a poco se fue despertando y pudo escucharlo todo. Le impulsaba a hacerlo una extraña e imperiosa necesidad que había sustituido al sueño en su cabeza.

«—... llegada... estrechamente vigilados... no era lascivia, más bien lo contrario... barrio de negros... el taxista me advirtió y trató de hacerme desistir... pero sentí que me partían en dos. A menos que diera sustancia a las dos fuerzas que me despedazaban y las evaluara... pensándolo bien, siempre me he debatido entre el deseo de justificar mi naturaleza violenta y la imperiosa necesidad de castigarme por ello. ¿No es normal que, siendo como soy, tenga la esperanza de seguir viviendo tal como soy? Sin embargo, al mismo tiempo, cuanto más fuerte era esa esperanza, más se reforzaba la necesidad de borrar esa parte horrible de mí, y más profunda era esa disociación de mi personalidad. La razón de que decidiera deliberadamente mezclarme con los grupos violentos durante la campaña contra la renovación del Tratado, y la razón de que, después de asociarme con la violencia de los débiles forzados a oponerse a la violencia injusta, escogiera aliarme con la violencia injusta, fuera cual fuere su propósito, era que quería aceptarme tal como soy, justificar ante mí mismo a la persona violenta que soy, sin tener que cambiar...

»—¿Por qué dices “tal como soy”? —le preguntó con tristeza mi mujer, que había estado callada hasta entonces—. ¿Por qué dices “la persona violenta que soy”?».

—¿No estaba borracha mi mujer? —dije interrumpiendo el relato de Hoshio, pero el muchacho aplastó la débil esperanza que animaba mi patética voz angustiada.

—Natsumichan ya no bebe —dijo.

«—Eso está ligado a una experiencia de la que no podré hablar mientras trate de seguir viviendo —continuó Takashi, tras un silencio durante el que su oyente subrepticio esperó conteniendo el aliento—. Pero no tienes que saberlo; lo que importa es que creas de verdad que estoy partido en dos por dentro.

»—¿Quieres decir que me basta con saber que tu personalidad está dividida, y no necesito saber por qué?

»—Eso es. De todos modos, lo que importa es que mi personalidad está dividida.

Siempre que mi vida pasa por un período de tranquilidad, siento la necesidad de excitarme para confirmar que realmente estoy partido en dos por dentro. Me pasa igual que a los toxicómanos, que tienen que estimularse cada vez más. Año tras año tengo que aumentar mi excitación.

«—Si, como dices, fuiste al barrio de los negros la misma noche de tu llegada a los Estados Unidos para excitarte, ¿qué esperabas encontrar allí para conseguirlo?

«—No tenía una idea clara de lo que podía ocurrir. No era más que un intenso presentimiento de que, si iba allí, me sucedería algo que me excitaría profundamente. Sin embargo, al final, me acosté con una negra vieja y gorda como Jin, y así terminó aquella noche tan especial. Pero no pienses que sólo fue la lascivia lo que me hizo ir al barrio de los negros. Aunque había cierta parte de lujuria, era algo mucho más profundo. El taxista intentó disuadirme, advirtiéndome de que era peligroso que me bajara en aquel lugar de madrugada, e incluso me dijo que, si quería acostarme con una puta negra, me llevaría a un lugar seguro, pero le contesté que no, ¿sabes? Discutimos, y el caso es que me bajé a la puerta de un bar. Al entrar, vi una barra interminable, que se perdía en la oscuridad, y una fila de borrachos vueltos hacia la barra en solemne silencio, todos negros, claro. Al sentarme en un taburete demasiado alto para un japonés, vi en el espejo de enfrente de la barra a unos cincuenta negros que me miraban con cara de pocos amigos. Entonces sentí unas ganas enormes de tomarme un vodka doble, y comprendí que estaba lleno de ganas de castigarme a mí mismo. Cuando tomo bebidas fuertes se me suben a la cabeza y me pego con el primero que se pone por delante, ¿sabes? Pero si un oriental raro como yo se hubiera enzarzado en una pelea en un bar del barrio negro, le habrían matado a palos. Así que, cuando el camarero, un negro grandullón, me preguntó qué quería tomar, le pedí un refresco. Tenía tanto miedo como ganas de autocastigarme. Siempre le he tenido miedo a la muerte, pero morir apaleado me da verdadero pánico. Es una manía que tengo desde el día en que mataron a golpes a mi hermano S...».

—Cuando me enteré de que Taka sentía miedo, empecé a recelar de él —dijo Hoshio con una voz cargada de hosco resentimiento, impropia de su edad—. Así que espí por la rendija de la *fusuma*. Podía ver lo que ocurría gracias a la lamparita que Momo deja encendida porque le da miedo la oscuridad. Mientras le iba diciendo esas cosas, Taka toqueteaba a Natsumichan en el pecho y entre los muslos. Pero entonces me parecía que tu mujer estaba demasiado cansada para apartarle la mano.

«—Me terminé el refresco trago a trago, salí a la calle y empecé a andar por la oscuridad, pues casi ninguna farola estaba encendida. A pesar de ser de madrugada,

había muchos negros tomando el fresco en las escaleras de incendio o en los portales de los anticuados edificios, y oía sus comentarios sobre mí al pasar ante ellos. De vez en cuando, me llegaban claramente voces que decían cosas como: “*I hate Chinese! Charley!*”<sup>[83]</sup> e incluso peores. Aceleré el paso instintivamente, pues me imaginaba que algún sudoroso negro empezaba a seguirme, me daba un golpe seco en la cabeza y me dejaba morir tirado en la sucia calle. Sudando de miedo, me metí por callejuelas aún más oscuras y peligrosas. Sudaba tanto, que hasta la negra con la que me acosté luego, a pesar de que despedía un tufo que tumbaba, me dijo que no era normal que los japoneses olieran tan mal como yo. Incluso me metí en patios de casas de vecindad, con la frente sudorosa y ardiente por el miedo a que me pegaran un tiro. Y durante toda esa marcha forzada me obsesionaba el recuerdo de una ridícula charla aleccionadora que la parlamentaria nos soltó en el barco mientras cruzábamos el Pacífico, preocupada por nuestro comportamiento en los Estados Unidos. Supongo que lo publicaron los periódicos japoneses: un empleado de banca de Tokio, que apenas llevaba un mes destinado en Nueva York, murió al caer desde el duodécimo piso de su hotel. Una anciana americana de ochenta años, vecina de habitación, se despertó de madrugada y descubrió en la estrecha cornisa frente a su ventana a un japonés desnudo en cuclillas que arañaba el cristal con las uñas. Al oír los gritos de la anciana, nos explicó, el japonés cayó desde el duodécimo piso, camino de la muerte sobre los adoquines. Nadie supo por qué estaba desnudo en cuclillas y arañaba el cristal de la ventana, y el caso es que no se había emborrachado, según nos aseguró la parlamentaria. Pero yo estoy seguro de que era el comportamiento de un hombre que se castigaba a sí mismo por el procedimiento de exponerse a un miedo terrible a la muerte. Y mientras caminaba deprisa por la oscuridad del barrio negro, yo hacía lo mismo que aquel hombre que se había arrastrado camino de la habitación de la anciana por la estrecha cornisa de un duodécimo piso. Sin embargo, en mi caso, no había ningún extraño que fuera a despertarse y al gritar me hiciera caer para ir al encuentro de la muerte, ¿sabes? Al rato, salí por casualidad a una avenida menos oscura, y vi un taxi que venía hacia mí. Y empecé a agitar los brazos para llamarle la atención, igual que un náufrago que ha visto un barco. Una vez que se rompe uno de los cabos de la cuerda, le siguen todos los demás; no puedes hacer nada por evitarlo; media hora después estaba en la seguridad del cuarto de la puta negra, y tras contarle en inglés mis secretos más vergonzosos, le pedí que me diera el castigo que me merecía. Sin la menor vergüenza, le pedí que se comportara como si fuera un negro grandullón que violaba a una muchachita oriental, y la mujer dijo que, si le pagaba bien, haría lo que

fuese...».

—Hoshi, si te sientes responsable por no haber podido detener a Taka, estás equivocado —le dije interrumpiendo su relato lleno de suspiros—. Cuando le dijiste que no lo hiciera, ya era demasiado tarde. Seguramente les viste hacer el amor por segunda vez, después de haberse tomado un respiro. Lo más probable es que ya hubieran hecho el amor mientras tú dormías. De no ser así, Taka no le habría confesado a Natsumichan las cosas que me cuentas. No son precisamente el preludeo de una seducción.

—¿Es que no te enfadas? —replicó Hoshio, como si sus convicciones morales encontraran inexcusable mi actitud.

—Es demasiado tarde, ¿no crees? —dije—. ¿De qué me serviría ahora ponerme a gritar «¡Deteneos, deteneos! ¡No hagáis eso, no podéis hacerme una cosa así!»?

Hoshio me miró con un asco tan grande, que parecía a punto de echar veneno por los ojos. Acto seguido, el muchacho perdió todo interés o preocupación por aquel cornudo que aceptaba con tanta indiferencia su triste condición y, retirándose a los estrechos confines de su mente, hundió con abatimiento la sucia cabeza entre las rodillas y empezó a lamentarse de un modo muy semejante a como lo habrían hecho las «rústicas» la tarde anterior.

—¡Aay, aay, en qué lío me he metido! ¿Qué voy a hacer? Me he gastado todos los ahorros en el Citroen y he perdido mi empleo en el taller. ¡Aay! ¿Qué voy a hacer? ¡En qué lío me he metido!

Oí la música del baile del Nenbutsu, los ladridos vacilantes de varios perros asustados, y los gritos y las risas de numerosas personas de distintas edades que subían hacia el almacén. Mientras Hoshio hablaba, había oído todo aquello como si fuese una ilusión auditiva, pero ahora el tumulto se acercaba claramente hacia nosotros. La música y la algarabía hacían que el ambiente fuera totalmente opuesto al de la tranquilidad que había tenido la «revuelta» durante aquella mañana. Para no tener que compadecerme de mi joven compañero, que se sentía abandonado por todo lo sano y bueno del mundo, me levanté y miré hacia el patio.

No tardaron en llegar dos «espíritus», seguidos de los músicos y los perros y de muchísimos más espectadores que los que recordaba haber visto nunca de niño en el baile del Nenbutsu, los cuales llenaron el patio hasta el último rincón. En el pequeño carro que dejaron en el centro, los «espíritus» empezaron lentos movimientos circulares. Los jugadores del equipo de fútbol, que eran los músicos, tocaban bombos, tambores y platillos con toda su alma, con los hombros apretados contra la muchedumbre a sus espaldas. Dos perros castaños, que ladraban alocados, corrían

dando vueltas por el corro, detrás de los «espíritus», y retrocedían de un salto cada vez que estos les daban un golpe en la cabeza. Los «espíritus» parecían pensar que azuzar a los perros hasta el frenesí era parte del baile del Nenbutsu. A cada golpe que les daban a los perros, los espectadores estallaban en gritos de alegría.

No recordaba haber visto nunca los disfraces de aquellos «espíritus» en los muchos veranos en que presencié el baile. El hombre llevaba sombrero flexible y vestía chaqué negro y chaleco, también negro, pero llevaba el pecho desnudo. Era el traje de gala del bisabuelo, que teníamos guardado en el armario con una pechera almidonada. ¿Por qué no llevaba aquel «espíritu» puesta la camisa del traje? O no le sentaba bien al actor, que era el joven que parecía un fantasmagórico cahombro de mar, o se había podrido la tela, o tal vez la había rechazado aquel joven que presumía orgulloso de llevar la menos ropa posible. Al sombrero le habían hecho varios cortes para que se adaptara a la cabeza del joven, grande e hinchada como un yelmo. Por uno de los cortes que tenía en la parte de atrás, en forma de triángulo equilátero, se le veía la piel de la nuca, inesperadamente blanca, cubierta de lacio pelo negro. Caminaba despacio, doblando el cuerpo y curvando la espalda como un aristocrático gato, haciendo pequeñas reverencias a los espectadores que le rodeaban. Volvía locos a los perros tirándoles sucios pedazos de pescado seco que guardaba en el bolsillo del chaqué. Los perros daban carreras alocadas, arañaban la nieve ennegrecida por las pisadas y ladraban furiosamente. El otro «espíritu», que le seguía, era la coqueta muchachita que había visto el día anterior en la oficina del supermercado; iba vestida con un traje tradicional coreano, inmaculadamente blanco. Las dos cintas que aleteaban colgadas del *chogori*<sup>[84]</sup>, y la amplia falda que ondeaba en la débil brisa, despertaron en mí recuerdos de otras telas de seda blanca. ¿De dónde habrían sacado el *chogori* y el chima, que parecían nuevos flamantes, para hacer aquellos disfraces del baile del Nenbutsu? Seguramente, los jóvenes del valle que asaltaron la colonia coreana no sólo mataron a uno de sus miembros y robaron licor de contrabando y caramelos, sino que también saquearon las casas y se llevaron las ropas de las jóvenes coreanas, que habían guardado escondidas durante más de veinte años. Es decir, que en el primer saqueo, aparte del asesinato, seguramente se habían cometido otras tropelías que la muerte de S por sí sola no podía expiar, y el conocimiento de estos hechos debía de ser lo que había empujado a mi hermano a ofrecerse como chivo expiatorio y a hundirse en la desesperación y la melancolía tumbado en el suelo del cuarto trasero del piso bajo del almacén. Por lo que se refería al coreano asesinado, con la muerte de S los habitantes del valle habían reparado la ofensa, de modo que era plausible que algún otro delito fuera la

verdadera razón de la venta a los coreanos de los terrenos en que estaba su colonia. Guiada por el joven del sombrero flexible y el chaqué, la joven aldeana, con la cara sonrosada por una excitación que casi resultaba indecente, sonreía con el éxtasis de una estrella, sintiéndose centro de toda la atención; con los ojos entornados y la cabeza vuelta hacia el cielo azul, caminaba graciosamente envuelta en las ropas blancas que sus hermanos mayores debían de haber arrebatado a alguna joven de la colonia coreana, después de cometer sus bajezas, en el verano de 1945.

Los espectadores también tenían aspecto de alegre excitación. Gritos de alegría —inocentes unas veces, crueles otras— brotaban de sus caras sonrientes. También participaban las «rústicas» que habían venido a casa la tarde anterior vestidas de nuevo con las ropas de trabajo tradicionales, y llenas de tristeza, a hacer su petición. Seguían llevando las monótonas ropas campesinas de color oscuro, pero ahora sus risas eran mucho más fuertes y alegres que las del resto de los asistentes. Las gentes del valle y los «rústicos» habían encontrado un nuevo motivo de regocijo en los «espíritus» del Emperador de los Supermercados y su mujer, vestida con el *hanbok*.

Aunque me esforcé por descubrir a Takashi entre el gentío, como todos se movían frenéticamente en respuesta a los movimientos de los «espíritus» y los perros en el corro, me resultaba físicamente doloroso buscarlo con la mirada. Al apartar mi cansado ojo del gentío, vi a mi mujer de pie en el umbral de la casona, estirándose para tratar de ver el corro por encima de las cabezas. Tenía apoyada la mano derecha en una jamba, y con la otra se hacía pantalla sobre la frente para protegerse del sol mientras observaba el baile del Nenbutsu. Su mano proyectaba una sombra sobre la frente, los ojos y la nariz, por lo que no pude apreciar su expresión. Sin embargo, parecía evidente que estaba tranquila y tenía un aspecto tan femenino como la falda plisada de seda blanca que llevaba el «espíritu» de la muchacha coreana; no era, ni mucho menos, la mujer exhausta, frustrada e infeliz que había esperado ver. Comprendí que gracias a Takashi había superado aquel sentimiento de rechazo de todo lo sexual que se había apoderado de nuestras vidas como un cáncer. Por primera vez desde que nos casamos, vi a mi mujer como un ser independiente de verdad. Movié ligeramente la mano con que se protegía del sol con un gesto que parecía ir a dejar a la vista la mitad superior de su cara tranquila. Me aparté instintivamente de la ventana acristalada, como si la visión directa de la expresión de su rostro hubiera podido petrificarme. Hoshio, que ya estaba más interesado por la algarabía en el exterior del almacén que por su propia angustia por haber sido abandonado, ocupó mi lugar y pegó la nariz al cristal. Me tumbé junto a la mesa y me puse a mirar las negras vigas de *keyaki* que había encima de mí. Ahora

que el joven estaba totalmente absorto en la nueva modalidad del baile del Nenbutsu, de espaldas a mí, por primera vez desde que me había enterado del adulterio de mi mujer estaba a salvo de miradas ajenas. Permanecí tendido, como un insecto, respirando con tranquilidad y sólo levemente consciente de mi temperatura corporal de 36,7 grados y de la sangre que mi corazón bombeaba setenta veces por minuto.

De pronto empecé a sentir, en el mismísimo centro de mi cabeza, que la sangre, calentada por encima de la temperatura normal de mi cuerpo, corría rumorosa dando vueltas y más vueltas en un pequeño remolino. Acudieron entonces a mi mente dos imágenes que no estaban relacionadas entre sí, y, tras cerrar mi único ojo, envié a mi otro ojo, el de la conciencia, a explorar las profundidades de mi cabeza que aquellas dos imágenes iluminaban débilmente. Una de las imágenes era una escena que ocurrió al amanecer del día en que mi padre partió hacia China en el que sería el último viaje de su existencia: al ver mi padre que mi madre estaba plantada de pie en la puerta de la casa dando órdenes a los transportistas que iban a llevar su equipaje a la ciudad de la costa, la derribó de un golpe, iracundo. Tras dejar a mi madre inconsciente y sangrando por la nariz, mi padre se marchó sin decir nada, y la abuela nos explicó a los niños que siempre que una mujer permanecía de pie en la puerta de la casa, al cabeza de familia le ocurría algo horrible. Mi madre nunca creyó en esas supersticiones. Desde entonces mostró ojeriza hacia mi padre por haberse comportado de aquel modo tan violento, al tiempo que despreciaba a la abuela por defender la conducta de su hijo. Sin embargo, cuando mi padre murió de resultas de aquel viaje, no pude evitar mirar a mi madre con un respetuoso temor. La verdad es que a veces me preguntaba si no habría hecho adrede lo que hizo aquel amanecer, y si no creería en aquella superstición con más fuerza aún que la abuela. Me preguntaba si mi padre no se habría enfadado porque había comprendido las intenciones de mi madre, y si no sería esta la causa de que ni la abuela ni los transportistas hubieran tratado de detenerle.

La otra imagen era un esfuerzo inútil y vago por tratar de recordar el aspecto y el color del cuerpo desnudo de mi mujer. Aunque intenté imaginarme un desnudo bello y erótico, las únicas imágenes claras que alcancé a ver —que parecían las más adecuadas para provocar una profunda repulsión instintiva— fueron las plantas de sus pies, que se habían vuelto muy reales merced al relato del testigo de su adulterio, y su ano, donde un desgarrón causado por un frenético deseo de probar formas prohibidas de placer había dejado una cicatriz. Sin embargo, los celos se iban convirtiendo poco a poco en algo vivo y me escocían ardientemente en los bronquios, como si hubiera inhalado humos venenosos. Ese humo ardiente también me escocía



el ojo de la conciencia, y los detalles del cuerpo desnudo de mi mujer se difuminaron en una oscuridad rojiza. De repente, sentí que nunca había poseído de verdad a mi mujer...

—¡Mitsu!

Desde el pie de la escalera, Takashi me llamaba con voz fuerte y llena de vigor animal.

Abrí los ojos y lo primero que vi fue la agitación de la espalda de Hoshio, que seguía pegado al cristal de la ventana. El alegre ruido de la música del baile del Nenbutsu, los gritos del gentío y los ladridos de los perros descendían ya hacia el valle. Takashi me volvió a llamar con voz aún más llena de confianza.

—¡Mitsu!

Ignorando a Hoshio, que instintivamente trató de detenerme, bajé hasta la mitad de la escalera y me senté. Takashi, de pie en la doma, con la luz procedente del exterior a su espalda, estaba envuelto en un aura irisada, y su cara y el resto de su cuerpo, incluso los brazos abiertos, que tendía hacia mí, eran negros como el azabache. Para enfrentarme a él en igualdad de condiciones, debía adoptar la táctica de mantener la cabeza en la oscuridad.

—Mitsu, ¿te ha contado Hoshio lo que he hecho? —me preguntó aquella figura negra. Infinidad de pequeñas burbujas de luz brillaban a su alrededor bailoteando como el reflejo del sol en las olas del mar y le daban el aspecto de una salamandra saliendo del agua.

—Sí, me lo ha dicho —respondí sin inmutarme. Quise demostrarle cuán frío era en comparación con él, con aquel hermano menor mío que ahora se disponía a hacer alarde de su adulterio delante del cornudo con la misma ansia con que, cuando era niño, me pedía que mirase mientras provocaba a un estúpido ciempiés para que le picara en un dedo.

—No lo hice simplemente por lascivia. Fue para aclarar el significado de algo muy importante para mí.

Sin decir palabra, meneé la cabeza para dejar claro que ponía en duda lo que acababa de decir. Takashi, al igual que los perros que ladraban a los «espíritus», flotaba entre la excitación y la aprensión, y la flecha de mi duda le dio de lleno en el alma.

—¡Es verdad, no fue por lascivia! —estalló, desafiante—. Es más, no sentía el menor deseo. Para excitarme, tuve que recurrir a toda mi fuerza de voluntad, Mitsu.

Por un instante, sentí que la cabeza me ardía con una mezcla de ira y de risa. Aquello me liberó por completo de mis celos. ¡Así que había tenido que recurrir a

toda su fuerza de voluntad! Me temblaba el cuerpo de rabia, pero apretaba los dientes para no dejar escapar la risa. ¿No se daba cuenta mi hermano, que no era más que un crío vulgar, de que de poco le habría servido «toda su fuerza de voluntad» si mi mujer, como ser humano sexualmente maduro, no hubiera conseguido liberarse de las trabas mentales que impedían el libre ejercicio de su sexualidad? Takashi, mientras hacía por primera vez el amor adúlteramente, debía de haber luchado, presa del pánico, contra el temor de no ser capaz de eyacular, lo que le habría hecho sentirse ridículo no sólo con respecto a su compañera de adulterio, sino también conmigo, por comparación. Todo aquello me traía a la memoria deprimentes recuerdos de adolescencia.

—Mitsu, pienso casarme con Natsumichan. ¡No te entrometas en nuestros asuntos! —dijo agitando con exasperación su cabeza negro azabache.

—¿Una vez casado, tendrás que seguir recurriendo a tu fuerza de voluntad para excitarte? —le dije burlón—. ¿Seguirás sin sentir el menor deseo?

—¡Eso es cosa mía! —gritó esforzándose por ocultar su humillación con una demostración de ira.

—Es verdad. Eso es cosa tuya y de Natsumiko. Por cierto, das por sentado que Taka podrá arreglárselas para no verse arrastrado por el fracaso de su «revuelta» y salir del valle con Natsumiko sano y salvo.

—En cuanto a la revuelta, ha recuperado totalmente sus fuerzas. Tú también tienes que haber visto el frenesí de la gente del valle y de los «rústicos» en torno a los «espíritus», ¿no? Gracias a eso le hemos hecho una transfusión de sangre a la revuelta. ¡Estamos devolviéndole las fuerzas con una transfusión de la sangre del poder de la imaginación! —dijo Takashi, recuperada ya la confianza en sí mismo que mostraba al principio, cuando vino a llamarme—. Todos tenían miedo de que nuestra violencia no fuera capaz de enfrentarse a matones del Emperador de los Supermercados, pero reírse de esos dos «espíritus» les ha dado la fuerza emocional para despreciarle. Al pensar que, por muy Emperador de los Supermercados que sea, no es más que un viejo coreano que vino a hacer trabajos forzados como leñador y se ha enriquecido, les han vuelto los ánimos. Así que, dando muestras de su desprecio por el débil y de su retorcido egoísmo, inmediatamente se han dirigido al supermercado y se han llevado los electrodomésticos y cuanto han encontrado. Cuando esa gentuza piensa que puede pisotear a voluntad a un enemigo débil, se envalentona de un modo asombroso, ¿sabes? El factor más importante, fundamental, es que el Emperador de los Supermercados es coreano. Siempre han sido conscientes de lo miserables que eran sus vidas. Y siempre se han despreciado a sí mismos,

pensando que eran los más míseros del bosque. Pero ahora han recordado los tiempos felices de su superioridad sobre los coreanos, antes de la guerra y durante la contienda. Se han emborrachado con el descubrimiento de que hay gentes aún más despreciables que ellos, que son los coreanos, y empiezan a sentirse fuertes. Son como un enjambre de moscas. Todo lo que tengo que hacer es organizarlos, y podremos resistir al Emperador indefinidamente. Por más que sean pequeños y repugnantes como moscas, cuando se unen, la propia fuerza del número les confiere un poder muy particular.

—¿Crees acaso que tus «moscas» nunca se van a dar cuenta de cómo las desprecias? Espera y verás... El poder de las «moscas» muy bien podría volverse contra ti. Es más, puede que tu «revuelta» no termine por completo hasta que eso ocurra.

—Eso no es más que la falsa perspectiva de un pesimista que contempla el valle desde su casa en las alturas, Mitsu —declaró Takashi, que había vuelto a su tono de suficiencia—. Estos tres días de revuelta, ¿sabes?, han revolucionado la forma de mirar las cosas de la élite de las moscas, que son moscas un poco más inteligentes que las moscas vulgares y corrientes. Esta élite son los propietarios de los bosques. Siempre habían creído que, incluso si la vida del valle llegase a un callejón sin salida y todos sus habitantes se marchasen o se muriesen, ellos sólo tenían que esperar a que volvieran a crecer los árboles para cortarlos de nuevo, pero esta revuelta les ha hecho ver con claridad que cuando las moscas se dejan llevar por la desesperación, pueden ser terribles. Ha sido una lección práctica de historia, en el espíritu de la revuelta del año de Man'en.

Por otra parte, en cuanto se dieron cuenta de que era un hecho (aunque se trate de un hecho falso, eso poco importa) que el «espíritu» del Emperador de los Supermercados no era más que un pobre coreano, se volvieron todos patriotas en un abrir y cerrar de ojos. Desde un punto de vista psicológico, es la misma clase de patriotismo, en el sentido estrictamente rígido y local, que mostraron los inútiles de sus antepasados cuando (gracias al dinero que consiguieron con la tala de los bosques) lograron ser elegidos diputados de la asamblea provincial a pesar de que no tenían ningún programa político práctico que ofrecer. Han empezado a buscar la manera de devolver el poder económico del valle a manos japonesas. Y, por fortuna para ellos, el enemigo es ese imbécil del Emperador, que se pasea en el baile con un chaqué anticuado, descamisado y sin guantes ni corbata. Así pues, la idea, que se ha convertido en un plan definido, es que varios de ellos aporten fondos para comprar el supermercado, cubriendo las pérdidas del saqueo, y que lo gestionen los

comerciantes que se han arruinado. El monje ha removido cielo y tierra para allanar obstáculos. Mitsu, ese monje no es un simple filósofo, pues tiene el entusiasmo del revolucionario que ansia poner en práctica sus teorías. Además, es la única persona del valle que no tiene ni pizca de egoísmo. ¡Es nuestro mejor aliado!

—Efectivamente, es un aliado desinteresado de los habitantes del valle, porque esa ha sido la labor de los monjes del templo durante generaciones, Taka. Pero no es un auténtico aliado tuyo, porque tú desprecias a esas gentes.

—Me da igual. Soy el caudillo de una revuelta triunfante, un «malvado eficaz», como nuestro hermano mayor en el frente. ¡Ja, ja, ja! A mí no me hacen falta aliados de verdad. Me basta con un mínimo de colaboración.

—Así debe de ser, si tú lo dices, Taka. Pero creo que será mejor que vuelvas a tu propio frente. Francamente, todo esto no me hace tanta gracia como a ti —dijo, y me puse en pie.

—¿Cómo está Hoshi? Consuélale. Al vernos hacer el amor, se quedó sin habla y se puso a vomitar. ¡Es un crío! —dijo Takashi, y se marchó corriendo.

En ese momento me asaltó inesperadamente la idea, que pronto se convirtió en convicción, de que el proyecto de Takashi podría tener éxito. Aun cuando la revuelta en sí fracasara, estaba seguro de que podría superar la derrota y la humillación y escapar para empezar una vida nueva, vulgar y eminentemente anodina, casado con Natsumiko, igualmente liberada de su derrota y su humillación propias. Además, esa vida plácida sería la de un antiguo hombre de acción, y se apoyaría en los orgullosos recuerdos de haber vivido una gran revuelta. Para entonces, su rutina totalmente anodina habría curado para siempre la disociación de su personalidad entre el deseo de autoflagelación causado por algo desconocido que había dentro de él y su consciente amor por la violencia. La carta del hermano menor del bisabuelo, que acababa de leer, me reafirmó en esta convicción. Al fin y al cabo, había dirigido una revuelta que acabó en desastre y desesperación, y había logrado escapar y empezar una nueva vida larga y tranquila, ¿no? Al regresar al primer piso, el joven abandonado y ridiculizado por su ídolo, que seguía pegado al cristal de la ventana, inmóvil, me dijo:

—Como la ha pisoteado tanta gente, se ha derretido la nieve del jardín, y está hecha un barrizal. ¡Detesto el barro! El coche se pone perdido. ¡Detesto el barro!

De madrugada, mientras Hoshio y yo estábamos tumbados el uno al lado del otro en nuestras mantas, cada cual tratando de calentar su cuerpo frío, pasando las horas de insomnio esforzándonos en resistir el frío de la gran nevada que empezaba a derretirse, de repente mi mujer subió la escalera en silencio. Como si estuviera

segura de que no dormíamos, con voz cansada, ronca y desagradable, dijo en la oscuridad:

—Haz el favor de venir a la casona. Resulta que Taka ha intentado violar a una chica del pueblo. Y la ha matado. Los del equipo de fútbol le han abandonado y se han ido a sus casas, y mañana vendrán los hombres del valle por él.

Hoshio y yo nos incorporamos en la oscuridad, pero nos quedamos quietos en silencio, escuchando durante un rato nuestros propios latidos y los sollozos débiles y ahogados de mi mujer. Al cabo, comprendí que debía decir: «Será mejor que vayamos», pero mi cuerpo, pesado como si de pronto se hubiera convertido en un pellejo lleno de agua, se vio invadido por una dulce modorra, todo lo contrario del insomnio persistente de hacía un instante; si hubiera cerrado los ojos y me hubiera tumbado, contrayendo mi cuerpo como un feto, hubiera podido negar toda la realidad del mundo, y al no existir esa realidad, tampoco habría existido el criminal de mi hermano, ni habrían existido sus crímenes. Sin embargo, me desperté sacudiendo la cabeza y me levanté lentamente mientras repetía:

—Será mejor que vayamos. Será mejor que vayamos.

## 12. EL CAMINO PARA HUIR DE LA DSESESPERACIÓN

Muero en la desesperación. ¿Es que ni ahora podéis entender el significado de estas palabras? De ningún modo es simplemente morir. ¿No sería mejor decir que es morir en la vergüenza, el odio y el miedo, arrepintiéndose de haber nacido?

J. P. SARTRE

Mi mujer, el muchacho y yo caminamos en silencio, hundiendo los talones en el barrizal semihelado del jardín. Al mirar el valle, sumido en la oscuridad y lleno de un vacío silencioso, se me antojó un pozo sin fondo del que subía un viento frío y húmedo. La puerta de la casona estaba abierta. Como si nos rechazara la tenue luz del interior que nos bañaba, nos quedamos los tres indecisos, formando una piña, hasta que decidimos entrar en la doma. Takashi, sentado junto al fogón con la cabeza gacha, tenía la escopeta abierta y le sacaba brillo con una mano como si lo hubiera hecho toda la vida. En la oscuridad de la doma, frente a él, inmóvil y de pie, estaba un hombrecillo que tembló al oír el ruido que hicimos al entrar, pero apenas si pudo volver la cabeza hacia nosotros, pues estaba tan rígido a causa de la tensión que parecía a punto de caerse en cualquier momento. Era Gii el Eremita.

Takashi interrumpió su tarea con desgana y levantó la vista hacia nosotros. Su cara oscura estaba extrañamente torcida y al mismo tiempo parecía encogida. Tenía el pelo y la parte izquierda de la cara, desde la oreja hasta la comisura de los labios, manchados de algo negro y pegajoso. Se volvió hacia mí moviéndose despacio, como en sueños, y me tendió las dos manos abiertas. Tenía el meñique y el anular de la mano izquierda tapados con un vendaje ancho liado en varias vueltas, pero el resto de ambas manos estaba cubierto de manchas negras. No se había lavado las manos para limpiar la escopeta. Lo que le manchaba las manos y la cabeza era sangre.

Retrocedí. Agitando las dos manos extendidas, con unos ojos que parecían los de un mono triste, al ver mi reacción soltó una risita débil, como si estuviera haciendo burbujas con los labios apretados, mientras me miraba de frente. Sobrecogido por la inhumanidad de aquella escena, retrocedí de nuevo. Mi mujer, que era la única que se había acercado al fogón, al oír aquella risita le dio un puñetazo en la boca. Luego se arrodilló, y por el escote del camisón le asomó un pecho redondo, como una pieza ilesa que se proyectara de una máquina rota. Se pasó la mano con que había golpeado a Takashi por el camisón, y hasta que no se limpió la sangre no se tapó el pecho. A Takashi se le heló la sonrisa y me miró inquisitivamente, sin volver la vista a quien le había golpeado. El labio superior se le llenó de sangre, ahora de su propia nariz. Frunció los labios y sorbió ruidosamente la sangre y gran cantidad de aire por los orificios de la nariz. Comprendí que se había tragado su propia sangre. La cara de Takashi se puso más y más oscura; parecía un tordo. Aquello era la prueba irrefutable de que mi hermano se había acostado con mi mujer. Al levantar esta la vista de Takashi para mirar a Gii, el eremita se escabulló torpemente hacia la oscuridad más allá del fogón, temeroso de que ahora le tocara recibir a él.

—Traté de violar a aquella bonita muchacha que Mitsu ya conoce, pero se resistió con toda su alma. Me dio patadas en el bajo vientre y trató de sacarme los ojos con las uñas. Se me subió la sangre a la cabeza, así que le puse una rodilla para arrinconarla contra la Roca de la Ballena y le sujeté las muñecas con una mano; luego cogí una piedra con la otra y le golpeé la cabeza. Gritaba «¡Déjame, déjame!» con la boca abierta, y movía la cabeza de un lado a otro, resistiéndose con todas sus fuerzas, pero la golpeé repetidamente con la piedra, y no paré hasta que le destrocé el cráneo, Mitsu —dijo Takashi con una voz débil, que parecía venir de muy lejos, tendiendo sus manos manchadas de sangre hacia mí, como si dudara de que las viera bien. Sin embargo, en el fondo de su voz se percibía una nota de desafiante exhibicionismo, como si quisiera desnudarse y mostrar lo más vergonzoso de sí mismo a todo el mundo. Hablaba sin dirigirse a nadie en particular, y su voz carecía de inflexiones; parecía capaz de prolongar aquella monótona letanía eternamente. Lo encontré profundamente desagradable—. Mientras pegaba a la chica, Gii, que estaba escondido al otro lado de la Roca de la Ballena, lo vio todo, él es testigo. ¡Gii el Eremita puede ver en la oscuridad!

Y volviéndose hacia las oscuras sombras más allá del fogón, como si se dirigiera a algún débil y entrañable protegido suyo, llamó, «Gii, Gii», al testigo de su crimen, pero el eremita permaneció inmóvil y silencioso, sin hacer ademán de venir hacia nosotros.

—¿Por qué trataste de violarla, es que estabas borracho? —le pregunté más que nada para cortar aquella monótona letanía que me crispaba los nervios. No tenía el más mínimo interés por conocer las causas que le indujeron a tratar de violar a aquella muchacha de cara sonrosada a quien tan bien le sentaba el *hanbok* coreano.

—No, no estaba borracho. Me enfrento sobrio a la realidad del mundo. Siempre he tratado de hacer las cosas sobrio, Mitsu. Pero, a pesar de estar sobrio, ardía en deseos de violarla —replicó, mientras una triste sonrisa agitaba levemente la piel tensa de su cara.

—¿No decías que no sentías deseo al hacer el amor con Natsumiko, Taka?

Lancé aquel dardo aviesamente, en dirección tanto a mi hermano como a mi mujer, que seguía de rodillas ante él y volvió a mirarle estupefacta.

Con creciente disgusto, observé la consternación avergonzada de Takashi, pero mi mujer no apartó la mirada de él y mantuvo el gesto de estupefacción de su rostro impávido, blanco como una máscara. La piel de la cara de Takashi, manchada de sangre seca, estaba hinchada por la sangre que se agolpaba en ella por dentro y parecía gritar: «¡Déjame, déjame!». Su reacción amarga y avergonzada al ser desenmascarado delante de mi mujer reveló un exceso de sensibilidad y de inmadurez, poco congruente con un hombre de acción. Probablemente, su propósito al sentarse junto al fogón sin lavarse siquiera las manchas de sangre de su víctima no sólo era el de presumir de ellas delante de mí, sino también el de afianzar su pose de hombre violento. Haciendo un tremendo esfuerzo, consiguió reemplazar la expresión de abatimiento que había en su cara por otra de brutal excitación. Me lanzó una mirada aviesa, y, adoptando una actitud como si en su interior todavía siguiera ardiendo el deseo, dijo:

—Era preciosa. Y, además, joven. ¡Una de esas mujeres que te hacen perder la cabeza!

Humillada, mi mujer se volvió de espaldas sin levantar las rodillas del suelo. En sus ojos apagados, que ya no miraban a Takashi ni a nadie, creí advertir un chispazo de ira en medio de la desesperanza y la desolación. No cabía duda de que ya no volvería a ser la amante de Takashi. Pero eso no quería decir que hubiera vuelto a mí. En las historias de adulterio, ese era siempre el destino de los maridos que se vengaban con crueldad de los amantes de sus esposas. La verdad era que yo no me había vengado de Takashi: me había limitado a demostrar, despectivo, que seguía siendo tan crío como cuando lo del ciempiés. El desprecio me devolvió el poder de observación. Por primera vez desde que me enteré de la trampa mortal en la que Takashi había caído tan abruptamente, me liberé de la camisa de fuerza de la



perplejidad y la frustración. Me situé en el espacio que había dejado libre mi mujer y le hice señas a Hoshio para que me imitara. Con una rapidez que contrastaba con su aire indolente, Takashi tiró de la escopeta hacia sí, y al dejar más espacio entre nosotros, quedamos a la distancia justa para dialogar.

—Taka —dije para iniciar mi análisis crítico de su relato—, dices que la has matado a golpes con una piedra porque se te resistió al intentar violarla, pero eso no es cierto, ¿verdad?

—Pregúntale a Gii el Eremita, que él te diga lo que ha visto —replicó con energía; ahora su voz estaba llena de desconfianza.

—No es más que un simple chalado, y sólo repetirá cuanto le hayas sugerido de antemano. Tú no has asesinado a nadie, Taka.

—¿Cómo puedes decir eso con tanta convicción? Mitsu, mira la sangre que mancha mi cuerpo. ¡Vete a ver el cadáver que los ex futbolistas del equipo han llevado a casa de la chica! Tiene la cabeza machacada, como pulpa. Mitsu, ¿por qué te ríes de mí, tan seguro de esos pensamientos sin fundamento?

—Demos por cierto que la muchacha está muerta, y que, por desgracia, tiene la cabeza machacada. Pero, seguramente, no ha sido porque Taka haya cometido un crimen premeditado. Eres incapaz de hacer algo así. Cuando eras niño y dejaste que te picara un ciempiés, elegiste uno de los que no son venenosos, por si acaso, ¿no? Eres un cobarde. Apostaría cualquier cosa a que la muerte de la chica fue accidental.

—Mañana por la mañana, cuando las moscas enfurecidas vengan por mí, Gii el Eremita les dirá lo que sucedió. En vez de fantasear, escucha su relato —me replicó Takashi—. Les dirá sin duda cómo golpeé con la piedra a esa muchacha estúpida que quería tomarme el pelo cuando se resistía como una gata loca. Eso les enseñará lo peligroso que es burlarse del caudillo de una revuelta.

—¿Crees que hay alguien en el pueblo, donde llevan decenios conviviendo con él y su locura, que vaya a creerse el testimonio de ese loco?

Por primera vez empecé a sentir lástima de aquel aspirante a asesino que se aferraba a sus fantasías infantiles.

Al oír mencionar su nombre, Gii el Eremita sacó medio cuerpo por un lado del fogón y volvió una oreja enana, que parecía un mechón de pelo sucio de color castaño y gris, para escuchar mejor nuestra conversación. Por su actitud, hubiera podido pensarse que éramos jueces que decidían su destino, juzgando si su vida de ermitaño demente constituía un delito. Pero, en realidad, aunque escuchaba atentamente y en silencio, no parecía comprender nuestra conversación, igual que si habláramos en una lengua extranjera. Gii suspiró profundamente, como si estuviera

inmerso en sus pensamientos.

—¡Cálmate, Gii! Tu trabajo empieza mañana. Hasta entonces, ¿por qué no te vas a dormir a la despensa? —le dijo Takashi al viejo, para que nos dejara solos.

Gii el Eremita salió corriendo ágilmente, dando pasitos cortos y sin hacer más ruido que un animal nocturno, y se hundió en la oscuridad. Supuse que Takashi no deseaba que Gii el Eremita escuchara mis críticas a su confesión del asesinato. Mi teoría de que la muerte de la chica había sido accidental y Takashi la aprovechaba para sus propios fines se transformó en convicción. Con todo, no acababa de comprender por qué Takashi quería utilizar el testimonio de aquel demente para demostrar que había cometido un asesinato. ¿Acaso mi hermano deseaba enfrentarse a todo el valle? Yo podía, si quería, testificar que lo que Takashi aseguraba que había sido un asesinato no fue más que un accidente, aunque él, evidentemente, había contribuido a que ocurriera. Pero era mi hermano quien debía decidir si aceptaba mi ayuda y abandonaba su plan de presentarse como culpable aduciendo el testimonio del eremita.

—¿Por qué te llevaste a esa chica hasta la Roca de la Ballena? —inquirí, como si fuera un abogado defensor decidido a probar la inocencia de un cliente que se declara culpable.

La Roca de la Ballena es una mole gigantesca, con forma de teta, que se levanta en el punto donde el camino del valle se hunde abruptamente en dirección al puente. Formaba un cuello de botella y al mismo tiempo obstruía la vista en dirección a este último. Como la cincuentena de metros que hay desde allí hasta el puente no sólo son muy pendientes, sino también sinuosos, es el lugar del valle donde más fácilmente puede estrellarse un coche, pero no resulta demasiado adecuado para un encuentro secreto entre amantes.

—Pensaba violarla en el asiento del Citroen, y buscaba un escondite propicio para dejar el coche. Si paraba el coche a la sombra de la Roca de la Ballena, el único del valle que hubiera podido verlo allí era Gii el Eremita, pues me hallaría a cubierto de las miradas del centinela del equipo de fútbol que estaba al pie del puente —dijo Takashi impertérrito.

—Si la sujetaste contra la Roca de la Ballena y le diste con la piedra, eso significa que se escapó del coche tras resistirse y la volviste a alcanzar, ¿no?

—Así es.

—Si la chica se resistió de verdad, por fuerza tenía que gritar, y también al escaparse del coche, ¿no? Como sabía que en el puente había un centinela, ya que ella tomaba parte en la «revuelta», debió de gritar pidiendo ayuda, ¿no? Y, además,

si mientras Takashi la mataba a golpes después de atraparla gritaba «¡Déjame, déjame!», ¿por qué no acudió el centinela, que estaba apenas a unos cincuenta metros, al oír los gritos?

—Después que la maté descubrí que Gii el Eremita nos había estado espiando y me puse a hablar con él, y entonces llegó corriendo el centinela. Se asustó al ver lo ocurrido y salió disparado a buscar a sus compañeros para llevarse el cadáver. Así que le dije a Gii que me acompañara y nos vinimos en el coche.

—Sólo la declaración del centinela nos permitirá saber objetivamente lo que pasó en ese espacio de tiempo. Si había luz suficiente para que alcanzases a la chica cuando escapaba, es posible que el joven viera que la golpeabas con la piedra. Como todo debió de ser muy rápido, es probable que el centinela no oyese los gritos que daba la chica dentro del coche, pero lo lógico habría sido que estuviera a tu espalda cuando descargabas el último golpe, porque por lo menos debió de oír sus quejidos.

—Cuando el muchacho llegó a la carrera, es posible que yo ya estuviera de vuelta en el asiento del conductor, tratando de girar el coche para escapar. Seguro que declarará que cuando me vio yo estaba dentro del coche —dijo Takashi, rectificando lo que había dicho antes, tras reflexionar un instante.

—Estoy casi seguro de que es eso lo que dirá —dije, lleno de entusiasmo por aquella nueva posibilidad que se nos ofrecía—. La nieve había empezado a derretirse, y tú saliste a dar una vuelta con esa chica en el Citroen. Algo sucedió entre ella y tú, la chica saltó en marcha del coche y se destrozó la cabeza contra la Roca de la Ballena. La razón de que tengas el cuerpo manchado de sangre es que la cogiste en brazos después de morir en el accidente. O tal vez te ensuciaste deliberadamente con la sangre que le manaba de la cabeza. Por otra parte, circulabas por un lugar con poca visibilidad y a menos de cincuenta metros del puente, y a una velocidad lo suficientemente elevada para que la chica se destrozara la cabeza si saltaba del coche. Por mucho que insistas, no tenías posibilidad de intentar violarla ni de abusar de ella, ya que la verdad es que agarrabas el volante con toda tu alma. No obstante, algo tuvo que suceder para que la muchacha saltara del coche y se destrozara la cabeza contra las rocas, ¿no es así? Cuando llegó el centinela, estabas en el coche porque, tras frenar cuando corrías como un chalado, intentabas regresar al lugar donde había saltado la chica y nada más, creo yo. El centinela debió de oír el frenazo muy cerca y salió corriendo. Hasta ese momento, Taka no se había bajado del coche ni una vez, ¿verdad? Seguramente, viste a la chica con la cabeza machacada una vez el centinela salió corriendo a llamar a sus compañeros. Y, en cuanto a Gii el Eremita, dudo que hubiera presenciado nada. Diría que te lo

encontraste por el camino cuando volvías a casa y le contaste los fantásticos detalles de un crimen que no habías cometido.

Takashi se quedó sentado con la cabeza hundida, como si rumiase mis palabras. Se había vuelto a encerrar en su cautelosa concha de soledad, y no podía adivinar si mis conjeturas acerca del crimen que supuestamente había cometido eran ciertas o no.

—¡Taka! —gritó Hoshio, que había permanecido en silencio hasta ese momento, con una voz aguda e infantil que temblaba violentamente por algo más que el frío—. Esa muchacha estaba dispuesta a hacer el amor contigo. ¿No intentaba llevarte a los lugares oscuros de la casa incluso en pleno día? ¿Vas a negar que podías haberlo conseguido sin peligro y sin tener que forzarla, con sólo bajarle las bragas? Seguro que aceleraste para asustarla porque se había puesto demasiado pesada. ¿No decías que te habías divertido así en los Estados Unidos? Total, que el miedo se apoderó de ella y saltó del coche para intentar salvarse, convencida de que Taka se iba a estrellar en alguna curva.

—Si las cosas ocurrieron realmente así, Taka, no se puede hablar de asesinato —le dije, apoyándome en las observaciones del joven experto en automóviles—. O fue accidente o fue imprudencia temeraria. Y, en este último caso, la imprudente fue la pobre muchacha, no Taka.

En silencio, Taka cargaba la escopeta de caza. Lo hacía con cuidado, concentrándose para evitar un accidente; pero pude ver que su cara, vuelta hacia abajo y envuelta en sombras debajo de las cejas, y todo su cuerpo pequeño y tenso estaban dominados por una fuerza salvaje que imposibilitaba que nadie pudiera comprenderle. Se me ocurrió la absurda idea de que mi hijo, aquella criatura que permanecía siempre acostada con sus grandes ojos castaños abiertos e inexpresivos, que simplemente existía de un modo silencioso, había crecido sin restablecer las comunicaciones con el mundo exterior y estaba ahora ante mí proclamando mediante la sangre que cubría su cuerpo el crimen que había cometido. Y de repente sentí que mi propia confianza en lo que decía —cuyas únicas bases mientras yo argüía tan elocuentemente habían sido el lamentable aspecto de mi hermano y la falta de confianza en sí mismo que mostraba— se desmoronaba. Aunque estaba seguro de mi capacidad para demostrar la falsedad del crimen que se atribuía, su obstinado silencio mientras permanecía sentado con la cara oculta en la sombra, toqueteando la escopeta como un niño absorto con un juguete nuevo, hizo nacer en mí el absurdo temor de encontrarme frente a un animal.

—¿Crees que Takashi ha cometido semejante crimen? —le pregunté a mi mujer,

que permanecía tan silenciosa como mi hermano.

Se quedó pensativa y tardó en contestarme. Luego, sin levantar la vista, dijo secamente, esforzándose por contener la emoción:

—Si Taka dice que la ha matado, no tengo más remedio que creerle. Es la clase de hombre muy capaz de cometer un asesinato.

Me pareció que era alguien a quien no conocía, una extraña, una persona obstinada que no había escuchado una sola palabra de mi alegato en defensa de mi hermano y que, cerrando los ojos y los oídos, sólo había percibido el aura de criminalidad que irradiaba Takashi. Este levantó sus ojos francamente admirados, casi inocentes, para mirarla, al tiempo que algo, quizá la sombra fugitiva de una nube, recorrió las profundidades de su piel. Y, volviendo a revisar detenidamente la escopeta, dijo:

—Así es, maté a esa muchacha dándole golpes en la cabeza con una piedra. ¿Por qué no te lo crees, Mitsu? ¿Por qué razón no te lo quieres creer?

—No se trata de porqués ni de razones. No se trata de creer o no creer. Lo que quiero decir es que parece posible que no hayas cometido ese asesinato.

—¡Vaya! ¡No me digas...! El enfoque científico, ¿eh? —Al decir esto, Takashi cruzó la escopeta cargada sobre sus rodillas con gran cuidado y, con su sucia mano derecha, empezó a desenrollar la venda que le cubría los dedos meñique y anular de la izquierda, no menos sucia—. Yo tampoco me opongo al enfoque científico, Mitsu.

Bajo la venda había una gasa empapada en sangre. Estaba tan apretada, que parecía que tardaría una eternidad en quitársela. Pero al final aparecieron los dos dedos, anaranjados y extrañamente cortos, que empezaron a sangrar abundantemente. Mientras la sangre le caía sobre las rodillas, Takashi me enseñó las heridas abiertas, y acto seguido se agarró con fuerza la base de los dedos con la mano derecha, y metió ambas manos entre las rodillas al tiempo que se inclinaba hacia adelante retorciéndose y exclamando:

—¡Joder, cómo duele!

Se enderezó haciendo un esfuerzo y empezó a ponerse de nuevo la sucia gasa y la venda, pese a resultar obvio que aquello no aliviaría su dolor. Mi mujer y yo le contemplábamos horrorizados. Hoshio, por su parte, se arrastró a gatas hasta la puerta de la doma como un perro viejo y débil, alargó el cuello sollozando y vomitó cuanto tenía en el estómago.

—¡Cómo duele, uf, cómo duele! —exclamó Takashi, que empezaba a recuperarse de aquel acceso de dolor; entonces, mirándome con los ojos entornados, empezó a darme unas explicaciones innecesariamente detalladas—: Mientras le

sujetaba la cara con la mano izquierda y le daba con la piedra en la cabeza, su boca, que al principio gritaba «¡Déjame, déjame!», se cerró sobre mis dedos con un chasquido. Aunque intenté retirar la mano, sus dientes me habían aprisionado el meñique por la primera falange y el anular por la segunda. Entonces me puse a pegarle con la piedra en el mentón para que abriera la boca. Pero ocurrió todo lo contrario: los dientes tremendamente afilados de la chica me cortaron los dedos al tiempo que su boca se cerraba para siempre. Después traté de hacer palanca con un palo para abrírsele y sacarlos, pero no hubo manera, así que la cabeza machacada del cadáver todavía tiene parte de mis dedos en la boca.

A pesar de mi justificada incredulidad, sus palabras, apoyadas por la evidente realidad del dolor, hicieron mella en mí y me llenaron de una asombrada convicción que iba más allá de toda lógica. Sentí que Takashi era realmente un «criminal», y sentí con igual certeza la realidad de aquel crimen. El miedo y el asco que me inspiraba Takashi eran tan grandes, que estuve a punto de vomitar como Hoshio. No es que hubiera empezado a creer que la había matado destrozándole la cabeza con una piedra, pues seguía convencido de que la chica, presa del pánico por la excesiva velocidad con que mi hermano conducía el coche por aquel camino oscuro y lleno de curvas, había saltado en marcha del vehículo y se había destrozado la cabeza contra las rocas. Pero la monomaniaca determinación de mi hermano de ser tenido por un gran criminal y de proclamarse autor de aquel asesinato que sólo existía en su imaginación le había inducido a cometer un nuevo acto grotesco e indeciblemente horrible: había abierto con un palo la boca de la chica y, después de meterle dentro los dedos meñique y anular, había dejado que se cerrase sobre ellos. Casi podía oír en mi imaginación el ruido que había hecho al cerrarse. Estaba convencido de que Takashi había golpeado repetidamente el mentón del cadáver con la piedra que sostenía en la mano derecha hasta que los dientes le seccionaron los dedos. Con cada golpe que le daba al mentón de la muchacha muerta, el cuerpo de Takashi se iba cubriendo de los sesos y la sangre del cráneo destrozado y de la boca que rompía, así como de la sangre que saltaba de sus propios dedos.

—¡Taka, eres un loco asesino! —dije con voz ronca, pero me faltaron ánimos para seguir hablando.

—¡Vaya, por fin me has comprendido, Mitsu! —dijo Takashi incorporándose, desafiante.

—¡Basta, basta! ¿Por qué no haces algo para salvar a Taka? ¡Fue un accidente, estoy seguro! —gritó con tristeza Hoshio, que seguía a gatas.

—Natsumichan, dale a Hoshi una dosis doble del somnífero que ha tomado

Momo. Hoshi, necesitas dormir. ¡Hoshi es como las ranas: en cuanto hay algo que su mente, no simplemente su cuerpo, no puede aguantar, vuelve su estómago del revés y vomita! —dijo Takashi con el tono familiar y fraternalista que solía utilizar para dirigirse a sus jóvenes seguidores.

—¡No pienso tomarme las pastillas! —exclamó Hoshio con petulancia—. ¡No quiero dormir!

Pero Takashi no le hizo caso y observó en silencio a mi mujer, que, cumpliendo sus órdenes, le dio a Hoshio un vaso lleno de agua y las pastillas, que el joven se tomó tras una débil resistencia. Oímos los ruiditos familiares de su garganta al tragar el agua.

—Hacen efecto enseguida. Hoshi es un bárbaro... casi nunca toma medicamentos. Natsumichan, vigílale hasta que se duerma.

—No quiero dormir. Tengo la impresión de que, si me duermo, no volveré a despertarme, Taka —dijo Hoshi con voz que traslucía miedo, pero esta debilísima protesta fue la última que hizo, pues empezaba a sucumbir a los efectos del somnífero.

—No temas, duerme, y mañana por la mañana te despertarás como nuevo. —Tras decirle esto, dejó de prestarle atención y se dirigió a mí—. Mitsu, creo que los del pueblo van a venir mañana a buscarme para lincharme. Si he de defenderme con la escopeta de caza, supongo que lo mejor será que me encierre en el almacén, como hizo el bisabuelo. Así que esta noche yo dormiré allí y tú aquí.

—No te van a linchar, Taka. Por otra parte, no veo cómo podrías defenderte con una escopeta si una multitud viniera a lincharte. No son más que imaginaciones tuyas, Taka —dijo mi mujer, pero cierta vacilación en su voz demostraba que no estaba tan segura de ello como quería aparentar.

—Yo conozco la mentalidad del valle mejor que Natsumichan. Están empezando a hartarse de la revuelta y se sienten a disgusto por haber participado en ella, así que hay quienes piensan que si me echan toda la culpa de lo ocurrido y me matan a palos, nadie se meterá con ellos. De hecho, tienen razón. Al igual que cuando lo de nuestro hermano S, si yo hiciera de chivo expiatorio, las cosas se simplificarían bastante.

—Es imposible que haya un linchamiento —insistió mi esposa, que me miró como implorándome que corroborara sus palabras; por el aspecto de sus ojos, comprendí que aquella noche volvería a beber—. Mitsu, ¿verdad que es imposible que haya un linchamiento?

—¿Quién sabe? Taka, imbuido de su papel de caudillo de una «revuelta de la

imaginación», naturalmente quiere llevar hasta sus últimas consecuencias las fantasías que llenan su mente. El factor decisivo será hasta qué punto la gente del valle interprete bien su imaginativo papel. No me atrevería a hacer un pronóstico todavía —le respondí a Natsumiko, que apartó de mí sus ojos implorantes, decepcionada.

—Mitsu tiene razón —dijo Takashi, como si también estuviese decepcionado, y, cogiendo la escopeta y la caja de munición con la mano sana, se incorporó despacio. Me di cuenta de que estaba tan débil que, si el peso de la escopeta le hubiera hecho caer, se habría desmayado.

—Dame la escopeta, yo te la llevaré.

Takashi me miró echando chispas por los ojos y se negó con hostilidad, como si temiera que aquello fuera una trampa para arrebatárle la única arma que tenía. Por un instante, tuve la duda de si no se habría vuelto loco, y me invadió un súbito pavor. Sin embargo, su mirada muy pronto volvió a expresar tan sólo un profundo cansancio.

—¿Quieres venir al almacén y hacerme compañía hasta que me duerma, Mitsu? —me pidió amablemente.

Cuando íbamos a salir de la doma al jardín, mi esposa le llamó, como si quisiera despedirse de él para siempre.

—Taka, ¿por qué no haces nada para salvarte? Se diría que estás deseando que te linchen o que te condenen a muerte.

Encerrado en sí mismo, desalentado, con la cara sucia, la carne de gallina y una palidez desconocida en él, Takashi no contestó. Se comportaba como si hubiera perdido todo interés por ella. Sin razón clara, sentí que tanto mi mujer como yo éramos dos fracasados natos. Al volverme a mirarla, tenía la cabeza hundida en el pecho, inmóvil. El joven, que dormía a su lado, por su parte, estaba como congelado en una postura forzada, medio acostado medio sentado, igual que un animal paralizado por un dardo envenenado. Merced al poder de sugestión de Takashi, había caído bajo los efectos de los somníferos con gran rapidez. Deseando que mi mujer tuviera algo de whisky escondido para ayudarle a pasar las largas horas de aquella fría noche de pesadilla, caminé temblando detrás de Takashi a la tenue luz del farol que colgaba del alero. Mi hermano también tiritaba violentamente y daba traspies de vez en cuando. Desde la esquina de la despensa nos llegaron los ronquidos de Gii el Eremita, que parecían los estornudos de un perro. De la casa de Jin no llegaba el menor ruido. La «mujer más gorda del Japón», liberada de todas sus frustraciones alimentarias, dormía a pierna suelta por primera vez en seis o siete años. El barrizal



del jardín se había endurecido con la helada y ya no se hundía bajo nuestros talones.

Sin quitarse la camisa y el pantalón manchados de sangre, Takashi se metió entre mis mantas, se enroscó como una serpiente dentro de un saco y se quitó los calcetines. Luego colocó la escopeta a su lado, me miró de soslayo mientras yo, que seguía de pie, contemplaba cómo se metía en la cama, y me dijo que apagara la luz. Aquella petición cuadraba perfectamente con mis emociones. La cara sucia y mortecina de Takashi, en la que la piel de las mejillas y alrededor de los ojos estaba hundida como si aquel fuera el rostro de un viejo decrepito, tenía el peor aspecto que recordaba haber visto nunca en ella, por más dificultades a las que hubiera tenido que enfrentarse. Además, su cuerpo, que apenas abultaba entre la manta y el futón, parecía tan débil que daba pena. Envuelto en la oscuridad, mientras esperaba a que la imagen de Takashi tumbado boca arriba desapareciera de mi mente, me enrollé una manta de Hoshio alrededor de la cintura y me puse en cuclillas abrazándome las rodillas. Permanecimos un rato en silencio.

—Tu esposa a veces da en el clavo, Mitsu —dijo Takashi con afabilidad, tratando de ganarse mis simpatías—. La verdad es que no tengo ganas de salvarme. Deseo que me linchen o me condenen a muerte.

—Ya lo sé. No tienes valor para cometer un crimen violento, pero al encontrarte involucrado en un accidente que puede confundirse con un asesinato, lo aprovechas gustoso para conseguir que te linchen o te condenen a muerte. Así es como lo veo.

Acto seguido, Takashi se quedó callado, respirando profundamente, como animándome a proseguir. Pero yo no tenía nada más que decirle. Sentía mucho frío y estaba profundamente deprimido. Al cabo de un rato, Takashi volvió a hablar.

—Mitsu, ¿tienes intención de impedir que me linchen mañana?

—Por descontado. Pero no sé si podré frustrar tus planes de autodestrucción ahora que ya estás tan metido en ellos.

—Mitsu, tengo algo que decirte. Quiero contarle la verdad a Mitsu. —Parecía avergonzado y falto de confianza en sí mismo, como si dudara de que fuera a tomarse en serio lo que me decía y a la vez su mente se hallara muy lejos de allí. Sin embargo, sus palabras me conmovieron profundamente y trajeron muchos recuerdos a mi memoria.

—¡No quiero escucharla, no me digas nada! —exclamé atropelladamente, ansioso por escapar del recuerdo de aquella conversación anterior con Takashi sobre la «verdad».

—Mitsu, te la voy a decir —insistió en su tono desagradablemente pertinaz que sólo puso alas a mi deseo de escapar. Su abyecta capitulación volvió a conmovirme

—. Si Mitsu la escucha, creo que eso ayudará a que permanezca al margen cuando me linchen.

No intenté hacerle callar. Entonces Takashi empezó a hablar, después de dar un suspiro preliminar de extenuación y desesperanza, como si ya hubiera dicho lo que tenía que decir y, arrepintiéndose, tratara frenéticamente, en vano, de retirar lo que me había dicho. Daba la impresión de que le costaba un tremendo esfuerzo pronunciar cada palabra.

—Mitsu, hasta ahora, siempre he dicho que no sabía por qué se suicidó nuestra hermana, y como la familia del tío también decía que los motivos de que tomara aquella decisión eran incomprensibles, corroborando mis palabras, he podido mantener oculta la causa de su suicidio. Debo decir que tampoco hubo nadie que me preguntara por ello en serio. Me lo he callado todo este tiempo. Sólo se lo conté, en los Estados Unidos, a una prostituta negra, una perfecta desconocida, y además en mi inglés macarrónico. Como cuando hablo en inglés me siento igual que si llevara puesta una máscara, aquello no fue una confesión ni fue nada. Por tratarse de una confesión falsa, me quedé igual que antes, y por eso el único castigo que recibí fue que me contagiara una enfermedad venérea benévola. Todavía no se lo he contado a nadie en el idioma que compartí con nuestra hermana y comparto con Mitsu. Sabes mejor que nadie que nunca te he dicho ni una palabra, Mitsu. Sin embargo, temía que pudieras sospechar que hubo algo extraño en su muerte y por eso me ponía frenético cuando me hacías alguna insinuación al respecto. Por ejemplo, el día en que estabas limpiando los faisanes, me preguntaste si la verdad a la que me refería tenía algo que ver con ella. Pensé que lo sabías todo y que te burlabas de mí, y me sentí tan airado y avergonzado, que hubiera podido matarte. Pero entonces razoné, comprendí que no había manera de que lo supieras y me contuve. La mañana en que se suicidó nuestra hermana, antes de decírselo a los tíos, pensando que podría haber dejado escrita alguna nota que levantara sospechas, revolví todos los rincones de la casita donde vivíamos solos los dos. Después empecé a llorar y a reírme, dividido entre el nuevo sentimiento de culpa y el alivio por haberme liberado de la opresión del miedo. No fui a la casona de los tíos para comunicárselo hasta que estuve seguro de que no me iba a dar otro ataque de risa. Por la mañana, temprano, se tomó un herbicida, y la encontré muerta en cuclillas en el retrete. Si me sentí tan aliviado después del suicidio de nuestra hermana porque no había dejado ninguna nota, fue porque tenía pavor de que la pobrecilla le hubiera contado nuestro secreto a alguien. Sentí que su muerte lo había borrado, que era como si nunca hubiera existido. Pero esto, evidentemente, no era así. Al contrario, como consecuencia de su suicidio,

nuestro secreto echó raíces en lo más profundo de mi cuerpo y de mi alma, y empezó a envenenar mi vida cotidiana y todas mis perspectivas de futuro. Aunque eso pasó cuando estaba en segundo de bachillerato, desde entonces siempre me ha destrozado su recuerdo. —Al decir esto, Takashi hizo una pausa y rompió a llorar; era un llanto tan indescriptiblemente triste, que me hizo presagiar que su recuerdo me atormentaría mientras viviera y provocaría en mí depresiones que también amargarían mi existencia—. Aunque nuestra hermana era retrasada mental, también era una persona fuera de lo común. Le gustaban los sonidos bellos, y era feliz escuchando música. Al oír el ruido de los aviones, o de los automóviles al arrancar, se quejaba de un dolor como si le metieran un hierro candente en lo más profundo de los oídos. Creo que le dolían de verdad. Sólo con la vibración del aire se puede romper el cristal, ¿no? Pues, de igual manera, ella sentía un dolor como si se le rompiera algo delicado en los oídos. En fin, que en el pueblo de los tíos no había nadie que necesitara la música y la comprendiera como nuestra hermana. Era guapa y muy limpia. Anormalmente limpia. Al igual que su exagerada melomanía, era una característica de su retraso. Había algunos patanes en el pueblo del tío que, a veces, iban a espiarla cuando escuchaba música. Una vez empezaba a sonar la música, nuestra hermana se reducía a sus oídos, ¿sabes?, aislada de todo lo demás, y nada podía llegar a su conciencia. Los mirones estaban a salvo. Pero si los descubría, me peleaba con ellos lleno de rabia. Para mí, nuestra hermana era lo único femenino de mi vida, y tenía que protegerla. La verdad es que no tenía amistad con ninguna chica del pueblo de los tíos, y cuando fui al instituto, en la ciudad, apenas si hablaba con mis compañeras de clase. Me inventé el cuento de que éramos una pareja de aristócratas cuya familia había venido a menos y me envanecía de ser descendiente del bisabuelo y su hermano. Bien mirado, se podría decir que lo hice para sacudirme el complejo de inferioridad por estar al cuidado de la familia del tío. Le inculqué a nuestra hermana que, como éramos dos elegidos, dos seres especiales, aparte de nosotros mismos no podíamos ni debíamos interesarnos por nadie más. También hubo algunas personas mayores malintencionadas que propalaban rumores acerca de nosotros, diciendo que nos acostábamos juntos, a causa de nuestra actitud. Yo me vengaba de ellos apedreando sus casas. Pero, no obstante, esos rumores acabaron haciendo mella en mí. No era más que un estudiante de bachillerato, impulsivo, de diecisiete años, con la cabeza llena de pájaros, solitario y susceptible a esa clase de rumores. Una tarde de principios de verano de aquel año, me emborraché sin darme cuenta. Era el día en que terminaron de sembrar los arrozales del tío, y en la casona se habían reunido para beber sake todos los del pueblo que habían ido a ayudar en las

labores. Como yo era un altivo aristócrata, no había participado en la siembra, pero los jóvenes me invitaron y me hicieron beber, así que me emborraché como una cuba. El tío, al verlo, me hizo volver a la casita. Al principio, a nuestra hermana le pareció gracioso que estuviera bebido y se rio. Pero cuando los campesinos empezaron a tañer y a cantar, borrachos perdidos, en la casona, se asustó. Se tapó los oídos y se dobló como una oreja de mar, pero ni aun así podía resistirlo, por lo que se puso a llorar como una criatura. Me enfadé a más no poder al oír las canciones obscenas de los paletos, que no cesaron de cantar con sus voces ásperas hasta pasada la medianoche, y me rebelé con todas mis fuerzas contra la sociedad y todo lo que tuviera que ver con ella.

Tratando de consolar a nuestra hermana, la abracé y sentí una extraña excitación. Antes de darme cuenta, estaba haciendo el amor con ella.

Nos quedamos en silencio, profundamente avergonzados por estar el uno frente al otro siendo hermanos, conteniendo la respiración en la oscuridad, tratando de escondernos de algo horrible y sin igual, gigantesco y hostil, que se cernía sobre nosotros. Aunque tenía ganas de gritar «¡Déjame, déjame!», como la pobre muchacha que, si había de creer a Takashi, había muerto apedreada, mi cuerpo, lleno del mismo dolor sordo que lo invadía durante aquellos despertares enfermizos en que sentía mi carne y mis huesos por separado, no pudo proferir ni siquiera aquel grito tan sencillo.

—No podría excusarme alegando que el primer día que hicimos el amor estaba borracho, porque al día siguiente lo volví a hacer, y con la cabeza muy clara, ¿sabes? —prosiguió morosamente Takashi, con una voz tan débil que parecía que iba a apagarse—. Al principio, a ella no le gustaba, y se quejaba, dolorida. Pero nuestra hermana era incapaz de negarse a nada que yo quisiera. Me daba cuenta de que sentía dolor, pero estaba tan lleno de pasión y de ansiedad, que no podía ponerme en su lugar. Para que no se asustara de lo que hacíamos, le enseñé unas láminas eróticas<sup>[85]</sup> que había en el almacén del tío, y le hice comprender que era algo que hacían todos los matrimonios. Lo que más temía es que se lo contase a la familia del tío cuando se quedaba sola en casa mientras yo estaba en el instituto. Por eso, le dije que si la gente se enteraba de que hacíamos aquello sin estar casados, nos harían cosas horribles, y le enseñé unas ilustraciones de la Edad Media, de cuando quemaban viva a la gente, de una enciclopedia. Y le dije que, si tenía cuidado de no contárselo a nadie, podríamos seguir viviendo como hermanos toda la vida haciendo aquello aunque no estuviéramos casados. Le dije que, como los dos lo deseábamos de todo corazón, ¿qué importancia tenía que no estuviéramos casados, mientras

nadie lo supiera? Y eso era realmente lo que yo pensaba. Creía que, con tal de que los dos lo decidiéramos así, podríamos seguir viviendo juntos indefinidamente, al margen de la sociedad, y seríamos libres para lo que nos viniera en gana. Hasta entonces, al parecer, nuestra hermana había estado preocupada por la idea de que llegaría un día en que me casaría y tendría que separarse de mí y vivir sola. Pero yo le recordé que nuestra madre, antes de morir, le había dicho que no se separara nunca de mí. Nuestra hermana estaba vagamente convencida de que no podría vivir sin mí. Así pues, cuando le hice comprender en términos sencillos que podríamos dar la espalda a los demás y convivir indefinidamente sin hacer caso de las convenciones sociales, se alegró de verdad. No tardó mucho en perderle el miedo al sexo y empezar a tomar la iniciativa. Durante un tiempo llevamos una vida feliz el uno con el otro, alegres como una pareja de enamorados, sin que nos hiciera falta nada más. Por lo menos, yo nunca he vuelto a vivir días tan felices como aquellos. Nuestra hermana, una vez tomaba una determinación, no daba nunca su brazo a torcer. Estaba orgullosa de la idea de que viviríamos juntos los dos, solos, hasta que nos muriésemos. Pero... quedó embarazada. Nuestra tía se dio cuenta. Al hacérmelo notar, me desesperé. Pensé que, si se descubría lo nuestro, me moriría de vergüenza. Pero, como la tía nunca sospechó de mí, al final cometí una traición imperdonable. Yo era un vil aprovechado, sin una pizca de coraje, y no me merecía una hermana tan fiel. Le ordené decir que la había violado un joven desconocido del pueblo. Me obedeció. Entonces, el tío la llevó a la capital de la provincia para que le practicasen un aborto y la esterilizaran. Al volver, estaba destrozada, no sólo por las operaciones, sino también por el ruido excesivo de los motores de los automóviles, que la habían aterrorizado. Sin embargo, cumplió su promesa con coraje, y no dijo una palabra sobre mí. Ni siquiera cuando estaban en la posada de la capital y el tío le pidió que tratara de recordar el aspecto del joven, atosigándola. ¡Y eso que ella nunca había dicho una mentira!

Al decir esto, Takashi hizo una pausa y sollozó largamente.

Después, sin acabar de reponerse del acceso de llanto, gimoteando, me contó la experiencia más dolorosa de su vida. Yo sólo pude escucharle, destrozado interiormente y embotado por el frío y el dolor de cabeza, silencioso como un pescado seco.

—Fue aquella noche. Nuestra hermana, tan asustada que apenas se sostenía en pie, buscaba mi consuelo; era normal, ¿no? Y como hacer el amor ya era un hábito entre nosotros, pensó en consolarse así. Pero en aquellas circunstancias, después de semejantes operaciones, incluso una persona sin demasiados conocimientos

sexuales, como yo, comprendía que era imposible. Tenía miedo por los genitales lacerados de nuestra hermana, y además me repugnaba físicamente. Eso también es lógico, ¿no? Pero no pudo comprender algo tan normal. Al rechazar por primera vez su amor, se puso pesada. Se arrastró hasta mí y trató de cogerme el pene por la fuerza. Y yo le pegué... Era la primera vez en su vida que le pegaban... Nunca he visto a nadie tan asustado, triste y desconsolado... Poco después, se lamentó: «Lo que dijo Takachan era mentira, aunque no se lo dijimos a nadie, eso era malo». Y al día siguiente, se suicidó... «Lo que dijo Takachan era mentira, aunque no se lo dijimos a nadie, eso era malo», fueron las últimas palabras de nuestra hermana...

En el valle no se oía el menor ruido. Aunque se hubiera producido alguno, la capa de nieve que cubría el bosque lo habría amortiguado inmediatamente. La nieve que se había empezado a derretir había vuelto a helarse con el frío. No obstante, me pareció oír voces que llegaban del alto bosque sombrío que nos rodeaba como una pared, unas voces humanas de frecuencia tan aguda que eran inaudibles para el oído normal. Parecía la voz del monstruo gigantesco que está agazapado sobre el valle. En cierta ocasión, siendo niño, en pleno invierno, al día siguiente de intuir aquellos gritos que las personas no podían oír, aunque sentían su presencia, descubrí el rastro del cuerpo de una gigantesca serpiente en el fondo somero de las claras aguas del río que pasa por el valle, y temblé de miedo al pensar que tal vez fuera el rastro del monstruo al que había intuido gritar toda la noche. De nuevo, sentí la presencia abrumadora en aquellos gritos que no podía oír. A medida que mi ojo se acostumbraba a las sombras, a la tenue luz que se filtraba por la ventana descubrí distintas formas negras indefinidas a mi alrededor. Todo el interior del almacén estaba lleno de apariciones enanas semejantes a los quinientos *araha*<sup>[86]</sup>, que susurraban «Lo hemos oído, lo hemos oído» entre sí.

Me acometió un ataque de tos inesperado e incoercible. Tuve la sensación de que todas mis membranas, desde la garganta hasta los bronquios y los pulmones, habían sido invadidos por una erupción semejante a un salpullido rojo. Tenía fiebre. Por eso sentía mi carne y los huesos de todo mi cuerpo desmembrados y atormentados por agudos dolores. Cuando por fin remitió el ataque de tos, Takashi, dando muestras de haberse recuperado ligeramente del profundo colapso de su espíritu, me habló con un tono de profunda autoconmiseración desvalida.

—Mitsu, si tú no te entrometes, aunque mañana no me linchen, lo más seguro es que me condenen a muerte. En cualquiera de los dos casos, te dono mis ojos, para que te operes. De este modo, por lo menos ellos seguirán viviendo y viendo muchas cosas después de que yo muera; aunque sólo tengan la misma utilidad que un par de

gafas sería un consuelo. ¡Mitsu, acéptalos!

Como si me hubiese caído un rayo encima, sentí que ardía de la cabeza a los pies con el fuego de un repentino rechazo irresistible. Desaparecieron los gritos del bosque y todas las pequeñas sombras humanas del almacén.

—¡No me da la gana, no quiero tus ojos! —contesté enfático con la voz temblorosa de indignación.

—¿Por qué? ¿Por qué no? ¿Por qué no aceptas mis ojos? —preguntó a su vez, gritando con voz lastimosa y una sospecha desesperada que sustituía a la autocompasión que se desvanecía—. ¿Es porque te llena de ira lo de nuestra hermana? Pero, Mitsu, si tú sólo la conociste cuando era una niña, ¿no? Mientras yo vivía con ella en casa de unos extraños, Mitsu se quedó solo aquí, en el valle, con Jin de sirvienta, y gracias al dinero que heredamos pudiste ir a un buen colegio de enseñanza media de la capital y a la Universidad de Tokio, ¿o no? Si no te hubieras quedado aquel dinero, habríamos vivido los tres juntos en el valle. Mitsu, no puedes echarme en cara nada en lo que a nuestra hermana se refiere. ¡No te he contado la verdad para que me eches un sermón!

—¡No pienso echarte ningún sermón! —le contesté a gritos, cortando las objeciones de Takashi, que poco a poco iba siendo presa de una renovada excitación—. Mi estado de ánimo no me permite aceptar tus ojos. Pero, en realidad, lo que quiero decirte es que no van a linchar a Takashi mañana por la mañana, y tampoco te va a condenar a muerte ningún tribunal. Lo que pasa es que, por tu sentimiento de culpabilidad, deseas castigarte por el incesto y por la muerte de una persona inocente, y además quieres que la gente del pueblo te recuerde como el «espíritu» de una persona violenta. Reconozco que si esa fantasía se convirtiera en realidad, las dos partes de tu personalidad disociada volverían a unirse en la muerte. Y hasta es posible que se te considerara la reencarnación del hermano del bisabuelo, tu ídolo, cien años después de su muerte. Pero, Taka, aunque juegas una y otra vez con el peligro, al final siempre tienes preparada una salida. Te habituaste a seguir viviendo así, como si no hubieras roto nunca un plato, al escapar del castigo gracias al suicidio de nuestra hermana. Seguro que esta vez también seguirás viviendo gracias a algún truco sucio. Luego, tras sobrevivir vergonzosamente, le darás explicaciones al fantasma de nuestra hermana muerta, diciéndole que te habías metido a propósito en una encerrona de la que no tenías más salida que ser linchado o condenado a muerte, pero que por intervención de algún entrometido no tuviste más remedio que seguir viviendo, pues así eres tú. Lo mismo pasó con tus experiencias violentas en los Estados Unidos: desde un principio tenías planeado salir indemne de ellas; no

eran más que un pretexto para seguir viviendo libre de tan crueles recuerdos, y nada más. La realidad es que sólo cogiste una enfermedad venérea sin importancia, lo que te sirvió de ayuda para justificarte a ti mismo por no volver a hacer nada peligroso durante tu estancia en los Estados Unidos. Y lo mismo ocurre con esta confesión que acabas de hacerme: como yo no puedo estar seguro de que lo que me has dicho es cierto, haberla hecho no significa que vayan a condenarte a muerte, ni que te vayas a suicidar, ni que te vayas a transformar en un monstruo inhumano y demente, de modo que estás a salvo, ¿no? Aun cuando fuera de manera inconsciente, ¿no has hablado con tanta persuasión con la esperanza de que te acepte tal como eres, a pesar de esas experiencias de tu pasado, liberándote así de golpe de esa disociación de tu personalidad? Por ejemplo, ¿tendrás valor para confesar lo de la muerte de la muchacha delante de todos los del valle mañana por la mañana? Eso sí sería mostrar auténtico valor ante el peligro, cosa que tú no tienes. Aunque no quieras admitirlo conscientemente, esperas escapar al linchamiento de esa chusma. Y si te juzgaran, implorarías que te condenaran a muerte con una sinceridad tan convincente, que te engañarías a ti mismo. Pero lo cierto es que te quedarás sentado tan tranquilo en tu celda, hasta que la investigación concluya que tu único delito fue el de mutilar el cadáver de una persona muerta de modo fortuito. ¡No trates de engañarme con lo de donarme tus ojos cuando hayas muerto, como si creyeras que vas a hacerlo pronto! ¡Te has burlado de mi desgracia porque sabes lo contento que me pondría ver bien, aunque fuera gracias a los ojos de un muerto!

Takashi se incorporó en las sombras con patente dificultad y se volvió hacia mí poniendo el dedo en el gatillo de la escopeta de caza que tenía sobre las rodillas. Aunque pensé que mi hermano iba a matarme de un tiro, no me amilané, pues sentía demasiado desprecio por el modo como preparaba una salida para escapar de cualquier trampa peligrosa en la que se dejara caer, y no me impresionó su repentina demostración de violencia. Estaba muy lejos de tener miedo, ni aun viendo la escopeta y su pequeña cabeza negra que temblaba al respirar con fatiga.

—Mitsu, ¿por qué me odias tanto? ¿Por qué me sigues aborreciendo? —me preguntó con voz ahogada y llorosa a causa de la pena y la impotencia, tratando impaciente de ver la expresión de mi cara a través de la oscuridad—. Me odias desde mucho antes de saber lo que hice con tu mujer o con nuestra hermana, ¿no es verdad, Mitsu?

—¿Odio? No se trata de lo que yo sienta, Taka. Lo único que hago es dar mi opinión objetiva de que, incluso alguien como tú, que elige vivir persiguiendo una ilusión teatral, no puede mantener esa tensión indefinidamente sin volverse loco.



Incluso nuestro hermano mayor, aunque es verdad que en el frente pudo ser una persona violenta, si hubiese regresado vivo de la guerra, se habría librado enseguida de esos recuerdos y habría vuelto a vivir una vida normal y apacible. De no ser así, después de las guerras el mundo se llenaría de criminales violentos. El hermano menor del bisabuelo, a quien tanto idolatras, como cabecilla de la revuelta fue responsable de asesinatos en masa, y al final vio morir a sus camaradas y escapó él solo monte a través. ¿Crees que después de aquello volvió a meterse en ambientes peligrosos para seguir una vida brutal justificándose por ser un hombre violento? Pues no fue así. He leído sus cartas, y no sólo no siguió siendo un hombre violento, sino que no tenía el menor deseo de convertirse en cabecilla de ninguna nueva revuelta. Y tampoco se autocastigó. Simplemente, se olvidó de aquella experiencia y vivió una larga vida tranquila como un ciudadano vulgar y corriente. Trató, sin éxito, de que su querido sobrino se librara de ser llamado a filas, mediante estratagemas casi femeninas, y parece que el otrora revolucionario murió tranquilamente sobre su tatami, apenado por no saber la suerte de su sobrino en la batalla de Weihaiwei, en la que le habían obligado a tomar parte. Lo cierto es que murió pacíficamente, sin posibilidad de convertirse en ningún «espíritu». Taka, mañana por la mañana no te lincharán, sino que te detendrán y te llevarán al hospital para curarte la herida de los dedos, y después de quedar en libertad provisional o cumplir una condena de tres años a lo sumo, volverás a ocupar un lugar en la sociedad y llevarás una vida perfectamente normal. Todas esas fantasías tuyas que ignoran estos hechos carecen de sentido. Ni tú te las crees de verdad. Ya no tienes edad para calentarte la sangre con ensueños heroicos, Taka. Ya no eres un niño.

Me levanté en la oscuridad y bajé despacio la escalera, tanteando los peldaños con los pies. Cuando Takashi repitió a mi espalda las palabras que había dicho antes con una voz indescriptiblemente patética, creí que me iba a pegar un tiro, pero no sentí la realidad del miedo a la violencia ajena, sino tan sólo la desagradable fiebre interior y el dolor insoportable de cada parte de mi cuerpo.

—Mitsu, ¿por qué me odias tanto? ¿Por qué me sigues aborreciendo? ¿No somos acaso los dos únicos Nedokoro que quedan?

En la casona, como las mujeres caníbales de las leyendas populares coreanas, mi mujer tenía los ojos sanguinolentos y la mirada perdida y estaba bebiendo whisky. Al otro lado de la *fusuma*, que estaba abierta, Hoshio dormía profundamente al lado de Momoko boca arriba, como un perro exhausto. Me senté frente a mi mujer, cogí la botella de whisky que tenía entre las rodillas y eché un trago, pero, aunque tuve otro acceso de tos, ella siguió a la deriva en el mar de su embriaguez, como si yo no

existiera. Poco después se oyó en el almacén el ruido de un disparo, y sus ecos fueron dando saltos por el bosque vestido de noche. Mientras corría descalzo por el jardín, se oyó otro disparo. En ese momento, Gii el Eremita salió huyendo despavorido de la despensa y estuvo a punto de chocar conmigo, con lo que nos asustamos mutuamente. Al pie de la escalera, llamé a Takashi; en el piso de arriba estaba encendida la luz.

—Soy yo, Mitsu. Estoy probando el poder de destrucción y la dispersión de cada cartucho, para enfrentarme mañana por la mañana con esa chusma que sólo existe en mi imaginación —dijo Takashi con frialdad, aparentemente recuperado de su abatimiento.

Cuando volvía a la casona, les dije a los hijos de Jin, que habían salido al jardín y estaban de pie, callados, que no había pasado nada. Mi mujer, indiferente a los disparos y a mi alocada carrera, con la cara bronceada vuelta hacia el suelo, miraba fijamente al vaso oscurecido por el whisky con agua. Hoshio y Momoko se agitaron incómodos y siguieron durmiendo. Media hora más tarde, se oyó un nuevo disparo. Esperé diez minutos por si oía otro. Después me puse las botas en los sucios pies y corrí al almacén. Takashi no contestó cuando le llamé al pie de la escalera.

Subí los escalones de dos en dos, golpeándome la cabeza varias veces. Frente a mí apareció un hombre, reclinado contra la pared del fondo. La piel de su cabeza y de su pecho desnudo estaba destrozada y llena de sangre, como si estuviera cubierto de los granos de innumerables granadas reventadas. El hombre parecía un muñeco gigante de escayola roja y sólo iba vestido con los pantalones. Sin pensarlo dos veces, me acerqué, pero solté un alarido al golpearme encima del oído una escopeta de caza que colgaba atada a una de las vigas. El gatillo de la escopeta estaba unido con una cuerda a un dedo de la mano derecha del muñeco de escayola roja, la cual descansaba sobre el tatami. En la pared, a la altura donde la cabeza del muerto debía de haber mirado el cañón de la escopeta, en el yeso y en la madera habían pintado con lápiz rojo el contorno de la cabeza y los hombros de un hombre, con dos ojos grandes claramente dibujados en medio de aquella. Di un paso más hacia adelante, sintiendo los perdigones y los cuajos de sangre bajo las suelas de las botas, y vi que los ojos dibujados estaban llenos de perdigones; era como si dos ojos de plomo me miraran desde las órbitas. En la pared, al lado del contorno de la cabeza, con el mismo lápiz rojo, habían escrito:

DIJE LA VERDAD

El cadáver dejó escapar un ronco estertor. Me arrodillé en la sangre y toqué la cabeza destrozada, de un rojo intenso, de Takashi, pero estaba muerto, sin lugar a dudas. Me invadió la sensación, evidentemente falsa, de haber encontrado antes, en innumerables ocasiones, a un muerto igual en aquel mismo almacén.

## 13. LOS JUICIOS REVISADOS

El viento húmedo y pesado, que había dado vueltas toda la noche por el valle, entró soplando hasta el fondo del sótano donde dormía y levantó incesantes remolinos que me despertaron de mi sueño breve y atormentado; tenía la garganta hinchada y dolorida, pero se me había pasado la borrachera, y mi cerebro, inflamado y febril antes de dormir, se había contraído hasta su tamaño normal, dejando pequeñas aberturas por las que se colaba con tristeza la depresión; así pues, tenía la cabeza irremediablemente despejada. Mientras sujetaba con una mano la manta que, por instinto de conservación, tenía liada sobre los hombros y el tronco, alargué la otra en la oscuridad más allá de mis rodillas, alcancé la botella de whisky que había llenado de agua y bebí un trago. Tuve la sensación de que el agua fría me inundaba los pulmones y hasta el hígado oprimido. Había soñado que Takashi, un muñeco de escayola roja, con el torso destrozado como si lo formaran innumerables granadas abiertas y los ojos brillantes a causa de los perdigones que los llenaban, lo que le daba el aspecto de un monstruo de ojos metálicos, estaba de pie a unos cinco metros delante de mí, a la derecha, envuelto en la niebla. Ocupaba uno de los ángulos de un alto triángulo del que yo era el vértice, y en el otro ángulo se hallaba un hombre de pie con la espalda doblada como un gato, que nos miraba en silencio, triste y pálido. Como yo estaba medio tumbado en el suelo con las rodillas más altas que la cabeza, al mirarlos me parecía que estaban en un plano más elevado. Era porque ambos espíritus se hallaban encima de un escenario de teatro que tenía poco fondo y cuyo techo era desproporcionadamente alto, y yo me sentaba en el centro de la primera fila. Por encima de sus cabezas, como si el anfiteatro se reflejara en un enorme espejo situado en el fondo del escenario, había un montón de ancianos vestidos con

ropas negras y sombreros calados hasta las orejas, como setas en la oscuridad húmeda, que nos miraban. Entre ellos estaban dos viejos que en sus vidas anteriores habían sido obviamente mi amigo ahorcado con la cabeza pintada de bermellón y mi hijo impassible como un vegetal.

«¡Al revisar nuestros juicios, te juzgan a ti!», gritó Takashi desde el escenario abriendo su boca sin labios, un simple agujero rojo oscuro, con triunfante orgullo y odio.

Al quitarse los sombreros los ancianos, que sin duda eran el jurado elegido por Takashi, y agitarlos hacia las grandes vigas de *keyaki* sobre sus cabezas, amenazándome, me desperté lleno de cansancio y desesperación.

El lugar donde estaba ahora sentado inmóvil en cuclillas, abrazándome las rodillas como en aquel amanecer del otoño pasado en el hoyo del pozo negro del patio, era un cuarto de piedra que el Emperador de los Supermercados y sus hombres descubrieron al hacer las prospecciones iniciales para la demolición del almacén. La cámara en la que estaba sentado tenía una especie de antesala en la que había un retrete y un pozo para permitir la vida de una persona encerrada allí, aunque el pozo estaba cegado y no olía a agua y el retrete se había obstruido al haberse desmoronado un muro. Y de esos dos agujeros cuadrados salía el olor de millones de esporas de moho. Seguro que también había hongos de la penicilina. Estaba en la misma postura en que me había comido un bocadillo de carne ahumada, había bebido whisky y había echado una cabezada. Si me hubiera caído de lado mientras dormía, me habría herido la cabeza contra los postes de madera que soportaban la estructura del almacén, numerosos como los árboles del bosque. Tenían las aristas afiladas y eran muy duros.

Todavía era de madrugada. Desde primeras horas de aquella mañana, cuando llegó la nueva de que el Emperador de los Supermercados iba a visitar el valle por primera vez desde la «revuelta», los primeros vientos del sur que anunciaban el fin del invierno habían azotado sin descanso el bosque y la hondonada hasta últimas horas de la noche. Aunque intenté mirar hacia el valle por las grietas del suelo que tenía sobre mi cabeza y a través de la pared derribada de la planta baja del almacén, el bosque sombrío me tapaba la vista. Aunque no había habido nubes por la mañana, una capa espesa de polvo amarillento del continente<sup>[87]</sup> se había asentado en las alturas y filtraba la luz del sol. Aun después de haber arreciado el viento, el cielo siguió oscuro hasta fundirse con la noche. Con el creciente vendaval, el bosque dejaba oír un rugido profundo como el de la mar embravecida, y parecía rugir incluso la superficie del bosque. Y había momentos en los que se oían sonidos

aislados por doquier, como los de las olas al romper. Entre el bosque y el valle había varios árboles altísimos, unidos a mis recuerdos de la infancia, y dejaban oír sus voces cual gritos humanos que se llevaba el viento. De la mano de esos sonidos, volvieron a mí los recuerdos de la alta arboleda. Al igual que los recuerdos de algunos ancianos del pueblo con quienes había hablado sólo una o dos veces en mi vida, pero a los que no había olvidado, los altos árboles seguían vivos para mí, no de un modo profundo o complejo, pero, no obstante, con su propia individualidad. Un viejo trabajador de la fábrica de salsa de soja, que pertenecía a una clase social del valle que no era la mía, y con quien no había intercambiado una palabra hasta aquel día, me atacó por sorpresa cuando pasaba por el camino que bordea el río junto al almacén de fermentación de la salsa y me retorció el brazo al tiempo que vertía en mis oídos un torrente de improperios contra mi madre a causa de su locura mientras yo pateaba impotente. Al igual que recordaba la cara grande y perruna de aquel viejo, me vino a la memoria el viejo castaño de Indias de la falda de la montaña detrás de la casa. Al escuchar sus sonidos, como gritos en el viento, el castaño apareció en la pantalla de mi memoria con toda fidelidad.

Me había pasado la mañana cuando el viento aún no soplaba con tanta fuerza, tumbado en la penumbra al lado del hogar, escuchando el sonido de los grandes árboles agitados por él, pensando vagamente en dar una vuelta para ver los árboles antes de marcharme del valle. Al darme cuenta de que una vez lo dejara atrás ya jamás volvería a verlos, sentí que a mis ojos les faltaban las fuerzas para verlos por última vez al tiempo que intuí que la muerte que un día u otro vendría a mi encuentro sería una realidad muy semejante. Mis pensamientos estaban centrados en dos cartas que me ofrecían nuevos empleos, una de mi catedrático en la Universidad de Tokio y otra de la oficina de una expedición a África para capturar animales con destino a un parque zoológico —donde los animales estarían en libertad—, que iban a instalar en alguna parte. El catedrático nos ofrecía, a mi ahorcado amigo y a mí, los puestos de profesores de filología inglesa de una universidad privada pensados para nosotros. Era un empleo que ofrecía un futuro estable. La carta de la oficina de la expedición para la captura de animales en África era una llamada/apresurada que olía a peligro, de un universitario que tendría la misma edad que mi hermano S y había dejado el puesto de profesor adjunto de zoología para organizar dicho parque zoológico. Había alabado mi traducción de las crónicas de una expedición en la sección literaria de un gran periódico. Había coincidido varias veces con él, y era la clase de persona capaz de tomar el mando de un barco que se hunde cuando ya lo han abandonado el capitán e incluso las ratas. Me pedía que fuera su intérprete oficial en

la expedición de captura de animales en África. La primera de las cartas era, posiblemente, mi última oportunidad de regresar a los ambientes universitarios, después de haber abandonado sin motivo justificado, a la muerte de mi amigo, el empleo que me habían ofrecido en la universidad en que me licencié. Además, como Takashi no me había dejado el dinero que recibió por la venta de las propiedades y las tierras, tenía que conseguir un empleo lo antes posible; pero, aunque el puesto de profesor parecía el más idóneo, seguía indeciso. Al decirme mi mujer, que se había enterado de las dos ofertas por los telegramas que había recibido, pero con quien no había hablado aún sobre los dos empleos, como si tal cosa, «Si te interesa el trabajo en África, vete, Mitsu», inmediatamente tuve una premonición abrumadora de todas las dificultades e incomodidades que implicaba un trabajo desconocido.

—Seguro que lo de intérprete oficial no sólo significa el trabajo normal con documentos, sino también darles órdenes a los portadores y los trabajadores indígenas del campamento.

Apesadumbrado, me imaginaba dando voces como «¡Vamos, vamos!», en mi penoso swahili y visiones más tristes aún. Me sangraban las sienes, las mejillas y hasta el ojo tuerto a causa de los golpes que me daba contra las cortezas duras como el hierro de los árboles africanos y contra rocas tan duras como si estuvieran llenas de diamantes, y caía por fin víctima de una grave malaria. Me veía febril, recibiendo las reprimendas y las exhortaciones del incansable zoólogo tumbado exhausto en el suelo pantanoso, gritando en swahili «¡Nos vamos mañana!», mientras agonizaba.

—Pero, si lo comparas con el trabajo de profesor de inglés de la universidad, sin duda que tendrías más oportunidades de encontrar una nueva vida, Mitsu.

—Si Taka estuviera en mi lugar, se iría y encontraría enseguida su nueva vida. Momoko decía que Taka tenía puestas sus esperanzas en las personas que se iban a África para capturar elefantes. El primer hombre que fuera a África para capturar elefantes después de que una guerra nuclear devastara los parques zoológicos de todas las ciudades, merecería el título de «Míster Humanidad» para Taka.

—La verdad es que Taka habría aceptado ese trabajo sin vacilar. Pero tú, la verdad sea dicha, eres la clase de persona que nunca aceptaría un trabajo que implicase riesgo, al menos deliberadamente, Mitsu. Dejas esos trabajos para otros. Y cuando han sobrevivido a los peligros, han llegado al límite de sus fuerzas y de regreso escriben un libro, tú lo traduces.

Desanimado por las palabras que mi mujer dedicaba a su marido con la perspicacia fría de quien critica a un extraño, pensé que seguramente tenía razón. En vez de descubrir una nueva vida y construir mi propia choza de ramas y paja,

prefería la vida de profesor de filología inglesa, sin un solo estudiante interesado en sus clases, condenado a ser odiado por sus alumnos a menos que faltara a clase una vez a la semana, objeto de las burlas de sus discípulos, que le pondrían el mote de «Ratón» al profesor solterón (ya no teníamos razones para seguir casados), al igual que le había ocurrido a aquel filósofo seguidor de Dervey al que Taka había conocido en Nueva York, que empezaría a llevar una vida monótona sin más horizonte que la vejez y la muerte.

Antes de suicidarse, Takashi metió todos los billetes y las monedas que le quedaban en un sobre dirigido a Hoshio y a Momoko y lo guardó en un cajón de la mesa para que no se manchara de sangre. Inmediatamente después de su entierro (al enterrarlo en el último nicho del cementerio de nuestra casa, lo hicimos junto con las cenizas de S), Hoshio cruzó el puente provisional con el Citroen por sus propios medios, después de rechazar la ayuda de los jóvenes del valle, y se marchó camino arriba, conduciendo con precaución por el barrizal de la nieve derretida, con Momoko a su lado. Antes de partir, nos dijo lo siguiente a mi mujer y a mí, con la ahora dócil y femenina Momoko a su lado, que subrayaba cada una de sus palabras con gruñidos de asentimiento:

—Como Taka ya no está, Momoko y yo tenemos que continuar solos. Así que nos vamos a casar. Somos mayores de edad y podemos casarnos. Buscaré empleo en algún taller de reparaciones y, si Momoko consigue trabajo como camarera en una cafetería, tendremos lo suficiente para vivir. Algún día pienso poner una gasolinera. Taka me habló mucho de las que había visto en los Estados Unidos, donde además de hacer reparaciones se sirven comidas ligeras. Como Taka ha muerto, a Momoko y a mí no nos queda nadie a quien recurrir.

Si mi mujer y yo no nos fuimos entonces con ellos en el asiento trasero del Citroen, al menos hasta la pequeña ciudad de la costa, fue porque yo tenía catarro y fiebre, y después, durante tres semanas, tuve la sensación de que las manos me ardían con un cosquilleo como si envolviera una capa esponjosa, y era incapaz de levantar el menor peso con ellas. Y, además, en cuanto recobré la salud, mi mujer empezó a decir que no estaba para hacer un viaje largo. La verdad es que tenía miedo de vomitar y marearse. Naturalmente, me costó poco deducir para qué se preparaba psicológicamente con todas sus fuerzas y qué era lo que ansiaba con todo su cuerpo, pero no tenía ganas de hablar de ello con mi mujer. Tanto para ella como para mí, era algo que ya estaba decidido.

Por ese motivo, mientras divagaba sobre mi nuevo empleo, en la penumbra de detrás del hogar, con mi mujer sentada como un muñeco que tuviera un contrapeso



en la base, no había nadie en la casona que pudiera interrumpir nuestra conversación. Pero últimamente mi mujer caía enseguida en un silencio profundo cuando apenas llevábamos hablando unos momentos. Tras la muerte de Takashi, estuvo algún tiempo borracha constantemente. Sin embargo, poco después, y por su propia voluntad, guardó todas las botellas de whisky que quedaban en el Sedawa y, salvo cuando dormía o comía, se pasaba el tiempo en silencio en *seiza*<sup>[88]</sup> con los ojos entornados y las manos sobre el regazo. Cuando me aconsejó que me marchara a África, lo hizo como si no fuera más que un simple comentario objetivo sobre la elección que debía hacer un desconocido. En el mundo actual de la conciencia de mi mujer, yo ya no proyectaba una sombra densa. Y en la mía, lo mismo ocurría con ella.

Por la tarde, el hijo mayor de Jin entró sigilosamente en la doma para no molestar a mi silenciosa mujer, y nos anunció:

—¡El Emperador de los Supermercados ha cruzado el puente con cinco hombres jóvenes!

A esas alturas, ya nadie del valle pensaba que el Emperador de los Supermercados fuera a venir al valle con sus matones. El Emperador, tan pronto se derritió la nieve, envió a un delegado, que resolvió de la manera más rápida posible la compleja situación creada por la «revuelta». Lo primero que hizo fue enviar al valle un gran camión lleno de género y abrir el supermercado. Sin embargo, no exigió compensaciones por las mercancías saqueadas, ni presentó ninguna denuncia a la policía. El plan que idearon el monje y el joven que parecía un fantasmagórico erizo de mar, por el cual los ricos del valle comprarían en comandita los derechos y las pérdidas del supermercado, fue descartado. También corrió el rumor de que nunca presentaron formalmente esa propuesta al Emperador de los Supermercados. El núcleo de las fuerzas de la «revuelta» se había dispersado después de la muerte de Takashi. Nadie podía presionar al Emperador de los Supermercados con la posibilidad de reavivar la «revuelta». Las mujeres del valle y las «rústicas» por igual, llenas de vil agradecimiento y mezquina satisfacción por no reclamárseles lo saqueado, compraban sin rechistar los alimentos y los artículos del hogar, que costaban de un veinte a un treinta por ciento más que antes de la «revuelta». En cuanto a los electrodomésticos y los objetos de mayor tamaño que habían sido robados, la gente iba al supermercado en secreto a devolverlos, y volvieron a ponerlos a la venta como mercancía tarada a precio especial; se agotaron en poco tiempo. Las «rústicas» que habían participado en la «revuelta» y se habían peleado por robar las ropas de baratillo, resultó que tenían grandes cantidades de dinero

guardado y fueron las que compraron los artículos rebajados con más entusiasmo. Los propietarios de los terrenos del bosque volvieron a encerrarse en sus propios cascarones, aliviados.

Con los ojos lacerados por el grueso polvo que el viento áspero levantaba en remolinos de los campos desnudos, bajé al valle siguiendo al hijo de Jin. La nieve había desaparecido y la tierra estaba seca, y no sólo las praderas ocre, aún demasiado débiles para dar vida suficiente a las semillas, sino también las sombrías alturas verdes, más allá de los árboles de hoja caduca del bosque, daban la impresión de falta de vida, lo que provocó en mí una oscura sensación de malestar al mirar hacia los confines del valle. Al bajar la vista, vi la nuca del hijo de Jin, donde la mugre había dibujado una trama de manchas. Para vigilar el momento en que el Emperador de los Supermercados entrara en el valle, había estado largas horas en lo alto de la roca donde había fallecido aquella pobre chica, soportando los remolinos cargados de tierra, con la vista fija en el otro lado del puente. Su espalda, mientras caminaba apresurado y con la cabeza gacha, daba una impresión de gran cansancio poco infantil. Era la impresión de la tribu que se ha rendido. No me cabía duda de que todos los habitantes del pueblo que ahora se dirigían a recibir al Emperador tenían el mismo gesto. El valle se había rendido.

El muchacho había hecho de centinela con tanto entusiasmo porque el propósito de mi entrevista con el Emperador de los Supermercados tenía que ver con su madre, que ya apenas comía y empezaba a adelgazar rápidamente. De no ser así, no habría trabajado para mí. La muerte de Takashi me había vuelto a separar de la vida cotidiana de las gentes del valle. Los niños ya ni se molestaban en burlarse de mí.

Al bajar hacia la plaza del concejo, vi a la comitiva del Emperador. Habían pasado de largo el supermercado y subían por el camino hacia el almacén. El hombretón que daba patadas al dobladillo del abrigo, que casi le llegaba a los talones, con pasos de precisión militar, era el Emperador de los Supermercados. Incluso a aquella distancia, se apreciaba su redonda cara sanguínea y oronda bajo la gorra de cazador. Todos los jóvenes que caminaban a su alrededor, también de buena planta y paso largo, tenían cuerpos robustos. Vestían abrigos descuidados y llevaban las cabezas descubiertas, pero, al igual que su jefe, caminaban altaneros sacando el pecho y con la cabeza erguida. Recordé claramente el día en que llegó al valle el primer jeep del ejército de ocupación. La comitiva del Emperador de los Supermercados se parecía a los extranjeros que entraron con la altanería tranquila del vencedor aquella mañana de mediados de verano. Incluso aquella mañana en que comprobaron tangiblemente la derrota de su patria con sus propios ojos, las personas

mayores del valle se resistían a creerlo; pero, aunque pretendían que los soldados extranjeros no existían y se dedicaban a sus labores cotidianas, tenían el cuerpo sofocado por la «vergüenza». Sólo los niños se adaptaron enseguida a la nueva situación y corrían detrás de los vehículos gritando «Harō, harō!»<sup>[89]</sup>, que les habían enseñado a decir a toda prisa en la escuela pública, y los soldados les daban latas de conserva y dulces.

También aquel día todos los desafortunados adultos que tuvieron la mala suerte de cruzarse con la comitiva del Emperador de los Supermercados en el camino agacharon la cabeza o miraron hacia otro lado, como cangrejos vergonzosos en busca de un agujero donde esconderse. Durante la «revuelta» lograron convertirse en una fuerza destructiva al aceptar francamente la «vergüenza» que los unía. Sin embargo, la «vergüenza» que atormentaba ahora a las gentes del valle rendido no se iba a transformar en algo que amortiguara el odio. Era una «vergüenza» impotente, repugnante y malsana. El Emperador de los Supermercados y su comitiva caminaban ostentosamente sobre las tobi'ishi<sup>[90]</sup> de la «vergüenza» de las gentes del valle. La diferencia de tamaño entre el patético «espíritu» del Emperador con chaqué y descamisado, y el auténtico, me hizo sentir un escalofrío de «vergüenza» al imaginarme lo que pasaría si el joven disfrazado de «espíritu» hubiera tenido que esperar el paso del Emperador a la vera del camino. Aunque la chusma de niños del valle seguía de lejos los pasos de la comitiva, estaban callados, como asustados por el aullido del viento feroz que bajaba en remolinos desde lo alto del bosque. Los niños eran los primeros en adaptarse a la nueva situación del valle, lo mismo que mis amigos y yo en nuestra infancia, pero ellos también habían participado en la «revuelta» y por lo tanto habían perdido la voz, atormentados por tanta «vergüenza» como cabía en sus cabezas. De repente, el Emperador de los Supermercados se dio cuenta de mi presencia. Al fin y al cabo, era el único del valle que le esperaba con la cabeza bien alta, sin temer encontrarse con su mirada. El Emperador hizo detenerse delante de mí a su joven comitiva, cuyos rasgos evidenciaban que eran coreanos como él, y se quedó en silencio, con la piel del entrecejo fruncida en señal de atenta concentración, mirándome tranquilo con sus ojos grandes bajo las pobladas cejas. Sus seguidores también me miran en silencio mientras sus alientos formaban una nube blanca en el aire frío.

—Soy Nedokoro, el hermano mayor de Takashi, quien negoció con usted —le dije con una voz que sonó hosca contra mi voluntad.

—Soy Pek Sun Gi —dijo el Emperador de los Supermercados—. Le acompaño en el sentimiento. Es verdaderamente lamentable lo de su hermano. ¡Una lástima,

era un joven fuera de lo común!

Le contemplé unos instantes con una mezcla de emoción y suspicacia: sus ojos me miraban con lo que parecía una sincera expresión de pesar, que contrastaba con su cara alegre, de mejillas y barbilla carnosas. Takashi no le había dicho a nadie que el Emperador fuese una persona así, y había engañado a todo el mundo en el valle al presentar al Emperador como un «espíritu» escuálido del que había que burlarse; seguramente él también había quedado muy impresionado por el coreano, a quien le debía de haber dicho a la cara que era una persona fuera de lo común. Me dio la impresión de que el Emperador había utilizado la misma expresión para devolverle el cumplido al difunto. Pek tenía las cejas espesas y anchas y la nariz pronunciada, pero sus pequeños labios rojos y húmedos eran como los de una chica, y sus orejas, frescas como una planta, daban a su cara un aire juvenil. Enseñándome sus blancos dientes, Pek me dirigió una sonrisa amable para animarme, mientras le miraba en silencio.

—He bajado porque tengo algo que pedirle.

—Yo subía a echar un vistazo al almacén, así como a darle el pésame por la muerte de su hermano —dijo sonriente Pek, que seguía con el ceño fruncido.

—Se trata de la familia de este niño, que vive en una casita junto al almacén; como su madre está ahora enferma, le ruego que les permita quedarse durante algún tiempo.

—¡La enferma adelgaza y adelgaza, y dice que se va a morir antes del verano! —añadió el hijo de Jin corroborando mis palabras—. ¡Se zampó tantas conservas, que se le fastidió el hígado! ¡Ya pesa la mitad de lo que pesaba, y no come! ¡No va a durar mucho!

Pek dejó de sonreír y observó al hijo de Jin con gran atención. El niño no era un extraño de paso en el valle. Por tanto, le trató con un interés sobrio que contrastaba con el tono sociable de su conversación conmigo. Sin embargo, recobrando enseguida su gran sonrisa afable y frunciendo las cejas como si se reprochase algo a sí mismo, dijo:

—Mientras ello no obstaculice la demolición y el transporte del almacén, no tienen por qué moverse de la casita. Aunque tendrán que aguantar muchas molestias mientras dure el derribo. —Al decirlo, dejó una pausa entre cada frase, como si quisiera impresionar la memoria del chaval, y añadió—: Ahora bien, si se quedan hasta después de terminar las obras del almacén, no les pagaré indemnización por el desalojo.

Al oírlo, el hijo de Jin, mostrando su enfado con la cabeza torcida como un gallo,

se alejó de nosotros. En su corazón había vuelto a renacer el odio hacia el Emperador de los Supermercados. Al darme la espalda, también parecía indicarme que mi falta de oposición a las palabras de Pek me había hecho perder el último vestigio de su amistad.

—Vamos a derribar una parte del muro del almacén para hacer el estudio preliminar de la demolición —dijo Pek mientras mirábamos alejarse al muchacho—. Me he traído a unos estudiantes de arquitectura.

Subimos en grupo por el camino en dirección al almacén. Los estudiantes, todos ellos pecosos, con cuerpos de luchadores y las cabezas fuertes en forma de balas de cañón, poco comunicativos, ni siquiera susurraban entre sí. Al entrar en el jardín, Pek dijo:

—Si queda algún objeto de valor en el almacén, haga el favor de sacarlo.

Por mera formalidad, saqué sólo el abanico pintado, en el que las letras de John Manjiro eran ya ilegibles. Uno de los jóvenes sacó las herramientas que llevaba en un saco al hombro y las ordenó en el suelo, delante del almacén, y los niños que miraban se echaron para atrás como si fueran armas. Mientras sacaban primero las puertas corredizas, los tatami y demás al exterior, los jóvenes se comportaron casi con reverencia. Pero después de que Pek les diera instrucciones en coreano en mitad del trabajo, empezaron a comportarse como una brigada de demolición. Al derribar los jóvenes la pared de la planta baja que miraba al valle, la tierra seca y las varillas de bambú que habían formado la pared durante más de cien años volaron por los aires y cayeron sobre las cabezas de los niños del valle que miraban y la mía. Los jóvenes que se turnaban con el mazo no parecían prestar mucha atención al equilibrio de la estructura o las paredes del almacén después del derribo. Lo mismo podía decirse de Pek, que daba instrucciones de pie, sin importarle el polvo que se levantaba. Parecía un claro desafío violento a las gentes del valle. Al derribar con el mazo las paredes del almacén, símbolo de la más antigua presencia de vida en el valle, parecía que Pek y los suyos dieran a entender que, de desearlo, podían destruir la vida de todas las gentes del valle. Los niños, que observaban los trabajos conteniendo la respiración, se habían dado cuenta, y ningún adulto subió desde el valle, inundado por el polvo, a protestar. Aunque las paredes se caían de viejas, seguían sosteniendo el tejado, cuyas tejas pesaban tanto como hacía un siglo, y me preocupó si al derribar parte de aquellas no se caería todo el almacén bajo el fuerte viento; de pronto, sospeché que Pek no había tenido nunca la intención de llevarse la estructura del almacén, con sus grandes vigas, para levantarla de nuevo en la capital, sino que lo había comprado por el simple placer de destruirlo delante de la gente del

valle. Poco después, habían derribado casi un tercio de la pared que daba al valle, desde el techo hasta el suelo, y quitaban con palas los restos que el viento había dejado. Detrás de Pek, junto a los niños que miraban, contemplé el interior del almacén expuesto con crueldad a la luz intensa del día. Recordaba un escenario abierto de cara al valle, y esa impresión no tardaría en reproducirse en mis sueños. Parecía extrañamente pequeño, y se apreciaban con claridad las distintas irregularidades del interior. Los recuerdos de cien años de oscuridad habían desaparecido ya de allí, y mientras lo contemplaba el recuerdo de mi hermano S tumbado allí inmóvil, vuelto hacia la pared del fondo, también se fue desvaneciendo. El espacio dejado libre por la pared derribada permitía una vista del valle que resultaba insólita: se veía el campo de fútbol donde Takashi entrenaba a los jóvenes y el curso del río, ahora castaño a causa del deshielo.

—¿No tendrá una palanca de hierro? —Pek había estado hablando en coreano con los estudiantes de arquitectura, que habían terminado su trabajo preliminar, y se dirigió a mí, haciendo que los niños se echaran para atrás al pasar entre ellos, para hablarme con su invariable sonrisa y el ceño fruncido—. Quiero levantar un poco las tablas del suelo para ver cómo está el sótano. Como esos sótanos tienen paredes y suelos de piedra, tendremos que traer más hombres para llevárnoslo.

—¡Pero si no hay sótano!

—Tiene que haberlo por fuerza —dijo uno de los estudiantes, que tenía la cara blanca de polvo, con una seguridad que hizo trizas mi anterior convicción—. Fíjese en que el piso está levantado sobre el nivel del terreno.

Le llevé hasta el cobertizo donde se guardaban las herramientas con las que la gente del pueblo arreglaba el camino para que cogiera una palanca de hierro. A la entrada del cobertizo estaban amontonadas las armas que hicieron con las peladoras de *mitsumata*. Al día siguiente de la muerte de Takashi, los jóvenes que se habían apartado de él las habían abandonado en el jardín, de donde las recogí para guardarlas allí. Sacamos una palanca de hierro oxidada del suelo del cobertizo. Sin creer del todo en la posibilidad de que hubiera un sótano, me quedé con Pek en la puerta del almacén, observando a los jóvenes mientras separaban las planchas de madera del suelo. La vieja madera se rompía enseguida, y los que mirábamos tuvimos que cambiar el cuerpo de dirección para evitar la polvareda que volvía a levantarse. De pronto, desde el fondo del almacén se levantó una humareda negra y húmeda, que se dirigía hacia nosotros lentamente, como el chorro de tinta de un pulpo visto por una cámara submarina. Mientras nos agachábamos para evitarla, oímos el ruido continuado de los jóvenes que seguían separando las tablas. Poco

después, cuando Pek y yo entramos en el almacén al posarse el polvo, descubrimos una larga abertura en el suelo, desde la *tokonoma* hasta el fondo, en cuyo fondo había un espacio oscuro. Apareció por allí la cabeza de un joven sonriente, que habló a Pek en coreano diciéndole algo con voz alegre, al tiempo que le entregaba las tapas podridas de un libro.

—¡Dice que debajo del suelo hay un sótano de piedra estupendo! ¿De verdad que no lo sabía? —dijo Pek, de buen humor—. Hay un montón de postes que impiden el paso, pero tiene dos cuartos comunicados, uno delantero y otro trasero, y en el primero hay pozo y retrete. Dice que está lleno de libros como este y papeles viejos. ¿No esconderían aquí a un loco o a un desertor?

En la tapa sucia del libro que tenía en la mano, leí *Prontuario de preguntas y respuestas sobre el Gobierno, por los Tres borrachos* y el nombre de la editorial, Tokyo Shūseisha. Cogido por sorpresa, quedé a la deriva azotado por las olas del más profundo desconcierto. La impresión recibida hizo mella dentro de mí, una mella que fue aumentando de tamaño hasta convertirse en una revelación. La misma que ocupaba mi cabeza aquella noche, sentado en la oscuridad del sótano.

—En el lado del muro de piedra hay varios tragaluces, pero no pueden verse desde fuera. —Pek tradujo lo que le decía otro joven, sumergido bajo el suelo—. ¿Quiere entrar?

Moví la cabeza, sin poder decir palabra, ebrio aún por la revelación, que seguía concretándose con claridad. Su eje central era la certeza cada vez mayor de que, después de la revuelta del año de Man'en, el hermano menor del bisabuelo no había huido por el bosque, abandonando a sus camaradas, para emprender una vida nueva. Aunque no pudo evitar que les cortaran el cuello, se había castigado a sí mismo. Se encerró en el sótano desde el día del exterminio, manteniendo su integridad como cabecilla de la revuelta, si bien de forma pasiva, sin renegar jamás de sus convicciones. No había duda de que las distintas cartas que dejó escritas las debió escribir en su escondite a intervalos de su lectura, al imaginarse las cartas que debía haber escrito si hubiera podido pasar su vida en otro lugar, pasando poco a poco de los sueños juveniles de aventuras a las ilusiones más tristes y realistas de la madurez, y que las había entregado a quien le pasaba la comida. La tapa del libro que encontraron en el sótano era la sencilla explicación del origen de los párrafos que el hermano del bisabuelo había dedicado a la Constitución en su carta. La verdadera razón por la que a todas las cartas les faltaba el remite, era que quien las había escrito no había salido jamás de aquel sótano para ir a ninguna parte. De igual modo, toda comunicación del bisabuelo con él debió hacerse sólo mediante cartas.

Le debía haber resultado muy difícil, leyendo apasionadamente cuantas publicaciones le pasaban al sótano, estirando su poder de imaginación con los anuncios del periódico de Yokohama para los estudiantes que iban a estudiar a América, o con los balleneros de las Ogasawara, al transcurrir su vida en aquella prisión voluntaria, conocer incluso los acontecimientos familiares más normales que ocurrían al lado mismo de su escondite. En el fondo del sótano, debió aguzar los oídos para enterarse de cuanto sucedía, y se preocupó con ansiedad por el paradero de su sobrino en el frente, al que tal vez nunca conoció, pese a vivir tan cerca, y de quien tan encarecidamente pedía noticias a los que vivían en la superficie.

Cuando iba a regresar a la casona, con la cabeza dándome vueltas a causa de aquella extraordinaria revelación, Pek se dirigió a mí de improviso para hablarme del incidente del verano de 1945. Debió de sentir ganas de hablarme de aquello para tratar de sonsacarme las causas de mi silencio y mi tensión, demasiado profundos para ser consecuencia de la conmoción por el descubrimiento del sótano.

—¿Sabe una cosa? A su hermano mayor, el que volvió licenciado del ejército, el que murió en el campamento, no se sabe con certeza si lo matamos nosotros o si fueron los japoneses del valle. Y es que se metió en medio de la pelea a palos entre ambos bandos, indefenso, se quedó con los brazos caídos, y lo mataron. O sea, que lo matamos a palos entre nosotros y los japoneses. ¡Aquel muchacho también era una persona fuera de lo común!

Pek se calló y permaneció a la espera de mi reacción; sin decir palabra, asentí con la cabeza, como queriendo decir «Sí, así debió de ocurrir, así era mi hermano», y me volví a la casona, cerrando la puerta de madera a mis espaldas para escapar de la polvareda que me perseguía.

Me dirigí después hacia la penumbra al lado del hogar y dije en voz baja «¡Taka!», pero recordé inmediatamente que estaba muerto y lamenté su ausencia con mayor dolor que nunca desde su suicidio. Takashi era quien más derecho tenía a conocer las nuevas revelaciones del almacén. Mi ojo, que se acostumbraba a la oscuridad, comenzó a vislumbrar la cara hinchada y casi mecánicamente redonda de mi mujer, que me miraba recelosa.

—¡Había un sótano en el almacén! El hermano menor del bisabuelo se pasó la vida encerrado allí como castigo por haber sido caudillo de la revuelta. Takashi murió lleno de vergüenza por el hermano del bisabuelo, y por sí mismo, pero lo cierto es que nuestro antepasado vivió una vida totalmente distinta de lo que pensábamos, ¡me acabo de enterar! ¡Taka no tenía por qué haberse sentido avergonzado del hermano del bisabuelo! —le comuniqué a mi esposa, cada vez más



convencido.

Sin embargo, ella me respondió a gritos:

—¡Fue Mitsu quien hizo que Taka se sintiera avergonzado cuando estaba al filo de la muerte! Tú abandonaste a Taka a su vergüenza. ¡Es demasiado tarde para decir eso!

Divagando acerca de mi nuevo descubrimiento, esperaba, lógicamente, algunas palabras de consuelo, pero nunca hubiera imaginado que mi mujer aprovecharía aquel momento para atacarme. Me quedé paralizado, atrapado entre los pensamientos que evocaba en mí el descubrimiento del sótano y la clara hostilidad de mi mujer.

—No creo que indujeses a Taka al suicidio. Pero le atosigaste hasta que buscó la muerte más patética y vergonzosa. Le empujaste una y otra vez hacia el interior del círculo de su vergüenza, hasta que no le quedó más salida que esa muerte trágica —dijo mi mujer—. A pesar de que sabías que eras la única persona que podía ayudar a Taka, debilitado por la pena y el terror, a vencer su miedo a la muerte, rechazaste la oferta de sus ojos, Mitsu. Cuando te repitió que le dijeras por qué le odiabas, en vez de asegurarle que no era cierto, te reíste fríamente del pobre Taka, haciéndole sentir doblemente avergonzado. Mitsu, le abandonaste, y no tuvo más remedio que volarse la cara en pedazos, sumido en una pena sin igual. Y encima, después de que ha muerto, cuando ya no es posible volver atrás, vienes a decirme que Taka no tenía ningún motivo especial por el que debiera avergonzarse del hermano del bisabuelo. Aunque no le hubiera servido de ayuda para seguir viviendo, es posible que el conocimiento de la vida del hermano de vuestro bisabuelo le hubiera servido, al menos, para confortar su alma, aquel día, ¿no? Si le hubieras dicho entonces a Taka lo que tratas de decirle ahora que está muerto, es posible que su suicidio no hubiera sido tan espantoso, ¿no?

—Lo que te he dicho ahora se acaba de descubrir al empezar el Emperador de los Supermercados a hacer los estudios preliminares para desmontar el almacén. Aquella noche no podía imaginar siquiera algo semejante. Pero ahora resulta que el hermano del bisabuelo se encerró en el sótano del almacén y vivió así hasta el fin de sus días.

—Mitsu, ahora que Taka está muerto, ¿qué diferencia puede haber entre lo que sepas y lo que no sepas? Te basta con gritar en tus sueños «¡Yo os abandoné!», derramando lágrimas para consolarte a ti mismo por las personas que han muerto desesperadas, de las que tú te desentendiste, ¿verdad? Así ha sido, así es ahora y, en el futuro, así será siempre. ¡Por mucho que todos los nuevos descubrimientos te

hagan llorar, no les servirá de consuelo a quienes han muerto tan horriblemente desesperados!

Finalmente, opté por callarme, y me quedé contemplando sus ojos llenos de odio, alrededor de los cuales las arrugas parecían haberse endurecido como pegamento seco. No le había mencionado la confesión de Takashi sobre su incestuoso adulterio. Aunque se lo hubiera contado, sólo habría servido para que me contestara, muy justificadamente, que, si después de escuchar su confesión, le hubiera dicho que ya había purgado lo suficiente su culpa al haber vivido tantos años abrumado por su peso, habría aliviado hasta cierto punto el horror de su suicidio. El fulgor vengativo desapareció de aquellos ojos que me miraban llenos de odio, y fue sustituido por la tristeza.

—Aunque supongamos que se haya producido un nuevo descubrimiento, que sin duda hubiera evitado que Taka se suicidase tan patéticamente, ahora es lo más cruel que pueda decirse —señaló, y rompió a llorar, como si la dura cáscara del odio se hubiera roto para dejar salir la blanda yema de la pena. Al rato, recuperada del llanto, con determinación, convencida de que yo había adivinado ya la verdad, prosiguió—: He pasado las dos últimas semanas considerando si debía abortar o no, pero he decidido tener el hijo de Taka. No tengo ganas de cometer otra crueldad más con él.

Acto seguido, volvió la cara hacia la oscuridad más profunda del fondo y se encerró en sí misma, en una clara actitud de rechazar cualquier respuesta por mi parte. Me quedé mirando la ahusada figura de espaldas, que tenía las caderas rotundas de las recién embarazadas. Me hizo recordar el sentido de equilibrio absoluto que mostraban tanto su cuerpo como su mente cuando estuvo embarazada de mi hijo. Y comprendí el auténtico significado de su determinación de parir el hijo de Takashi, igual que se comprende físicamente la presencia de una roca al verla. Esa comprensión se asentó dentro de mí sin provocar la menor perturbación de mis emociones. Al volver al jardín principal, el Emperador de los Supermercados estaba en la puerta del almacén, con los pies separados, dando instrucciones en coreano a grandes voces, y sus infantiles espectadores miraban entusiasmados formando un círculo a su espalda, sin que ninguno reparase en mí. Pensé en ir de visita al templo y contarle al monje lo del nuevo descubrimiento y la revelación que me había inspirado, y me dirigí con paso apresurado hacia el valle, cruzando el viento áspero y cargado de tierra. Cuando leí la «Relación del levantamiento campesino en el pueblo de Okubo» que me había dejado el monje, descubrí un pasaje extraño. El descubrimiento del sótano lo había hecho resaltar vivamente en mi memoria, y ahora

formaba el núcleo de mi revelación, convenciéndome de que el hermano del bisabuelo había vivido confinado en el almacén.

La «Relación del levantamiento campesino en el pueblo de Ōkubo» era un librito, con comentarios y notas, que el abuelo había compilado en relación con los disturbios del año 4 de Meiji<sup>[91]</sup>, desde el punto de vista de autoridades y pueblo.

a) El incidente —decía el librito— se conoce habitualmente como los disturbios de Ōkubo.

b) Los habitantes de Ōkubo cortaron un bosque de bambú e hicieron lanzas para todos.

c) La causa de los disturbios fue el rechazo al nuevo gobierno, y en concreto a las vacunaciones obligatorias contra la viruela y a la expresión «impuesto de sangre» que usaban las notificaciones oficiales para referirse al servicio militar, lo que dio lugar a que se rumorease que se les quitaba sangre a los ciudadanos para venderla a los extranjeros, rumor que provocó la revuelta.

d) No se investigó a los cabecillas ni a los demás implicados en la revuelta, y no se condenó a nadie.

El pasaje en que relataba los acontecimientos de la revuelta desde la perspectiva de las autoridades era el siguiente:

El decreto promulgado en julio del año 4 de Meiji, que abolía los clanes y establecía las provincias, provocó la oposición de los conservadores habitantes del pueblo de Ōkubo, partido judicial de XX, y a principios de agosto del mismo año llegaron noticias de una conspiración destinada a oponerse a las nuevas medidas. Se despachó inmediatamente a un funcionario para explicarlas, pero ni siquiera así se convencieron. Incitando a los habitantes de los demás pueblos a unírsele, el populacho se reunió en el lecho seco del río al norte del castillo de Ohama (a unos 15 cho<sup>[92]</sup> de la capital de la provincia) en la noche del mismo día. El descontento se extendió con prontitud hasta arrastrar a setenta pueblos. Para el día 12 del mismo mes, la chusma casi alcanzaba las cuarenta mil almas. Se entretenían disparando sus armas al aire, dando gritos de guerra y divulgando falsos rumores. Pronto llegaron a Ohama, armados de pistolas y lanzas de bambú, y se adueñaron de las calles. Según sus rumores, el regreso del ex gobernador a Tokio era idea del consejero jefe, el servicio militar

era para sacarle sangre al pueblo y la vacunación era una estratagema para envenenar a quienes se oponían al gobierno, así como otras invenciones demasiado numerosas para mencionarlas. Se comportaron con creciente salvajismo. La muchedumbre se quedó donde estaba, sin presentar más demandas, hasta que la sede del gobierno provincial quedó prácticamente asediada. Los funcionarios enviados a calmarlos se entrevistaron finalmente con el caudillo de los alborotadores, quien insistió en que el ex gobernador no regresara a Tokio, se restaurase la forma de gobierno anterior a la Restauración, se despidiera a los actuales funcionarios y se devolviese el gobierno a la administración anterior. El día 13, cuando parecían dispuestos a lanzarse al asalto del gobierno provincial, se decidió llamar a las tropas para detenerlos, lo que les hizo vacilar, y el asalto se suspendió. Sin embargo, la asamblea provincial fue presa

del caos. Se volvió atrás en la actitud anterior, pues muchos diputados se oponían a la represión por la fuerza de los disturbios, y se decidió convocar a varios funcionarios de antes de la Restauración para hacerse cargo de la situación. El día 15, el ex gobernador apareció en persona para razonar con la chusma, empero se resistieron a disolverse. Al anochecer de aquel día, el consejero jefe abandonó de repente la sede del gobierno provincial, y poco después se supo que se había quitado la vida en su casa.

Los revoltosos se conmovieron grandemente al saber la noticia y comenzaron a disolverse lentamente. Por la tarde del 16, la situación estaba dominada y los funcionarios enviados a negociar regresaron sin excepción a la sede del gobierno provincial.

El texto que reflejaba el punto de vista del pueblo, más que una crónica, era un relato idealizado de la revuelta, en el que se hace referencia al caudillo, es decir, el «representante jefe» que negoció con las autoridades, describiéndole como «un hombre alto, de unos seis *shaku*<sup>[93]</sup>, cabellos largos y orígenes desconocidos». Otro pasaje decía: «El extraño de los cabellos largos a quien se presenta en este episodio era persona a fe extraordinaria, grande, de más de seis *shaku* de estatura, con la espalda encorvada y rostro pálido, y a pesar de su extraño aspecto, su elocuencia no tenía rival por estos pagos». En cuanto a la escasa veracidad de que los participantes en la revuelta no tuvieran idea de quién era su caudillo, en una comunidad rural tan pequeña, el abuelo se conformó con añadir al pie la siguiente nota, muy poco plausible: «Nota: la mayoría de los revoltosos se habían pintado las caras de negro

con tizones, siendo imposible distinguir a un hombre de otro», así que era imposible responder a la pregunta, que él mismo había hecho, de quién era aquel extraño personaje. En el último párrafo relativo a él dice: «El día 16, tras pronunciar un discurso en las afueras del pueblo de Ōkubo en que ordenaba a los revoltosos que se disolvieran, el cabecilla gigantesco desapareció de la faz de la tierra sin dejar rastro». Después ya no había ninguna referencia más al misterioso cabecilla.

La excelencia de las dotes de mando de aquel hombretón cargado de hombros quedó patente en la hábil estrategia con que rodeó la sede del gobierno provincial, atosigando al enemigo sin provocar la intervención de las tropas y manteniendo un delicado equilibrio de poderes entre el pueblo y las autoridades hasta que cambió el curso del debate en la asamblea, pero el abuelo añadió la siguiente alabanza: «Lo más extraordinario es que nadie resultara herido en los disturbios. Hacen falta grandes dotes de mando para organizar semejante revuelta sin que hubiera que lamentar bajas».

Fue así como se reforzó mi convicción de que el hombretón cargado de hombros y de pálido rostro era el hermano del bisabuelo, que había vuelto a aparecer de repente a la luz pública después de pasarse diez años encerrado en el almacén, cavilando sobre la revuelta de Man'en. Había invertido todo lo cosechado en más de diez años de autocrítica en un levantamiento que, a diferencia del primero, sangriento y de dudoso éxito, logró que no hubiera bajas entre los participantes en la revuelta ni en los espectadores, empujó al suicidio al consejero jefe, blanco de la revuelta, y, encima, consiguió que los revoltosos escaparan sin castigo.

En la sala principal del templo, donde seguía colgado el cuadro del infierno que mi mujer y yo fuimos a ver con Takashi, le conté al monje mis conclusiones, convenciéndome de su veracidad según le hablaba.

—¿Cree que los campesinos, en una época de cambios, suspicaces por las heridas de la revuelta de Man'en, iban a conferir el mando de su levantamiento a un extraño al que no conocían de nada? No es posible. Ahora, habiéndose presentado delante de ellos el caudillo resucitado de la revuelta, el legendario jefe de la revuelta de Man'en, los campesinos se levantaron a sus órdenes. A juzgar por los resultados prácticos de la revuelta del año 4 de Meiji, su objetivo principal era político, consistente en echar del poder al consejero jefe. Sin duda, debieron pensar que era necesario para mejorar las condiciones de vida de los campesinos. Sin embargo, estos no se levantarían siguiendo esa consigna. Así que, el recluso por voluntad propia, que había estado leyendo las últimas publicaciones, aprovechó lo de las vacunas y la ambigüedad del término «impuesto de sangre», pese a que a él no le

cabía duda alguna de su significado, para incitar al pueblo y organizar los disturbios que acabaron con la derrota del todopoderoso consejero jefe. A continuación, regresó a su vida en el sótano, sin volver a aparecer ante nadie, y permaneció cautivo por voluntad propia más de veinte años. Yo así lo creo. Si Takashi y yo, aunque tratamos de saber qué fue del hermano del bisabuelo después de la revuelta de Man'en, no llegamos jamás a esa conclusión, fue porque perseguíamos a un fantasma que había escapado al monte.

La cara pequeña y bondadosa del monje se sonrojó<sup>1</sup>, aunque había mantenido su constante sonrisa mientras me escuchaba, y se tomó su tiempo antes de decir nada en contra o a favor. Todavía le molestaba la alegría que demostró ante mí en los días de la «revuelta», y ahora, por contra, mantenía una compostura exagerada ante mi agitación. Pero, al cabo, expuso una idea que corroboraba mi teoría.

—Pensándolo bien, a pesar de que el cabecilla cargado de hombros de la revuelta era una leyenda popular en el valle, no está entre los «espíritus» del baile del Nenbutsu, ¿verdad, Mitchan? Es posible que, temiendo duplicar el «espíritu» del hermano de vuestro bisabuelo, evitaran hacer otro «espíritu» distinto, ¿no? Por descontado que no es más que una prueba negativa, pero...

—Hablando del baile del Nenbutsu, el hecho de que los actores entraran en el almacén y, tras hacer los cumplidos de rigor, se quedaran a comer y a beber, ¿no tendría algo que ver con el largo encierro en el sótano del representante de los «espíritus»? Si así fuera, sería una prueba positiva. Creo que el abuelo, mientras escribía el librito, sabía perfectamente que el personaje gigantesco y cargado de hombros era su tío, y expresaba su afecto por él en secreto.

El monje no contestó directamente, como si quisiera evitar ver su propia hipótesis agrandada con mi fantasía, y mirando hacia el cuadro del infierno, dijo:

—Si la teoría de Mitchan es correcta, su bisabuelo debió encargarse esa pintura pensando en su hermano, que todavía vivía en el sótano.

El cuadro me produjo la misma sensación profunda de paz que cuando lo vi junto con Takashi y mi mujer, pero esta vez no era una simple evocación pasiva de mi mente, sino que estaba separada de mí y presente en el cuadro en sí. Plasmando en palabras la emoción de la tela, sería exactamente la de una densa «ternura». Probablemente, quien encargó el cuadro exigió del artista que retratase esa esencia perfecta de la «ternura». Por descontado, debía pintar el infierno, pues su propósito era que sirviera de reposo al alma de su hermano que se enfrentaba solo a su propio infierno en su confinamiento de por vida. No obstante, el mar de fuego debía ser del color rojo como el del reverso de las hojas otoñales del cornejo cuando reciben la luz

del sol, y las líneas de las olas de las llamas, suaves y delicadas como el bies de la falda de una mujer. El río de fuego debía ser, en la práctica, la mismísima «ternura». Al ser un cuadro para el reposo del alma de su hermano, que reunía en su persona tanto al alma torturada como al demonio que la torturaba, debía pintar con precisión el sufrimiento de las almas y la crueldad de los demonios. Mas, por mucho que las almas y los demonios tuvieran expresiones de agonía y de tortura, al mismo tiempo debían tener sus corazones unidos por una serena «ternura». De entre el montón de almas retratadas en el cuadro del infierno, uno de los hombres de pelo revuelto, caído con los brazos al cielo y las piernas abiertas bajo los golpes del demonio de la roca incandescente, o uno de los que tenían el trasero tan delgado como un triángulo y eran expulsados del río de fuego hacia el espacio de donde caía la lluvia de fuego, podría ser la representación del hermano del bisabuelo. Al pensarlo, sentí que empezaba a descubrir que todas las caras de las almas en pena tenían un aire familiar, y un ardor nostálgico sacudió lo más profundo de mi ser como si reconociera en ellos a mis propios antepasados.

—Al ver ese cuadro, Takachan se ponía de mal humor, ¿verdad? —dijo el monje, evocador—. Desde pequeño el cuadro siempre le había asustado, ¿no?

—¿No sería más bien que Taka no se asustaba tanto del cuadro como de la «ternura» en él representada, que se negaba a ver? Al menos, eso me parece ahora —dije—. Como Taka estaba tan empeñado en castigarse a sí mismo, y pensaba que debía vivir en un infierno aún más cruel, seguro que no soportaba un infierno «falso» como este, lleno de «ternura» y suavidad. Creo que Taka se esforzó en conservar la crueldad de su propio infierno.

La sonrisa evocadora del monje desapareció gradualmente, y en su cara pequeña apareció una clara expresión de suspicacia. Yo ya sabía que, cuando le llevaban la contraria, su cara adoptaba una expresión cerrada y medio desafiante. Al fin y al cabo, no tenía ganas de explicarle todos los conflictos de mi alma a un monje que no sentía interés por cuanto no estuviera relacionado con la vida del valle. Para mí, el cuadro del infierno era otra prueba positiva. Para mi revisión de los juicios que había emitido acerca del hermano menor de mi bisabuelo y de Takashi, bastaban esas nuevas pruebas. A mitad de camino hacia la puerta principal del templo, el monje, mientras me acompañaba, me explicó la situación de los jóvenes del valle después de la «revuelta».

—El joven que quería demostrar su resistencia al frío, el que estaba con Takachan, ¿recuerda?, se va a presentar a concejal en las primeras elecciones después de la fusión de los municipios. Aunque pueda parecer que la «revuelta» de

Takachan fue un total descalabro, cuando menos ha servido para remover las rígidas estructuras sociales del valle, ¿no? Dicho con sencillez, los gamberros del grupo de Taka han extendido su influencia entre las gentes de orden y conservadoras, y parece que van a tener un concejal. Bien pensado, la «revuelta» ha resultado eficaz para el futuro de todo el valle, Mitchan. La verdad es que esa «revuelta», de momento, ha servido para restablecer las relaciones sociales verticales entre la gente del valle y ha reforzado enormemente las relaciones horizontales de los jóvenes. Mitchan, creo que por fin tenemos una buena base para una perspectiva de desarrollo futuro del valle. Lo siento por S’ji y por Takachan, pero su sacrificio no fue en vano.

Al regresar a la casona, el Emperador de los Supermercados ya se había marchado del almacén, y los niños que se habían quedado mirando la pared derribada y las tablas levantadas que llevaban al sótano, al empezar a caer las sombras del atardecer emprendieron el vuelo camino abajo como una bandada de pájaros. También cuando yo era niño, al contrario que los hijos de los «rústicos», que difícilmente dejaban de jugar aunque se hiciera de noche, los del valle, aparte de los días señalados como festivos, en el momento en que empezaba el crepúsculo corrían a sus casas; y los niños modernos, aunque ya no se asustaran del Chosokabe que venía del bosque, no habían cambiado de costumbres.

Mi mujer me había dejado para la cena un bocadillo de carne ahumada, que había comprado en el supermercado, en un plato al lado del hogar, mientras ella estaba acostada al fondo, como protegiendo el feto con devoción. Envolví el bocadillo en papel de cera y lo metí en el bolsillo del abrigo, y busqué una botella de whisky vacía y otra llena en el cobertizo del Sedawa. Lavé la vacía y la llené de agua caliente, que no tardaría en enfriarse hasta que dolieran las encías al bebería como si fuera agua helada. Tenía que pensar que el frío de la madrugada sería considerable. Con la intención de sacar algunas mantas más, caminé de puntillas hasta donde estaba mi mujer, pero no dormía.

—He estado pensando, Mitsu —dijo con dureza, como si pensara que iba a cometer la locura de colarme bajo la manta a su lado—. Al recordar de nuevo las distintas pequeñeces de nuestra vida matrimonial, creo que ha habido muchas cosas en que, al estar bajo tu influencia, he dejado que compartieras la responsabilidad de mis propias decisiones. Cuando tú abandonabas a alguien, yo también lo hacía a tu lado, me sumaba a tu responsabilidad. Pero ahora, eso me inquieta mucho, Mitsu. Voy a reconsiderar lo del niño del centro médico y lo del que va a nacer por mi propia cuenta, independiente de ti.

—Efectivamente, como no se puede uno fiar de mis decisiones... —dije con



desánimo, y continué hablándome a mí mismo—: Voy a encerrarme en el sótano del almacén para reflexionar. Habiendo aparecido una nueva evidencia, tengo que deshacerme de mis prejuicios y revisar mis juicios sobre el hermano de mi bisabuelo y Takashi. A pesar de que comprenderles con justicia no les servirá ahora que están muertos, es preciso que lo haga.

Y al penetrar en el sótano, empecé a reflexionar, sentándome en cuclillas con la espalda contra la pared blanca del fondo, como lo debía haber hecho un siglo antes el cautivo voluntario, envuelto en tres mantas liadas por encima del abrigo, mientras me comía el bocadillo regándolo con tragos de la botella de whisky y de la de agua templada, que no tardó en enfriarse (aunque no llegó a congelarse a causa del fuerte viento del sur que azotaba el valle). De una esquina del sótano, que nadie había pisado durante tan largos años, me llegaba el olor a moho de los fragmentos de libros y papeles viejos comidos por las polillas arremolinadas por el viento, de un viejo escritorio carcomido, y de un tatami podrido y seco. Las piedras húmedas del suelo, desgastadas y suaves al tacto, como una piel fría y sudorosa, también olían igual. El polvo fino, húmedo y pesado, que me cubría los orificios de la nariz, alrededor de los labios y hasta las órbitas de los ojos, ¿no me impediría transpirar por los poros de la piel? De pronto revivieron los recuerdos tortuosos del asma que tuve de niño, hacía veinticinco años. Al olerme la punta de los dedos, el polvo maloliente ya me los había ensuciado, y se fijaba a mis rodillas sin que pudiera quitarlo ni frotando con fuerza. Era probable que de las sombras de los rastros saliera sigilosa una araña, que, encerrada tanto tiempo en la oscuridad, hubiera crecido hasta el tamaño de un cangrejo pequeño, y me mordiera por detrás de la oreja. Al imaginarlo, me invadió una sensación de asco físico que me llegó hasta el tuétano, y la oscuridad delante de mis ojos se llenó de polillas enormes como calamares, de cochinillas grandes como las alpargatas de un gigante y de grillos del tamaño de perros.

Revisión de los juicios... pero aquí estaba el sótano, y si el hermano del bisabuelo hubiera seguido manteniendo su *identity* como caudillo de la revuelta hasta el fin de sus días, sólo con eso bastaría con derrumbar el juicio en el que había creído hasta entonces. También el suicidio de Takashi, que vivió en pos de remedar la vida del hermano del bisabuelo a la luz de la *identity* de este que se había forjado, adquiriría los tintes de un final heroico para exponer toda la «verdad» en beneficio mío, del sobreviviente. A su vez, mi juicio acerca de Takashi se desmoronó inexorablemente. Dado que la imagen del hermano del bisabuelo, que yo siempre ridiculizaba cada vez que Takashi me la mostraba como una bandera al viento, no

había sido ninguna fantasía, Takashi estaba ahora en una posición ventajosa.

En el fondo del sótano, donde las fuertes corrientes de aire agitaban la oscuridad, vi los ojos moribundos de un gato callejero atigrado que había criado desde mis días de estudiante hasta que me casé y mi mujer estaba a punto de quedarse embarazada, y el recuerdo del día infeliz en que lo atropellaron y de entre las patas le salía algo como una mano encarnada. Eran los ojos de un gato viejo, desesperadamente tranquilo, con sus iris amarillos brillando como un pequeño crisantemo. Los ojos de un gato que, a pesar de las ráfagas de electricidad estática del dolor que le recorrían el centro de los sentidos de su diminuto cerebro, se guardó en su interior el sufrimiento y permaneció tranquilo y sin expresión, al menos para quienes lo veían desde fuera. Los ojos de un gato que ocultó su agonía a los demás, como si no existiese, como algo que sólo a él le pertenecía. No tuve el poder de imaginarme qué sentían las personas que soportaban aquel infierno interior con unos ojos como los de mi gato, y siempre me mostré crítico con los esfuerzos de Takashi, que era una de aquellas personas, por encontrar algún camino hacia una nueva vida. Incluso rechacé su lastimosa solicitud de ayuda antes de su muerte. De ese modo, Takashi superó su infierno por sus propios medios. Mientras meditaba en aquella oscuridad sobre los ojos del gato que fue mi amigo durante tantos años, en los ojos de Takashi, en los ojos desconocidos del hermano del bisabuelo, todos aquellos ojos, que acabaron uniéndose con los ojos colorados como melocotones de mi esposa, fueron formando un círculo bien definido que se adhería con verdadera firmeza a mi experiencia. Ese círculo irá aumentando sin cesar durante las horas que me queden de vida, hasta que los cientos de ojos unidos se tornen estrellas de la noche del mundo de mi experiencia. Sintiendo la agónica vergüenza que descubría la luz de esas estrellas, seguía existiendo con mi único ojo, aventurándome al oscuro mundo exterior con ambigüedad, con la cobardía del ratón...

—¡Al revisar nuestros juicios, te juzgan a ti!

Y la multitud de ancianos saludó a las grandes vigas con los sombreros.

Como si realmente estuviese agachado delante de los jueces y del jurado de mi sueño, con los ojos cerrados para evitar sus miradas clavadas en mí, y la cabeza como si fuera una esfera extraña envuelta en el abrigo y en las mantas liadas sobre mis brazos, apenas respiré.

A diferencia de la sensación de existencia cierta de quienes han superado su propio infierno, ¿tendré que seguir viviendo sin ganas, día tras día, lleno de depresión y de ambigüedad incierta? ¿No habrá otro camino más cómodo para escapar a la oscuridad, abandonando aquello? Como en una secuencia de fotografías

fijas, vi una serie de imágenes de otro yo que escapaba de mis pesados hombros inmóviles, con la pinta de una momia en su sarcófago, se ponía de pie, se arrastraba por entre la abertura de las tablas de suelo y ascendía una escalera empinada, con las ropas harapientas ondeando al viento que subía directamente del valle. Sobre todo, al ver a mi otro yo ilusorio en lo alto de la escalera mirando hacia el valle que se extendía abajo, por el hueco de la pared derribada, al mismo tiempo que seguía en cuclillas en el fondo del sótano, sentí el vértigo que hacía vomitar a la figura que estaba en mitad de la escalera, indefenso y paralizado ante el espacio profundo, negro y lleno de viento, y tuve que resistirme al dolor obtuso del centro de mi cabeza. Pero, cuando la figura fantasmal llegó justo debajo de las vigas de *keyaki*, comprendí de golpe que no podía ahorcarme porque no había comprendido aún la «verdad» que debía gritarles a quienes me sobrevivieran, y la ilusión se desvaneció. Yo no compartía aquel algo interior que había empujado a mi amigo a pintarse la cabeza de bermellón y suicidarse desnudo con un pepino en el ano. El ojo que debía haber estado mirando siempre la oscuridad llena de sangre del interior de mi cabeza, en realidad no había desempeñado papel alguno. Al no haber encontrado la «verdad», tampoco encontré en ninguna parte la fuerza de voluntad para dar una última patada en dirección a la muerte. No había ocurrido así con el hermano del bisabuelo ni con Takashi ante la muerte: ellos se habían cerciorado de su infierno, y lo superaron gritando la «verdad».

Como en ese instante el dolor de la derrota era tan real, cual agua hirviendo que me brotaba del pecho, me di cuenta de que, al igual que Takashi había ardido en deseos de oponerse a mí desde niño, yo había sido hostil a Takashi y a su ídolo, buscando sentido en una existencia plácida y tan distinta a la de ellos. Además, cuando a pesar de todo sufrí el accidente que me dejó tuerto, como si hubiese sido una persona habituada a la violencia, me pasé los días en el hospital matando moscas. Pero Takashi, a pesar de mis objeciones, había insistido en una serie de aventuras muy inciertas y más bien tramposas, y en el instante final que estuvo frente al cañón que le dejaría el torso desnudo como unas granadas reventadas, alcanzó su integración consigo mismo, garantizándose una *identity* que había ganado consistencia merced a su deseo de ser como el hermano del bisabuelo. En realidad, mi rechazo a su última petición no había tenido importancia alguna. No había duda de que Takashi había escuchado las voces del hermano del bisabuelo y las de los demás espíritus de la familia que habitaban en el almacén.

Con la ayuda de esas voces, se enfrentó al horror de su propia muerte para superar su propio infierno.

—Así es, dijiste la verdad —admití mansamente, bajo la mirada de los mismos espíritus familiares que me rodeaban y que antes miraron a Takashi en su muerte, perfectamente consciente de mi propia tristeza total. Sentía una sensación de fracaso que iba creciendo con la misma intensidad que el frío que agarrotaba cada vez más mi cuerpo. Silbé con un sonido patético, sintiéndome desesperado y masoquista, invocando al Chosokabe, pero lógicamente no vino a destruir el almacén y enterrarme vivo. Pasé varias horas postrado, tiritando como un perro escaldado. Por fin, las aberturas de las tablas por encima de mi cabeza y los tragaluces secretos de las paredes se llenaron de blanco. El viento había amainado ya. Apremiado por la urgencia de orinar, estiré las extremidades entumecidas por el frío y saqué la cabeza por encima del suelo. El bosque que ocupaba casi todo el hueco de la pared derribada seguía sombrío y envuelto en la niebla, con un halo ínfimo de color púrpura que reflejaba el amanecer, pero en la esquina superior derecha del boquete se veía el cielo en llamas. Había visto ese mismo color rojo de fuego en el revés de las hojas de cornejo cuando estaba hundido en el pozo del patio, antes del amanecer, y despertó en mí el recuerdo del cuadro del infierno del valle y sentí que percibía una señal. El significado de aquella señal, incierto entonces, me resultó ahora fácilmente comprensible. El color rojo de la «ternura» del cuadro era en su esencia más simple el color de la autoconsolación, el color de los seres que tratan de continuar con tranquilidad sus vidas reales, estables y ambiguas, esforzándose por olvidar las penalidades de aquellas personas horribles que superan a pecho su propio infierno. En definitiva, el bisabuelo debió encargarse de aquel cuadro del infierno para el reposo de su propia alma. Y los únicos a quienes el cuadro inspiraba consuelo fueron sus descendientes, quienes, como el abuelo y yo mismo, siguieron sus vidas llenos de vagas aprensiones, sin deseos de dejar crecer en su interior aquella fuerza inconstante de su alma.

De pie y en silencio en la penumbra, justo al lado de fuera de la entrada de la que habían quitado varias puertas correderas, alguien miró mi cabeza, que desde arriba debía parecer una sandía rodando por el suelo, moviéndose imperceptiblemente. Era mi mujer. ¿Cómo demonios puede una persona que saca la cabeza por la abertura de unas tablas, que mira un parche rojizo del cielo al alba, tener palabras para saludar tan campante, y adoptar una actitud normal? Encogido como si de verdad me hubiese transformado en sandía, miré a mi mujer, sin más.

—¡Hola, Mitsu! —me dijo, con la voz endurecida por la tensión, pero dominada como si quisiera suavizar mi intranquilidad al ser pillado por sorpresa.

—Hola, puede que me hayas sorprendido, pero no me he vuelto loco.

—Ya sé que tienes la costumbre de reflexionar en el fondo de los pozos. También en Tokio lo hiciste una vez.

—Siempre he creído que aquella mañana estuviste dormida todo el tiempo, ¿sabes? —dije cansado y mortificado.

—Hasta que llegó el lechero y te devolvió al mundo de la superficie, te estuve vigilando desde la ventana de la cocina, pues temía que sucediera algo horrible —contestó recordando, y tras guardar silencio añadió con voz enérgica, como si quisiera animarnos a los dos—: Mitsu, ¿crees que podemos empezar juntos de nuevo? ¿No podremos empezar de nuevo los dos, con el niño del centro médico y con el que va a nacer? He estado pensando mucho tiempo, y lo he decidido por mi cuenta, y he venido a preguntarte si sería posible. Y ya que estabas reflexionando, como he pensado que tenía que esperar hasta que salieras de ahí por tu propia voluntad, he aguardado de pie. Tenía más miedo que cuando lo del pozo del patio, pues me preocupaba que el viento pudiera tirar el almacén, inestable por haber derribado la pared, y cuando oí los silbidos que venían del fondo, me asusté de verdad. Pero no creí tener derecho a llamarte para que salieras, así que te esperé.

Hablaba muy despacio, y vi que se apretaba los lados del vientre con la cautela tensa de las embarazadas, lo que daba a su silueta negra la estabilidad del cuerpo abusado, aun estando de pie. Al terminar de hablar, lloró un rato en silencio.

—Vamos a intentarlo. Voy a aceptar el trabajo de profesor de inglés —dije, tras suspirar profundamente, con el poco aire que me quedaba en los pulmones para pretender que lo decía convencido. A pesar de ello, mi voz sonó tan falsa, que me ardieron los oídos.

—No, Mitsu. Mientras tú trabajas en África, pienso regresar a casa de mis padres con los dos niños. Haz el favor de mandar un telegrama a la oficina de la expedición. ¿No has vivido tratando de borrar de ti la parte de Taka que llevas dentro con el fin de oponerte a él? Mitsu, ya que Taka está muerto, tienes que ser justo contigo mismo. Una vez que has comprendido que cuanto unía al hermano de tu bisabuelo con Taka no era una pura ilusión de este, ¿no crees que debes cerciorarte de lo que compartes con ellos? ¿No es más importante hacerlo ahora, si es que quieres seguir teniendo un recuerdo justo de Taka?

Sólo con hacer el trabajo de intérprete en África no me sería posible conseguirlo, pensé para mí mismo con sarcasmo, pero no tenía fuerzas para discutir con mi mujer.

—¿Si sacamos al niño del hospital, podrás conseguir que se adapte a nuestra vida? —conseguí decirle haciendo un esfuerzo.

—Mientras lo pensaba toda la noche, si nosotros tenemos ese valor, creo que al menos podemos empezar a intentarlo, Mitsu —dijo con una voz apenada que mostraba desánimo y cansancio. Temí que fuera a desmayarme. Traté de subir con suavidad hasta el suelo, agitando el cuerpo y dando patadas. Pero cuando logré llegar tras quedarme atascado un buen rato, al acercarme a mi esposa escuché una voz interior que recitaba con la misma sencillez que ellos lo que los amigos de Takashi habían dicho cuando anunciaron sus intenciones de casarse: «Como Taka ya está muerto, tenemos que continuar solos». Y no tuve intención de acallarla.

—Me aposté conmigo misma, toda la noche, una apuesta horrible, Mitsu: si salías sano y salvo de ahí, aceptarías mis ruegos.

Tembló un instante, con voz llorosa, infantilmente preocupada.

La mañana que mi mujer se decidió a marcharse de la hondonada, cruzando el puente cuyas reparaciones ya habían comenzado, temerosa por los efectos del viaje sobre el feto, un hombre del valle vino a despedirse de nosotros trayendo una nueva máscara de madera. Era la máscara de una persona cuya cara parecía una granada abierta, y cuyos ojos cerrados tenían incontables clavos. El hombre era el fabricante de tatamis que se había marchado del valle, y a quien habían vuelto a invitar para revivir el baile del Nenbutsu aquel verano. Hasta la fiesta del Bon, y merced al presupuesto extraordinario por la fusión de los municipios, aparte del nuevo salón de actos del pueblo, estaba trabajando en varios encargos que le habían hecho, y, al mismo tiempo, preparaba todos los planes para los nuevos disfraces de los «espíritus». Le dimos la chaqueta y el pantalón que vestía Takashi cuando volvió de los Estados Unidos, para que se disfrazara el actor que llevara la máscara del «espíritu» de Takashi.

—Hay varios jóvenes que se disputan el privilegio de bajar del bosque con esta máscara —dijo el fabricante de tatamis, con orgullo.

Atravesamos el bosque, mi mujer, el feto y yo, y nos marchamos; nunca volveríamos a visitar el valle. Si el recuerdo de Takashi ya era compartido por sus habitantes en forma de «espíritu», no hacía falta que nosotros asistiéramos su tumba. Mi lugar de trabajo, tras salir del valle, durante los días en que mi mujer trataría de devolver a nuestro mundo al hijo que sacaríamos del centro médico, mientras esperaba el parto de otro bebé, sería la vida en África, gritando en swahili con un salacot en la cabeza, escribiendo a máquina en inglés día y noche, demasiado ocupado para indagar qué ocurría en mi interior, sucio de sudor y polvo. No esperaba que ante mis ojos de intérprete oficial de la expedición, que se emboscaría para capturar animales en las sabanas, apareciera un elefante gigante con la palabra

«esperanza» pintada en la tripa, pero una vez aceptado el trabajo, hay momentos en que pienso que he comenzado una nueva vida. Cuando menos, allí me será fácil levantar una choza de ramas y paja.



Kenzaburō Ōe (Uchiko, Japón - 1935). Escritor y ensayista japonés, premio Nobel de Literatura y probablemente el mejor novelista de la posguerra. Ōe nació en una remota aldea de montaña en Shikoku, localidad que aparece con frecuencia en su obra, y creció en tiempos de guerra. En 1954 ingresó en la universidad de Tokio y en 1958 ganó el prestigioso Premio Akutagawa por su relato *La presa*, que describe la custodia en un pueblo de un aviador negro prisionero. Su primera novela extensa, *Memushiri kouchi* (1958), ratificó su éxito. Establecido como escritor importante de la posguerra, escribió sobre la condición alienada del Japón moderno, al tiempo que apoyó causas de izquierda, a pesar de su amistad con Yukio Mishima. En 1963, el nacimiento de un hijo retrasado mental y una visita a Hiroshima causaron una nueva evolución en su escritura, que culminó con sus obras maestras *Un asunto personal* (1964) y *El grito silencioso* (1967). Su obra, de estilo complejo y contenido intelectual, aborda la crisis existencial, la historia y la identidad cultural. Sus novelas posteriores tratan temas antinucleares y ecológicos en un estilo moderno más libre. Destacan, además, en su vasta obra, *Las aguas han inundado mi alma* (1973), *Juegos contemporáneos* (1979) y la novela de ciencia ficción *La torre del tratamiento* (1990). En 1994 le fue concedido el Premio Nobel, siendo el segundo escritor japonés en recibirlo.



# Notas

[1] Saru significa «mono». (N. del T.) <<

[2] El divino. (Sarudahiko era un mortal que se ofreció como guía a los dioses cuando estos descendieron sobre la tierra para dominarla, por lo que fue divinizado y se convirtió en protector de los caminantes. Se le representa con el rostro pintado de bermellón. También se le asocia con el culto a la fertilidad, del que son símbolos el pepino y el cohombro de mar). (N. del T.) <<

[3] Comarca costera de la prefectura de Kanagawa, al sur de Tokio. (N. del T.) <<

[4] En japonés es habitual que quien habla se refiera en tercera persona tanto a sí mismo como a su interlocutor. Preferimos mantener fielmente la expresión original.  
(N. del T.) <<

[5] Seda del gusano *Antberea yamamai*, muy apreciada en el Japón. (N. del T.) <<

[6] Ola gigantesca que provocan los maremotos. (N. del T.) <<

[7] Nombre que recibe el Parlamento japonés. (N. del T.) <<



[8] En inglés en el original. (N. del T.) <<

[9] En inglés en el original, al igual que los demás términos médicos que siguen. (N. del T.) <<

[10] Los japoneses siempre se refieren así a los no japoneses, incluso en situaciones como esta, en que los extranjeros son ellos. (N. del T.) <<

[11] «Caras». (N. del T.) <<

[12] Llanura donde se asienta la metrópoli de Tokio. (N. del T.) <<

[13] El 8 de abril según el calendario lunar que rige las celebraciones budistas en Asia. (N. del T.) <<

[14] Del 18 de marzo de 1860 al 19 de febrero de 1861. (N. del T.) <<

[15] En el original, *bōryukudan*, término con el que se engloba a todos los grupos violentos, es decir, mañosos. Suelen tomar parte en las manifestaciones, al lado de la policía, para golpear a los manifestantes. (N. del T.) <<



[16] John Dewey (1859-1952), filósofo y educador estadounidense. (N. del T.) <<

[17] Elegimos traducir *kurayashiki* por «almacén» para diferenciar el edificio de la casa a la que también se hace referencia más adelante. En japonés, *kurayashiki* significa una casa de dos plantas, la primera de las cuales se utiliza como morada y la segunda como almacén. (N. del T.) <<

[18] Hasta 1868 en el Japón imperaba el feudalismo, y el gobierno local estaba en manos de poderosos clanes regionales sometidos a la autoridad de un señor feudal o daimio. (N. del T.) <<

[19] Período de la historia del Japón que se inició en 1868 y terminó con la promulgación de la Constitución de 1889. (N. del T.) <<

[20] Saludo consistente en una ligera inclinación de la cabeza. (N. del T.) <<

[21] Pasta hecha con almidón de un vegetal. (N. del T.) <<

[22] Diminutivo familiar y cariñoso de Natsumi. (N. del T.) <<

[23] Sopa de soja. (N. del T.) <<



[24] En inglés en el original: «desarraigado». (N. del T.) <<

[25] Edgar Allan Poe. (N. del T.) <<

[26] En las casas tradicionales japonesas, la sala de estar, aislada de la tierra, al igual que el resto de las habitaciones, mediante tarimas, tiene en su centro un hogar consistente en un hoyo revestido de obra. La cocina es la única pieza que carece de tarimas; tiene el piso de tierra, y en ella se encuentran el fogón, que es otro hoyo en el suelo, y, a veces, un pozo. (N. del T.) <<

[27] En las casas tradicionales japonesas, la cocina, que es también el recibidor, donde las personas se quitan el calzado antes de entrar en las habitaciones. (N. del T.) <<

[28] Aparentemente, se elude el primer carácter del nombre en japonés, y Jin añade la terminación Ji a la S, abriendo las posibilidades de adivinar el nombre auténtico: ¿Shinji, Shuji...? (N. del T.) <<

[29] Zelkova serrata. (N. del T.) <<

[30] Alcoba decorativa que tienen las habitaciones de las casas tradicionales japonesas. (N. del T.) <<

[31] Referencia a John Manjiro, sobrenombre de Manjiro Nakahama, pescador del clan de Tosa, nacido en 1827. Su barco naufragó en 1842, y fue recogido por un buque estadounidense que lo llevó a ese país, donde residió nueve años. De vuelta al Japón en 1851, sus conocimientos de Occidente hicieron que fuera empleado por el gobierno del clan de Tosa, bajo el shogunato de Tokugawa, como asesor e instructor sobre navegación y exploración, profesor de inglés, etc. Llegó a ser profesor de la Escuela Kaisei, que más tarde se convertiría en la Universidad de Tokio. Murió en 1898. (N. del T.) <<



[32] Era histórica japonesa que comienza en 1848. Por tanto, se refiere a 1853. (N. del T.) <<

[33] 1860. Esta era, que apenas duró un año, sirve de título al original japonés de esta novela: Man'en Gannen no Futtōbōru (Fútbol del primer año de Man'en). (N. del T.)

<<

[34] Diminutivo cariñoso y familiar de Takashi. (N. del T.) <<

[35] En el budismo, el color blanco representa el luto. (N. del T.) <<

[36] Sable corto. (N. del T.) <<

[37] Medida japonesa equivalente a 3,3 m<sup>2</sup>. (N. del T.) <<

[38] Los japoneses denominan así a los inodoros habituales hoy en Occidente, es decir, los retretes de taza, para distinguirlos de lo que ellos consideran retrete japonés, que consta de un agujero en el suelo y dos soportes para los pies. (N. del T.)

<<

[39] Cinturón que sujeta el kimono y se anuda por detrás. (N. del T.) <<



[40] Tradicionales pasteles de pasta de arroz molido, blandos y glutinosos, que suelen prepararse en casa para las fiestas de fin de año. (N. del T.) <<

[41] Hasta las reformas que siguieron a la derrota del Japón en la Segunda Guerra Mundial, el emperador era considerado descendiente de los dioses y, por lo tanto, divino. Hay una hipótesis, sostenida por algunos historiadores y partidos de izquierda, que atribuye origen coreano a la dinastía imperial, lo cual es tomado como un insulto por los partidos conservadores y de extrema derecha, y quienes la defienden han llegado incluso a recibir amenazas de muerte, llevadas a cabo más de una vez. (N. del T.) <<

[42] En el Japón, como en otros países asiáticos, es costumbre llevar a bebés sujetos a la espalda. (N. del T.) <<

[43] El autor utiliza el término *higyō*, que significa la muerte provocada por alguna desgracia que impide al difunto cumplir el destino que le tenía reservado en esta vida su karma, según la creencia budista. (N. del T.) <<

[44] La referencia general a la guerra, es siempre a la Segunda Guerra Mundial. (N. del T.) <<

[45] A pesar de relatar un sueño, en realidad, durante la guerra, el gobierno organizó la defensa civil armando a niños y viejos con lanzas de bambú para resistir hasta la muerte a las tropas aliadas que desembarcasen en el Japón. (N. del T.) <<

[46] El yang es el principio activo, positivo o masculino, y el yin el negativo, pasivo o femenino. (N. del T.) <<

[47] Natsume Sōseki (1867-1916), considerado entre los «clásicos» de la literatura japonesa. (TV. del T.) <<



[48] «Lánguida quietud, debilidad, ausencia de dolor, pasividad, bondad, paz, serenidad». Aparecen en inglés, en el original, al igual que todas las que se repiten en el texto. (N. del T.) <<

[49] También llamado de los Ashikaga (1336-1602). (N. del T.) <<

[50] Es costumbre en Asia llevarse los dedos a los lóbulos de las orejas cuando se han quemado al tocar algo muy caliente. (N. del T.) <<

[51] Plato típico consistente en bolas de arroz rellenas de diversos ingredientes y envueltas en hojas de bambú. (N. del T.) <<

[52] Setas de la especie *Cortinellus shiitake*, también llamadas setas chinas. (N. del T.) <<

[53] Hacia finales de la era feudal, movimiento que trató de fortalecer la fidelidad al emperador y expulsar a los extranjeros. (N. del T.) <<

[54] 1933. (N. del T.) <<

[55] Señorita, en alemán. (N. del T.) <<



[56] Matar, en inglés. (TV. del T.) <<

[57] El monte Fuji tiene carácter sagrado, y miles de japoneses realizan cada año la peregrinación al santuario que se levanta en su cima. Dicha peregrinación debe realizarse de acuerdo con el ritual, siguiendo las estaciones como en un vía crucis. (TV. del T.) <<

[58] Espada larga que usaban los samuráis y los oficiales del ejército japonés. (N. del T.) <<

[59] Nombre japonés de Amitābha; dícese del que se pasa la vida absorto contando las cuentas del rosario. (N. del T.) <<

[60] Puertas corredizas que sirven para separar a conveniencia las habitaciones. Al retirar los futones por la mañana, se dejan abiertas, con lo que se forma un salón. (N. del T.) <<

[61] El 15 de julio, en el calendario lunar. Es una de las principales celebraciones religiosas del Japón, equivalente al Día de Todos los Santos cristiano. (N. del T.) <<

[62] Respetado folclorista. (N. del T.) <<

[63] Sobretudo tradicional corto, que suele llevar escritas en las solapas consignas o los nombres de los patrocinadores. (N. del T.) <<



[64] Siglas de Nihon Hōsō Kyōkai, la televisión estatal japonesa. El Estado cobra derechos por la recepción de sus emisiones, cosa que no ocurre con las emisoras privadas. (N. del T.) <<

[65] Esta es la definición oficial del Gobierno japonés y la que aparece en todos los libros de texto, con gran enojo de los chinos ante la reiterada negativa de los japoneses a hablar de invasión. (N. del T.) <<

[66] En inglés en el original: «identidad». (N. del T.) <<

[67] Shuntarō Tanikawa «Toba», poeta japonés nacido en 1931. (N. del T.) <<

[68] Papel blanco y translúcido que cubre las puertas correderas de las casas. (N. del T.) <<

[69] En Japón se llama así (Yukiguni) a las provincias del norte, donde las copiosas nevadas son una característica del paisaje invernal. (N. del T.) <<

[70] Aokichi significa «felicidad azul». (N. del T.) <<

[71] *Wakamizu* ceremonia tradicional de sacar agua del pozo el primer del año. (N. del T.) <<



[72] Clásico programa de televisión, en el que los cantantes más famosos, divididos en dos bandos, rojo y blanco, se enfrentan en un concurso de canciones. (N. del T.)

<<

[73] Doble contraventana corrediza, de madera o metal, que se cierra de noche para protegerse del mal tiempo. (N. del T.) <<

[74] Pequeños pasos o palanquines sagrados que se llevan a hombros en las festividades de los templos. (N. del T.) <<

[75] Referencia al Tratado de Cooperación y Seguridad Mutua entre el Japón y los Estados Unidos, firmado en 1960 y prorrogado indefinidamente en 1970. Rechazado tanto por la izquierda como por los nacionalistas, fue causa de manifestaciones particularmente violentas en la época en que transcurre la acción de la novela. (N. del T.) <<

[76] 1868-1912. Por tanto, 1871. (N. del T.) <<

[77] 1861-1864. Por tanto, 1863. (N. del T.) <<

[78] Distrito portuario del actual Tokio. (N. del T.) <<

[79] 1862. (N. del T.) <<



[80] Nombre japonés de las islas Bonin. (N. del T.) <<

[81] 1865-1867. Por tanto, 1867. (N. del T.) <<

[82] 1889. (N. del T.) <<

[83] En inglés en el original: «¡Odio a los chinos! ¡Chino de mierda!». (N. del T.) <<

[84] Nombre coreano de la parte superior del *hanbok*, traje típico nacional, ajustado hasta debajo de los senos, desde donde parte la amplia falda larga plisada, o chima. (N. del T.) <<

[85] En el original, *shunga*, estilo de pintura tradicional japonesa, conocido en Occidente por la obra de Utamaro, sobre todo. (N. del T.) <<

[86] Nombre de los discípulos del Buda que alcanzaron el Nirvana. (N. del T.) <<

[87] Referencia a las arenas del desierto que arrastran los vientos desde China. (N. del T.) <<



[88] Postura formal en que la persona se sienta de rodillas apoyando el peso del cuerpo sobre los talones recogidos bajo el trasero. (N. del T.) <<

[89] Hello, hello!, («hola», en inglés, pronunciado a la japonesa). (N. del T.) <<

[90] Piedras de los jardines por las que se camina sin pisar la hierba o las flores. (N. del T.) <<

[91] 1871. (N. del T.) <<

[92] Unidad equivalente a 108,5 metros. (N. del T.) <<

[93] Medida equivalente a unos treinta centímetros, es decir, un metro ochenta (N. del T.) <<